

tombooktu.com



Tiéntame

SÓLO TÚ

Elena Montagud

www.erotica.tombooktu.com

**Tiéntame
sólo tú**

Tiéntame sólo tú

Elena Montagud



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

[#TientameSoloTu](https://twitter.com/TientameSoloTu)

Colección: Tombooktu Erótica

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Tiéntame sólo tú*

Autor: © Elena Montagud

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Conversión a e-book: Paula García Arizcun
Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2015 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-72-7
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-15747-73-4
ISBN Digital: 978-84-15747-74-1
Fecha de publicación: Septiembre 2015

Depósito legal: M-18961-2015

A todas las tentadoras
que han estado ahí desde el principio,
a las que se unieron después y a las que llegarán.
Gracias por permanecer a mi lado.

índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

1

La figura de la mujer se perfiló en el horizonte. El mar estaba embravecido y el niño pensó que era el momento idóneo para usar la cámara de fotos que le había regalado mamá. Por supuesto, ella sería la protagonista de la imagen. Mamá era demasiado hermosa; una belleza inalterable, con reminiscencias de dama de otra época.

Papá no había acudido a la playa con ellos porque tenía mucho trabajo en el despacho. Pero no importaba en absoluto: a él le agradaba pasar tiempo a solas con mamá, que ella le contase esas historias que le hacían soñar con lugares fantásticos, repletos de seres jamás vistos. Mamá tenía una capacidad asombrosa para inventar cuentos y todos ellos fascinantes. Mamá en sí lo era.

—¡Cariño! Ven a darte un baño –lo llamó desde el agua, inclinada hacia delante para sujetarse el vestido que a punto había estado de mojarse.

El chiquillo se acercó a la orilla con la enorme cámara en sus manos. Rozó el agua con la punta de los dedos de uno de sus piececillos. Dio un respingo y arrugó las cejas.

—¡Está muy fría! –se quejó en un chillido de niño mimado.

Ella rio de esa forma que a él tanto le gustaba. En su risa se mezclaban decenas de campanitas chispeantes. Caminó hacia el niño, levantando pequeñas olas a su paso.

—¡Espera! —gritó él.

La mujer se detuvo con un gesto de sorpresa en el rostro.

—Voy a hacerte una foto —le dijo el muchacho, sin poder contener la emoción que le desbordaba—. Quédate ahí donde estás, *porfa*.

Ella asintió con la cabeza y permaneció quieta con su hermosa sonrisa pintada en el rostro. Esa era otra de las cositas que tanto le gustaban de mamá: su naturalidad, esa espontaneidad que iluminaba cada uno de sus movimientos. Y en especial, le agradaba que mamá le tomara tan en serio.

Se llevó la cámara al rostro y se concentró en sacar la mejor foto. Quería retratar a su madre como lo que era: un ángel brillante. Al pulsar el botón, una sensación de nerviosismo le invadió el vientre. No podía esperar a que la foto terminase de salir; necesitaba verla ya.

Su madre se colocó a su lado y le apoyó una mano en el huesudo hombro. Él la miró con los ojos muy abiertos, preñados de emoción infantil.

—Vamos a ver qué tienes ahí... —La mujer cogió la foto y a continuación la agitó en el aire. Segundos después, ambos la observaban muy concentrados. Ella dibujó una sorprendida sonrisa—. Esto es maravilloso, cariño —murmuró.

El niño la miraba aguantando la respiración. Que ella aprobara su trabajo era lo más importante del mundo.

—Mira qué hermosa estoy. —Se señaló a sí misma en la imagen—. El horizonte se ve misterioso a mi espalda. —Movió sus ojos de un azul intenso y los clavó en los del pequeño. Se parecían tanto que, a veces, el corazón se le encogía, como en ese mismo instante—. Tienes mucho talento, ¿sabes? Estoy segura de que vas a conseguir lo que te propongas.

—Quiero ser el mejor fotógrafo del mundo para hacerte fotos por siempre jamás —dijo él, poniéndose colorado.

Ella le revolvió el cabello castaño oscuro mientras reía. Se acuclilló y le entregó la foto. A continuación, lo escrutó con fijeza. El chiquillo se estremeció ante esa intensa mirada, aunque no supo muy bien los motivos. Había algo en los ojos de su madre que le confesaban que no todo marchaba bien. Pero decidió no preguntar nada porque a ella no le gustaba hablar de cosas malas.

—Tú ya eres mi fotógrafo favorito —le dijo con voz suave—, pero estoy segura de que lo serás de muchas más personas. —Sus ojos brillaron. Depositó un beso en la mejilla del chico.

—¿Dejarás que te haga fotos toda la vida? —preguntó con el rostro iluminado.

—Claro, cielo.

La mujer le quitó la cámara de las manos y la depositó en la toalla con dibujos animados. Después metió la foto en su bolsa playera y cogió la mano del pequeño. Caminaron con lentitud hacia la orilla, al tiempo que ella le señalaba el horizonte que empezaba a teñirse de carmesíes.

—No puedo ser más feliz que en este preciso instante, cariño. ¿Ves toda la hermosura que nos rodea?

El chiquillo asintió, permitiendo que su madre lo introdujera en el agua. Se inclinó para rozar las olas con una manita, sin soltar la otra de la de ella. Pero entonces, algo ocurrió: en un principio pensó que se trataba del reflejo del cielo en el mar pero, al cabo de unos segundos, comprendió que las aguas también se habían tintado de rojo. Lanzó una exclamación de sorpresa y terror, al tiempo que sacaba la mano.

—Mamá... —murmuró. Ella no respondió—. ¿Mamá? —El niño ladeó la cabeza y observó a la mujer, quien tenía la mirada fija en el horizonte—. ¡Mamá! —exclamó, agitándola por el brazo.

Ella le soltó y él se dio cuenta en ese momento de que el líquido rojo era sangre. Sangre que provenía de las muñecas de su hermosa madre.

—¡Mamá! —chilló presa del pánico. La intentó coger, pero tan sólo rozó aire—. Mamá, ¿qué te pasa? —El líquido rojizo y brillante no cesaba de caer al agua, inundándola de su color—. Soy yo, mamá. ¡Abel!

Pero ella no pareció reconocerlo. Giró el rostro con suma lentitud hacia él y lo observó con una mirada hueca.

—¿Abel...? —Parecía muy ida. Sus muñecas continuaban desangrándose sin perder el tiempo.

—Sí, Abel. ¡Abel, Abel! ¡Soy tu fotógrafo favorito! —gritó el chico, desquiciado.

Ella caminó hacia delante, introduciéndose más en el mar. Y aunque él intentó seguirla, las aguas escarlata se lo impidieron. Lloró y gritó, la llamó una y otra vez, le recordó quién era y le preguntó por qué se iba. Pero ella lo abandonaba en un mar de sangre.

El chiquillo se desgañitó con la cara bañada por el llanto. No entendía esa marcha. Las oscuras aguas rojas le llegaron al cuello y sintió que empezaba a ahogarse, al tiempo que una tremenda oscuridad lo invadía, impidiéndole ver

a su madre.

Una voz. En la oscuridad hay una voz cargada de preocupación, pero también de amor. Hay algo en ella que me tranquiliza. Quiero llegar a ella, alcanzarla, y no lo consigo. También hay un nombre. Abel. Abel. ¿Soy yo? ¿Es ese mi nombre? Floto y no hay remedio. Es como si mi cuerpo se hubiese desprendido de mi mente.

Al fin logro abrir los ojos y me topo con unos grises. Me observan con miedo, con ternura y comprensión. Tiemblo acogido por ellos.

—Abel, estoy aquí. —La voz ya se encuentra cerca. Es la dueña de esos preciosos ojos. ¿De quién son? Yo los conozco. Me veo reflejado en ellos y entiendo que soy alguien, y no sólo unas motitas de polvo.

La mano de la portadora de esos ojos se apoya en mi frente bañada en sudor. Está fría y muy pronto la calma va llegando a mí poco a poco. Voy a dormirme otra vez, pero ella me obliga a mirarla. Sus ojos grises, grandes y redondos. Los de una mujer invadida por el miedo y, al mismo tiempo, la valentía.

Observo sus labios, pequeños y muy rojos. Sus mejillas pálidas a causa del susto. Le acaricio el cabello negro y largo, tan revuelto como siempre. Logro sonreír ante la nada que noto avanzar en mi interior.

El recuerdo que se había alejado cabalga hacia mí. La conozco. Sí, la reconozco. Esa chica de ojos grises es mía. Es mi Sara. Mi ángel. Me eleva con tan sólo sus caricias.

—No te vayas —murmuro con voz pastosa—. Quédate conmigo.

—Es lo que hago, Abel —responde ella, acercando su rostro. Me acaricia la mejilla. Yo aspiró su aroma e, inmediatamente, el corazón me palpita con violencia—. Nunca me iré. Voy a quedarme a tu lado el resto de mi vida para escribir nuestra historia.

—No quiero ser yo el que se vaya —intento incorporarme en la cama, pero me mareo. Ella me recuesta otra vez, sin perder la cálida y amorosa sonrisa.

—No lo harás. Conseguiré que permanezcas junto a mí.

Querría decirle tantas cosas. Por ejemplo, lo mucho que la amo. Lo que me gusta cuando arruga los labios al enfadarse. Decirle que me encantan las pequitas en su nariz. Que no me canso de contar sus lunares ni de perderme en su cuerpo cada noche. Confesarle que cada día pienso en abandonarla para que no sufra. No se lo merece. Ella es la mujer más buena que he conocido y

yo la estoy manchando. Dios, hay tantas cosas que decirle y no puedo. El miedo atenaza mi garganta con cada segundo que marca el reloj. ¿Estoy siendo un egoísta por querer mantenerla a mi lado? Sólo quiero protegerla del daño que puedan hacerle. No soportaría perderla; es lo único que me sostiene en estos instantes. La amo tanto que el corazón se me ensancha cada vez que la miro. Sin embargo, no sé si estoy haciéndolo bien, si estoy queriéndola como ella se merece.

—Me he ido hacia la nada. He soñado con mi madre y después me fui. No conseguía recordarte, Sara —le digo, tomándola de una mano.

—Pero has regresado —susurra ella, tumbándose a mi lado—. Te traeré de vuelta todas las veces que sean necesarias.

—¿Y qué pasará cuando no sea posible? —La miro tembloroso. Ella aprieta los dientes y niega con la cabeza.

—No digas eso. No lo digas, Abel.

Ambos nos callamos. Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Por mucho que ella quiera evitarlo, sucederá. Para eso no hay remedio. No lo hay para mi enfermedad. Me comerá, quién sabe si poco a poco o de manera rápida, pero al final me convertirá en un fantasma sin pasado, presente, ni futuro. ¿Y qué será de mi Sara entonces?

—Tengo miedo —confieso con la vista clavada en el techo.

—Lo sé, mi amor. —Su voz tiembla.

—Te quiero... —le digo.

Ella se coloca sobre mí. Me acabo de dar cuenta de su desnudez. Mi sexo despierta de inmediato. La tomo de las caderas, permitiendo que sea ella la que me introduzca en su intimidad. Ya no puedo pensar en nada más. Estos momentos son los únicos en los que albergo esperanzas. Sara me revive con su deseo y amor.

Hacemos el amor entre jadeos; muy serios, como si fuese la última vez. Y es que no sabemos si lo será. Nos mecemos en la brisa del placer y cuando llego al orgasmo le repito una y otra vez que lo amo. Él me corresponde, me aprieta fuerte contra su pecho y me moja con sus lágrimas.

Al cabo de un rato se vuelve a quedar dormido. Yo aprovecho para observar su hermoso perfil. Jamás podré dejar de adorar su nariz, sus labios húmedos y carnosos, esas pestañas finas y largas. Le acaricio el pelo revuelto y paso mis dedos por su incipiente barba.

Yo también tengo miedo, pero debo ser más fuerte que nunca. Sé que él ha empezado a derrumbarse porque su enfermedad avanza a pasos agigantados a pesar de las medicinas. No sé cómo me mantengo firme con lo pesimista que soy. Pero lo único que sí sé es que necesito verlo sonreír. Haré lo que sea para que cada día se ría y piense que vivir merece la pena.

Me aseguro de que está completamente dormido y me levanto de la cama sin hacer ruido. Me pongo el camisón y un batín por encima. Deambulo por la pequeña cabaña. Llegamos hace un par de semanas y hemos vivido casi como en un ensueño. A veces pienso que esta es nuestra luna de miel anticipada, aunque ni siquiera estemos casados. Pero las pesadillas regresan en esos momentos felices y me devuelven a la realidad.

Tuvimos que huir y dejarlo todo atrás. Empezar en una cabaña situada en los bosques de Suecia. Aquí no hay nadie más que nosotros y algún animal salvaje. El pueblo más cercano se halla a treinta kilómetros. Pero en esta nada soy feliz. El lugar no podía ser más hermoso. Pertenece a su madre y Gabriel, su padre, no quiso venderla en señal de recuerdo. Alguna vez me pregunto si permanecer aquí puede ser peor para Abel. Vive entre estas cuatro paredes henchidas de imborrables recuerdos de su madre muerta.

Me asomo a la ventana sin abrirla. Hace frío, pero no voy a encender la chimenea a estas horas porque, de todos modos, queda poca leña y no puedo salir sola. La oscuridad del exterior me inquieta. Entonces pienso en mis padres, en Cyn y Eva. Incluso en Judith. Y en Eric. Cómo los echo de menos. ¿Me seguirán esperando en la universidad?

Dejarlo todo no fue fácil, pero Abel me aseguró que tan sólo sería durante un tiempo. Esta es la única forma en que él me puede proteger. Porque al final entendí lo peligrosos que pueden ser ellos.

Lo comprendí ese día en que, una vez hicimos el amor tras su accidente, Abel me confesó toda la verdad de su pasado.

2

—No me iré de aquí hasta que me cuentes toda la verdad, Abel. —Mi voz es profunda. Esta vez no le voy a dar la satisfacción de salirse con la suya sin apenas esfuerzo.

Tengo aquí una vida. Familia y amigos. ¿Cómo cree él que puedo abandonar todo esto?

—La confianza se gana, Abel —continúo. Él deja de preparar las maletas y me mira con el ceño arrugado. Leo preocupación en sus ojos y ese miedo intenso que me está contagiando. Me arrimo a él, lo zarandeo empezando a ponerme histérica—. No te la voy a dar por arte de magia.

—Sara, no quiero involucrarte en nada más. No quiero que sepas quiénes son ellos. Tú no estás hecha para ese mundo.

—¿Qué mundo? —Le aprieto el brazo sano, dejándole claro que estoy muy nerviosa—. Porque supongo que al haber decidido estar contigo, también es el mío. ¿Lo sabes, no?

No contesta. Desvía la mirada para no compartirla conmigo, pero yo le obligo a que me mire.

—Necesito que me cuentes toda la verdad, Abel. —Le cojo de la barbilla para que se dé cuenta de que esta vez voy en serio—. Tú decides. Si de verdad quieres que deje todo por ti, habla. He venido desde Madrid porque creía que

ibas a morir. Me he vuelto loca buscándote por todos los hospitales. Creí que se me iba a paralizar el corazón. ¿Ves lo que te amo, Abel? Estoy dispuesta a permanecer contigo pase lo que pase, pero ábrete a mí. Hazme partícipe de tu vida. Y de tu pasado, ese que ahora nos tiene en el presente así, con un montón de ropa desperdigada por el suelo, a punto de salir corriendo a saber dónde y por qué.

Trago saliva tras todo el discurso que le he dado. Él se suelta de mi apretón y se sienta en la cama. Se pasa la mano sana por el cabello revuelto, con la mirada fija en el suelo. Está pensativo. Sé que en su interior hay una gran lucha. Pero si me ama, lo entenderá.

Se tira un buen rato callado. Yo no puedo más que escuchar a mi corazón desbocado. El nudo en mi estómago es cada vez mayor. Este puede ser nuestro final. Este sí. Si no confiesa, me marcharé, pero no con él. Abandonaré su vida si no es capaz de dárme la entera. No puedo soportar más mentiras, secretos y sorpresas.

—De acuerdo. —Su voz grave me sobresalta.

Ha alzado la cabeza y me está mirando. Continúa triste, pero hay algo más en sus ojos: decisión. Asiento con la cabeza, animándole a que hable. Decido sentarme a su lado, demostrarle que no tiene nada que temer, que aceptaré lo que diga. Él me coge de la mano antes de empezar a hablar. Me la aprieta, se la lleva a los labios y la besa. Aspira con profundidad.

—Conocí a Jade cuando tenía unos diecinueve años, más o menos.

Se interrumpe para observarme. Eso es mucho tiempo. Esa mujer ha estado en su vida mucho más que yo. Me paso la lengua por los labios reseca y le hago un gesto para que prosiga.

—Por ese entonces, yo ya estaba intentando abrirme paso en el mundo de la fotografía. Había hecho algunos trabajos y, según decían, eran buenos. —Menea la cabeza y sonrío, como recordando aquella época. Clava sus iris azules en mí—. Pero no disponía de los medios necesarios para tener un buen equipo. Tan sólo contaba con una cámara que me había regalado mi padre. Por ese entonces, él había conocido a Isabel, que tampoco pasaba por un buen momento económico. Odiaba esa situación, la de no saber qué ocurriría al día siguiente.

—Sé lo que es eso, Abel —le digo para que se dé cuenta de que le entiendo.

—Necesitaba tantas cosas, Sara. Al menos si quería dedicarme a la fotografía de forma profesional.

Vuelve a callarse. Su respiración ha empezado a acelerarse. Y la mía, también, porque puedo sentir su miedo. Esta vez no me mira y yo decido permitirselo.

—Yo trabajaba como camarero en un restaurante muy lujoso en la playa. No me gustaba mucho, me pagaban mal y eran muchas horas, además de que la gente que solía ir era tan diferente a mí. Todos ricos, remilgados, que me miraban por encima. Pero no tenía otro remedio, era lo que había porque no tenía los estudios necesarios para otro trabajo. Cuando terminaba mi jornada, me dedicaba a ir a la playa para sacar fotos. En esos instantes, recordaba a mi madre. —Se muerde los labios. Yo le aprieto la mano, dándole a entender que estoy a su lado—. Una noche, mientras estaba haciendo fotos, alguien se acercó a mí. Era una mujer muy hermosa, pero había algo en ella que me inquietaba. Por su apariencia, parecía tener bastante dinero.

—Esa mujer era Jade, ¿no?

—La reconocí porque a veces acudía al restaurante a tomar alguna copa. Siempre iba sola. —Cierra los ojos, quizá transportándose a esa noche—. Me dijo que me observaba desde hacía tiempo, que sentía curiosidad al verme hacer fotos cada noche. No sé qué esperaba yo, pero me sentía solo y acabé contándole que mi pasión era la fotografía y que trabajaba en el restaurante con la esperanza de ahorrar y poder conseguir lo que quería.

—¿Y ella se ofreció a ayudarte? —pregunto, muy inquieta.

—Sí. —Abel suspira, se remueve en la cama. Sus dedos parecen temblar entre los míos—. Me propuso sacarle unas fotografías. Me las iba a pagar francamente bien. Por supuesto, acepté. Una tarde fui a su casa, dispuesto a hacer mi trabajo y largarme de allí.

—Pero pasó algo más, ¿no?

—Terminamos acostándonos juntos —lo resume en esas tres palabras que a mí me provocan un vuelco en el corazón.

—¿Cuántos años tenía ella, Abel?

—No lo sé exactamente, jamás se lo pregunté. Se mantiene muy bien pero creo que en esa época tendría unos veintiséis o veintisiete.

—¿Te obligó a acostarte con ella? —pregunto asustada.

—No, claro que no —confiesa él, con la vergüenza en el rostro, aunque no parece seguro del todo—. Estaba triste, confundido, tenía chicas de mi edad pero no una como ella, tan experta, con tanto dinero y tanta clase. Me ofrecía cosas que... —Se pone pálido al mirarme.

—Me has dicho que le debes mucho —le interrumpo. Necesito llegar al meollo de la cuestión porque me voy a desmayar de la inquietud—. ¿Por qué, Abel? ¿Qué es lo que hizo ella para que esté sucediendo esto? ¿Qué hiciste tú?

—Jade me ayudó, en cierta forma, a conseguir todo lo que yo necesitaba para iniciar mi camino en la fotografía —baja la voz, como si eso le costase contarlo—. Ya te he dicho que me pagó las fotos muy bien. Después hice más a algunas de sus amistades. Y luego me ofreció otro trabajo... —se calla otra vez y algo en mi interior da un brinco—. Así pude estudiar, tener mi propio equipo y mi estudio...

—¿Y ella no te pedía nada a cambio? Es decir, ¿simplemente te ofreció esos trabajos porque le caías bien, porque le gustabas? —pregunto, sin entenderlo muy bien.

—Yo era suyo.

—¿Qué?

—Teníamos sexo cuando y donde ella quería. Y como deseaba.

—¿Me estás diciendo que eras como su prostituto? —Casi me falta la respiración al pronunciar esa palabra—. ¿Aparte de pagarte las fotos también te dio dinero por sexo?

—Sí, alguna vez.

Ladeo la cabeza, con la boca y los ojos muy abiertos. Dios mío, es increíble. Me giro hacia él de nuevo. Le obligo a mirarme.

—Se aprovechó de ti por mucho que digas que no. Tú necesitabas todo eso, y te entiendo, Abel. Te entiendo porque yo también haría lo que fuese por llegar a ser investigadora. Ella llegó en tu peor momento, se alimentó de tu soledad y tu tristeza. —Trago saliva y a continuación digo, con voz grave—. Pero, aun así, no entiendo por qué le debes tanto. Es decir, hiciste lo que te pedía y tú recibiste un dinero a cambio. ¿Es que hay algo más, Abel?

Nos callamos unos segundos. Al fin, él decide continuar, sin rebatir mis palabras.

—Ella a veces se marchaba fuera del país, pero jamás me decía adónde. Siempre se excusaba con que tenía asuntos que resolver. Un día, mientras teníamos sexo, descubrí algo en lo que no había reparado antes: un tatuaje — se detiene, esperando a que diga algo, pero asiento con la cabeza, entendiendo sus palabras—. Le pregunté por él y se puso como una loca. Discutimos porque yo quería saber más de ella, pero nunca me ofrecía nada

más que sexo y dinero. —Le dedico una mirada cargada de intenciones, para que recuerde que así me he sentido yo—. Al cabo de unas semanas volvió muy diferente. Cariñosa, amable. Siempre tenía cambios de humor, así que no me extrañó. Pero parece que ese día había tomado una decisión, porque me preguntó si todavía quería saber más de ella. Le dije que sí. Fue una respuesta equivocada.

—¿Por qué, Abel? —Meneo la cabeza sin entender.

—Porque ahí fue cuando me metí en un mundo oscuro que jamás debería haber conocido. —Se pasa la lengua por los labios. Respira profundamente antes de continuar—. Jade me llevó a su mundo. Al de los castillos o mazmorras de ritos sexuales.

—¿Perdona? —Lo miro con los ojos muy abiertos. Él me aprieta la mano con fuerza. Está temblando aún.

—Jade es dueña de uno de esos lugares, uno de las más importantes de toda Europa. En realidad, no se trata sólo de uno pues hay algunos distribuidos por varios países. Pero ella regenta uno en España y otro, que es el grande, en Holanda. Bueno, en realidad primero fueron de su abuelo, y luego pasó a manos de su madre, y ahora los tiene Jade —me explica.

—Tienes que explicarme antes qué coño es eso. Jamás había oído algo así —le digo, alzando una mano.

—Pues es muy real, Sara, aunque claro, no todos pueden saber de ello. Es un lugar al que la gente va para mantener sexo a través de diferentes prácticas.

—¿Un prostíbulo?

—No. Allí nadie paga por sexo. Al menos no de esa forma.

—No lo logro entender...

—Sé que es difícil, Sara. Yo mismo me sorprendí muchísimo al conocer ese mundo. El problema es que no se trata sólo de gente manteniendo relaciones sexuales, sino que también es un lugar en el que comerciar con droga y mujeres y, en ocasiones, todo eso es casi como... un ritual.

—Has dicho que no es un prostíbulo.

—Y no lo es. Allí las mujeres se ofrecen de forma voluntaria a participar en todo.

—Mi cabeza está a punto de explotar, Abel. No consigo...

—Sara, no tienes que entender nada, sólo escucharme. —Me coge de la barbilla y clava su azulada mirada en mí, oscurecida por la preocupación y el

miedo—. Esos lugares pueden llegar a ser muy peligrosos.

Asiento con la cabeza, aunque todavía me siento confundida y cada vez un poquito más asustada.

—Ellos no quieren que se sepa lo que hacen. En un principio, sólo son lugares en los que disfrutar del sexo de forma libre y voluntaria. Pero el mercado de la droga es enorme y, además, uno se da cuenta de que son como una puta secta.

—¿Y por qué la policía no puede hacer nada?

—Porque allí hay gente muy influyente. Y porque a la policía se la puede comprar.

—¿Me estás diciendo que es un antro de corrupción? —Alzo la voz, un tanto asustada. ¿Pero en qué estuvo, joder, y está metido este hombre?

—Más bien se trata de una sociedad secreta. Ya sabes, el tatuaje... Cuando los conoces, cuando pisas su espacio, cuando descubres sus secretos y reglas... Es difícil escapar.

—¿Por qué Jade te metió en todo eso, Abel?

—Supongo que le gusta hacer sufrir a la gente. Incluso a mí. —Se queda pensativo unos segundos y luego añade—: Puede que más a mí.

—Pero... ¿Acaso ella no te amaba?

—A su manera. Y no es una manera muy cuerda. —Menea la cabeza como para borrar tristes recuerdos—. Jade tiene problemas mentales.

—¿Quieres decir que me ha amenazado porque está enferma?

—Su crueldad no se debe sólo a su enfermedad. Creo que le viene de fábrica. Hay personas así.

Las palabras de Abel me calan hondo. Me estremezco. Todavía me cuesta creer lo que me está contando. Parece haberlo sacado de una película de mafiosos o algo similar. Esbozo una sonrisa incrédula. Los nervios me están jugando una mala pasada.

—Sara, he visto con mis propios ojos de lo que son capaces de hacer con tal de mantener su negocio a salvo. Con tal de continuar con sus vicios... — Hace un gesto de asco.

—Pero, Abel, todo esto es sorprendente. Es decir... Yo... ¿Qué pinto en todo esto? ¿Por qué ella me ha seguido? ¿Qué hacía en la fiesta?

—Quizá se ha dado cuenta de que eres importante para mí —responde él con voz grave—. De que yo por fin soy feliz con alguien, de que ya no hay dolor en mí.

—¿Y qué, joder?

—Sara, ella está loca. —Abel acerca su rostro cargado de preocupación—. Quiere que sea sólo suyo porque le encanta la posesión. No quiere que deje ese mundo, pues esas son las reglas. Y tampoco quiere que sea feliz. Si ella no lo es, que nadie lo sea. Necesita que bailen a su ritmo.

—Tú has estado últimamente en... —digo al recordar su tatuaje.

—No. Hace tiempo que no. Me hice el tatuaje para mantener contenta a Jade, sólo eso, para que pensara que todavía estoy dispuesto a seguir con ellos. Cuando trabajé allí, necesitaba el dinero. Sé que no tendría que haberlo hecho, pero me moría de miedo al pensar en que pudiera volver a la penosa situación de mi infancia. —Cierra los ojos como si le costase hablar. Al abrirlos, la vergüenza y el dolor han vuelto.

—¿El dinero?

—Sara, yo tenía un trabajo en la mansión. Por eso Jade me llevó allí.

—¿Y qué hacías allí? —Me tiembla la voz porque temo la respuesta, aunque necesito saberla.

—Fotografías. —Esboza una sonrisa triste.

—¿Qué tipo de fotografías?

—Nunca he hecho nada malo, te lo juro —no responde a mi pregunta. Se levanta de súbito y me mira desde arriba—. Ya te he dicho toda la verdad, Sara. No hay nada más. El resto ya lo conoces.

Yo también me levanto, conteniendo la respiración. Me muerdo los labios, sin apartar la mirada de la suya.

—¿Qué me dices, Sara? ¿Vas a permitir que te proteja? En cierto modo, yo te metí en esto y soy yo el que debe sacarte. No conozco ahora mismo otra forma de hacerlo.

—Debe de haber alguna otra solución. No toda la policía...

—Allí no va sólo la policía. También cargos muy importantes en la sociedad —me confiesa Abel. Siento que el mundo se está desmoronando a mis pies ante toda la verdad—. Sus tentáculos son largos, Sara.

—Pero, ¿qué quiere Jade de mí...?

—Alejémonos un tiempo. Dejémosle que se olvide de mí, que encuentre otro juguete al que romper. Y entonces, también se olvidará de ti. —Me lleva hasta su pecho. Apoyo la cabeza en él y cierro los ojos. Le huelo.

—¿Y si no funciona que nos marchemos?

—Al menos estaremos lejos de su locura.

Alzo los ojos para observarlo. Una lágrima solitaria se desliza por su mejilla. Se la limpio con un beso.

—Ya te lo dije una vez, Sara: quería vivir rápido. Meses antes de mi encuentro con Jade, los médicos me informaron sobre la enfermedad de mi madre. No puedo explicarte cómo me sentí. Le había prometido a mi madre que conseguiría ser el mejor fotógrafo. Y estaba tan enfadado con ella... —Sus rasgos se endurecen ante el recuerdo—. Quería demostrarle que podía lograrlo y que se había marchado sin darme la oportunidad de mostrárselo.

—Quizá hizo lo que hizo porque también tenía miedo de descubrir que te iba a suceder lo mismo. Al fin y al cabo, si lo heredas, sería por ella. Puede que se sintiera culpable —me atrevo a opinar.

Abel no contesta. Me acaricia la mejilla con el dedo índice de manera muy suave, con todo su amor y vulnerabilidad.

—Hice tantas cosas que no debí —continúa—, pero ansiaba que todos recordaran mi nombre. Cuanto más tenía, más quería. Dinero, fama, droga, alcohol, mujeres. Lo quería todo en mi vida. Pensaba que si iba a abandonarla pronto, tenía el derecho a vivirla como quisiera.

No respondo. Me mantengo quieta, escrutando su mirada avergonzada y culpable. Apoyo mi mano en su barbilla y le acaricio la bonita barba. Sonríe y esos hoyuelos suyos me dejan sin aliento.

—No espero que entiendas por qué me he comportado a veces mal contigo. Tampoco pretendo justificarme. Estaba confundido y no sabía qué hacer, pero sé que no es excusa. Yo te amo, Sara, desde el momento en que te vi. Pero tú no merecías todo esto. Quería alejarte y no sabía cómo. Cuando lo hacía, todo mi cuerpo te necesitaba. Me sentía vacío otra vez, me dolía el alma.

—Ahora ya no importa —musito, abrazándome a él, apoyando mi frente en la suya—. Puede que los antiguos tuviesen razón y que los destinos de los hombres estén en las estrellas, perfilados desde antes de su nacimiento.

—Prometo que voy a protegerte como sea, Sara.

Cierro los ojos y aspiro su aroma. Al abrirlos, me topo con los suyos, tan azules y atormentados.

—Lo sé, Abel.

—¿Estoy haciendo lo correcto? —Piensa en voz alta.

—Pero cariño, ¿no te iba bien aquí? —Mi madre está a punto de llorar. La estoy preocupando y no es eso lo que quiero.

Abel se halla a mi lado, quieto y silencioso. Hoy no se encuentra nada bien y está más pálido que de costumbre. Las medicinas son fuertes y no le sientan demasiado bien.

—Mamá, son sólo unas mini vacaciones. —Me giro en dirección a Abel—. Necesita descansar. Quiero ir con él para cuidarlo.

Mi madre asiente con la cabeza. Llevamos toda la comida manteniendo la misma charla, con idénticas preguntas y respuestas.

—Llámame todo lo que puedas —me pide ella cuando estamos a punto de salir por la puerta.

—Casi todos los días —sonrío.

Estoy mintiendo. Abel me ha dejado claro que no debemos ir dejando rastro. Y de todos modos, vamos a estar perdidos en la naturaleza, donde puede que ni haya cobertura. Abrazo a mi madre con fuerza. Ella ya se ha echado a llorar. Yo estoy tratando de contenerme, convenciéndome de que es sólo una despedida temporal y que todo irá bien.

—Dale un beso a papá de nuestra parte.

No ha querido estar presente. Se ha enfadado mucho con mi decisión. Estoy segura de que piensa que Abel me domina. Pero lo cierto es que esperaba que viniese, que se despidiese de su hija.

—Cuida de mi hija, por favor. Ella te quiere mucho —le dice mi madre a Abel, al tiempo que lo estrecha entre sus brazos.

—Por supuesto —responde Abel, forzando una sonrisa.

Odio las despedidas.

Con Cyn y Eva también es duro. La primera se muestra llorosa y la segunda preocupada. Les voy a mentir como ya he hecho con mi madre.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar por allá? —pregunta Eva. Es el tercer cigarro que se enciende en quince minutos. Está nerviosa porque imagino que sospecha algo.

—Un par de meses —sonrío—. Puede que menos. Sólo hasta que Abel se encuentre mejor. El aire de la montaña le sentará bien.

—¿Y no podéis iros más cerca? Con la de montañas que tenemos por aquí —dice Cyn con voz chillona—. Os dejo mi chalé —Se le humedecen los ojos.

—Cyn, que no es para tanto —trato de animarla.

—Si es por vuestro bien, nena, entonces haz lo que tengas que hacer. —Eva me mira de manera penetrante. Yo agacho la cabeza, incapaz de contemplar sus ojos.

Nos abrazamos las tres en silencio. Cyn se ha puesto a llorar como sucedió con mi madre. Eva me aprieta muy fuerte. Un gemido escapa de mi garganta.

—Será como una luna de miel —intento convencerme de ello.

Un par de días después dejo todo solucionado en la Universidad. A Gutiérrez no le hace nada de gracia, pero no ha podido rechistar porque le he dicho que mi abuela está muy enferma y necesita que la cuidemos, ya que no tiene a nadie más. No sé cuánto más voy a mentir. Me entrega hojas y hojas de trabajo que tendré que llevarme a Suecia. Patri parece muy contenta. Ahora tiene el camino libre.

De Judith sólo me puedo despedir por teléfono. Está en Formentera, trabajando con Graciella. Por suerte, está muy feliz y me alegro mucho por ella.

De Eric decido despedirme en persona. Cuando salgo del estudio de Abel hacia el encuentro, él sabe a quién voy a ver, pero no dice nada. Es algo que me inquieta y, al mismo tiempo, me alegra.

En el metro estoy tan nerviosa que no puedo parar de morderme las uñas. Eric parecía serio por teléfono. Quizá esté enfadado conmigo. Ni siquiera sé cómo vamos a comportarnos después de lo que ocurrió en la fiesta. Cuando lo descubro entre la multitud, apoyado en su moto, con ese aspecto suyo alegre y desenfadado, el corazón me da un vuelco. Estoy a punto de esconderme para que no me vea, o de salir corriendo y así no tener que enfrentarme a su mirada. Sin embargo, continúo caminando hacia él. No escucho nada alrededor, sólo mi corazón y mi pulso martilleando en cada parte de mi piel. Eric alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Me detengo de golpe ante la imposibilidad de respirar. No puedo, no puedo ir hasta él. No voy a saber qué decirle. Me siento tan avergonzada y al mismo tiempo tan nerviosa. Como una quinceañera. ¿Pero qué me pasa?

—Sara. —No escucho su voz, pero sus labios dibujan mi nombre entre el barullo de la gente. Y basta ese gesto para que me atreva a andar otra vez.

Al final corro y termino lanzándome a sus brazos. Me enredo en su cintura. Se la aprieto con fuerza, apoyando mi cabeza en su pecho. El corazón le late

tan fuerte como a mí. No puedo entender qué es esto.

—Me voy, Eric —susurro.

—¿Qué? —Sus manos todavía se encuentran separadas de mí. No se atreve a abrazarme.

—Me voy de viaje un tiempo —repito, esta vez alzando la cabeza y mirándolo. Por sus ojos verdosos pasa un rayo de comprensión.

—¿Es por Abel?

—Está enfermo —asiento con la cabeza—. ¿Tú lo sabías, Eric?

—Sí. Pero no pensé que tan pronto...

—Estaremos unos meses en Suecia, en la cabaña de su madre. —Agacho la cabeza porque estoy omitiéndole parte de la historia. Pero él tampoco puede saber las verdaderas razones por las que huimos.

Me coge de la barbilla y me insta a mirarlo. Leo en sus ojos la admiración y el amor que siente por mí. Mi corazón va a estallar en el pecho, por favor. ¿Por qué en mi cabeza Eric es sólo mío? ¿Cómo puedo tener estos terribles pensamientos? Por un momento creo que va a besarme como la noche en Madrid. Y no sé si esta vez tendré la suficiente fuerza como para resistirme. Sin embargo, lo único que hace es acariciarme la barbilla. Pero es suficiente... No necesito más, me siento tan bien con tan sólo ese gesto. Eric es tan cálido, tan calmado, tan bueno. Deposita un suave beso en mi mejilla que me hace contener la respiración. Querría enlazar mis manos en su cuello, abrazarme a él y no separarme en mucho tiempo.

—Yo te quiero, Eric —me atrevo a decirle. Él parpadea, confundido. Se muerde el labio inferior—. Tal vez no como tú a mí, pero te quiero. No puedo perderte. Sé que esto no es correcto, que estoy siendo egoísta, pero te necesito a mi lado.

—Sara, Sara, lo sé. Sé que me quieres. Este tiempo separados nos vendrá bien a ambos y cuando vengas, yo estaré esperando aquí. Quiero conservar tu amistad.

Esta vez soy yo la que se va a echar a llorar. Él se da cuenta y me estrecha entre sus brazos con tanta fuerza que siento que voy a volar. Le rodeo la espalda con mis brazos y sollozo.

—Sara, quiero decirte algo. Aquí no, vayamos a hablar a un lugar más tranquilo.

—No puedo —meneo la cabeza, limpiándome las lágrimas—. Nuestro avión sale en un par de horas.

Él me observa con ojos serios. Lo noto inquieto; hay algo en su mirada que me pone nerviosa. Asiente con la cabeza y, una vez más, me besa en la mejilla. Me estremezco toda.

—Vuelve pronto, Sara.

Me separo de él y echo a andar. Cuando me giro, todavía está plantado ante la moto, sin apartar sus ojos de mí. Alza una mano en señal de despedida.

Leo en sus labios un silencioso te quiero.

Corro, dominada por el miedo y las dudas.

3

El recuerdo de Eric me golpea de manera mucho más fuerte que el de mis amigas y mi familia. Descubro que me he pasado el resto de la noche soñando despierta, recostada en el poyete de la ventana. Contemplo el gris horizonte, la luz que empieza a dejarse ver como anticipo de un nuevo día.

Me noto las piernas doloridas debido a la postura en la que me he tirado toda la madrugada. Decido salir de la cabaña y respirar un poco de aire fresco. Antes de hacerlo, cojo el abrigo y una bufanda gruesa. Aquí hace bastante frío a estas horas de la mañana.

El aire helado me deja casi sin respiración. Aspiro con fuerza, tratando de captarlo todo. Los olores, el tacto frío de las manitas del vientecillo. Los pájaros también están despertando y me saludan con sus cantares matutinos, a los que yo respondo alzando la cabeza para buscarlos. Están escondidos entre el follaje.

Este lugar es mágico. Es una especie de paraíso. Antes de llegar aquí, nunca había estado en un sitio como este. Casi parece hecho por ordenador. Hace un par de semanas todo era muy verde y el cielo sumamente azul. Ahora los árboles están dejando que sus hojas se tinen de granate, lo que produce un contraste realmente hermoso entre ellos y los que se mantienen verdes. Las hojas caen, a veces en silencio, otras con un susurro tímido. Aquí

no han llegado las máquinas del hombre. Tan sólo existe el silencio de la naturaleza; la convivencia armónica entre animales, árboles y agua. La cabaña está rodeada de una espesa vegetación y no se puede ver más allá a no ser que tomes un camino que se encuentra medio escondido.

Las primeras noches pasé mucho miedo. Es la consecuencia de haber visto demasiadas películas de terror y de tener una viva imaginación. No podía dormir porque me parecía escuchar sonidos escalofriantes. En realidad se trataba de las hojas que caían de los árboles y, en alguna que otra ocasión, chocaban contra las ventanas para deslizarse por ellas hasta el suelo. Pero yo imaginaba que en cualquier momento la puerta se abriría y algo horrible nos despedazaría a Abel y a mí. Días después comprendí que aquí sólo estamos él y yo, y un sinfín de recuerdos mucho más peligrosos que los animales salvajes o un asesino en serie. Él sueña y piensa en su madre. Yo en la mía, en la inexistente despedida de mi padre, en las lágrimas de Cyn y la mirada desconfiada de Eva.

Y en la caricia de Eric al marcharme. Mierda. Otra vez él en mi mente. ¿Por qué me siento de este modo? ¿Por qué simplemente no puedo olvidarme de su beso? ¿Por qué guardo en mi alma, como si fuese un preciado tesoro, las palabras que me dedicó antes de irme?

Yo estoy enamorada de Abel. Y, en cierto modo, soy feliz aquí. Ahora tengo lo que quiero, que es él. Y es que una parte de mí tiene miedo. No sé lo que nos deparará el futuro, ni si todo esto realmente va a merecer la pena. Pero he sido yo la que lo ha decidido de esta forma. Aquí sólo somos él y yo, y es donde estoy comprendiendo que me ama. Es lo que he ansiado durante tanto tiempo.

Me alejo de la cabaña un poco, en dirección al bosque. A unos cinco minutos hay un hermoso lago de aguas cristalinas, hondo y calmado. La noche en que llegamos, le hicimos una visita. Fue especial. Aún puedo recordar mi piel de gallina y el sonido de nuestra respiración como la única música que nos acompañaba.

Aprieto la bufanda contra mi cuello. Hace un frío que cala el cuerpo, así que pronto me echo a temblar. Las manos se me están quedando heladas, pero no puedo dejar de andar. Ya me hallo en el inicio del bosque. Al alzar la vista, me topo con los primeros rayos del sol, dándome los buenos días. Una vez me meta entre los árboles, dejará de existir la luz. Adelanto un pie para sumergirme en la vegetación. Alguien me coge del brazo. Suelto un grito

asustado.

—Sara. —La voz de Abel a mi espalda.

El corazón me va a mil por hora. Me giro hacia él para regañarlo por asustarme de esa forma, pero descubro en sus ojos tanta preocupación que me contengo.

—¿Otra pesadilla? —le pregunto.

Él niega con la cabeza. Atrapa mi rostro con sus manos y me besa en la frente, en los párpados, en la nariz y finalmente en los labios. Los suyos arden contra la frialdad de los míos.

—Me he despertado y no estabas. —Su voz rezuma intranquilidad—. Por favor, no salgas sola. No te muevas de la cabaña sin mí.

—Aquí no hay nadie, Abel. Estoy bien, en serio —le tranquilizo.

Descubro que él todavía va en pijama y que está tiritando. Le cojo de la mano y ambos abandonamos la entrada del bosque para dirigirnos a la cabaña.

—La próxima semana habrá que comprar. Entonces podremos visitar el pueblo. —Esboza una sonrisa. Está preocupado, intranquilo, ansioso. Quiere hacerme sentir bien.

—Estoy bien, de verdad —le aseguro.

—Te tengo metida en una cabaña casi veinticuatro horas al día.

—Puedo pasear por aquí, visitar el lago...

—Tú eres una chica de ciudad. —Sonríe con la vista fija en el frente.

—Las chicas de ciudad también podemos acostumbrarnos a esto — respondo, riéndome con suavidad—. Sabes que aquí contigo me siento feliz. Es como nuestra luna de miel. —Meneo su brazo de forma juguetona, para que vea que estoy contenta.

—Sólo que estamos escapando, no disfrutando como unos recién casados de verdad —me lleva él la contraria.

—Ya llegará, Abel —me pongo colorada. Hablar de boda es algo que me pone nerviosa—. De momento no me aburro aquí.

Llegamos a la cabaña. Él me deja en la cocina y se marcha a encender la chimenea. Preparo un desayuno a base de tostadas, zumo y leche. Lo comemos en silencio ante el fuego.

—Has estado pensando en ellos, ¿verdad? —dice de repente, sobresaltándome.

Asiento con la cabeza. Cojo una servilleta y empiezo a hacerla pedacitos.

—También en Eric —murmura él.

La boca se me seca. ¿Cómo puede saberlo? ¿Acaso se imagina algo de lo ocurrido entre nosotros? Me da miedo que sus ojos en tempestad puedan introducirse en mi corazón y descubrir cómo me siento. Tan culpable, tan aterrorizada. Yo no quiero continuar así. ¿Por qué tuvo que besarme Eric?

—Me acuerdo de todos, Abel. De mi familia, mis amigos...

—No pasa nada, Sara —me interrumpe—. Está bien así. Yo también me acuerdo. Yo también lo hago. —Su voz se quiebra.

Esta última frase ha sonado más como una pregunta que como una afirmación. Siento que he perdido el poco apetito que tenía. Pero como no quiero que esté mal, hago tripas corazón, me termino mi leche y me arrimo más a él. Estamos sentados en el suelo, en unos preciosos y mullidos almohadones. Recuesto mi cabeza en su hombro. Él se queda quieto, observando las llamas en la madera.

—Por favor, Abel, no pienses más en ello. —Alzo la mirada para observarlo. Tiene el ceño arrugado y los labios le tiemblan—. Te estás haciendo demasiado daño. Estás bien. Vamos a estarlo los dos.

Él por fin dirige los ojos a mí. Me está pidiendo perdón con ellos. Yo se lo concedo. Le cojo de la mejilla y le beso con suavidad.

—Vamos a ser felices aquí. Todo lo que podamos. Hasta que las estrellas nos tengan envidia por brillar más que ellas.

—No tienes por qué ser tan buena conmigo, Sara. Creo que no me lo merezco.

—Todos nos merecemos ser amados.

Lo aprieto contra mí. Él se deja hacer, como un niño pequeño. Últimamente echo de menos al Abel fuerte y seguro de sí mismo. Este es tan sólo una sombra de aquel. Pero lo amo. Cada vez más. El corazón en ocasiones parece a punto de estallar del amor que me inunda.

Nos besamos en silencio, de forma apasionada, entregándonos el dolor y el miedo de cada uno.

*

—Ponte este gorrito.

Abel me tiende uno de lana muy mono, aunque un poco grande. Me limito a mirarlo.

—Y súbete más la bufanda.

—Hace frío, pero no es para tanto —me quejo con mala cara.

Él me arrebató el gorro de las manos y me lo encasquetó en la cabeza con un gesto de impaciencia. Me sujeta las mejillas y me dice, muy serio:

—Sara, no es sólo por el frío. Cuanto menos se nos vea la cara, mejor.

Chasqueo la lengua. Me dejo hacer por él. Me coloca la bufanda de tal forma que tan sólo me asoma la nariz y los ojos y mechones sueltos de pelo, porque el resto está bien metido en el gorro.

—Pero si aquí no hay ni un alma.

—En el pueblo sí.

—Ya, seguro que nos han seguido hasta aquí. Sólo tienen eso que hacer —me burlo.

A él no le hace ninguna gracia mi actitud. Se separa de mí y me observa con los labios apretados. Yo agacho la mirada, jugueteando con los flecos de la bufanda.

—Sólo trato de protegerte, Sara.

—Lo sé —contesto avergonzada.

Lo observo mientras se coloca su abrigo, su bufanda y un gorro como yo. A él tampoco se le ve más que un poco de nariz y sus hermosos ojos azules. Alarga un brazo y extiende la mano. Yo se la cojo, esbozando una sonrisa que no puede ver.

Esta mañana vamos al pueblo. Ya necesitamos comprar provisiones. La verdad es que tengo ganas puesto que llevo dos semanas y un par de días encerrada aquí. Necesito contacto con más gente, aunque no los conozca. Me hace una ilusión tremenda acercarme a la civilización.

Nos dirigimos a la furgoneta que Abel alquiló una vez llegamos a Suecia. Es la mejor para atravesar los bosques. Una vez dentro, él pone de inmediato la calefacción. Hace un frío terrible. Yo me limito a quedarme arrellanada en mi asiento, sin perder de vista los magníficos paisajes que se muestran ante mí.

—Pronto nevará —dice Abel cuando pasamos por una magnífica montaña—. Y el lago estará helado. Cerca del pueblo, pero hacia el sur, hay otro. Fue habilitado para patinar en invierno. Mi madre me llevaba allí alguna vez.

Otra vez ella. ¿Es que no va a dejar de pensar en su madre ni por un momento? Le está haciendo mal. Querría decírselo, pero no me atrevo. ¿Por qué hemos venido hasta aquí? ¿Es que quiere torturarse? Hay muchos lugares

a los que podríamos haber ido, pero él decidió viajar a este. A un lugar en el que los recuerdos de su madre le acechan a cada instante. ¿Cómo la va a perdonar de esta forma? ¿Cómo se va a perdonar él?

—¿Sara? —Su voz me saca de mis pensamientos.

—Perdona, me estaba quedando traspuesta —me disculpo.

Él apoya su mano sobre la mía. La tiene fría a pesar de la calefacción.

—Te decía que quizá algún día podamos ir a patinar al lago.

Asiento con la cabeza. En realidad, me sorprende. Pensaba que no estaríamos tanto tiempo aquí. El mes que viene será Navidad y me gustaría volver a casa. Sin embargo, no podemos hacerlo hasta que él se muestre seguro de que ellos se han cansado. Hace un par de días enchufó el móvil y encontró varias llamadas perdidas de un número desconocido. Ambos supimos de inmediato que era Jade, que aún tiene mucho por decir. Parece incansable Y no sé cuánto podré soportarlo yo.

—Ya llegamos.

Abel gira a la derecha y de repente aparece ante nosotros un pueblecito que parece de película. Sus casas son de entramado de madera, pintorescas y pequeñas como si fuesen de juguete. Me quedo embobada observando esas fachadas marrones y blancas. Nunca había visto algo así. Parece un pueblo muy pequeño. Pasamos por una gasolinera, una iglesia de esas que tienen una larga historia a sus espaldas, lo que parece ser el ayuntamiento y un restaurante. Hay pocas personas por sus calles.

—Esto es realmente hermoso —le digo a Abel, con los ojos muy abiertos.

Él sonríe y aparca el coche ante una tienda de comestibles. Supongo que para esta gente hace las veces de supermercado, pero para mí es muy pequeño, acostumbrada a los grandes de la ciudad de Valencia. Nos apeamos del automóvil y nos metemos de prisa en la tienda. ¡Hace un frío terrible! Una vez dentro, Abel me coge de la mano. El tendero, un hombre de mediana edad con una larga barba rubia, se nos queda mirando con unos ojos azules carentes de expresión. Abel le saluda con la mano y el otro tan sólo emite un gruñido ronco.

—No parecen muy simpáticos —digo, un tanto asustada.

—Somos forasteros, Sara. Este es un lugar muy tranquilo. Apenas reciben visitas.

Paseamos por los estrechos pasillos de la tiendecita. Abel se dirige a una de las cestas que hay al fondo, la coge y luego regresa a mí. Se pone a

rellenarla con comida enlatada. Coge también aceite, leche y zumos. Mientras él decide con qué más cargar, yo me separo y me dirijo a otro pasillo. ¡He encontrado el paraíso en la tierra! Todos los estantes están repletos de dulces y galletas de todo tipo. Me pierdo entre tantas palabras que no entiendo. Sin embargo, todo parece estar buenísimo.

—Coge lo que quieras. —La voz de Abel a mi espalda me sobresalta.

Lleva dos cestas llenas hasta arriba. Yo niego con la cabeza, señalándolas.

—Ya llevamos mucho ahí. Gastaremos mucho.

—Por un par de cosas más no pasa nada —me dedica una bonita sonrisa de hoyuelos marcados—. Coge algo.

Me tiro un par de minutos intentando decidirme, pero la verdad es que me cuesta muchísimo. ¡Creo que todo me gustará! Él me observa pacientemente, con un esbozo de sonrisa en sus ojos hasta ahora tristes.

—¿Ya? —me pregunta, una vez cojo entre mis manos dos cajas diferentes de galletas.

—Sí, creo que sí... —murmuro, echando un vistazo más al estante—. O espera...

—Otro día compramos otros dulces, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Me pongo colorada al pensar que quizá me he comportado como una niña pequeña. ¡Pero es que echaba de menos mis dulces! Estoy acostumbrada a comer muchas chokolatinas cuando estoy triste o nerviosa.

El tendero nos cobra los productos sin siquiera dedicarnos una sonrisa. Abel le paga en silencio. Cuando salimos de la tienda yo estoy un poco enfadada. Me gusta la gente más simpática. A Abel no parece importarle. Le ayudo a meter toda la comida en el maletero. Al cerrarlo, reparo en la tienda de la calle de enfrente. Se trata de una joyería y acabo de ver algo que se me ha colado por los ojos.

—¿Podemos ir allí? —le pregunto a Abel, como si fuese mi padre.

—Claro.

Cruzamos la calle, yo corriendo para llegar antes a la tienda. Me planto ante el escaparate y suelto un suspiro de admiración. Cuando él llega hasta a mí y se coloca a mi lado, le señalo con el índice lo que ha captado mi atención: un reloj de esos en los que puedes guardar la foto de alguien a quien quieres recordar. Parece muy antiguo y tiene un encanto especial.

—Te lo compro —dice él.

Niego con la cabeza.

—Tenemos que reservar el dinero que tenemos aquí. ¿De dónde íbamos a sacar más si se nos acaba? —le regaño.

Parece dolido ante mi comentario. Me agarro a su brazo y me aprieto contra él.

—Es precioso, ¿verdad? Parece de otra época.

—Es posible —coincide él, echando un vistazo al escaparate de la tienda—. Aquí siempre han vendido objetos antiguos.

—Y muy caros —respondo yo con una sonrisa, al fijarme en el precio del colgante.

—En serio, Sara, te lo compro. —Hace amago de que entremos en la tienda.

—No es necesario, Abel.

—Pero quiero que seas feliz.

—No necesito el reloj para serlo. —Ensancho la sonrisa para que se dé cuenta de que sólo con estar con él ya soy feliz.

Al final consigo convencerlo de que nos vayamos sin adquirir el reloj. Mientras cruzamos la carretera, me giro una vez más. En realidad no lo quería para mí, sino para él. Creo que le quedaría muy bien, que es una joya de arte para un artista.

—¿Te ha gustado el pueblo? —me pregunta una vez ha arrancado el coche.

—La verdad es que sí. Es muy tranquilo, con casas preciosas. Y esa iglesia antigua me ha encantado... Me gustaría volver —digo con timidez.

—Claro. En nada empezarán a poner la decoración de Navidad —me explica él, sin apartar la vista del frente. El camino se va estrechando porque ya se acerca el bosque y por aquí uno debe estar muy atento—. Mi madre y yo íbamos alguna vez para comprar galletas de jengibre y para visitar el mercado.

—Me apetece una galleta de esas —le interrumpo con tal de que no mencione más a su madre.

—Pues entonces te compraré muchas. Para que las disfrutes con un vaso de vino caliente. —Ríe y ese sonido reaviva mi corazón.

Cierro los ojos, esbozando yo misma una sonrisa aliviada. Es eso lo que quiero escuchar, ese tintineo agradable. Su risa es uno de los ingredientes de mi vida.

—En cuanto llegemos a la cabaña me voy a comer uno de esos dulces que hemos comprado —le digo, riéndome yo también.

—Si es que eres una golosa. —Parece más contento que de costumbre. Necesito que más días sean así.

—Cuando volvamos te llevaré a una pastelería de esas que tanto te gustan, con dulces por todas partes.

Asiento con la cabeza, muy animada. Pero de repente, un recuerdo fugaz atraviesa mi mente. Aquella tarde en que Eric me invitó a un *muffin*, cuando empecé a darme cuenta —aunque no quería aceptarlo— de que algo sucedía. La respiración se me acelera al pensar en sus ojos marrones verdosos. Y en su sonrisa cálida. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza.

—Sara, ¿estás bien?

Doy un brinco en mi asiento. Ya hemos llegado a la cabaña. Abel me está observando con preocupación. Se desabrocha el cinturón y se inclina sobre mí, apartando un mechón de mi cara.

—Ya sabes que cuando voy en coche me entra modorra.

Él se ríe. Sí, sí, sí. Esto es lo que necesito. Dame toda tu risa, Abel. Toda esa luz que me conquistó. Esa fuerza. Tu seguridad. Haz que yo me ilumine en la oscuridad como antes.

Me sujeta de las mejillas y me besa con pasión, permitiéndome enterrar el recuerdo de antes.

4

—Hola, amor.

La voz de Abel a mi espalda me sobresalta. Cierro el libro que tengo entre las manos y lo coloco en mi regazo. Me giro de inmediato y me topo con los profundos y hermosos ojos de mi novio. Él me dedica una sonrisa radiante y yo se la devuelvo con todas las ganas que tengo, que son muchas. Es la primera vez que se dirige a mí con esa palabra. Es cierto que a veces me llama cariño, pero nunca amor. Me ha gustado demasiado, tanto que mi corazón ha brincado como la primera vez que me dijo te quiero.

Rodea el silloncito en el que estoy sentada y se sitúa en el reposabrazos, ya que ambos no cabemos en el asiento. Me abraza por la cintura y posa un cariñoso beso en mi frente. Yo cierro los ojos, intentando atrapar los sentimientos que provoca en mí con tan sólo ese roce. Me gustaría que todos los momentos fuesen así: tan cálidos y luminosos. Desde hace unos días se encuentra mejor –al menos eso me parece– pues no ha tenido pesadillas –o yo no las he escuchado– ni ha mencionado a su madre. ¿Estaré consiguiendo borrar el dolor y las obsesiones de su atormentada cabeza?

—¿Qué estás leyendo, cariño? –me pregunta aún con su fantástica sonrisa.

Yo alzo los ojos para observarlo. Me mantengo callada unos segundos. En realidad no me apetece hablar, tan sólo aferrarme a su cintura y no soltarme

en mucho rato. Sin embargo, él arquea las cejas en señal de impaciencia. Levanto el libro y le enseño la portada con el título.

—*Anna Karenina* —musita en voz baja, con gesto grave.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio. Él acerca su rostro al mío, meneando la cabeza, y me roza con su rebelde cabello provocándome cosquillas. Ambos nos quedamos en silencio, aún abrazados. «Va a decir algo sobre su madre, va a decir algo sobre su madre...», repite mi mente una y otra vez.

—«No tengo paz que dar. No puede haber paz para nosotros. Sólo miseria o la felicidad más grande» —recita una frase del libro de memoria.

Lo separo y lo miro con una ceja arqueada. Él no dice nada, tan sólo me observa muy callado y serio, con ese gesto imperturbable que tanto odio en ocasiones.

—Y yo tengo claro que lo segundo... Vamos a tener toda la felicidad del mundo. ¿Qué pasa, te sabes todos los libros del mundo de memoria? Recuerdo que es la forma en que trataste de conquistarme, enviándome mensajitos con frases de novelas... —le digo de manera juguetona. No me apetece nada que se ponga melancólico como en otras ocasiones. Le cojo de la nuca y lo atraigo hacia mí, dispuesta a besarlo. Sin embargo, él me aparta suavemente, dejándome sorprendida.

—Tengo miedo de que algún día seas tú, en lugar de Anna Karenina, la que diga lo de «¿Felicidad? Tú has asesinado mi felicidad... ¡Asesino!». —Su mirada se oscurece.

Me quedo con la boca abierta sin saber qué contestarle. Sabía que lo iba a hacer y, si continuamos así, no tardaré mucho en hartarme. Lo único que necesito es que sonría, que me demuestre que él también está luchando por salir de todo esto. Le atrapo por la nuca una vez más y me arrimo tanto a su rostro que nuestras narices se rozan.

—Tú eres muy tonto si piensas que yo diría eso alguna vez.

—Tan sólo quiero que...

—Sé lo que quieres y lo estás logrando. Pero haz el favor de aplicártelo a ti mismo —le pido en un susurro. Su aliento se funde con el mío. Me muero por besarlo.

—El final de *Anna Karenina* es demasiado triste, Sara. ¿Por qué lees ese libro?

—Es solo ficción, Abel —le recuerdo.

Le suelto y él se aparta, aunque tan sólo un poco. Puedo notar las ganas que tiene de besarme y, por eso, me pregunto por qué no lo está haciendo ya. El Abel de antes lo habría hecho en cuanto atravesó la puerta. Me habría cogido por la cintura, me habría tumbado en el suelo o en la mesa y me estaría haciendo el amor con toda la pasión que alberga en su interior. Sin embargo, el de ahora sólo quiere hablar de asuntos tristes y recrearse en su dolor. ¿Será que se siente culpable?

—¿Por qué crees que Anna se enamoró de Vronsky? —me pregunta de repente.

Me quedo pensativa unos segundos mientras miro las ajadas tapas del libro. Me encojo de hombros. Abel está esperando mi respuesta y parece muy interesado en que se la dé ya.

—No creo que lo estuviese realmente. Lo que pienso es que él representaba todo lo que Anna no podía conseguir en su matrimonio. Vronsky le otorgaba la posibilidad de ser ella misma. Anna podía ser libre y rebelde. Pero, sobre todo, existía una gran pasión entre ellos, una pasión que les hacía arder.

Abel se pasa la lengua por el labio inferior. Se ha quedado pensativo tras mi respuesta. Asiente con la cabeza y a continuación me dedica una intensa mirada, la que me recuerda al Abel que conocí, a aquel que me agarraba de la cintura con tanta posesión, el que me dijo que sería suya, el que se enfadaba al pensar que yo podía ser de otros hombres. Por un momento no me importa que sea ese el Abel que está aquí ahora conmigo; me da igual que sea el celoso y autoritario Abel mientras me demuestre que todo puede volver a ser como antes.

—Sé lo que estás pensando —le digo al cabo de unos segundos.

—¿Ah, sí? —Esboza una sonrisa de sorpresa.

—Pues sí. Te conozco más de lo que piensas. Bueno, al menos en ese tema...

—Pues venga, inténtelo, señorita Holmes —dice, divertido.

—Creo que estoy leyendo este libro porque me siento como Anna Karenina.

La cara le cambia de golpe. Se pone muy serio y la mirada se le oscurece aún más. Aprecio el movimiento nervioso de su mandíbula. Alargo una mano y se la acaricio con un dedo. Él cierra los ojos y suspira. Se la beso de forma juguetona y después subo hasta su oreja.

—Piensas que Eric es para mí como Vronsky, que me escaparé con él en cuanto pueda —le susurro.

Se tensa a mi lado. Los dientes le rechinan. Le estoy haciendo enfadar, pero esa era una de las partes de él que me gustaban. No quiero a un Abel triste, confundido y pesimista. Y, de todos modos, este es otro de los asuntos que le obsesionan y en algún momento debemos tratarlo. Así que, ¿para qué esperar? Lo tomo de la barbilla y giro su rostro a mí. Me mira con los ojos entrecerrados; yo con los míos muy abiertos, con la intención de hacerle ver la realidad.

—Eso no es así, Abel. No siento nada por Eric más que cariño como amigo —le digo en voz baja. Él no responde, tan sólo me observa de manera triste—. Yo te amo sólo a ti y va a ser para siempre. Tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

—Para siempre es mucho tiempo —musita en voz baja.

—Será el tiempo que nosotros queramos —le llevo la contraria.

Sonríe de manera disimulada. Alarga una mano y me acaricia la mejilla. Apoyo la mía sobre la suya. Por fin un poco de contacto.

—Es que creo que estoy siendo un egoísta por retenerte aquí. Quizá hubiese hecho mejor dejándote en brazos de Eric.

—¿Te callas o tengo que darte una patada en tus partes como aquella vez? —me río y él se une a mí. Ambos recordamos a la perfección la noche en que me llevó a cenar y casi lo hacemos en los baños del servicio... aunque acabé dándole un golpe por atrevido—. Yo estoy bien aquí. En tus brazos, no en los de nadie más. He dejado todo y he venido aquí por ti. He creído todo lo que me has dicho. —Le doy unos golpecitos en la nariz con el dedo, como si fuese un niño pequeño al que hay que explicarle las cosas muy bien—. Y mira que cualquier otra persona pensaría que esto es una especie de secuestro... Vamos, bien podrías ser un loco que me quiere retener aquí como tú has dicho —me río otra vez.

—Es exactamente eso: tú me tienes loco. —Me acaricia el pelo con una sonrisa. Al menos creo que lo estoy distraendo.

—Pues entonces demuéstramelo. —Me levanto de súbito del silloncito y le doy a él un empujón para sentarlo. Me mira sorprendido cuando me coloco a horcajadas sobre sus piernas y le cojo de ambas mejillas—. Bésame —le susurro, muy cerca de su rostro.

Llevo sus manos hasta mi cintura y hago que me la rodee. Él obedece a lo

que le he pedido y me besa, con mucha suavidad al principio. Separo los labios para recibirlo, para sentir su delicioso sabor en cada rincón de mi boca. En cuanto nuestras lenguas se encuentran, yo ya me empiezo a descontrolar. En cuestión de segundos él también se excita. Me sujeta con fuerza de la cintura y se inclina hacia delante para besarme con más ansia. Sus manos suben por mi espalda, acariciándomela, hasta llegar a la nuca, la cual me cubre con esa posesión que tanto echo de menos en ocasiones. Noto una presión contra mi muslo: es su sexo que ha despertado. Me rozo contra él para excitarlo más. Abel gruñe contra mi boca y me da un mordisco en el labio inferior. Sé que quiere más de mí, pero esta vez soy yo la que me aparto y me levanto, dejándolo con las ganas.

—Quiero jugar —le digo, mirándolo desde arriba. Dirijo los ojos hacia el bulto que ha crecido en su entrepierna. Dios, qué magnífico. Él se levanta y se acerca a mí con una pícara sonrisa, al tiempo que yo doy un paso hacia atrás—. ¿Tienes ganas de mí? —le pregunto, acariciándome el vientre por encima de la ropa.

—Demasiadas —responde. Me atrapa y me empuja contra su cuerpo. Choco con su erección y suelto un gemido.

—Ya era hora —le digo con sarcasmo. Él me mira con la ceja arqueada—. Sé que te sientes triste, pero has estado tres días sin apenas rozarme. Y no sé qué me has hecho, pero yo no puedo pasar más de veinticuatro horas sin tenerte para mí. —Le doy un pequeño empujón para apartarlo. Él sigue todos mis movimientos. Enchufo el portátil y rebusco en la carpeta de música hasta dar con lo que quiero. Me giro hacia él antes de poner la canción—. Quiero que bailemos juntos.

—¿Ahora? —pregunta como si le diese vergüenza.

—Pues sí. Seguro que al público que tenemos le encantará. —Hago un gesto señalando la habitación. Él menea la cabeza riéndose.

—¿Y qué quieres que bailemos y cómo? —Ya le ha vencido la curiosidad.

Lo miro con una sonrisa pícara y le doy al *play*. La sensual melodía de Depeche Mode, con su canción *I feel you*, empieza a sonar. Me quedo quieta, apoyada en la mesa, escrutando a Abel, quien me llama con el dedo, pero yo niego con la cabeza.

—Tú primero —le propongo—. Yo ya he bailado un par de veces para ti. Ahora hazlo tú.

Él me mira con la boca entreabierta, un tanto sorprendido por mi petición,

pero enseguida asiente con la cabeza y comienza a menearse al ritmo de la música. «I feel you. Your sun it shines. I feel you within my mind. You take me there...». Le observo con una sonrisa. La verdad es que Abel baila muy bien y su cuerpo es perfecto para disfrutarlo, tanto visual como táctilmente. Se deshace del jersey y después me dedica una intensa mirada al tiempo que se desabrocha los botones de la camisa. «This is the morning of our love». Me hace un gesto para que vaya con él y esta vez le hago caso. Me arrimo contoneándome y me coloco muy próxima a su cuerpo. Me coge de las caderas y yo las meneo para él de manera sensual. Le abro la camisa y le acaricio el fantástico pecho y el trabajado abdomen.

—*I feel you. Your heart... It sings...* –susurro. Me aprieta contra su cuerpo. Su erección no ha disminuido, más bien al contrario.

—Eres muy tentadora, Sara. Me vuelves loco –me dice con voz grave, agarrándome de las nalgas. Mientras continuamos bailando al ritmo de la música, le bajo la camisa, la cual cae al suelo con suavidad. Le acaricio los hombros sin dejar de mirarlo de manera muy provocativa.

Nos besamos con suavidad. Introduzco la lengua en su boca y juego con la suya. Gimo cuando me clava la erección en el hueso de la cadera. Me froto contra él al compás de la melodía de la manera más sensual posible. Él me levanta los brazos por encima de la cabeza y me saca el jersey. Lo tira al suelo y se muerde el labio al bajar la vista hacia mis pechos desnudos. Intenta acariciármelos, pero se lo impido.

—Sólo estamos bailando... –le digo, haciéndome la remolona.

Me giro dándole la espalda sin dejar de bailar. Rozo mi trasero contra su sexo. Él apoya las manos en mi cintura y se mueve a mi espalda. Me encanta todo esto. Es demasiado sensual y caliente. Me estoy poniendo a mil con cada uno de sus movimientos. «I feel you... Your precious soul». Abel desliza las manos hasta el botón de mi falda y lo desabrocha al tiempo que me da suaves besos en el cuello. Se lo permito porque me siento tan caliente que necesito sus labios en mí. Paso mi mano por su cuello, le acaricio el cabello, froto mi trasero contra él. Mi falda cae al suelo en un tenue murmullo.

—Joder, Sara, cómo te mueves. Casi parece que estés follando –me dice con la respiración agitada.

Me da la vuelta y alza los brazos para que me deshaga de su pantalón. Los músculos de su vientre se contraen cada vez que se mueve. ¿Cómo sabe bailar de forma tan excitante? Me está tentando con todo su cuerpo, con su

mirada, con sus labios, con su piel. Le quito el cinturón lo más rápido posible y desabrocho el botón de su vaquero. Se lo bajo un poco y en cuanto aparece su vientre en V, se me seca la boca. Este hombre me pone demasiado; es increíble lo que me puede provocar con tan sólo la visión de su cuerpo. Pero no es sólo eso, es también un deseo mucho más profundo que despierta en mis entrañas únicamente él.

Le rozo la piel por encima del *boxer*, a lo que él responde con un suave jadeo. Lo miro picarona y le bajo el pantalón, poniéndome de cuclillas ante él. Levanta un pie, después el otro, y lanzo su vaquero por mi espalda. Él no me quita los ojos de encima. Los posa en mis labios, a continuación en mis pechos. Me agarro a sus piernas y voy subiendo por ellas al ritmo de la música, rozándole con mi cuerpo. Cuando paso por su sexo cubierto con el *boxer*, suelta un gemido. No me detengo en él aún, a pesar de que me muerdo de ganas por metérmela en la boca. Ascendo por su vientre, por su pecho, acariciándole con mis manos, pero también con toda mi piel. Una vez estoy totalmente erguida, le abrazo y me contoneo. «I feel you. Each move you make... I feel you. Each breath you take...». Él coge la cinturilla de mis *leggings* y los echa abajo, imitándome. Se agacha ante mí sin apartar los ojos ni un momento. Su intensa mirada me quema. ¡Sí, joder! Todo mi cuerpo está ardiendo. Mi sexo palpita en el momento en que su nariz me roza por encima de las braguitas. Gimo sin poder evitarlo. Él sonrío porque ya debe haberse dado cuenta de mi humedad. Pero como yo he hecho antes, no se detiene. Alzo los pies y me saca los *leggings* con delicadeza. Los deja a un lado y empieza a subir, acariciando mis piernas con sus expertas manos. Parece que me esté masajeando. Echo la cabeza atrás cuando me aprieta los muslos. Su nariz vuelve a posarse en mi pubis. Lo noto respirar en él. Continúa subiendo, rozándome el vientre con los labios. Su cara pasa por mis pechos. Me muerdo por cogerle la cabeza y enterrarla en ellos, pero me contengo. He sido yo la que ha empezado el juego y lo voy a respetar. Por fin se incorpora del todo y me mira con una sonrisa traviesa. «You take me home, to glory's throne. By and by... This is the morning of our love. It's just the dawning of our love».

Ya sólo estamos vestidos con nuestra ropa interior. Nuestros cuerpos están tan calientes que apenas notamos el frío, a pesar de que las temperaturas han descendido mucho estos días y el fuego de la chimenea ya casi se ha apagado. Abel me rodea la cintura con sus brazos y me alza hasta que tan sólo la punta de mis dedos roza el suelo. Me aprieta contra su cuerpo y me hace sentir el

palpitar de su corazón. Me besa con ardor. Me muerde el labio inferior, lo lame y juega con él. Jadeo contra su boca.

—¿Alguna vez has bailado así con una mujer? —le pregunto casi sin poder respirar a causa de la intensidad de sus besos.

Niega con la cabeza. Su boca se vuelve a cernir sobre la mía, devorándome.

—Sólo contigo, Sara. Eres la única que puede hacer que me excite de esta manera y que juegue a todo lo que quieras.

Le sonrío con picardía. Me revuelvo entre sus brazos para que me deje en el suelo. En cuanto lo hace, corro hacia el dormitorio. Él me persigue, imaginando que quiero continuar el juego. Me observa con curiosidad mientras yo rebusco en una de las maletas. Cuando encuentro lo que quiero, suelto una risita. Alzo el objeto en vilo, zarandeándolo de un lado a otro ante su rostro. Él sonrío y menea la cabeza.

—He creado una pequeña pervertida —dice risueño.

—Fuiste tú el que me las regaló —le saco la lengua.

—¿Quieres que te espose? —me pregunta, acercándose a mí. Observo el bulto que asoma en su *boxer*.

Asiento con la cabeza. Él sonrío, me las quita de las manos y, a continuación, las cierra alrededor de mis muñecas. La presión del metal contra mi piel me pone a cien. Me echo hacia delante para besarlo. En cuanto sus labios tocan los míos, exploto en cientos de cosquillas maravillosas. Me coge en brazos y me lleva hasta el salón para que no pasemos tanto frío. Me deposita en el suelo con mucha suavidad. Me acaricia el pelo mirándome con una intensidad que me provoca un escalofrío.

—¿Quieres que juegue contigo, Sara?

—Sí —respondo con la boca seca a causa de la excitación.

—Vas a tener que hacer todo lo que yo quiera como aquella noche.

Mi mente vuela al juego del póquer. Como perdí, tuve que bailar para él con unas bolas chinas dentro de mí. Luego me hizo el amor de una manera explosiva. Fue una de las experiencias sexuales más increíbles de mi vida. El estómago se me contrae de excitación con tan sólo pensar en aquellos momentos.

—Arrodíllate —me dice.

Me quedo un poco parada, sin saber muy bien lo que hacer. Él se da cuenta de mi confusión y se apresura a añadir:

—No tienes que hacer nada que no quieras. No te voy a obligar a algo que no te guste. —Me acaricia la barbilla.

Para que me sienta mejor, me abraza y me besa con ternura. Sus labios poco a poco van consiguiendo que me relaje. Saboreo su excitación. Deslizo la mano por su pecho y su vientre, hasta llegar a su sexo. Se lo acaricio por encima del *boxer*. Jadea y me aprieta a él con fuerza, mordiéndome el labio inferior. Me suelta y se arrodilla ante mí como me había pedido. Todo mi cuerpo se tensa en cuanto mete dos dedos en la cinturilla de mis braguitas. Me roza deliberadamente con ellos durante todo el camino de descenso hasta mis tobillos. Me ayuda a mantener el equilibrio al quitármelas. Ahora tengo su rostro justo ante mi sexo desnudo, el cual está ansiando que juegue con él.

—Pequeña, desde aquí puedo apreciar lo mojada que estás —susurra, alzando la vista. Me dedica una sonrisa devastadora. Mi vientre sube y baja a causa de la respiración agitada. No puedo más. Necesito que haga algo ya. Quiero coger su cabeza y atraerla a mi sexo, pero las esposas no me lo permiten. ¡Maldita sea!

Por suerte, Abel deja de hacerme sufrir y se acerca a mí. Me sujeta de las nalgas y empieza a darme pequeños besos por todo el pubis. Gimo y me retuerzo con tan sólo eso. Oh, Dios, estos días sin tenerlo para mí han sido horribles. Todo mi cuerpo estaba anhelándolo y ahora que lo tengo, no sé cuánto voy a poder aguantar. Siento que casi estoy a punto de explotar, pero no quiero que sea todo tan rápido; me gustaría disfrutar de todo el placer que me puede dar.

—Tu sabor me pone tremendamente cachondo, Sara. —Pasa un dedo por mi vagina, rozándome la entrada, y a continuación se lo lleva a la boca y lo chupa. Yo lo miro mordiéndome los labios para no estar gimiendo todo el rato como una loca.

Entonces, para mi sorpresa, se tumba bocarriba en el suelo. Me indica con el dedo que vaya a él. Yo me acerco, pensando que quiere hacerlo ya, pero niega con la cabeza.

—Ponte a cuatro patas sobre mí, pero al revés. —Me mira con una sonrisa ladeada. No puede ser más atractivo, joder—. Quiero tener tu precioso coñito ante mi cara.

Mi sexo palpita con esa frase tan caliente. Imagino que quiere hacer un sesenta y nueve y para mí será la primera vez, pero con él todo me parece demasiado excitante. Me ayuda a colocarme tal y como me ha dicho. Con las

esposas es más difícil, pero consigo mantener el equilibrio. Él alza el trasero y se baja los *boxer* hasta quitárselos. Su magnífico sexo se muestra ante mi rostro. Sin poder contenerme más, me inclino con las manos a la espalda y lamo la punta. Él suelta un gemido y se echa hacia arriba. Intento metérmela en la boca y cuando lo consigo, empiezo a mover la cabeza hacia arriba y abajo. Abel jadea y me clava los dedos en las nalgas.

—Nena, Dios... qué... boquita... tienes —dice entre gemidos, casi sin poder hablar.

En ese momento uno de sus dedos se desliza por mi sexo. Me separa los labios y a los pocos segundos noto su lengua en ellos. Meneo el trasero de un lado a otro ante el torbellino de placer que me provoca. Me lame el sexo con precisión, recorriendo cada uno de mis rincones. A continuación introduce un dedo en él, arrancándome un grito ahogado porque aún tengo su pene en mi boca. Lo chupo con ansia, metiéndomelo todo lo que puedo. Él jadea en mi sexo. Me está devorando por completo y cada vez me deshago en más oleadas de placer. Saco su erección de mi boca y digo entre gemidos:

—Abel, joder... Si sigues así... No podré aguantar más...

—Es lo que quiero, pequeña —responde. No cesa de meter y sacar su dedo de mi vagina. Después lo mueve en círculos otorgándome un placer indescriptible. Quiero ofrecerle lo mismo, así que vuelvo a lamer su glande, lo rodeo con la punta de mi lengua y a continuación me meto su sexo una vez más. Él busca mi clítoris y en cuanto lo encuentra, le da un suave mordisco. Yo grito de la sorpresa. Las olas de placer se van acercando cada vez más. Meneo el trasero, acercándolo más a su cara. Él me lo coge y me lame con más ansias. Yo hago lo mismo con su sexo, el cual palpita en mi boca, avisándome de que tampoco le queda mucho.

—Abel... Abel... —gimo.

—Eso es, Sara. Quiero que te corras en mi boca. Déjame saborearte.

Su voz ronca y tintada de matices de placer, su frase tan caliente y su lengua y dedos en mi sexo, logran que me desborde en cuestión de segundos. Aprieto mis labios contra su erección en cuanto siento el orgasmo llegar a mí. Todo mi cuerpo se contrae y exploto en cientos de lucecitas de placer. Los gritos se me ahogan cuando él también estalla en mi boca. Me llena y yo paladeo su sabor. Lo saco de mi boca al ver que no puedo más y me mancha los labios. Todo esto es muy sucio pero tan excitante que no puedo evitar gritar una y otra vez. Su lengua no me da tregua hasta que se me pasa el

orgasmo. Y él tampoco me la da porque en cuestión de segundos me hace girar, colocándome a mí debajo.

—Y ahora —me clava su oscurecida mirada. Yo me muerdo el labio inferior—, te voy a follar como más te guste.

—Muy fuerte —respondo en voz baja.

Él sonrío y me acaricia la cara. Se inclina sobre mí y me besa con suavidad, saboreando su semen. Pero después me agarra del culo, levantándomelo, y se coloca en mi entrada. Su sexo ya está tan dispuesto como antes a pesar de haberse ido hace tan sólo unos segundos. Se da cuenta de lo sorprendida que estoy y esboza un gesto de orgullo.

—Esto es por ti. Porque me pones como nadie. Te deseo tanto que me parece que algún día explotaré. Te voy a follar hasta que tiemble todo tu cuerpo.

—Quítame las esposas, por favor. Quiero tocarte —le pido.

Él se marcha y regresa pocos segundos después con la llave de las esposas. Me las quita y las deja a nuestro lado. Me contoneo en el suelo bajo su cuerpo, esperando a que me haga lo que quiera. El suave pelo de la alfombra me hace cosquillas en la espalda y el trasero. Paso las manos por su cuello y me aferro a él, atrayéndolo a mí para besarlo. Me coge de los muslos mientras nuestras bocas se devoran. Me abre de piernas y se coloca entre ellas. Yo arqueo el cuerpo tratando de conseguir que se meta ya en mí. Lo deseo tanto, joder. En cuanto la punta de su erección roza mi clítoris, grito. Él me pone un dedo sobre los labios y, sin darme ni tiempo a respirar, se introduce en mí de manera violenta. Me provoca dolor, pero al mismo tiempo un placer indescriptible y es de la única forma que quiero sentirlo. Se queda quieto unos segundos, dejando que mi sexo se habitúe al suyo.

—Más, Abel, por favor... —le ruego lloriqueando. Me retuerzo bajo su fuerte pecho.

Él niega con la cabeza y se desliza un poco hacia abajo, con lo que su pene sale de mí. Me hace sentir vacía y le maldigo por dentro. Se concentra en mis pechos: lame primero un pezón, luego el otro, mientras dos de sus dedos me pellizcan el otro. Cuando me sopla en ellos, creo que voy a morir. Lo cojo de los riñones y lo pego a mí. Él suelta una risita y me susurra que soy una impaciente. Asiento con la cabeza y le beso, revolviéndole el cabello, cogiéndole unos cuantos mechones rebeldes. De nuevo se mete en mí, esta vez de manera más suave. Lo noto avanzar entre mis paredes, haciéndose

hueco en ellas. Cuando lleva más de la mitad, acaba de introducirse de forma brusca. Suelto un grito, arqueando la espalda. Le rodeo la cintura con las piernas y me empiezo a mover al ritmo de sus embestidas. Cada vez nos aceleramos más y ambos gemimos al unísono.

—Sara, no... sabes... cuánto te amo —me dice entre jadeos.

—Y yo a ti —respondo, abrazándome a él con toda la fuerza que tengo.

Lo miro a los ojos mientras continúa saliendo y entrando a mí. Sus sacudidas me acercan a él cada vez más. El sexo parece ser la única manera que tiene de confesarme todo lo que le asusta y atormenta. Es la forma más hermosa de decirme lo mucho que me ama. Para mí el sexo con él ya no es sólo eso, sino algo que hace que me descomponga en miles de pedazos de luz. Siempre soy un astro cuando estoy entre sus manos. No hay nada de malo en ello: sé que hemos nacido para hacerlo, que nuestros cuerpos se modelaron con la intención de unirse una y otra vez.

Me penetra de forma brusca. Sus caderas chocan contra las mías. Clavo mis talones en sus riñones, mis uñas en su espalda. Apoyo la cabeza en su cuello, olfateándolo.

—Me voy, cariño. No aguanto más.

—Sí... Hazlo, por favor... Hazlo... —jadeo en su piel.

Él me penetra un par de veces más de manera brusca. Me coge de la barbilla para alzarme la cara y que lo mire. Le encanta que lo haga cuando se va a ir, y a mí me gusta hacerlo porque me veo reflejada en sus ojos y comprendo lo mucho que me necesita. Su sexo palpita en mi interior, bombea y me presiona. Contraigo las paredes al sentir que las olas se me acercan una vez más. Él se corre antes que yo y me llena toda. Pero como se ha dado cuenta de que yo todavía no lo he hecho, continúa penetrándome al tiempo que me acaricia el clítoris con un dedo. Bastan unos pocos roces para que mi cuerpo vibre entero. Acelero los movimientos y esta vez me corro en su sexo y en su mano. Siento que abandono mi cuerpo, que todo esto no puede ser tan real porque toda mi piel tiembla para él tal y como me había dicho.

Una vez terminamos, nos quedamos abrazados un buen rato. Cuando me canso de tener su peso sobre mí, se coloca a mi lado en la alfombra. El fuego de la chimenea se ha apagado y yo empiezo a sentir frío, pero él me atrae a su cuerpo y me abraza con fuerza. Me besa en la frente con una ternura que me sobrecoge. Cierro los ojos, con una mano apoyada en su pecho.

—Por favor, Abel, que todos los días que estemos aquí sean como este a

partir de ahora –le ruego en voz bajita.

—Te lo prometo –susurra contra mi pelo.

Deseo creerle, pero hay algo en mí que me dice que sus pesadillas y sus obsesiones no han terminado.

5

El niño se colocó en el alfeizar, apoyando un codo en la madera de la ventana. Se llevó la cámara a los ojos y miró a través del objetivo. La cámara que le había regalado mamá era fantástica. Había hecho ya muchas fotos, y papá se había enfadado porque los carretes costaban, según él, «un huevo». Mamá le había regañado por decir aquello ante el niño, pero al final ambos se habían reído y él no había comprendido del todo por qué se mostraban tan divertidos.

Desde hacía un par de tardes dos gatos aparecían en la calle más o menos a esa hora. Él creía que eran hombre y mujer y que estaban enamorados, pues siempre se mostraban muy acaramelados. Sin saber muy bien los motivos, quería fotografiarlos en los diferentes momentos de su coqueteo. Le provocaba una ternura infinita los abrazos que parecían darse esos dos animales, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor.

Meneó la cabeza a un lado y a otro con la intención de descubrir a los gatos. De momento no habían llegado. Por la calle pasó uno de sus vecinos, Miguel, un niño dos años mayor que él que le había intentado quitar la cámara. Menos mal que su madre había aparecido en ese momento. Le había regañado con su bonita sonrisa y Miguel no había podido más que disculparse tartamudeando y marcharse a su casa. Mamá siempre conseguía

que todos retrocediesen ante ella, y lo hacía de forma natural, siempre con su cálida sonrisa, sin necesidad de malos gestos o feas palabras.

—¡Eh, tú! —le gritó Miguel desde la acera, con la cara sucia y una pelota entre las manos—. ¡Sácame una foto!

—No quiero malgastar el carrete —respondió el chico con las cejas arrugadas.

El otro lo miró con mala cara y alzó el puño de manera amenazante.

—Si no lo haces, quizá la próxima vez tu madre no esté para defenderte.

—Está bien —suspiró el muchacho. Sacó una rápida foto a su vecino que, a pesar de todo, salió perfecta—. ¡Espera un momento! —le pidió. Salió de la habitación y corrió por el pasillo hasta llegar a la cocina. Cogió una pinza de la ropa y atrapó la foto con ella. Antes de meterse en su habitación, se detuvo en la de su madre, la cual tenía la puerta entreabierta. Ella no se encontraba bien desde hacía un par de semanas. Había dejado el trabajo y se encerraba en su despacho a leer sin parar. Lo peor era que, en un par de ocasiones, ella había fingido que no lo reconocía, con lo que él se había asustado mucho. En ese momento la escuchó suspirar entre sueños y él meneó la cabeza con una sonrisa, atosigado por el amor que sentía hacia ella.

—¡Ya era hora! —exclamó Miguel en cuanto lo vio asomar por la ventana.

—¡Toma! —El muchacho le lanzó la foto con la pinza, la cual cayó justo a los pies del otro. Este la cogió con la ceja arqueada y, tras echarle un ojo, soltó un silbido de admiración.

—Guau, está chula.

El muchacho pensó que su vecino no se iría nunca y que le fastidiaría el momento con los gatos. No obstante, un par de minutos después, Miguel se despidió y se marchó tan feliz con su foto. Él esperó unos diez minutos más en la ventana hasta que pensó que los animales no aparecerían esa tarde. Cuando ya iba a apartarse, descubrió a uno de ellos acercándose a paso lento y elegante desde la derecha. Se inclinó hacia adelante para ver si también estaba el otro, pero no lo vio por ningún lado.

—¿Abel?

Se giró y descubrió a su madre en medio de la habitación. Llevaba el cabello enmarañado y estaba muy pálida. Las oscuras ojeras habían invadido su rostro y se la estaban comiendo poco a poco. Él sabía que mamá estaba enferma, pero tenía la esperanza de que pronto se curaría. Sin embargo, esa tarde pensó que algo no marchaba nada bien, como aquella vez en que ella lo

miró en la playa y le transmitió con sus ojos una profunda pena.

—Mamá, voy a fotografiar a unos gatitos preciosos. Estoy esperándolos, pero uno no aparece —le explicó.

La mujer se llevó una mano a la cabeza e hizo un gesto de dolor. Él la miró confundido sin saber qué hacer.

—No me encuentro muy bien —dijo ella—. Voy a darme un baño, ¿vale, cariño? Nos vemos dentro de un rato.

El chiquillo fue a contestar, pero ella salió por la puerta con sus delicados andares y lo dejó con la palabra en la boca. Le habría gustado decirle que no se preocupara, que él estaba ahí para cuidarla y que pronto estaría tan bien como antes, con esa brillante sonrisa que a todos iluminaba. Se encogió de hombros y se lanzó a la ventana una vez más, con la esperanza de que el segundo gato hubiese aparecido. El primero se encontraba tan solitario como cinco minutos antes. El chiquillo esperó un buen rato, al igual que el gato, el cual parecía desamparado. Al final, no tuvo más remedio que sacarle un par de fotos al único animal que había acudido a la cita. «Pobrecito, parece muy solo. ¿Por qué le habrá abandonado su amigo?», pensó el chiquillo con un poco de tristeza.

Dejó la cámara en el escritorio y después cogió de la estantería una caja de madera. Se sentó en la cama con ella y, al destaparla, aparecieron docenas de fotos. Casi todas eran de su madre. Las desparramó en la colcha y se puso a mirarlas con una sonrisa en la cara. Mamá era tan bonita, tan alegre y tan lista... El verbo en pasado retumbó en su mente. Ahora ya no lo era. Continuaba siendo hermosa, pero parecía estar apagándose. No sonreía mucho y había perdido la capacidad para contar esas historias tan sorprendentes. Se quedó un buen rato contemplando las fotos hasta que se dio cuenta de que fuera empezaba a anochecer. Recordó que su madre se había ido a duchar hacía al menos una hora. Tenía que haber salido ya y a él le rugían las tripas. Avanzó por el pasillo y se asomó al dormitorio de su madre, pero no la encontró allí. Tampoco estaba en la cocina preparando la cena, ni en el comedor viendo la tele, ni en el despacho leyendo algún libro. Se dirigió al de su padre, quien últimamente trabajaba hasta muy tarde. Llamó a la puerta de manera suave, ya que a papá no le gustaba que le interrumpieran. Escuchó un gruñido desde el interior y al final se atrevió a abrir la puerta.

—¿Qué pasa, Abel?

—Mamá aún no ha salido del baño y yo tengo hambre.

—Ya sabes que le encanta quedarse en el agua hasta arrugarse —le recordó su padre, dedicándole una dura mirada.

—Pero...

—Terminaré esto en diez minutos. Ve y llámala, anda.

El chiquillo asintió y se marchó del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Corrió por el pasillo y se detuvo ante la del cuarto de baño. Llamó un par de veces, pero no obtuvo respuesta alguna. Apoyó la oreja en la madera y escuchó: no se oía nada, ni siquiera el agua o a su madre tarareando alguna canción como solía hacer. Volvió a golpear con los nudillos en vano.

—¿Mamá? ¡Que ya se está haciendo hora de cenar! —exclamó el muchacho. Pero tampoco respondió.

Arqueó la ceja sin saber qué hacer. Le daba vergüenza abrir y encontrársela desnuda. Ella era demasiado bonita como para que él pudiese soportarlo y, además, ya era un niño mayor. ¿Y si se enfadaba con él? No obstante, había algo en su estómago que le decía que la situación no era normal. Mamá se encontraba mal y podía haber sufrido un desmayo. Con los nervios aferrados a la tripa, decidió abrir.

La confusión le abatió al instante. Durante un minuto no acertó a comprender lo que estaba sucediendo. Su madre se encontraba sumergida en la bañera con el agua hasta el cuello. Tenía los ojos cerrados y estaba muy quieta, como si se hubiese dormido. Sin embargo, había algo extraño en toda aquella escena. Y es que el agua estaba tintada de rojo. Se acercó con pasos inseguros, temeroso de lo que se iba a encontrar. Ella tenía un brazo fuera de la bañera, apoyado en el mármol, y el chico pudo distinguir un profundo corte en la muñeca, del cual aún manaba sangre.

—¿Mamá? —preguntó con los ojos muy abiertos.

El corazón le empezó a latir a mil por hora. La bañera estaba llena de sangre que había salido de las muñecas de su madre. La llamó un par de veces más hasta que comprendió que nada estaba bien. Alargó un brazo y rozó el de ella con sus dedos. Apartó la mano de golpe, totalmente asustado: estaba muy fría. Su mente no paraba de dar vueltas; por ella danzaban un sinfín de pensamientos oscuros. Cuando por fin pudo reaccionar, se lanzó a la carrera hacia el despacho de su padre. Cuando entró con la respiración agitada, el hombre alzó la vista y lo miró con las cejas arrugadas.

—¿Qué ocurre, Abel?

—Mamá... Ella... en la bañera... rojo... —el chiquillo no atinó a componer

una frase acertada. Tenía un nudo en la garganta que le era imposible deshacer.

Su padre le observó sin entender lo que sucedía pero en cuanto vio que su hijo no estaba bien, se levantó de la silla y corrió hacia él. Lo apartó de un empujón y se dirigió al baño. El chiquillo lo siguió a toda prisa. Antes de llegar, ya pudo escuchar el gemido de dolor de su padre. Al asomarse al baño, lo descubrió arrodillado junto a la bañera, abrazando a su mujer.

—¿Pero qué has hecho, Laura? —sollozó, apartándole de la frente unos mechones mojados. Le puso dos dedos en el cuello y dijo para sí mismo—: Aún está viva. Voy a llamar a una ambulancia. Quédate con ella, hijo —le pidió.

El chiquillo simplemente miró a su padre con la boca abierta. Tenía los ojos clavados en la sangre que inundaba la bañera y que cubría todo el cuerpo de su madre. Su mente le decía que ella por fin se había transformado en el ángel que era: un ángel rojo. Antes de que pudiera darse cuenta, sus piernas lo llevaron a la habitación. Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Tomó la cámara de mamá entre sus manos y regresó al cuarto de baño. Avanzó un par de pasos hasta colocarse en lo que le parecieron la posición y el lugar correctos. Y entonces, se acercó la cámara al rostro y apretó el botón.

—¿Qué estás haciendo, Abel? —escuchó la voz temblorosa de su padre a la espalda.

El hombre le arrebató la cámara de las manos y la tiró al suelo con fuerza. El chiquillo soltó un gemido al ver que el regalo de su madre se rompía en pedazos. Su padre lo llamaba desde muy lejos, pero él no lo entendía. Se arrodilló ante la cámara y cogió la foto que había salido antes de romperse. La puso ante sus ojos y la miró durante un buen rato. No había nada más que la foto y él. La foto que le ayudó a comprender lo que había sucedido. Esa vez los gritos de su padre le llegaron más cercanos y pudo entenderlos.

—¡Está muerta, Abel! ¡Se nos ha ido!

El niño se giró hacia el hombre y lo descubrió abrazado a Laura, su hermosa madre. El agua roja inundó sus ojos que se agrandaron a límites insospechados. Y entonces, el grito salió de su garganta sin poderlo frenar. Gritó y gritó hasta que sintió que la cabeza le dolía tanto que en cualquier momento le explotaría. El hombre se levantó y se acercó a él, estrechándolo entre sus fuertes brazos. Tenía la camisa manchada de sangre y, sin quererlo, le tiñó el rostro a su hijo, que continuaba gritando. Pensó que jamás iba a

poder callar. El dolor le llegaba cada vez más rápido y le sacudía hasta romperlo en cientos de pedazos.

—Abel, ya... ya... Todo irá bien... Cariño, yo estoy aquí

Su padre lo acunó entre sus brazos, tratando de tranquilizarlo. El chiquillo continuó gritando unos segundos más hasta que, por fin, empezó a quedarse afónico. Entonces el llanto sustituyó a los chillidos. Se aferró a la camisa de su padre y lloró, llamando a su madre en susurros. Gabriel lo sacó del cuarto de baño para apartarlo del macabro espectáculo.

Pero el niño aún llevaba en la mano la foto que había sacado a su madre y, al volverla a ver, sintió que todo le daba vueltas. Cayó en la oscuridad sin poderlo evitar, y esta vez fueron los gritos de pánico y de dolor de su madre los que invadieron sus pesadillas.

La oscuridad me atrapa. Floto en ella como si no existiese otra posibilidad. Intento nadar agitando los brazos para abandonarla y que no cubra todo mi cuerpo, pero resulta en vano. Los gritos de Laura me acompañan y no me sueltan: son como brazos que quieren aferrarme para toda la eternidad. Estoy olvidándome del presente, avanzando entre arenas movedizas que poco a poco se convierten en lagunas cada vez más difíciles de escalar.

Abro los ojos. Todo me parece irreal. Todo está borroso. Por un momento siento un miedo atroz ya que no recuerdo dónde estoy, qué estoy haciendo en este extraño lugar, quién es la persona que se encuentra a mi lado observándome con preocupación. Sólo sé que de mi boca sale un extraño sonido y al final me doy cuenta de que son mis propios gritos. La persona que está conmigo extiende los brazos, dispuesta a abrazarme. La borrosidad no me abandona, su rostro se me antoja desconocido, peligroso y lejano. Alzo los brazos para protegerme, le doy un manotazo con tal de apartarla de mí. Ella suelta un grito de sorpresa, pero aun así continúa luchando, tratando de contenerme.

—¡Abel, soy yo! ¡Estoy aquí! Estoy contigo. —Consigue que me quede quieto. Me aprieta contra su pecho y, de repente, percibo una calidez que me hace cerrar los ojos—. Ven a mí, Abel, vuelve.

—Déjame. Quiero que te vayas —murmuro entre sollozos.

—No. No soy esa persona que quieres que se vaya. Soy tu Sara. ¿Recuerdas? Soy yo, mi amor. Soy tu ángel. —Me acuna como a un niño pequeño. Quizá lo soy, porque estas manos se me antojan diferentes...—.

Vamos, Abel. Regresa a mí, te estoy esperando. —Su voz es serena, cálida, tranquilizadora.

La rodeo, apretándome a ella como si de verdad fuese un bebé. Lloro en su regazo. Ella me acaricia el pelo y me susurra palabras conciliadoras. Poco a poco mi mente se abre. La oscuridad empieza a abandonarme. El sudor me recorre la frente, provocándome escalofríos.

—Ya está, Abel. ¿Ves? Ella se ha ido. Sólo somos tú y yo, cariño.

Alzo la cabeza para mirarla. Ella me escruta con sus enormes ojos grises. Le acaricio la sonrisa. Me besa la yema del dedo y yo suelto otro sollozo. Me vuelvo a aferrar a su cuerpo, a su pequeña cintura. Entierro la nariz en el hueco de su cuello y aspiro su aroma. No quiero olvidarlo. Necesito que cada parte de mi ser se impregne de ella.

—Tráeme las pastillas, por favor —le pido en voz baja.

Me suelta y sale de la habitación corriendo. En cuestión de segundos regresa con un vaso y un par de píldoras en la mano. Me las entrega y yo me las tomo con ansia. Después me acuesto, pero las sábanas están tan mojadas que me siento incómodo, así que me incorporo y me quedo con la cabeza gacha, tratando de componer el rompecabezas en el que se ha convertido mi mente. Una vez más, los recuerdos van acudiendo poco a poco. Mi nombre, el suyo, lo que hacemos aquí. Todo cobra sentido y yo aspiro con fuerza y suelto el aire con lentitud, siendo consciente de cada parte de mi cuerpo.

Sara me coge de la mano y me acaricia el rostro sudado. Agacho la mirada porque me da vergüenza lo que he hecho antes.

—No quería golpearle, Sara —le digo en un susurro.

—¡Chsss! Está bien, no importa. No me has hecho daño —responde, sin detener sus caricias—. En ese momento no sabías lo que hacías.

Nos quedamos un buen rato abrazados en silencio. Ella me da besos por todo el rostro. Yo enredo los dedos en su pelo y se lo huelo. Es tan perfecta... ¿Cómo puede estar aquí conmigo, con toda esta imperfección que me rodea? Cada día que pasa siento que la estoy alejando de mí. Me gustaría decirle que estoy intentando luchar con todas mis fuerzas, pero que hay algo que tira de mí hacia el abismo. A pesar de todo, continuaré caminando hacia delante. Por mí, pero sobre todo por ella. Por ambos. Para crear un futuro juntos. Debo recuperar las esperanzas, convertirme en el que era antes, el que la hacía reír, el que le daba placer, el que la hacía levitar. Puedo hacerlo: sólo tengo que luchar contra la oscuridad. Ya lo hice una vez, ¿por qué no ahora? «Antes

tenías otros medios más eficaces: drogas, alcohol y sexo duro», dice mi mente en ese momento, aturdiéndome por completo. «Puede, pero ahora tengo el amor más puro y eso es mucho más poderoso que todo lo demás», me digo a mí mismo. «¿De verdad lo crees? Porque antes podías abandonarte en el éxtasis que las drogas te provocaban. Pero ahora... ¿qué?», la voz de mi cabeza retumba y me provoca dolor. Me llevo una mano a la frente y niego con la cabeza.

—¿Qué sucede, Abel? ¿Te encuentras mal otra vez? —me pregunta ella con semblante preocupado.

—Sólo son las pastillas. Sabes que me ponen de mal humor —murmuro—. ¿Quieres irte a leer un rato?

—No. Puedo lidiar con tu mal humor. Lo he hecho muchas veces. —Esboza una bonita sonrisa. Se la beso. Saboreo su lengua, tan inocente y al tiempo provocadora.

—¿Sabes que fui yo el primero que la vio? —suelto de repente, recordando la terrible pesadilla.

—¿Qué? —Me mira confundida.

—Yo descubrí a mi madre en la bañera. Se había cortado las venas. El agua estaba llena de sangre —le explico con voz temblorosa.

Ella se lleva una mano a la boca y me mira con horror. Entonces se lanza a mí y me abraza con fuerza.

—Cariño, eso es horrible. Lo siento, lo siento mucho, de verdad...

—No podía pensar ni decir nada. Había un zumbido en mi cabeza que no me dejaba reaccionar. Y entonces cogí la cámara y le hice una foto —continúo, mirando al frente. El dolor en el pecho se me acentúa. Quiero dejarlo atrás...—. Le hice una foto a mi madre suicida en la bañera.

Sara me observa con expresión de susto. Pero también aprecio en sus ojos comprensión y dolor. Esto es lo único que provocho en los demás... Lo que causé en mi madre: sé que ella se quitó la vida por mí, porque no soportaba saber que se olvidaría de su hijo, que jamás podría volver a mencionar mi nombre con la conciencia clara.

—¿Por qué no me deja en paz, Sara? —Me llevo una mano al rostro y me froto los ojos—. La odio, ¿sabes? Pero también la quiero demasiado.

—Lo sé. —Ella me coge de la mejilla y me obliga a mirarla—. Pero lo vas a lograr. Eso pasó hace mucho y tú tienes que empezar a olvidarlo. No puedes torturarte más. Te está haciendo enfermar más de lo que estás. Y pienso que

quizá quedarnos en esta cabaña acentúa tus pesadillas y eso provoca que tu enfermedad...

—No, Sara —niego con la cabeza—, las pesadillas siempre vuelven, no tiene nada que ver. Y no podemos regresar todavía. Ha pasado muy poco tiempo y ellos aún estarán pensando en nosotros.

—¿Y si se acercan a mi familia? —Se muestra preocupada. Rozo su nariz y sus mejillas pecosas.

—Confía en mí: eso no pasará. Sólo nos quieren a nosotros. No son de ese estilo. Prefieren atrapar a sus presas, jugar sólo con ellas. —Cojo su mano y le beso los dedos.

—Pues entonces intenta escapar del recuerdo de tu madre... —me suplica con los ojos.

—Estoy luchando, Sara, te lo prometo. Pero sin la medicación se me hace más duro. No puedo tomarla junto con la del alzhéimer. —Me seco el sudor de la frente. Hace mucho frío incluso aquí dentro, pero yo estoy ardiendo—. Ese día yo me rompí, ¿sabes? Tuve que mantener el tratamiento durante demasiado tiempo. Y tardé mucho en curarme. En realidad aún no lo estoy.

—Yo estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé. El problema es que la fecha se acerca, Sara. Y con ella, la sombra de mi madre.

—No te entiendo.

—Ella se quitó la vida dos días antes de mi cumpleaños —le confieso.

Sus palabras me dejan muda. No queda casi nada para el cumpleaños de Abel. Una semana más y yo pensaba estar celebrándolo de la forma más bonita posible. ¿Pero cómo voy a hacerlo ahora sabiendo esto? Comprendo cómo se siente. Sé que su dolor es grande y quiero aliviárselo, pero no sé cómo hacerlo.

—No quiero joderte con todos mis problemas —me dice, clavándome su triste mirada.

—Eh... —le susurro, acercando mi rostro al suyo—. Estamos juntos en esto. Yo necesito que me cuentes todo. Y tú también. Es una buena purga, ¿no crees? —Le sonrío.

—No sabes lo mucho que me estás ayudando. —Me besa en la nariz.

—A veces me parece que no estoy haciendo nada. —Meneo la cabeza en señal de abatimiento.

—No es verdad. Desde que te conocí mi vida es mucho mejor y lo sabes. Todos lo saben. Mi familia está contenta por mí y es gracias a ti. Y yo también lo estoy. Tengo mucho que agradecerte.

Esbozo una sonrisa. Acaricio su cuello y bajo por su pecho. Me echo hacia delante y le beso con suavidad, recreándome en sus labios, notándolos en los míos. Él me coge de la nuca y me junta a su cuerpo, el cual me sorprende de lo mucho que arde. Paso mis manos por su ancha espalda y le beso con más ganas. Él baja hasta mis pechos y me los masajea por encima del pijama.

—Te amo, pequeña. —Me aparta el flequillo del ojo—. ¿Recuerdas lo que te prometí en el lago? —me pregunta.

—Por supuesto. Y más te vale cumplirlo —me río.

Mi mente vuela al día que llegamos. Deshicimos las maletas mientras la tarde iba cayendo. Cuando faltaba poco más de una hora para anochecer, Abel propuso enseñarme un poco más del lugar. Él sabe lo asustadiza que soy, pero se empeñó en que debíamos salir en ese momento, así que finalmente accedí. Nos pusimos nuestras chaquetas, pues ya hacía bastante frío, y abandonamos la cabaña. Me mostró la hermosura del bosque que se abría ante nosotros. Creía que íbamos a adentrarnos en él y mi estómago se encogió del miedo. No obstante, giramos a la derecha y nos pusimos en un caminito que yo no había visto en un principio.

—¿Te gusta todo esto, Sara? —me preguntó, inclinándose para mirarme. Parecía preocupado. Sus mejillas habían adquirido un encantador tono rosáceo a causa del frío. Se las cogí y le planté un beso.

—Claro que sí. ¿Cómo no me va a gustar? Es precioso.

Él sonrió y me agarró de la mano. Continuamos caminando así unos cinco minutos más hasta que, de repente, la espesura de la vegetación desapareció y se mostró ante nosotros un espléndido lago de aguas más que límpidas. Abrí la boca de la sorpresa porque no me esperaba encontrarme con aquel lugar. Nos acercamos en silencio: yo intentaba apresar todos los colores y sonidos de alrededor, aunque los insectos ya empezaban a dormirse.

—¿Qué te parece?

—Es algo mágico, Abel —contesté. No podía describirlo con otras palabras. Jamás había estado en un lugar así, tan alejado de la civilización, tan natural y primitivo. Si hubiese sido verano, me habría quitado las botas y la ropa y habría nadado en él. De verdad que te invitaba con sus cristalinas aguas. Por un momento pensé que unas hermosas ninfas iban a sacar sus cabezas y nos

invitarían a danzar con ellas.

Me rodeó con sus brazos desde atrás. Me besó en el cuello y en la mejilla. Yo me hice la coqueta. En un principio tenía miedo de venir a este sitio, y así me había sentido durante todo el vuelo. Una vez llegamos, ese temor fue aplacándose y fue justo en ese lugar tan especial donde se apagó. Abel me señaló el horizonte por el que se estaba escondiendo el sol. Creo que los atardeceres en Suecia son una de las cosas que más me han sorprendido en mi corta existencia. Pero sobre todo fue por el misticismo que se respiraba en aquel ambiente, con el sol reflejado en las aguas del lago, descendiendo cada vez más. El cielo tintado de naranjas con el astro rozando los últimos momentos de su existencia en ese día. Adoré ese momento, en especial por la compañía.

—Sobrecogedor, ¿verdad? —dijo él, abrazándome aún.

—Sí —respondí simplemente. La piel se me había puesto de gallina y no por el frío.

Una vez el sol se refugió por completo, me dio la vuelta para que pudiésemos mirarnos. Atrapó mis mejillas con ambas manos y se dedicó a contemplarme durante un buen rato. Yo no podía escapar de sus ojos azules, de esa mirada que sacudía todo mi ser. Estaba temblando entera, incluso por dentro. Tan sólo se escuchaban nuestras respiraciones. Me atrevería a decir que pude oír el latido de su corazón acompañándose al mío.

—Te amo muchísimo, Sara —me susurró, arrimando su rostro. Su cálido aliento me rozó y mi sexo empezó a excitarse—. Te lo dije aquella vez en la playa, pero quiero que esta vez sea especial. Quiero declararte mi amor, que será para siempre.

—El mío también —murmuré en voz muy bajita, hechizada por sus pupilas.

—Estaré contigo hasta que sólo seamos polvo y, entonces, volaremos juntos por el viento.

Apreté su muñeca como sumida en un trance hipnótico. Sus palabras eran demasiado intensas para mí. Jamás había visto tanto amor en sus ojos como en aquel momento. Era profundo, inmenso, eterno, devastador, pasional, inocente, sagrado y sacrílego al mismo tiempo. Supe que, por fin, se me estaba ofreciendo al completo. No iba a desaprovechar esa oportunidad: lo quería mantener a mi lado para siempre.

—En serio, Sara, te amaré por siempre. Te lo juro aquí, en este hermoso lugar, donde tú puedes ser mi reina.

Me alcé de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos. Me enganché a él y ya no lo solté en un buen rato. Nos besamos minutos y minutos, hasta que la oscuridad nos cubrió.

La promesa de amor eterno de Abel fue uno de los instantes más bonitos y emocionantes de mi vida. Ahora que él me ha hecho recordarla no puedo más que esbozar una ancha sonrisa.

—Tú lo dijiste, que era para siempre. Así que no digas que eso es demasiado tiempo porque no lo es. Se nos quedará corto —le digo. Por suerte, el sudor ya se le ha pasado y parece estar más calmado. Le ayudo a acostarse en la cama—. Y ahora, intenta dormir. Haré que tus sueños sean hermosos.

—Gracias... Siempre eres tan buena conmigo... —Es una frase que me repite muchas veces.

—Duerme. Estaré aquí cuando despiertes.

Poco a poco se le cierran los ojos. Mantengo la sonrisa hasta que se queda dormido.

Entonces, me echo a llorar al pensar en todo el infierno que debe haber pasado en su vida.

6

Los días anteriores a su cumpleaños, Abel está de más mal humor que nunca. Lo único que le apetece es dormir para que su cabeza deje de pensar, pero en esos sueños el recuerdo de su madre le acosa y no lo suelta. Discutimos a cada rato porque no quiere tomarse las pastillas alegando que le provocan dolor de estómago y náuseas. Tras la pelea siempre acaba tragándolas ya que, en el fondo, no tiene más remedio.

—No me hagas caso estos días, Sara. Por favor, olvida a este Abel. Este no soy yo, es el que sacó la muerte de mi madre —me dice alguna vez que otra.

—Lo sé. ¿Por qué crees que estoy todavía aquí aguantándote? —le respondo yo con una sonrisa.

Se enfada por cualquier cosa. Si voy a beber y me dejo el vaso fuera de la pila; cuando estoy leyendo *Anna Karenina* porque dice que le recuerdo a su madre; en los momentos en los que le pido que intente olvidar aún es peor: se escuda en que muy pronto lo olvidará todo.

A pesar de todo, sé que está luchando más que nunca. Puedo verlo en sus ojos, que siempre me miran avergonzados tras las discusiones. Es por eso que permanezco aquí, aguantando sus gritos, sus malas palabras y sus obsesiones. Me prometí a mí misma que le ayudaría y lo voy a cumplir. Haré que la sombra de su madre no sea tan alargada. Eso no quita que, algún rato, la

mente se me desvía hacia mi vida en España. Me acuerdo de los divertidos momentos con Eva, Cyn y Judith y me río. Pero entonces... Entonces es a mí a quien le acosa otra sombra: la de Eric. No puedo comprender por qué aquí le echo tanto de menos. Quisiera olvidar el beso que me dio en la fiesta; es más, juré que lo haría, pero con cada pelea entre Abel y yo el recuerdo de la calidez que me transmitió Eric me invade.

—¿Qué te apetece hacer por tu cumpleaños? —le pregunto dos días antes. Me gustaría que lo celebrásemos como toca. Estamos en un lugar hermoso, solos con nuestro amor, así que me parece una oportunidad perfecta para deshacernos por unas horas de todo lo que nos atormenta.

Él deja a un lado el libro que está leyendo —*En busca del tiempo perdido* de Proust— y alza los ojos para dedicarme una malhumorada mirada. Yo me encojo de hombros, me levanto y me acerco.

—En serio, ¿no crees que nos merecemos un poco de diversión?

—No creo que pueda hacerlo —musita, colocando el marca páginas en la última hoja y cerrando el libro.

Yo chasqueo la lengua, me coloco con los brazos en jarras y lo miro con la cabeza ladeada.

—Abel, te lo digo en serio: estoy soportando todo esto porque te quiero. Pero nos vamos a volver locos. ¡Pasémoslo bien por un día! Me dijiste que lo intentarías.

Él esboza una tenue sonrisa. Se pasa una mano por la cabeza, revolviéndose el cabello. Me siento en su regazo y le rodeo el cuello con los brazos.

—¿Cómo celebrabas tu cumpleaños hasta ahora? —le pregunto con curiosidad. Puedo imaginar que la respuesta no será muy agradable pero, aun así, necesito conocerla.

Abel se toma unos segundos para contestar. Tengo claro que no quiere hacerlo pero él sabe lo testaruda que soy y, al fin y al cabo, soy su pareja y merezco saberlo todo.

—Hasta que me convertí en un adolescente lo pasé en un internado —dice en voz baja.

—¿En un internado? —inquiero desconcertada—. ¿Gabriel no podía cuidar de ti?

—No era ese tipo de internado, Sara. No hagas que tenga que decirlo. No quiero ni puedo.

Entiendo a lo que se refiere. Me llevo una mano a la boca y meneo la cabeza. Todas estas confesiones me van a matar. Es increíble porque cuando lo conocí parecía tan sano, tan seguro de sí mismo, tan valiente. Pero ahora me confiesa que pasaba su cumpleaños en un psiquiátrico y se me revuelve el estómago.

—La semana antes de mi cumpleaños me volvía loco. Incluso cuando nos fuimos a Italia —continúa. Está haciéndolo por mí, a pesar de que le duele mucho hablar sobre ello—. Mi padre no podía lidiar conmigo. Me dañaba a mí mismo, quería hacerle daño a él...

—¿Y cuándo terminó todo eso?

—Cuando descubrí el alcohol y las drogas gracias a Jade —Esboza una sonrisa triste y avergonzada—. Los días antes de mi cumpleaños eran una bacanal, Sara. Eres demasiado inocente como para imaginarlo.

—De todos modos, no sé si quiero —le confieso, doblando el labio hacia abajo. De repente, se me ocurre algo—: No me sorprende que Jade te iniciara en eso, pero... ¿Cuando tú salías con Nina, ella también tomaba...?

—No me apetece hablar de ella, pero sí. Ella se unía.

—Pero sabiendo lo que tú has sufrido y...

—No, ella no lo sabe. Sólo sabe que mi madre murió, pero nunca le conté la verdad.

El corazón se me encoge ante su respuesta. Entonces eso quiere decir que soy yo la única mujer a la que le ha confesado todo su pasado. Estoy muy triste por él, pero al mismo tiempo siento tanta euforia en mi interior que no me puedo controlar y me lanzo a abrazarlo como una loca. Él me lo devuelve un tanto confundido. Me separo para mirarlo. Le dedico la sonrisa más grande y luminosa que tengo.

—Este año vamos a celebrar tu cumpleaños, ¿entiendes? Y va a ser el primero de muchos, todos ellos fantásticos.

Él se echa a reír y me da un mordisquito en la nariz al tiempo que una palmada en el trasero.

—Qué remedio. Eres demasiado persuasiva.

—Claro. Habríamos hecho lo que yo quisiera de todas formas. —Le saco la lengua de forma juguetona.

El día anterior a su cumpleaños me despierto mucho más temprano que él. El sol ni siquiera ha salido aún, aunque está empezando a desperezarse. Lo que tengo pensado hacer no es muy correcto, pero quiero darle una sorpresa y

es la única forma en la que puedo hacerlo. Me visto con rapidez, incluso me coloco el jersey al revés sin darme cuenta. Eso me hace perder un poco de tiempo. Cuando estoy en el baño peinándome, lo escucho removerse en la cama.

—¿Sara? —Su voz somnolienta.

—Estoy en el baño —le contesto. ¡Mierda! Se ha despertado y, a no ser que se vuelva a dormir, ya no voy a poder hacer lo que quería.

—¿Por qué te has levantado tan pronto?

Salgo del cuarto de baño y voy a la habitación. Se ha incorporado en la cama y, cuando entro, me observa con los ojos entrecerrados, aún borrosos a causa del sueño. Me pregunto si anoche soñó con algo terrible, ya que yo no escuché nada.

—No podía dormir más. Y he pensado que podía cocinar una tarta.

—¿Tienes los ingredientes necesarios? —me pregunta, rascándose los ojos.

—No, pero podrías llevarme al pueblo —le digo.

—No me encuentro muy bien. No sé si estoy en condiciones de conducir. — Me mira con tristeza.

Yo me siento enfrente de él y le acaricio el cuello. Nos damos un profundo beso.

—No te preocupes. Ya me las apañaré con lo que encuentre por ahí.

—No necesito nada, Sara. Sólo que estés tú aquí y ya está. —Su sonrisa intenta ser la del Abel que conocí.

A medida que pasa el día, yo me pongo más nerviosa. Mi plan ha fallado y ya no sé qué hacer. Me apetece darle una magnífica sorpresa: me da igual que diga que no quiere nada porque yo sí lo quiero. Quiero ofrecerle una tarta de cumpleaños como la que no tuvo desde que murió su madre, que sople las velas y pueda sentir ese cosquilleo de emoción en la tripa. Deseo comprarle un regalo para que me recuerde siempre. Yo soy así: sé que lo material no es imprescindible, pero me hace una ilusión tremenda celebrar con él su cumpleaños de forma normal. Necesito pensar que no nos encontramos en una penosa e inusual situación.

Así que lo único que se me ocurre es lo mismo que ya tenía pensado, pero esta vez necesito alguna excusa para poder salir de la cabaña sin que él se entere, ya que está claro que no me va a dejar ir sola al pueblo. Tras la comida me siento en el silloncito a leer un rato mientras él friega los platos. En un momento dado me distraigo de la lectura y me quedo observando la

chimenea con la mirada perdida. Y ahí se me enciende la bombilla.

—¡Abel! —lo llamo.

—¿Qué? —pregunta desde la cocina.

—No nos queda apenas leña y yo tengo cada vez más frío. Me dijiste que pronto empezaría a nevar —intento sonar tranquila para que no note que estoy tramando algo.

Él regresa de la cocina secándose las manos con un trapo viejo. Echa una rápida ojeada a la chimenea y asiente con los labios apretados.

—Tienes razón. Creo que será mejor que vaya ahora.

Se queda pensativo unos segundos y, al fin, se da una palmada en el muslo y se marcha a la cocina para deshacerse del trapo. Yo salto del sillón y sigo todos sus movimientos. Se pone otro jersey por encima del que ya lleva. Le ayudo a colocarse el abrigo, la bufanda y el gorrito.

—¿Quieres venir conmigo? —me pregunta con una sonrisa.

—Es que ya te digo, soy muy friolera y no sé si lo voy a soportar...

—Pues tendrás que acostumbrarte porque ya te dije que te quiero llevar al lago a patinar. —Me abraza y me da un tierno beso—. Vuelvo en unos quince minutos, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Sujeto sus mejillas para plantarle otro beso. Él me lo devuelve y al final nos enredamos y nos besamos un buen rato. Cuando nos separamos, tiene los labios rojos y húmedos y una sonrisa en su precioso rostro.

—Hasta ahora, mi vida.

El corazón me salta. No está nada bien lo que voy a hacer, pero lo necesito. Y estoy segura de que lo comprenderá. Todo es para que disfrutemos, para que vivamos lo que somos: un hombre y una mujer que se aman por encima de todo. Lo acompaño hasta la puerta de la cabaña y lo despido con la mano como si fuese una dama de otra época que está dejando marchar a su amor a la guerra. Él se gira de vez en cuando y yo continúo agitando los dedos. No borra la sonrisa. En cuanto lo veo perderse en la frondosidad del bosque, yo me lanzo al interior de la cabaña, cojo las llaves de la furgoneta y salgo a la carrera. Está claro que no voy a poder regresar antes que él, pero al menos no quiero tardar mucho.

Mientras subo al automóvil, echo unos cuantos vistazos alrededor por si ha decidido regresar, pero por suerte no hay rastro. Enciendo el motor, el cual hace un ruido raro que me provoca más ansiedad. Yo tengo carné de

conducir, pero no coche. Tan sólo he llevado el Micra que tenía Cyn antes de que sus padres le compraran un Audi. La furgoneta se me antoja demasiado grande y estoy segura de que voy a ir todo el camino a golpes. Lo menos hace dos años que no cojo un volante. Cojo aire y saco la furgoneta al camino que me lleva hasta el pueblo. Dejo atrás la cabaña con el estómago encogido. Sólo espero que Abel no se enfade mucho.

Conduzco más lento de lo normal porque me siento insegura en estos parajes. Y encima, al ir a paso de tortuga, tardaré más de lo normal y aquí el atardecer no se encuentra tan lejano. Un buen rato después llego al pueblo. Aparco la furgoneta en una plaza libre, aunque en este lugar apenas hay coches y no es difícil encontrar aparcamiento. Cruzo los dedos para que las tiendas aún estén abiertas. Me encasqueto el gorrito y me aprieto la bufanda. Hace muchísimo frío. Corro por las solitarias calles y, al cabo de unos diez minutos, encuentro lo que parece ser un horno. Para mi suerte, está abierto. Abro la puerta con cuidado. Un leve tintineo avisa de mi llegada. Es como viajar al pasado. Avanzo con timidez, disfrutando de los magníficos olores que llegan hasta mi nariz.

—*Hi!* —me saludan de repente.

Dirijo la vista al mostrador. Ha aparecido una mujer de mediana edad de mejillas sonrosadas y cabello castaño tirando a rubio. Está regordeta y, a diferencia del tendero de la vez pasada, esta señora me mira con una ancha sonrisa.

—*Hello* —respondo, en voz baja—. *I would like a cake, please. I don't know if it's possible...*

—*Come with me.* —Ella me hace un gesto con la mano.

La acompaño hasta la vitrina de las tartas. Hay cuatro y todas ellas tienen una pinta deliciosa. Me las va señalando a medida que me dice de qué son.

—*This one is with almonds. And that is an apple pie...*

—*I want this* —Extiendo el dedo hacia la de almendras. Me encantan los frutos secos y esta tarta parece la más maravillosa del mundo.

La mujer sonrío ante mi ansiedad. Abre la vitrina y saca con cuidado el pastel. Lo pone ante mi rostro para que lo observe de cerca. Yo asiento con la cabeza. Ambas regresamos al mostrador, donde me cobra la tarta.

—*Where are you from?* —me pregunta ella mientras le pago.

—*Spain.*

—*I was in Spain when I was young... It's a wonderful place.*

—*This place is more beautiful* —le digo.

Ella esboza una sonrisa. Me entrega el cambio. Estoy a punto de salir cuando recuerdo las velas. Por suerte, también tiene. Le pido veintinueve y ella me da tres cajitas de diez velas cada una. Nos despedimos con simpatía. Esta mujer me ha caído muy bien. Una vez en la calle intento orientarme para recordar dónde se encontraba la tienda de antigüedades. Doy un paseo por el hermoso pueblo hasta que la encuentro. En el escaparate aún se halla el reloj. Entro a toda prisa por si van a cerrar. El vendedor, un hombre bastante mayor, me mira por encima de las gafas con ojos fríos, pero al cabo de unos segundos también se muestra muy amable. Le pido el colgante y se marcha al escaparate a por él. Al regresar y entregármelo, yo suelto un silbido de admiración. En mis manos es mucho más hermoso que tras el cristal. El anciano me enseña cómo funciona: la parte delantera del colgante es el reloj y, en la trasera, uno puede guardar una foto. Aquí no tengo ninguna pero en cuanto vuelva a Valencia, meteré una mía.

Al salir de la tienda miro el reloj: he estado en el pueblo unos cuarenta y cinco minutos más los otros que he tardado en llegar. Abel habrá regresado a la cabaña y habrá descubierto que no estoy. Supongo que se estará muriendo de los nervios. ¡Mierda! La voy a cagar. Corro en busca del coche y, a pesar de ser un pueblecito diminuto, me cuesta bastante encontrarlo porque mi sentido de la orientación es nulo. Al salir al camino me doy cuenta de que el sol ya está empezando su retirada. Esta vez conduzco con más seguridad, con lo que gano tiempo. A medida que voy acercándome a la cabaña, las manos me empiezan a sudar. Los nervios me están descontrolando. ¿Y si Abel ha salido a buscarme? No tiene coche y podría haberle pasado algo en los bosques. ¿Y si ha hecho algo peor? Dios, me muero de la ansiedad. Ahora no sé muy bien por qué he hecho todo esto. Las sorpresas son buenas siempre y cuando no te encuentres en una cabaña perdida de la mano de Dios porque unos tíos peligrosos te están persiguiendo.

Hundo el pie en el acelerador. En cuanto la cabaña aparece ante mis ojos, la respiración se me acelera. Y aún no he aparcado cuando Abel ya está saliendo. Tiene el rostro desencajado, la mirada completamente asustada y está más pálido que de costumbre. Oh, mierda. Me fijo en que también está enfadado. No, más que eso: está cabreadísimo. La nuez le baila en el cuello a toda velocidad. Yo detengo la furgoneta y trato de mostrarme tranquila, como si todo fuese normal. Antes de salir, escondo el regalo en uno de los bolsillos

de mi abrigo. La tarta no tengo más remedio que llevarla en las manos.

Nada más abrir y bajar del coche, él se me echa encima. Hay algo en su mirada que me intranquiliza, pero se la sostengo. Me coge de los brazos y me zarandea.

—¿Estás loca o qué, Sara?! —me chilla a la cara.

—¡Para! ¡Vas a tirar la tarta! —me quejo, tratando de detenerlo.

Él me suelta, pero sigue observándome con esos ojos que me provocan escalofríos. Se restriega una mano por la cara intentando controlarse, pero no lo logra y comienza a chillarme una vez más.

—¿Dónde coño has ido? ¿Quieres matarme del susto o qué?

—Sé que lo que he hecho no está bien. Debería haberte avisado. Pero por favor, ¿puedes dejar de gritarme?

—¿Cómo quieres que deje de hacerlo si tengo el corazón a mil por hora? — Se pone a caminar a mi lado cuando yo me dirijo a la cabaña—. ¡Te has largado sin decirme adónde y ahora pretendes fingir que todo está bien!

—¿Es que no lo está? —Me detengo para mirarlo—. Abel, en serio, perdóname, pero ya estoy aquí.

—Podría haberte pasado algo. —No se puede callar. A pesar de que ahora habla en un tono más bajo, para mí son todavía gritos y no me está gustando ni un pelo su actitud. Ya me he disculpado.

Me meto en la cabaña y me dirijo a la cocina, donde meto la tarta en la nevera. Él está esperando a que responda.

—Sólo quería darte una sorpresa —le digo, encogiéndome de hombros.

—¿Sorpresa? ¡Pues lo único que has conseguido darme es un susto de muerte! No sabía dónde buscarte. En serio, Sara, estás loca. —Sus acusaciones me empiezan a molestar. Le hago un gesto para que se calle al tiempo que me marchó a la habitación, pero él me sigue. Ha perdido el control de sí mismo—. Te he contagiado mi locura o algo, porque si no, no es normal. O es que tengo por novia a la persona más descuidada del mundo. No piensas. No piensas que te podría haber pasado algo. No has pensado en mí ni un sólo momento. Has cogido, te has marchado sin avisar y vuelves tan tranquila...

—¡Ya basta! —Esta vez es mi grito el que consigue hacerle callar.

Él me mira sorprendido y, por unos segundos, pienso que la discusión ha terminado. No obstante, los dientes le empiezan a rechinar, síntoma de que se ha enfadado más. No sé dónde meterme. Salgo del dormitorio y me dirijo al comedor. Él detrás de mí como una feria enjaulada, taladrándome la cabeza

con sus reproches.

—No puedes ir por la vida haciendo lo que te dé la gana y actuando como una niña. Hay que pensar antes. ¿Te das cuenta de que podrías haber tenido un accidente con el coche?

—No eres el más adecuado para hablar de eso. Tú eres de los que actúan sin pensar y encima orgulloso de ello. —Le miro por encima del hombro con mala cara—. ¿De qué me estás culpando ahora cuando tú has hecho cosas peores?

—Pero no se trata de eso, Sara. Estamos hablando de tu seguridad.

—Pues no hay nada más que hablar porque estoy bien. Ahora cálmate. Vamos a tener una noche tranquila. —Alzo las manos para que pare ya—. Sólo estoy intentando aportar algo de normalidad en tu vida.

Se pone muy serio. Sus labios están tan apretados que son sólo una fina línea. Yo ya no me encojo ante su rabiosa mirada porque estoy enfadada también. Le desafío con la mía.

—Hay vidas que no pueden ser normales. ¿Lo entiendes? La mía nunca lo será. Tampoco la tuya lo ha sido. Y mucho menos ahora que estás conmigo — lo dice todo con los dientes apretados, con lo que apenas consigo entenderle.

—La mía sí lo era. O al menos yo he tratado de que lo fuera, algo que tú no.

—¿Realmente crees que lo era? Porque tu padre bebe, engañaba a tu madre y ella le perdonó todas y cada una de esas veces.

—No hables de mi familia de esa forma, Abel. No te lo consiento. —Alzo un dedo ante su rostro para mostrarle que la discusión tiene que quedar zanjada ya—. Y ahora no tienes la excusa de haber bebido.

—Sólo te estoy diciendo que por mucho que lo intentemos, no podemos borrar lo que somos. —Arruga las cejas y se queda callado.

Yo también enmudezco. Por mi mente pasan un montón de pensamientos, todos ellos horribles. No quiero continuar con esta discusión porque nos destruirá, pero mi boca se abre antes de que yo pueda controlarme.

—A él le habría parecido bien —murmuro.

—¿Qué? —Abel ladea la cabeza sin entenderme.

—Se habría enfadado al principio, pero después nos habríamos reído juntos. ¿Por qué no puedes ser tú así también? Antes lo eras. No ha pasado mucho tiempo de eso. ¿Cómo puedes haber cambiado tanto?

—No sé de qué estás hablando, Sara.

Trago saliva. No tengo que decir esto, no debo hacerlo, ni siquiera sé cuánto hay de verdad en ello. No obstante, estoy tan enfadada y dolida que mi lengua hace otra vez de las suyas y se lanza antes que yo.

—A veces pienso que estaría mejor con Eric.

La mirada se le oscurece. Abre la boca y la cierra. Así un par de veces. La rabia de sus ojos se ha convertido en tristeza. Y yo no puedo detenerme ahora y estoy empezando a odiarme a mí misma.

—¿Es lo que tú has dicho alguna vez, no? Si es lo que quieres, si pretendes lanzarme a sus brazos, lo estás consiguiendo.

Él se lleva una mano a la cabeza, se frota la frente con ella. Noto que se está desesperando. Supongo que le apetece decirme algo muy gordo, pero no le salen las palabras. Le estoy haciendo daño. ¿Va a ser siempre así nuestra relación? ¿Nos amaremos y odiaremos cada uno de los días de nuestra vida?

—¿Es eso? ¿Quieres echarme de tu vida? —continúo.

Él se mantiene en silencio. Entonces se dirige al dormitorio y me deja sola. Que no diga nada me pone más rabiosa. Me acerco a la habitación y le grito a través de la puerta:

—¡Bien! ¡Entonces no te haré perder más tiempo!

Y sin saber muy bien cómo ni por qué, me veo corriendo, atravesando la puerta de la cabaña, dirigiéndome al bosque.

Mi mente no responde, tan sólo mi cuerpo, que desea escapar de una maldita vez de todo este maldito dolor.

7

Corro sin pensar en nada más, como aquella noche en la playa al enterarme de parte del pasado de Abel. El vientecillo helado me corta los labios y las mejillas. Tengo tanto frío que la cabeza me duele. Sin embargo, sólo quiero correr y, si pudiese ser, que mis pies se elevasen y llegar muy lejos, allá donde los problemas no deben existir.

Durante unos instantes tan sólo escucho mi agitada respiración y el sonido de mis pies rompiendo las hojas. El bosque se encuentra delante de mí simulando una incógnita. No lo pienso ni un minuto más y voy decidida a él. Ni siquiera me doy cuenta de la creciente oscuridad hasta que es demasiado tarde.

—¡Sara! —La voz de Abel a mi espalda.

Hago caso omiso de su llamada. Siempre ocurre lo mismo: cuando se da cuenta de que me va a perder, reacciona. No puedo estar poniéndole al límite para que comprenda que marcharme no es tan difícil. Y, de todos modos, ahora no puedo mirarlo a la cara. No quiero. Mi pecho está a punto de partirse en dos a causa de todas las palabras que nos hemos dicho.

—¡Sara, detente! ¡No te metas en el bosque! —Su temblorosa voz me trastoca.

Sin embargo, continúo corriendo hasta que por fin llego a la frondosidad y

me adentro en ella sin tener en cuenta nada más. Tengo que apartar las ramas que se interponen en mi camino para no dañarme con ellas. A pesar de mis esfuerzos, una me araña en la mejilla y hace que me detenga. Me limpio el hilillo de sangre con el dorso de la mano. Los gritos de Abel suenan cerca. Ha entrado también al bosque y yo no quiero cruzarme con su mirada. Así que empiezo a correr una vez más sin pararme a pensar que puede ser peligroso. La adrenalina que atraviesa mis venas es mucho más fuerte que el sentido de la responsabilidad.

Otra vez sólo somos el sonido de mi respiración y yo. La escucho en mi cerebro y en los pálpitos de mi pulso. Las hojas del suelo crujen ante mis pisadas. Aparto una rama tras otra, suelto gemidos y gruñidos. Corro y corro hasta que el costado se me empieza a resentir, hasta que la voz de Abel queda lejana. Y, de repente, el silencio. Todo se detiene alrededor. Yo misma lo hago. Freno de golpe y casi me caigo al suelo. Me inclino hacia adelante en un intento de recuperar la respiración. El estómago me duele a rabiar. Espero unos minutos a que todo pase, a que el suelo deje de dar vueltas. Una vez lo he conseguido, me enderezo y miro en torno a mí.

Por primera vez desde el rato que llevo corriendo, soy plenamente consciente de que estoy en el bosque. En uno que no conozco, oscuro, frondoso y solitario. Alzo la vista al cielo. La noche ha caído del todo y para mi mala suerte, no hay luna llena. Así que todo esto está demasiado negro. Y yo empiezo a tener miedo. No sé qué hago aquí, cómo he llegado ni por qué he sido tan estúpida. Giro sobre mí misma, tratando de orientarme. No, no tengo ni puñetera idea de dónde estoy.

—¡Joder! —grito, llevándome las manos a la cabeza. Me echo el pelo hacia atrás intentando tranquilizarme.

Decido avanzar porque los sonidos que escucho alrededor se me antojan peligrosos. Son totalmente desconocidos para mí y eso hace que me asuste más. Quizá estoy yendo hacia donde no debo aunque, a mi parecer, estoy siguiendo la dirección correcta. A medida que camino, hablo conmigo misma en voz alta para enterrar los pensamientos horribles que se cuelan en mi mente.

—Eres gilipollas, Sara. Él tiene razón: eres una cría que hace cosas de cría. Una impulsiva que no sabe controlarse cuando discute...

Algo a mi espalda hace que dé un salto. Me giro para comprobar lo que ha sido, pero tan sólo veo oscuridad. Empiezo a temblar a causa del frío y del

miedo. Decido continuar caminando para alejarme de lo que haya sido. Ahora que estoy aquí, sola y aterida por el frío, con el pánico amargándome la garganta, no puedo dejar de pensar que he actuado como la más irresponsable del mundo. Dos veces hoy. ¿Cuántas imprudencias más voy a cometer? Mi mente se llena de pensamientos negativos como que no voy a saber salir del bosque y me quedaré en él por siempre jamás, o que un oso enorme saldrá de repente y me despedazará.

—Por favor... por favor, Dios, haz que encuentre el camino. Sé que nunca te rezo ni voy a la iglesia ni nada y ahora te pido esto, pero por favor, ayúdame —murmuro como una loca.

Al parecer me estoy alejando más de la posible salida porque la oscuridad se acrecienta y estoy tardando demasiado en hallarla. El miedo se está apoderando de mí y sé que en cualquier momento perderé el control. Ahora mismo lo único que quiero es abrazarme a Abel, que me perdone, perdonarle yo a él y estar a salvo, entre sus brazos.

Un nuevo sonido, esta vez a mi derecha. Doy un brinco hacia atrás y me pongo en alerta. Miro a un lado y a otro, pero no consigo ver nada a pesar de que mis ojos se están acostumbrando poco a poco a la negrura.

—¿Abel?

El silencio es el único que me contesta. Ahora ya no sé si avanzar o quedarme quieta. Quizá si me mantengo aquí él acabe encontrándome. Me acerco al tronco de un árbol, dispuesta a esperar sentada, pero un nuevo ruido a mi izquierda me detiene. Sin duda ha sido el crujir de una hoja.

—¿Abel, eres tú?

Esta vez la respuesta es un rumor a mi espalda. Lanzo un grito y salgo corriendo. Estoy segura de que eso no era Abel. Mientras corro, me choco con un montón de ramas. De repente, siento que algo se cae del bolsillo de mi chaqueta: es el reloj que he comprado para él. No quiero volver atrás para que no me pille sea lo que sea que hay ahí, pero necesito hacerlo, no puedo regresar a la cabaña sin el regalo. Me detengo y doy la vuelta. Me pongo a gatas, tanteando el suelo para encontrar el objeto. Algo me roza la mano y yo suelto un grito de horror. Casi no puedo respirar del miedo. Al fin encuentro el reloj, así que me levanto, dispuesta a largarme de allí. No puedo hacerlo porque me choco contra algo.

El grito que suelto retumba por todo el bosque. La persona que está delante de mí me agarra de los hombros con fuerza, clavándome sus dedos, los cuales

noto incluso a través del grosor del abrigo. No pienso ni por un momento en que puede ser él. En mi cabeza sólo hay espacio para asesinos en serie o entes paranormales. Me revuelvo con la intención de escapar de su abrazo, pero él no lo consiente. Con el reloj atrapado en mi puño, le golpeo una y otra vez.

—Sara. ¡Sara!

La voz de Abel se cuela en mi oído y recorre el camino hasta el cerebro, el cual se me ilumina. Me lanzo a él en un fuerte abrazo. Lo estrecho hasta que me hago daño en las manos. Entierro el rostro en la suavidad de su abrigo. Él me aprieta también, apoyando su barbilla en la coronilla de mi cabeza. Su respiración está tan agitada como la mía. No puedo más: rompo a llorar de manera histérica. En cuestión de segundos estoy cubierta de mocos y lágrimas. Ni siquiera puedo respirar.

—Sara, eh, Sara. Ya pasó todo. Ya estoy aquí. —Me acaricia el pelo, hablándome en tono suave—. Ya, mi vida. Tranquilízate. Te dará algo si no lo haces.

Estrujo la tela de su chaqueta. Meneo la cabeza contra su pecho, totalmente avergonzada por lo que le he dicho y hecho. Él me da un beso en la cabeza.

—Lo... lo siento. —Apenas puedo hablar.

—No hables ahora, de verdad. No es necesario.

—Te-tenía miedo. Había... al-algo ahí... —Suelto un hipido.

—Sólo estamos tú y yo aquí. —Sus manos bajan por mi espalda en un masaje tranquilizador.

—Quiero salir. Por favor, sácame —le pido cuando me siento un poco mejor.

Me da la mano. Ambos caminamos silenciosos en la oscuridad del bosque. Yo me giro a cada momento, temiendo encontrarme con una bestia que acabe con nosotros. Quizá eso sería lo mejor... Me obligo a apartar esos pensamientos de mi cabeza. Abel me guía por la oscuridad y yo me dejo llevar como una niña pequeña.

—No sé por qué he hecho esto —le digo de repente.

—Sólo has explotado y es normal —responde él, mirando fijamente al frente—. Me pasé con todo lo que te dije. Estaba asustado y no supe controlarme.

—Yo también dije cosas que no estuvieron bien. Te juro que no quería. Me salieron sin pensar. Estaba enfadada

No puedo terminar porque por fin salimos del bosque. Ver la cabaña a

unos cuantos metros me provoca una inmensa tranquilidad. Suspiro con los ojos cerrados. Me tiemblan tanto las piernas que a punto estoy de derrumbarme. Abel me sujeta a tiempo y me coge en brazos, llevándome a casa, al que es ahora nuestro hogar. Deseo que sea un hogar de amor y pasión y no de reproches y miedos.

—No debí ir al pueblo yo sola sin avisarte. —Entierro la nariz en su cuello. Estar en sus brazos es lo más cercano a la paz.

—Sara, si yo lo entiendo. Entiendo lo que pretendías y no sabes lo agradecido que te estoy. Intentas hacerme feliz y, en ocasiones, ese deseo de otorgar felicidad a los otros nos lleva a cometer imprudencias. Pero la felicidad tan sólo se alcanza así, te lo aseguro.

Entramos en la cabaña. De inmediato noto en mi piel un agradable calor. Abel encendió la chimenea durante mi estancia en el pueblo y, durante la pelea, no me había dado ni cuenta. Me coloca en el silloncito y se acucilla a mi lado. Su mirada es intensa, avergonzada, suplicante. Me coge una mano y se la lleva a la boca. Me la roza con los labios hasta que deja un beso en ella. Yo lo observo con lágrimas en los ojos.

—Te digo que si tú no hubieses cometido la imprudencia de amarme, ahora yo no sería tan feliz.

Esbozo una sonrisa cansada. Apoyo la cabeza en el respaldo del sillón. La cabeza aún me da vueltas. Se lo dije una vez: no estoy hecha para las emociones fuertes. Sin embargo, sé que con él la vida va a ser así y he sido yo misma la que ha elegido este camino. Pero nadie dijo que fuese fácil.

—El miedo me dominó en ese momento. Pensé muchas cosas y todas malas. Como que ellos habían llegado hasta aquí y te habían secuestrado. Pero luego vi que el coche no estaba y pensé que habías decidido marcharte. Y por un momento pensé que era lo correcto porque, al fin y al cabo, yo no te estoy ofreciendo nada y tú a mí demasiado.

—Sólo quiero que sonrías y que intentes superar todo lo que te tortura —le digo, mirándolo con tristeza.

—Se me pasará, Sara. Siempre pasa.

—Pero el año que viene volverá a ser igual, ¿no? —Meneo la cabeza—. No quiero que sea así. Por eso estoy haciendo todo esto, para romper con toda esa oscuridad que tienes ahí dentro. —Apoyo una mano en su pecho. Él pone la suya encima—. Dime, ¿qué puedo hacer? ¿Qué podemos hacer para no estar discutiendo siempre? Porque un día estamos bien y al otro mal. Peleamos y

luego hacemos las paces con sexo. Eso no está mal, pero no quiero que sea siempre así. Quiero que tengamos una relación normal, aunque a ti esa palabra no te guste nada.

Él suspira. Cierra los ojos y asiente con la cabeza. Cuando los abre, su mirada ha cambiado. Un poco más luminosa, menos inclinada hacia el dolor.

—Estoy seguro de que este año tendré un cumpleaños normal. —Su sonrisa es ahora sincera. Le abrazo con todo el amor del mundo. Él me acaricia el pelo—. Y el del año que viene será mejor, y el otro ya ni te cuento —me dice al oído.

—¿Ya no estás enfadado conmigo? —le pregunto de forma tímida.

—Antes tampoco lo estaba. Sólo era temor. —Juguetea con un mechón de mi cabello—. Cuando estuviste en el pueblo, me di cuenta de los errores que estoy cometiendo. Comprendí que te estoy alejando de mí tal y como tú dices. Pero te juro que no es a propósito. No estoy acostumbrado a tener a alguien como tú a mi lado. No te quiero dañar. Sé que eres fuerte, Sara, pero hasta los más duros caen alguna vez. —Su dedo pasa por mi mejilla trazando una espiral. Cierro los ojos para notarlo. Cientos de libélulas abren las alas en mi estómago.

—Entonces te tiraré conmigo para que podamos ayudarnos a levantarnos.

—Mira que eres lista, Sara. Siempre sabes lo que contestarme —se echa a reír. Ese sonido es el que yo anhelo cada día, el que me hace revivir—. Nunca he conocido a nadie como tú.

—Ni yo a alguien como tú —me burlo un poco de él.

—¿Quieres que te prepare un té calentito?

—Vale.

Cuando él se levanta y se va hacia la cocina, yo me acurruco en el sofá. Me doy cuenta de que todavía llevo el abrigo puesto pero, ahora mismo estoy tan a gusto que ni me apetece quitármelo. Así que permanezco así el ratito que tarda en prepararme el té. Estoy tan cansada que los ojos se me cierran. Cuando regresa yo ya me hallo un poquito lejos de aquí.

—Pecosa, ¿lo quieres o vamos a dormir?

—¿Tú te has preparado uno? —le pregunto con la voz pastosa a causa del sueño, aún con los ojos cerrados.

—Sí.

—Entonces nos lo tomamos juntos y luego nos vamos a dormir —le propongo. Abro los ojos y cojo la taza que él me tiende.

Lo miro mientras doy pequeños sorbitos a mi té. Él sostiene el suyo entre las manos, sentado en una de las sillas que ha colocado frente a mí. Sus mejillas están sonrosadas a causa del fuego de la chimenea y hay un brillo especial en sus ojos que me llama la atención.

—¿En qué estás pensando?

—En lo bonita y especial que eres.

—Gracias —respondo con una risita.

—Y en que eres mi ángel.

—Un ángel que al final tirarán del cielo por todas las maldades que comete.

—Uhm, una desterrada... Qué *sexy*.

Me río sin poderlo evitar. Él echa la silla hacia delante y se inclina sobre mí. Yo lo hago también y nos besamos con suavidad, saboreando el té en nuestros labios y lenguas.

—¿Volveremos a discutir, verdad?

—Espero que no. Pero a veces, es la única forma de demostrar al otro que se le ama.

—Quiero que nuestros días aquí sean de los mejores de nuestras vidas, para que los podamos recordar siempre y cuando seamos viejecitos, contárselos a nuestros nietos.

En cuanto digo eso, me doy cuenta de que he cometido un error. Es muy probable que Abel no llegue ni a los cuarenta años con la memoria intacta. El corazón me da un salto al pensar en ello y temo que se produzca otro de nuestros momentos más tensos. No obstante, al alzar la vista me topo con la suya que es animada. Me sorprende y abro la boca para decirle algo, pero ni siquiera me sale.

—¿Ya estás pensando en nietos? —Deja su té en la mesa y se levanta. Camina hacia mí y me coge de las manos para levantarme. Cuando estamos cara a cara, pasa un dedo por mis labios—. ¿Quieres que tengamos un bebé?

Parpadeo confundida. Me muerdo los labios con una sonrisa. Meneo la cabeza.

—Quizá, en un futuro...

—No te voy a mentir: alguna vez me he imaginado a un Abel o a una Sarita correteando por nuestra casa. —Me sorprende apoyando una mano en mi vientre. Contengo la respiración ante ese gesto tan íntimo... ¿Cómo se puede pasar de una discusión horrible a hablar sobre tener hijos? Con Abel, la

vida es así y, en el fondo, me estoy acostumbrando a ella.

—Uf, pues no quiero ni pensarlo —digo, bromeando. Pero él se ha puesto serio y a mí el corazón se me acelera.

—Te imagino llevando a nuestro hijo en tu interior —continúa acariciándome la tripa en círculos—. No existiría nada más bello.

No digo nada. Se inclina y me besa. Yo me quedo quieta, aturdida por su confesión. Jamás me habría dicho a mí misma que Abel ha pensado en tener hijos conmigo. Ni yo misma me lo había planteado. Ni siquiera llevamos juntos un año...

—¿Por qué no te quitas el parche? —me pregunta de repente. Sus ojos azules brillan más que nunca.

—¿Qué? Abel, ¿estás hablando en serio? —Escruto su rostro intentando descubrir lo que piensa.

Él sonríe... Parpadea, vuelve a sonreír. Cuando parece que va a decir algo, su mirada se dirige hacia la ventana. Abre los ojos en un gesto de sorpresa. Por un momento pienso que lo que había en el bosque nos ha seguido.

—¿Qué, qué pasa? —pregunto, apretándole los brazos.

Me tapa los ojos sin darme tiempo a nada más. No entiendo lo que ocurre. Él me guía por el salón de la cabaña. Me lleva hasta la puerta y, al abrirla, una ráfaga de aire frío se cuela entre nosotros. Aparta la mano de mi rostro y, entonces, suelto un gritito de sorpresa.

Está nevando. Los finos copos caen lenta y suavemente. Jamás he visto nevar en mi vida. No es algo común en Valencia. Me giro hacia él con la boca abierta. Se ríe de mi sorpresa. No lo puedo evitar: salgo y me pongo bajo los copos de nieve, con los brazos extendidos. Los alzo al cielo y unos cuantos copos se posan sobre las palmas de mis manos. Es extraño y, al mismo tiempo, hermoso lo que se siente. Están suaves y muy fríos. Levanto mi rostro y los dejo posarse en mi piel. Cierro los ojos para captar mejor todas las sensaciones. Doy vueltas sobre mí misma, emocionada, riendo como una niña. Abel me mira desde la puerta de la cabaña. Me detengo y también lo observo. Él se acerca, me coge de las mejillas y me besa con la misma suavidad que los copos. Nos tiramos así un buen rato, hasta que empieza a nevar más y se me enreda en el pelo y en las pestañas.

—Ahora eres un ángel de escarcha —murmura.

—¿Crees que podré hacer un muñeco de nieve? —pregunto, ansiosa.

Se ríe ante mi pregunta.

—Puede que mañana o pasado.

Nos besamos un rato más bajo los copos. Me aferro al sentimiento de calidez que me provocan sus labios. Ansío decirle que no quiero que este momento se acabe nunca, que él es el inicio de mi vida y también el fin, que el sentido de mi existencia lo he encontrado a su lado, que no hay nadie que pueda comprenderme como él, que deseo que no peleemos más y que, aunque parezca de locos, podría darle un hijo ahora mismo. Pero sus apasionados besos callan todo y lo atesoro en el corazón.

El resto de la noche la pasamos en el sillón, ante la chimenea. Al menos una hora nos quedamos en silencio, observándonos, leyendo nuestras miradas. Creo que con ellas ya le he confesado todo y él a mí también. Esto es amor. Lo es de verdad. Bien entrada la madrugada se queda dormido conmigo en brazos. Me bajo de su regazo con mucho cuidado de no despertarlo. Me acerco a la ventana: aún nieva. Sonrío por el magnífico espectáculo.

Voy al cuarto de baño y me observo en el espejo. Tengo ojeras a causa del cansancio, pero noto mi piel radiante. No me importan los malos momentos que pasamos si luego tengo otros como el de esta noche. No hemos hecho el amor y no nos ha hecho falta para la reconciliación. Ese es un pequeño cambio.

Me desabrocho el pantalón y me lo bajo. Me aparto las braguitas.

Recorro el parche anticonceptivo con los dedos. Por un momento pienso en deshacerme de él Pero luego me subo los vaqueros con el corazón a mil por hora.

8

—Buenos días, preciosidad —escucho la sensual voz de Abel junto a mi oído.

Me tiene abrazada desde atrás y yo suspiro, aún con los ojos cerrados, empapándome en la tranquilidad que siento junto a él. Me da pequeños besos por el cuello, hasta llegar al lóbulo de mi oreja. También lo besa y luego lo muerde. Yo me contoneo entre sus brazos con una sonrisa.

—¿Te has levantado juguetón? —le pregunto.

—No lo sabes tú bien.

Se aprieta más contra mí y enseguida noto su tremenda erección en mi trasero. Suelto una carcajada. Cojo la sábana, la manta y el polar y me los subo hasta la barbilla. Se está tan calentita aquí dentro. No quiero salir nunca de esta cueva; quiero que el paso del tiempo nos sorprenda en la misma posición en la que estamos ahora.

Cuando empezó a amanecer, decidimos venir a la cama porque ya era incómodo estar ambos en el sillón, con lo pequeño que es. No hicimos el amor, pero sus tiernas caricias por mi cuerpo fueron lo suficientemente espectaculares como para provocar que toda mi piel estallara en cientos de luces de colores. Creo que nos hemos dormido a las seis y media de la mañana, cuando la luz ya se filtraba por la ventana y nos sentíamos rendidos.

—¿Cómo crees que estará ahí fuera?

—Muy blanco —responde él. Puedo notar la sonrisa en su voz.

Es su cumpleaños y parece feliz. ¿De verdad lo estoy consiguiendo? Casi no me lo puedo creer yo misma. Atrapo su mano y la llevo hasta mi pecho, estrujándola contra mí y acurrucándome más como una niña pequeña. Suelto un largo suspiro.

—Quiero que hagamos un muñeco de nieve.

—Haremos todo lo que usted quiera, señorita —accede él, posando un sonoro beso en mi nuca. Una cosquilla me asciende por los tobillos.

—¿Te puedes creer que es la primera vez que veo nevar?

—Me lo imaginé anoche al ver tu cara. —Me coge de la mejilla y me la gira para poder besarme. Me deshago en sus brazos en cuanto sus labios rozan los míos.

—Y después nos tumbamos en el suelo y hacemos un ángel —propongo, recordando las pelis y dibujos que he visto en los que los personajes hacen exactamente eso.

—Vale, lo intentaremos. —Se ríe ante mis ocurrencias de chiquilla, pero no puedo evitarlo.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto, un tanto temerosa. Me meneo en la cama hasta colocarme cara a él. Me acaricia el pómulo con un cariño tremendo. Su mirada es serena y eso es algo que me tranquiliza.

—Estoy bien, la verdad.

—¿Has tenido alguna pesadilla esta noche?

Niega con la cabeza. La cara se me ilumina y él me besa en la nariz al notar mi alegría. Nos fundimos en un intenso abrazo. Acerca su rostro al mío. Sus labios me rozan, jugamos a restregarnos la nariz, nos olemos el uno al otro. Por fin, me besa. Saboreo su exquisita lengua, la cual ya está impregnada del aroma a excitación. Aprecio que está empezando a emocionarse. Bueno, ya lo estaba cuando me ha despertado, pero ahora más. Mete una mano por mi pijama, que en el fondo no es nada *sexy* pero a él parece excitarle mucho. Roza mi piel desnuda con los dedos, provocándome escalofríos. La desliza hacia delante y acaricia uno de mis pechos. Alcanza el pezón, ya dispuesto, y lo frota.

—Desnúdate. Quiero ver tu cuerpo —dice con voz ronca.

—Abel, hoy tengo muchas cosas que hacer... —protesto, haciéndome la remolona. Él me besa en el cuello haciendo caso omiso de mis palabras. Me

río—. Tengo que preparar tu cumpleaños.

—Dame un regalo por adelantado. —Me muerde el cuello con suavidad; luego con más ganas.

—Tú pides mucho, ¿no? —Esta vez soy yo la que le muerde el labio. Él saca las manos del pijama y las pone en mi trasero, estrujándolo con posesión.

Aunque me muestro tranquila, por dentro estoy ardiendo. Me coloco sobre él y la ropa de cama cae por mi espalda. Abel la coge para taparme de nuevo y que no pase frío. Me siento a horcajadas sobre su erección, a lo que responde con un gruñido. Cierra los ojos y se muerde el labio inferior. Cuando los abre, aprecio en ellos al Abel sensual, duro, caliente, aquel que disfruta con el sexo. Me humedezco sin poder evitarlo. Cojo la parte superior de mi pijama y me la saco por la cabeza. Agito el cabello de manera sensual mientras lo miro.

—Qué magnífico regalo, nena.

Se incorpora hasta sentarse, cogiéndome por la cintura con una mano y, con la otra, atrapa uno de mis pechos. Se lo lleva a la boca y lo lame con ansia, hambriento de mí. Enredo su cabello entre mis dedos y echo la cabeza hacia atrás, gimiendo y contoneándome encima de su pene. Le ayudo a deshacerse de su camiseta de pijama. En cuanto tengo su torso desnudo me lanzo a él. Le beso el cuello y el pecho al tiempo que le acaricio en el abdomen. Sus músculos se contraen al sentir mis dedos.

—¿Quieres usar algún juguete? —me pregunta.

Esbozo una sonrisa traviesa. Me aparto de él y bajo de la cama a toda prisa. Rebusco en la maleta hasta encontrar las bolitas. Regreso con ellas y se las pongo en la mano. Abel se muerde el labio superior y a continuación entreabre la boca y me dedica una mirada tremendamente caliente.

—Tendremos que comprar algo más al volver —dice, con una sonrisa—. Quizá un vibrador o algo así.

—Algo con lo que podamos disfrutar los dos —decido.

—Yo disfruto con sólo ver tu cara de placer. —Pasa los dedos por mis labios. Ese gesto me excita muchísimo. Se los lamo y él jadea. Me atrapa por la nuca y me besa con fuerza, haciéndome un poco de daño en los labios. Pero mi sexo no cesa de palpitar, ansioso de tener las bolitas en él.

Me quito el pantalón de pijama y las braguitas sin perder tiempo. Él acerca su mano hasta mi vagina y me toca el clítoris. Un gritito escapa de mi

garganta.

—Joder, pequeña, qué bien. Ya estás muy mojada. —Me besa en la mejilla. A continuación chupa las bolas, humedeciéndolas todo lo que puede, y las acerca a mi entrada. Yo echo hacia delante mis caderas. En primer lugar me mete un dedo para hacer hueco; a continuación, lo hace con una bolita y, por último, la otra. Me explora con suavidad hasta que encuentra el lugar idóneo para que ellas funcionen a la perfección. Yo me quedo muy quieta, esperando a que él me diga lo que quiere que haga. Abel alza la cabeza y me mira con intensidad. Me coge de las nalgas y dice con una voz fantásticamente sexual—: Muévete lentamente, Sara.

Meneo el trasero muy despacio, pero con sólo eso, las bolas hacen su papel. Una corriente eléctrica atraviesa todo mi cuerpo. Gimo con los ojos cerrados y continuo moviéndome. Él me aprieta el trasero, hunde los dedos en mi piel. Me muerdo el labio al notar el despliegue del juguete en mi sexo. Abel jadea conmigo. Su erección es tremenda. Se clava en mi muslo sin piedad, haciéndome daño. Al abrir los ojos, me topo con su lujuriosa mirada. Tiene la boca entreabierta, como si fuese él el que estuviese recibiendo todo el placer, aunque supongo que mis continuos roces en su hinchado pene contribuyen a ello. Me coge el pelo y se lo enrolla en la mano al tiempo que me atrae a él y me besa con ímpetu. Su lengua explora mi boca con dureza. Luego me muerde el labio superior, estira un poco del inferior. Todo esto al tiempo que me sube y baja con las sacudidas de sus caderas. Los gemidos que se me escapan son cada vez más escandalosos y resuenan en la tranquilidad de la mañana. De repente, se me ocurre algo que incluso me avergüenza.

—Abel... —murmuro entrecortadamente.

Él para de lamerme el cuello, aunque prosigue moviéndose debajo de mí. Los espasmos de mi sexo a causa de los avances de las bolas se acrecientan.

—Quiero... probar... algo.

—¿El qué? —Me besa las mejillas. Puedo sentir que está totalmente descontrolado. Este es el Abel que tanto me pone.

—¿Y... si...? —corto la frase en el momento en que él da una sacudida y las bolas cambian de posición en mi interior. Suelto un grito y clavo las uñas en sus hombros. Empiezo a sudar a pesar de que la habitación está helada—. Lo hacemos por...

—¿Qué?

—Quiero... probar... por... —le llevo la mano al trasero.

Frena de golpe. Me quejo porque quiero continuar notando el juguete en mí. Me meneo hacia delante y hacia atrás. Él se me queda mirando con los ojos entrecerrados.

—¿En serio?

—Sí. ¿Por qué no? Creo que a ti te gustaría, o al menos eso me insinuaste alguna vez, y es algo que ahora mismo me apetece probar.

—No tenemos aquí ningún lubricante. Puedo hacerte daño. Eres virgen. No quiero.

—Sólo intentémoslo, por favor. Si me duele, paramos. —Me inclino hacia delante y le rodeo con los brazos. Las bolitas hacen de las suyas en mi sexo, calentándomelo más.

Abel se muerde el labio, pensativo. No parece seguro, pero yo estoy tan excitada que quiero probar de todo con él. Antes de que sucediera todo esto y nos marcháramos de España, estuve buscando información sobre las bolas chinas y descubrí que hacerlo por el trasero mientras se tienen en la vagina, puede ser una experiencia muy placentera.

—Mira, Sara, hacemos una cosa: lo intentamos con los dedos, ¿vale?

Le doy un rápido beso. Asiento con la cabeza, emocionada, excitada y nerviosa al mismo tiempo.

—¿Cómo quieres que me ponga? —le pregunto.

—Así está bien. Así podemos hacerlo.

Trago saliva. La respiración se me acelera cuando le veo chuparse un dedo. Lo acerca a mi trasero mientras no aparta de mí esa mirada tan caliente. Mi pecho sube y baja completamente descontrolado. Lo noto cerca de mi entrada y mi cuerpo se contrae de manera involuntaria. Él me sujeta de la cadera. Hace que me posicione de modo que esté más cómoda.

—Esto lo notarás raro al principio. Quizá te parezca una invasión...

—¡Hazlo! —le pido con los dientes apretados.

Prepara mi zona con el dedo húmedo. Me toca el perineo muy suavemente y luego me acaricia por fuera de la entrada. Doy un respingo al notarlo tan cerca y las bolas juegan en mi interior arrancándome un gemido. Se lleva el dedo una vez más a la boca y lo moja con su saliva. Cuando piensa que estoy lo suficientemente preparada, me introduce la puntita en posición horizontal.

—Si te duele, dímelo.

—Por ahora está bien —murmuro, pero el esfínter se me contrae. Él me

mira muy serio, hasta que yo le hago un gesto para que avance. Con la otra mano coge uno de mis pechos y lo acaricia. Nos besamos lenta y delicadamente. Empiezo a sudar de nuevo. Noto un ligero dolor, pero no es tan molesto como pensaba. Es más, está equilibrado con el placer que me está invadiendo.

—¿Te gusta así, cariño?

—Sí... —le aprieto los hombros al notar que va introduciendo el dedo un poco más.

Meneo el trasero un poco para que las bolitas me ayuden a relajarme. Mi vagina se humedece en cuanto las noto. Jadeo en el cuello de Abel. Él me sujeta de la nuca con la mano libre y me besa de la forma más excitante posible. A medida que su dedo se introduce en mí, mi cuerpo se va acomodando y lo recibe como si fuese natural. El placer que noto es indescriptible. Me siento llena por delante y por detrás. Sube y baja la punta de su dedo y a continuación lo menea como si estuviese diciendo «no». Me restriego en su erección, que parece estar a punto de romperle los pantalones.

—Otro —le pido entre jadeos. El sudor se me escurre por la piel.

—¿Seguro?

Asiento con la cabeza. Él me da un beso ansioso. Su pene vibra debajo de mí. Llevo las manos hasta su pantalón y le hago un gesto para que alce el trasero y pueda bajárselo. Quiero que nos rocemos piel contra piel. Le deslizo también el calzoncillo. Su perfecto miembro me apunta con vigor. Lo rodeo con una mano y él gruñe, gime, jadea. Su dedo se remueve en mi interior y las bolas también. Introduce otro, tal y como le he pedido, con mucha suavidad. Hay algo en mi vientre que no logro comprender.

—Noto algo raro —suspiro.

—¿Estás bien? —detiene el avance.

—Sí, sí. Es algo raro pero placentero. Como si tuviese el vientre lleno de agua.

Él sonrío ante mi comparación. Apoya los labios en mi mejilla y prosigue con lo suyo. Los dos dedos se menean en mi interior arrancándome un grito. No ceso en mis movimientos; las bolas hacen que mi sexo se contraiga, que palpite, que se ponga a punto de explotar. Aprieto el suyo en mi mano y él me da un suave mordisco en el pómulo como respuesta. Apoyo la otra mano en su pecho, se lo arañó. Abel me llena la frente de besos, las mejillas, la barbilla, la cual se detiene a lamer. Sus dedos entrando y saliendo de mí me

marean. Noto las pulsaciones contra mi piel indicándome que estoy a punto de deshacerme.

—Abel, por favor. Qué bien. —gimo, con los ojos cerrados.

—Espera, nena, no termines aún. Quiero que lo hagas mientras te follo — murmura en mi oído. Su mano se desliza hacia mi entrepierna. Coge la cuerdecita de las bolas y tira de ellas con delicadeza. Las deja a un lado en la cama. Yo chasqueo la lengua, un tanto apesadumbrada. Él me aparta un mechón de pelo de la cara y sonrío—. No me digas que te gustan más las bolas que yo.

—Fóllame como sólo tú sabes —le digo, con una mirada excitante—. ¿Te contesto con eso?

Él se ríe y me besa. Con la mano libre se coge la erección y tantea mi entrada. Aún tengo sus dedos en mi ano y, cuando noto la punta de su pene en mí, grito y me retuerzo en sus brazos. Echa las caderas hacia arriba y me la mete poco a poco, para que no me sienta demasiado invadida. Me está volviendo loca. Me muevo sobre él, al tiempo que sus dedos me hacen flotar.

—Abel, me voy a morir...

—Moriremos los dos, pequeña. —Me sujeta de la cintura para que me esté quieta. Dejo que sea él el que se mueva, el que me folle con su pene y con sus dedos. Estoy llena de Abel y me gustaría estarlo aún más. Suelta un gruñido. Nuestros cuerpos sudados se funden, y esta sensación es para mí la más placentera del mundo. Espero que también lo sea para él.

—Oh, joder, joder... —digo. Él me mira asustado—. Parece que me vaya a explotar el vientre.

—¿Quieres que pare?

Niego con la cabeza. Le hago un gesto para que continúe. Las paredes de mi sexo abarcan toda su excitación, la acogen de manera familiar. Echo la cabeza hacia atrás, sin poder dejar de gemir. Él se une a mí y me obliga a tirarme hacia delante. Me coge de la nuca y me hace el amor con sus labios apretados contra mi mejilla. Su cálido aliento empapa mi cara. Eso es algo que me parece demasiado íntimo. Tanto que sólo logro excitarme más, apreciar que ahora sí voy a explotar.

—No puedo más. Deja que me vaya ya, por favor —gimoteo. Él menea los dedos de un lado a otro en mi interior provocándome un intenso calambre.

El vientre se me desborda. Todo mi cuerpo se contrae. Puedo notar la sangre corriendo por mis venas, mi corazón hinchándose en el pecho, cada

músculo a punto de estallar. Abel me atrae a él con ímpetu.

—Bésame, Sara. Quiero saborear tu orgasmo.

Me engancho a su cuello y le muerdo el labio. Él gruñe, me aprieta la nuca. Grito en su boca. Me besa mientras me deshago en sus manos. Eso parece excitarle mucho porque segundos después su pene se contrae, palpita, y enseguida lo noto venirse en mí. Jadea y suelta un grito que me sorprende. Lo miro con los ojos muy abiertos, aún con los labios pegados. Está rojo y sudoroso. Me contoneo un par de veces más hasta que ambos dejamos ir del todo nuestros orgasmos. Le abrazo con intensidad. Cuando saca los dedos, me siento vacía, así que me quedo sentada sobre él, con su sexo en mi intimidad. Lo quiero así durante un buen rato.

—Antes lo odiaba porque pensaba que era perder el tiempo, pero ahora adoro el sexo matutino —murmuro, apoyando la cara en su hombro.

—Eso es porque te lo doy yo —dice divertido.

—¿Pero quién te has creído que eres? —Alzo la cara para seguirle el juego.

—Tu dios del sexo, nena. —Me guiña un ojo.

—Será posible... —Zarandeo la cabeza con una sonrisa.

—Y tú eres el cielo en el que habita este dios. —Me da un beso. Se lo devuelvo, sumergida en un amor que ilumina mi pecho.

Abandonamos la cama casi al mediodía. Comemos unos sándwiches rápidos porque yo no quiero perder mucho más tiempo, ya que tengo que cocinar la cena de su cumpleaños. En realidad no tengo apenas ingredientes, pero voy a intentar hacerla lo mejor posible. Tras la comida le obligo a irse al salón. Le digo que se ponga a leer, a pensar en las musarañas o en lo que quiera, pero que tiene absolutamente prohibido entrar en la cocina hasta que yo se lo permita. Él protesta un par de veces, aunque sé que lo hace en broma. En cuanto se marcha al salón, yo me pongo a buscar ingredientes como una loca. Al final decido que haré una ensalada y pasta. No es algo muy trabajado, pero no tengo nada más. Al abrir la nevera y fijarme bien, descubro una botella de champán. ¿Cuándo ha llegado aquí? ¿La tenía él guardada para darme una sorpresa? Sonríe como una tonta ante la idea.

A las siete ya lo tengo todo preparado. Es pronto, pero estoy tan emocionada que no puedo esperar más. Salgo de la cocina con los cubiertos, con unas servilletas rojas que he encontrado trasteando por todos los armarios. Él alza la vista ante mis idas y venidas. Cuando coloco las copas al

lado de los vasos, se echa a reír.

—¿Tienes alguna vela bonita? —le pregunto.

Se levanta y busca en los armarios del salón. Encuentra una de color morado y otra naranja. Las coloco también en la mesa y las enciendo. Me separo un poco para ver cómo ha quedado todo. Si estuviésemos en nuestra casa en Valencia, todo habría podido ser mejor, pero lo cierto es que así tampoco está mal. Regreso a la cocina, me hago con la fuente de ensalada y entro al comedor. Él me pregunta si necesito ayuda pero yo niego con la cabeza.

—Venga, ya puedes sentarte —le digo con una sonrisa.

Comemos la ensalada en silencio. Yo estoy nerviosa porque quiero que sople ya las velas y que comamos tarta. Y luego brindar para que celebremos juntos muchos más cumpleaños. En cuanto nos acabamos el primer plato, corro a por la pasta. Le he añadido verduras, salsa de tomate y albahaca. Es algo muy sencillo, pero a él parece gustarle todo. Cada vez que me mira, descubro que el brillo de sus ojos se hace más grande. Nos comemos la pasta entre sonrisas y miradas de complicidad.

—Y ahora, el plato fuerte. —Me escurro a la cocina para coger la tarta—. ¡Apaga la luz! —grito. Él obedece. Yo me tiro unos minutitos colocando las velas y encendiéndolas una a una. Aspiro con fuerza y salgo al salón con el pastel. Sólo espero que esto le guste: es la ilusión más grande que tengo hoy.

Cuando aparezco con el pastel y las velas, él abre la boca con sorpresa. Luego esboza una sonrisa que realmente es radiante. Me acerco a la mesa y deposito la tarta en ella. Me coloco a su lado y apoyo las manos en sus hombros.

—Ahora sopla. Y pide un deseo... —le digo, en voz bajita. Él me mira con profundidad. Puedo leer en sus ojos que está contento, que esto es mucho para él, y que está luchando con todas sus fuerzas para ser feliz junto a mí. Coge aire y luego lo lanza. Tiene suerte y apaga todas las velas. Yo doy palmadas como una niña pequeña. Me rodea la cintura, apoyando su cabeza en mi vientre. Le acaricio su sedoso pelo—. Feliz cumpleaños, Abel. Te quiero.

Se levanta de la silla y me abraza con una fuerza y ternura infinitas. Puedo sentir su emoción. Está temblando. Al apartarlo de mí con suavidad, aprecio que está llorando. Abro los ojos con sorpresa. Le limpio las lágrimas, él sorbe y sonrío. Sé que lo hace de alegría, pero aun así lo que quiero es que sonrío.

—¡Vamos a brindar! —le propongo. Todavía no hemos encendido la luz, pero las velas de la mesa están cumpliendo con su trabajo. Corro a la cocina una vez más y saco el champán de la nevera. Regreso con él y es Abel el que lo abre. Llena mi copa y después la suya. La alza en señal de brindis—. Brindo por ti y por mí, para que podamos celebrar muchos más cumpleaños así.

—Y yo brindo para que estés conmigo cada día de mi vida. — Entrechocamos las copas y bebemos con las sonrisas en el rostro.

Me quita la bebida de la mano y la deja en la mesa junto con la suya. Entonces me coge de la cintura y me arrima a él. Pienso que me va a besar, pero lo que hace es cogermé de la otra mano y ponerme en posición de baile. Apoyo la mía en su hombro y la otra se la paso por la espalda.

—Hoy vamos a bailar como yo quiera. —Entrecierra los ojos, brillantes y hermosos. No hay música, pero de repente, él empieza a cantar. Tiene una bonita voz. Otras veces le he escuchado, pero esta vez parece que lo está haciendo en serio—. *What would I do without your smart mouth? Drawing me in, and you kicking me out...* —Me mira mientras canta.

—No sé qué canción es, pero parece bonita —le interrumpo.

Él chasquea la lengua. Me suelta y me indica con un dedo que espere. Se marcha al dormitorio y a los pocos segundos regresa con su portátil. Lo enciende y rebusca entre la música como hice yo el otro día. Pone la canción y una hermosa melodía con piano y violín resuena en la estancia. Se acerca a mí, nos ponemos en posición de baile una vez más, y él me mueve de manera muy lenta, para que sienta cada nota de la canción.

—John Legend y Lindsey Stirling, *All of me* —me dice al oído—. Eso es lo que quiero, Sara, darte todo de mí.

Le aprieto el hombro. La verdad es que la canción es preciosa y perfecta para el momento.

—*My head's under water but I'm breathing fine. You're crazy and I'm out of my mind* —Sonrío cuando le escucho cantarme esa frase. Me aprieto a él, captando el calor de su cuerpo. Alzo la vista para mirarlo. Sus ojos me observan con más intensidad que nunca. Le brillan tanto...

Me dejo llevar por la preciosa e íntima melodía de la música. Las notas del piano y del violín se introducen en mi cuerpo y acarician mi alma. Jamás había bailado así con un hombre. Nadie me había abrazado como él. Toda mi piel se deshace en lucecitas. Soy un ave que flota, soy una estrella que brilla, un relámpago que estalla. Siento a Abel con todo mi cuerpo: con mis dedos

que están atrapando su hombro y su espalda, con mis ojos que le dedican la más feliz de las miradas, con mis pies que se mueven a su compás, con mi boca que se entreabre ansiosa de probar sus labios. Apoyo la cabeza en su hombro y bailamos como si no existiese nada más. En realidad, para mí no existe.

—*All of me loves all of you. Love your curves and all your edges. All your perfect imperfections* —me canta al oído con su sensual voz. A continuación me coge de la barbilla y me obliga a mirarlo. Contengo la respiración. Sé que mi mirada brilla tanto como la suya—: *Give your all to me. I'll give my all to you. You're my end and my beginning. Even when I'm lose, I'm winning.*

No puedo más. Le interrumpo y me lanzo a besarle. Me engancho a sus labios y no quiero soltarlo. Él me aprieta la cintura, me sube hacia arriba, terminando yo de puntillas. Cuando nos separamos, ambos estamos temblando.

—Te amo, Abel. Te amo, te amo. Te amo —le repito una y otra vez como una loca.

—Yo también te amo, mi vida. —Agacha la cabeza y me besa con ardor, pero también con un amor inmenso. Me aferro a su espalda, regocijándome en este hermoso momento que la vida me está ofreciendo. Nos pasamos el resto de la canción bailando muy lento, observándonos y hablándonos con las pupilas. Acaricio su atractivo rostro mientras él pasa sus dedos por mis labios. El corazón retumba en cada parte de mi cuerpo. Me siento completa.

—Quiero darte mi regalo —le digo cuando se termina la canción. Él meneaba la cabeza al recordar el motivo por el que me fui sola al pueblo, pero lo hace con buena cara. Voy corriendo al cuarto y saco de la maleta el reloj—. Espero que te guste. —Le entrego la cajita y él la mira con curiosidad.

—No me digas que es... —Alza los ojos y los clava en mí. Abre el recipiente y sonrío. Yo no puedo contener la expectación. Lo saca, sosteniéndolo ante su rostro—. Es precioso. Es mucho más bonito al contemplarlo de cerca. Pero no tenías que gastarte tanto dinero.

—Quería hacerlo, ¿vale? —protesto. Lo tomo de su mano y lo abro por detrás—. Quería poner una foto mía, pero no tengo ninguna aquí y tampoco sabía dónde podía hacerlo en el pueblo. Pero cuando volvamos a Valencia, la pondré.

Abel se ríe. Ese sonido me estremece, me hace comprender que mi vida ahora tiene sentido. Mi existencia es vivir, gozar, sufrir, reír, llorar, vibrar,

volar, gritar, soñar con este hombre.

—Es para que te acuerdes de mí siempre. Para que lo cuelgues en tu cuello y en aquellos momentos en los que sientas que flaqueas, mires mi foto y recuerdes cuánto te amo —le digo, casi de manera tímida.

—Lo haré, Sara. Jamás podré olvidar tu amor. —Me coge de la mano y me atrae a él para darme un abrazo y un beso en la frente. Se queda mirando el reloj unos segundos, con una abierta sonrisa. Luego dirige la vista a mí—. Yo también tengo algo para ti.

—¿Ah, sí? Pero si no es mi cumpleaños.

—No importa. No es necesario para que yo quiera ofrecerte algo. —Se coloca el colgante—. No es lo que quería regalarte porque no lo he podido comprar. —Me indica con un gesto que espere. Lo oigo trastear en el dormitorio. Yo espero impaciente, hasta que por fin regresa con las manos a la espalda—. Lo hice hace unos días y la verdad es que están un poco secas, pero creo que ha quedado bonita igual.

Lo miro con la ceja arqueada. No tengo ni idea de lo que puede ser. Cruzo los brazos en el pecho, completamente ansiosa. Se coloca frente a mí y me muestra lo que es.

Una corona de flores blancas y amarillas adornadas con hojas. La ha trenzado de una manera perfecta. ¿En serio la ha hecho él? Vaya, también se le dan bien las manualidades. Me quedo con la boca abierta, fascinada ante la belleza del objeto. Es cierto que están un poco secas pero, a pesar de todo, rebosa magia.

—Ya te dije que tú ibas a ser mi reina. —Me coloca la corona en la cabeza. Me contempla durante unos segundos que a mí me parecen eternos—. Estás demasiado bonita. Se me va a romper el alma si continúas mirándome así —sonríe. Y entonces, me coge de la mano y la apoya en su pecho.

No sé por qué, pero el corazón da un bote en el mío. Una cosquilla en mi interior me dice que va a hacer algo que me va a dejar muerta. Trago saliva mientras él me mira con los ojos más brillantes que nunca. Casi no puedo respirar. Mi pecho sube y baja, sabiendo lo que me va a decir...

—Sara, ¿quieres ser mi esposa?

Y mi corazón aterriza en sus manos.

9

Me he quedado sin palabras. Primero me dice que le gustaría tener un hijo conmigo y ahora esto. Es más de lo que puedo soportar. En realidad, está muy bien. Me hace sentir amada. Ahora comprendo que me quiere demasiado, que posiblemente lo hizo desde un principio, aunque no se atrevía a sacarlo por todos los miedos que tenía. Le he pedido que los echara, que fuese valiente, que se confesara a mí, que me diese todo de él. Y ahora que lo está haciendo, yo me quedo con la boca abierta sin saber qué contestar. El corazón no cesa su avance desbocado. Tengo la boca tan seca que alargo la mano y cojo la copa para darle un trago al champán. Abel observa todos mis movimientos con semblante preocupado. ¿Es que está esperando que le dé ya una respuesta? Porque creo que algo así debe pensarse muy bien. Supongo que él lo ha hecho... O quizá no, y está actuando como el Abel de antes, aquel que hacía las cosas sin pensar.

—Yo... –tartamudeo.

—No es necesario que contestes ahora si no quieres –me dice. Sin embargo, su respuesta no me tranquiliza.

En realidad no quiero decirle que no porque una parte de mí está emocionada con la idea. Pero tampoco puedo aceptar tan de repente, sin sopesar todos los pros y los contras.

—Me veo muy joven para ser una novia. Más bien parecería una niña de comunión —me río con mi propia ocurrencia.

—Yo pienso que serías la novia más hermosa de la historia —responde.

Agacho la cabeza de forma tímida. Me llevo una mano a la cabeza y rozo la corona de flores que él ha fabricado con todo el cariño del mundo para mí. Yo sé lo que me está sucediendo; tengo muy claro lo que ronda por mi mente, comprendo lo que es este sentimiento que se ha instalado en mi estómago: miedo. Y es que mis padres se casaron muy jóvenes, de manera irreflexiva. Mi madre pensó que no existía otro hombre más perfecto que mi padre, que era él quien debía hacerla feliz. Y se equivocó. No quiero hacerlo yo también.

Me muerdo el labio inferior, sin encontrar todavía las palabras adecuadas. Me da miedo que se enfade, aunque él tendría que comprender lo que yo le contestase. Me observa con esa sonrisa tan bonita que tiene. Me dedico a mirar sus blancos y perfectos dientes, sus colmillos un poco más puntiagudos que el resto, que le otorgan un aspecto misterioso y sensual.

—Quiero que nos hagamos una foto —suelto de repente, cambiando de tema. Sí, señores y señoras, así soy yo. Cuando algo me pone histéricamente nerviosa, decido apartarlo.

Parpadea confundido. Supongo que esperaba que le diese una respuesta, aunque fuese negativa. Le cojo de la mano y tiro de él para que vayamos a buscar su cámara.

—¿No te parece tonto que siendo tú fotógrafo no tengamos ninguna foto juntos? —Me echo a reír, nerviosa.

—La verdad es que sí, pero prefiero hacértelas a ti.

—Pues hoy vamos a hacernos juntos muchas, que ya va siendo hora.

Él coge su bolsa y la abre. Saca la cámara con mucho cuidado mientras me dedica una sonrisa, aunque noto que es un poco triste. Mierda, ¿la he cagado como tantas otras veces? ¿Ahora que estaba consiguiendo hacerle feliz he retrocedido?

—Te hago primero una yo. —Le arranco la cámara de las manos. Él hace un gesto como de susto—. Tranquilo, que la voy a tratar muy bien. —Pongo los ojos en blanco—. Vamos al salón, que es más bonito.

Él camina a mis espaldas. Me detengo y miro alrededor para ver dónde podría salir mejor. Le señalo la chimenea.

—¿Por qué no te pones allí?

Abel asiente. Se dirige al fuego y se coloca al lado, de pie, con las manos

en el bolsillo de manera casual. Míralo, si es que sabe posar fenomenal. No puedo evitar acordarme del mes pasado, cuando posé con Rudy y Eric nos fotografió. Al principio fue una pesadilla porque no me podía relajar para nada, pero luego salió muy bien y fue una experiencia que me agradó, aunque no sé si repetiría. Me pregunto si Thomas me habrá estado llamando para que trabaje con él en nuevas campañas. Si es así, ¿estará preocupado de que no le haya contestado?

—¿En qué piensas? —me interrumpe Abel.

—En Rudy y Thomas —contesto, bajando la mirada a la cámara.

—¿Te gustaría volver a trabajar con ellos?

Alzo la vista para mirarlo y comprobar si le molesta. Pero no, no hay en él ninguna señal de que esté enfadado. Supongo que al final comprendió que es mi vida, que tomo mis propias decisiones. Y además se dio cuenta de que lo hacía bien. Sé que le sorprendí cuando me vio posar en la playa para la campaña de Brein Gross. Quizá algún día le apetezca que trabajemos juntos y yo aceptaría encantada. Sería su modelo y su musa para el resto de su vida.

—No sé. —Me encojo de hombros—. Pero si lo hiciese, querría que fueses tú el fotógrafo.

Se pone serio. Imagino que está recordando los momentos en los que Eric me hizo las fotos. ¿Qué sentiría él? Jamás se lo pregunté y, de todos modos, me da miedo hacerlo. Después asiente con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa.

—Venga, sácame una foto.

—Te aviso que no soy muy buena haciéndolas.

—Siempre podemos retocarla. —Se echa a reír.

Le saco unas cuantas. En la primera sale tal y como él se había situado con las manos en los bolsillos. Para la segunda le pido que se sienta en el silloncito y que simule que lee. La tercera se la saco fuera, con su abrigo, su bufanda y su gorrito.

—Ahora me toca a mí. —Me quita la cámara y yo me coloco en la nieve.

—Coge un puñado y tírala al aire.

Hago lo que me pide. Me agacho y recojo la nieve. Menos mal que me he puesto los guantes. La lanzo por encima de mi cabeza, riéndome. Él me saca la primera foto. Me inclino y cojo más y la tiro una vez más al aire. Yo levanto el rostro y cae sobre mis ojos, mi nariz y mi barbilla. Abel me fotografía una y otra vez. Me hace un par de cerca, sonriendo yo

sinceramente, porque me siento contenta. Cuando me las enseña, me río de mí misma. Parezco una niña pequeña con toda esa ropa de abrigo, jugando con la nieve y con la nariz y las mejillas rojísimas.

—¡Soy Rudolf! —exclamo.

—Estás preciosa. —Me besa en la punta de la nariz y me aprieta contra él.

—A ver las tuyas.

Me las enseña. Joder, él sale perfecto de cualquier forma, con su mirada provocativa, su rostro perfecto. Aprecio la línea de su mandíbula, dura y marcada y no puedo evitar sentir un cosquilleo. Me parece fantástico tener un hombre así a mi lado. Me coloca a su lado y nos hacemos una foto.

—¡Un *selfie*! —grito, riéndome. Él también.

Tras esto, regresamos a la cabaña y nos hacemos unas cuantas fotos más. En el sofá dándole yo un besazo en la mejilla; en la cama como si estuviésemos durmiendo. Besándonos los dos. Mirándonos a los ojos. Sitúa la cámara sobre un estante y pone el contador. Ambos nos colocamos ante ella. Llevo la corona de flores en la cabeza y él se pone detrás de mí, abrazándome por la espalda y apoyando su barbilla en mi hombro. La otra es casi igual, sólo que él está besándome en la mejilla con los ojos cerrados. Incluso a través de la foto, puedo sentir su amor.

—Salimos genial en esta última. Me encanta.

Al cabo de un rato nos marchamos a la cama. Sigue siendo pronto, pero lo único que nos apetece es estar acostados, abrazados, mirándonos. Nos desnudamos y nos metemos bajo las mantas. Él me abraza con fuerza para calentarme. No hacemos el amor. Sus manos en mi espalda son lo suficientemente placenteras. Tengo el rostro hundido en su pecho y puedo oler su aroma, el cual adoro.

—Sara, lo de antes... —empieza a decir. Me sobresalto. Él me coge de la barbilla para que lo mire—. Quizá hayas pensado que soy un egoísta.

—¿Por qué? —pregunto, confundida.

—Bueno, estoy enfermo y te pido que te cases conmigo. ¿No es una locura?

No atino a contestar. Él desliza el dedo por mi mandíbula, acariciándome con suavidad.

—No habría ningún compromiso. Cuando yo acabase... Bueno, ya sabes. No tendrías que cuidar de mí. Mi padre se encargará de todo, ya lo hemos hablado.

—No digas tonterías. Aunque no estuviésemos casados, yo velaría por ti.

—Este matrimonio no supone nada. Es decir, te lo pido porque realmente te amo, Sara, y porque deseo que seas mi esposa. Terminar mis recuerdos contigo caminando hacia el altar, mirándome con esa sonrisa que tienes, tan iluminada y abierta, es lo que más deseo en el mundo.

Trago saliva, nerviosa por lo que me está diciendo.

—Pero es, especialmente, porque quiero dejarte mi dinero.

—¿Qué?

—Si nos casamos, podré dejarte parte de lo que tengo. Y es bastante. Gané mucho dinero cuando trabajaba para... —Sé que va a decir Jade, pero decide no pronunciar su nombre—. Lo tengo ahorrado porque quería dejárselo a mis padres cuando yo ya no pudiese usarlo.

—Pero yo no quiero tu dinero. Te quiero a ti.

—Eso lo sé, mi vida. Pero ahora tú eres también mi familia y quiero velar por tu futuro y quizá, por el de...

Apoyo dos dedos en sus labios para que no continúe hablando. Sé lo que va a decir. Ahora mismo no puedo escucharle hablar de nuestro posible hijo.

—Pero ya te lo he dicho, Sara. Tómate tu tiempo. —Me da un beso en la frente—. Y no te estoy obligando a nada. No te sientas forzada a ello por lástima o algo así. Piénsalo muy bien.

Agacho la cabeza para posarla otra vez en su pecho. Paso los brazos por su espalda y le aprieto.

—Y gracias, cariño. Gracias por darme el mejor cumpleaños de mi vida.

Cierro los ojos, apreciando que floto.

Primeros de diciembre. La nieve cubre la vegetación. Todo está mágicamente nevado. Abel y yo nos ponemos nuestra ropa de abrigo, nuestros gorritos y los guantes y salimos a hacer un muñeco tal y como yo deseaba. Hemos cogido otro gorro viejo que había por la cabaña y también una zanahoria para ponerla en la cara del hombre de nieve. Mientras lo hacemos, Abel me mira con una sonrisa radiante. Yo agacho la cabeza, un tanto tímida, pero también con la alegría en el rostro. Casi me parece un milagro porque desde su cumpleaños tan sólo una noche se despertó bañado en sudor. El resto las ha pasado tranquilas, abrazado a mí, con la respiración serena a mi espalda.

Al terminar el muñeco, decido divertirme un rato más. Me agacho, cojo un

puñado de nieve y se la tiro a Abel. Le da en plena cara. Me mira con los ojos muy abiertos, y yo me encojo, creyendo que se ha enfadado. No obstante, enseguida veo que se dispone a coger nieve para lanzármela, así que corro, riéndome. Él consigue atraparme y me la restriega por la cara. Está fresca y húmeda y yo no puedo dejar de reír. Nos enzarzamos en una batalla de bolas como dos chiquillos. Por un momento, mientras corre y suelta carcajadas, se me antoja que ha vuelto a ser un niño. El de antes de la muerte de su madre.

Me lanzo contra él y ambos caemos al suelo. Nos revolcamos en la nieve, besándonos y acariciándonos. Sonrío contra su boca, muerde mi labio, lo roza con su lengua.

—Gracias —le susurro.

—¿Por qué? —Se aparta un poco para poder mirarme. Aún estamos en el suelo. Yo empiezo a sentir la humedad de la nieve en mi pelo, pero no me importa. Le acaricio su hermoso rostro y sonrío.

—Porque realmente estás luchando. Eres un hombre fuerte y muy valiente. Y estoy orgullosa de ti.

Él separa los labios en un gesto de sorpresa. Se quita de encima de mí y se levanta. Me entrega su mano para que lo haga yo. Después me retira la nieve que se me ha quedado enganchada en el pelo. Me lo acaricia con suavidad.

—Estoy haciéndolo por los dos. Pero tú estás teniendo una gran parte en esta recuperación. Y esa es una de las razones, entre otras muchas, por las que te admiro tanto. Porque siempre estás ahí para ayudar a los demás.

Niego con la cabeza, aturdida. Es cierto, ya lo dije una vez: siempre quiero rescatar a los demás, pero siempre lo hacía más por mí que por el otro, porque había un sentimiento un tanto egoísta en mí, un sentimiento de orgullo por demostrar que podía lograr levantar a los demás. Sin embargo, con Abel no es así. Con él lo hago realmente porque quiero que esté bien, que abandone todo lo que le provoca dolor. Supongo que esto es a lo que llaman amor.

—Tú eres la que me está salvando. —Me sujeta de las mejillas para darme un beso.

Un par de días después vamos por la mañana al lago habilitado para patinaje. Me hace mucha ilusión y estoy muy nerviosa ya que nunca he patinado sobre hielo. Hay bastante gente cuando llegamos, posiblemente de otros pueblos de alrededor. El sonido de las risas de los chiquillos me produce alegría. Todo está tan blanco y tan hermoso que se me antoja vivir

dentro de una estampa navideña. Abel ha traído su cámara consigo para sacarme alguna foto. Creo que en casi todas apareceré con el culo en el suelo. Alquilamos unos patines y en cuanto nos metemos en la pista, yo ya estoy resbalándome. Abel me tiene que sujetar una y otra vez. Me explica cómo mantener el equilibrio y cómo tengo que hacer para avanzar. Los primeros veinte minutos me los tiro casi todos en el suelo. Más tarde, consigo patinar un poquito. Abel me saca una foto tras otra. Me encanta ver su sonrisa. Al acabar la mañana, ambos tenemos las mejillas y la nariz coloradas y estamos exhaustos. Todavía hay unos cuantos niños con sus padres patinando, pero la mayoría se ha marchado ya.

—¿Quieres que comamos en el pueblo?

Asiento con la cabeza, muy ilusionada. Nos dirigimos a la furgoneta entre risas y comentarios de mis caídas en el lago. Una vez en el pueblo, yo me aferro a su brazo para caminar por las callejuelas. Las casas ya están decoradas con lucecitas de Navidad y por todas las partes descubro adornos.

—Falta ya muy poco.

—Quizás antes de Nochebuena estemos en España —dice para mi sorpresa.

—¿En serio? —Alzo la cabeza con emoción.

—Sí. —Fija la vista al frente, muy serio—. Supongo que tienen que haberse metido ya en otros asuntos, al fin y al cabo tienen tantos chanchullos... Puede que Jade haya tenido que viajar a Holanda, lo solía hacer por estas fechas.

No hablamos más del tema. Antes de entrar a comer en la única cafetería que hay en el pueblo, Abel me lleva a la tienda de dulces en la que yo compré la tarta. Esta vez no se encuentra la mujer que me atendió cuando vine a por la tarta, sino una muchacha de unos diecisiete años. Supongo que es la hija porque se parece mucho a ella. Abel pide una caja de galletas de jengibre. Tienen distintas formas: unas son árboles de navidad, otras bolitas y algunos muñecos como el de la película de *Shrek*. Nos llevamos dos de cada porque son bastante grandes.

Salgo de la tienda con una enorme sonrisa. Estoy encantada de tener estas galletas. Esta noche sé que me zamparé un par. Una vez en la cafetería, ambos pedimos una sopa caliente y de segundo tomamos carne con verduras, todo riquísimo y acompañado de una cerveza especial navideña que tiene un estupendo sabor. Tras la comida, Abel me lleva a pasear a un parque que hay en las afueras de la ciudad. Caminamos cogidos de la mano, yo observando toda la hermosura blanca que me rodea, esos árboles que han perdido sus

hojas pero han ganado la frescura de la nieve.

—Espero que, al final, estés pasándotelo bien aquí —dice, cuando nos sentamos en uno de los banquitos.

—Está siendo fantástico —le regalo una sonrisa sincera. Él me coloca la bufanda para que me tape toda la garganta y se inclina para darme un suave beso en los labios.

—¿Sabes? Quiero decirte una cosa.

—¿Qué?

—Estos días he estado pensando en mi madre...

Contengo la respiración. Sin darme cuenta, le aprieto los dedos de la mano que estoy sosteniendo. Él me mira con una sonrisa.

—... pero he estado bien. No me he sentido enfadado. No he notado en mi interior esa rabia de otras veces. Es cierto que he tenido algún sueño más, pero no ha sido tan horrible como los anteriores.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí, Sara. —Esta vez me da un beso en la nariz. Le gusta mucho hacerlo, ya que como él dice, soy su morena pecosa—. Y tú tienes mucho que ver en ello.

—¿Crees que puedes estar perdonando a tu madre? —le pregunto con curiosidad. Escruto su rostro serio, pensativo.

—Es muy probable. Nos lo merecemos ya, ¿no? —Sonríe. Sus dientes blancos parecen fundirse con el resto del paisaje—. Necesitamos descansar tranquilos. Ella donde esté, y yo aquí contigo.

—Eso es estupendo, cariño —Lo atraigo hacia mí y le beso con suavidad. Nos quedamos con las frentes apoyadas. Aspiro su cálido aliento, haciéndolo parte de mí—. No sabes cuánto me alegro de escucharte decir eso.

—Ella era un ángel. Como tú. Los dos ángeles de mi vida. —Me abraza con ternura.

Apoyo la cabeza en su hombro, sin poder creer que todo esto nos esté sucediendo. El destino nos está dando esta oportunidad maravillosa y la tenemos que aprovechar al máximo. Mi corazón no puede hacerse más grande pero, aun así, lo hace y siento que rozo el cielo con los dedos con cada uno de sus avances.

—¿Sabes por qué sé tantas frases de libros? —Su voz susurrante en mi oído. Niego con la cabeza, aferrada a él.

—Un par de años después de su muerte, me adentré en su biblioteca. Leí

todos los libros que podía, intentando encontrar algo que me acercara más a ella.

Aguanto la respiración. Me recuerda a mí misma, cuando quería leer los ensayos de su madre porque creía que me arrimarían a él.

—Pensaba que comprendería su marcha de esa forma. Leía y releía, trataba de descifrar frases o fragmentos que ella había subrayado. Pero igualmente me sentía perdido. No la encontraba ni lo iba a poder hacer nunca. —Menea la cabeza, sonriendo con nostalgia—. Pero mira, descubrí la literatura y me hizo feliz. Viajé a mundos jamás conocidos y me enamoré de un sinfín de personajes. En cierto modo, con eso sí estuve cerca de ella.

—Lo entiendo, cariño. —Abandono su hombro y lo miro, posando una mano en su mejilla.

—Una de sus lecturas favoritas era *Orgullo y prejuicio*. Bueno, tú ya lo sabes. —Me observa con detenimiento. Yo no puedo evitar sonreír al recordar la noche en que me regaló el libro—. Me escribió que un día yo encontraría a mi señorita Bennet.

A mi mente viene la nota que encontré entre las páginas. Yo misma la leí unas cuantas veces, emocionada. En aquella época pensaba que Abel jamás sería mío.

—¿Y la has encontrado? —pregunto, juguetona.

—Por supuesto. —Me da un fuerte beso en la mejilla—. Eres igual de prejuiciosa que Elizabeth Bennet, al menos al principio —se ríe.

—¿Qué dices? ¡Eso no es cierto! —protesto, aunque también divertida.

—¿Cómo que no? Dime, ¿qué pensaste de mí la primera que me viste?

Agacho la cabeza, un poco avergonzada. Suelto una risita.

—Pues que eras el típico chulito que acorralaba a las mujeres y luego las dejaba tiradas.

—¿En serio? ¿Sólo eso? Venga, no te cortes. —Se une a mis risas.

—Vale, vale... Que eras un prepotente y un creído. Infiel, machista...

—Uf, tocado. —Se lleva una mano al pecho como si le hubiesen asestado un golpe—. ¿No hubo ni un solo pensamiento bueno?

Hago como que pienso durante un buen rato. Él me observa sin poder evitar sonreír.

—Bueno, pensé: «Tiene un buen culo».

—Vale, no está mal. —Me abraza con más fuerza—. Puedo aceptarlo. Me han dicho cosas peores.

Nos quedamos callados un rato, agarrados de la mano, observando a las mamás que pasean con sus niños por el parque. En un momento dado, él apoya su mano en mi vientre casi de manera inconsciente y yo me altero toda. El corazón está a punto de parárseme.

—He pensado algo, Sara. Creo que no pasará nada.

—¿El qué?

Se saca el móvil del abrigo. No sabía que lo llevaba porque, de todos modos, aquí no lo usamos. En la cabaña no hay cobertura. Lo miro con la boca abierta.

—He pensado que quizá te apetezca llamar a tu familia. O a Cyn y Eva. No sé, a quien quieras.

Le abrazo con ímpetu. Él me frota la espalda riéndose. Enciende el móvil y mete el PIN. Yo espero con el estómago encogido. La verdad es que me acabo de dar cuenta de que me muero de ganas de hablar con mi madre. Una vez está enchufado, la pantalla se le llena de llamadas perdidas. Imagino que el mío estará igual. También tiene un montón de wasaps y, al final, el móvil se le bloquea.

—Joder, qué mierda. —Se pone a trastear en él, pero todo está enganchado.

De repente, se mete en la aplicación de wasap de tanto haber tocado la pantalla. Uno de los chats se abre y, sin querer, aprieta un vídeo que le han pasado.

Y los gemidos retumban en el silencio del parque.

Yo lo miro con la boca abierta. Él tapa la pantalla, pero he acertado a ver algo y, sin poder evitarlo, el corazón se me contrae. Había una mujer, practicando sexo con un hombre, maniatada, con los ojos vendados. Y, sin duda, el hombre es él. Abel intenta parar el video pero el móvil se le ha descontrolado. La mujer grita su nombre, suelta un par de frases que a mí se me antojan terriblemente pecaminosas.

—Maldita loca... —murmura. Los gritos aumentan de nivel. Él gruñe. Yo me llevo una mano a la boca—. ¡Joder, eres una hija de puta! —le grita al móvil. Y lo lanza al suelo. La pantalla se parte y los gemidos continúan. Ella le está pidiendo que haga cosas que yo jamás habría imaginado.

Me mira asustado. A mí me tiembla todo el cuerpo. Coge el teléfono, vuelve a trastear en él y, por fin, a pesar de la pantalla rota, consigue hacer callar el vídeo.

—¡Joder! —grita otra vez. Me coge del brazo, escrutándome con gesto

preocupado—. Sara, ¿estás bien? Dime algo, por favor.

Yo meneo la cabeza, con los ojos muy abiertos, sin saber qué contestar. Me coge de las mejillas. Yo aprieto sus manos.

—Eh, eh. Olvida esto, ¿vale? Hace mucho de ello, cariño.

—Vosotros... —murmuro con voz temblorosa.

Abel respira agitado. Asiente con la cabeza.

—Alguna vez nos grabamos, pero ya está. Nada más, Sara. Eso es algo del pasado. Intentaba deshacerme del dolor y la rabia que sentía, por eso era así.

—¿Pero por qué te envía...?

—Porque es una perra. —Se lleva una mano al pelo y se lo revuelve. Está nervioso, y al mismo tiempo enfurecido. Me mira una vez más—. Dime que no estás enfadada. Por favor, dime que esto no va a cambiar nada.

—Claro que no, Abel. Sólo me ha sorprendido... —Trago saliva. Ambos nos observamos con nerviosismo—. Pero eso quiere decir que...

—Pensé que se habría olvidado ya. Lo siento, de verdad. Lo siento muchísimo.

En cuanto me echo a llorar, lo tengo pegado a mí, cogiéndome con fuerza, apretándome la cabeza contra su pecho.

No sé qué es lo que quiere esa mujer, pero cada vez me asusta más.

10

La Navidad ha llegado de manera imparable. Se ha instalado sin previo aviso en esta cabaña que, para mí, cada vez se vuelve más oscura.

Las tornas han cambiado: ahora es Abel quien se ha recuperado, el que intenta animarme con sus palabras y reconfortarme con sus besos y abrazos. Desde que vi y escuché aquel video soy yo la que se inunda en el miedo. Más de una vez me sorprendo pensando en lo que Abel hizo con ella. Imagino actos repugnantes que jamás habría pensado que se encontraran en mi mente. Pero, lo que es peor, es que en alguna de estas ocasiones me he excitado y no logro entender por qué.

Una vez leí en un libro que el odio, el placer y el asco están muy unidos. Hay situaciones, personas o lugares en la vida que nos provocan un sentimiento de repugnancia y, a la vez, de excitación. A pesar de haberlo leído, nunca creí que fuese posible, pero mis pensamientos me demuestran todo lo contrario. Me asusto de mí misma puesto que las prácticas que he imaginado son demasiado obscenas. En mi mente veo a Abel golpeando a esa mujer, introduciéndole objetos de lo más variopintos, mordiéndose, arañándose, haciéndolo con otras personas, pidiéndose cosas que yo jamás haría.

Pero... ¿y si es eso lo que él quiere? ¿Y si es lo que le gusta? Recuerdo que,

al poco tiempo de conocernos, me dijo que quería hacer de todo conmigo. ¿Se refería a eso que hacía con Jade? ¿Es un hombre al que le gusta pervertir, que goza con el dolor y la humillación? Y, sin poder remediarlo, mi mente vuela hacia los lugares de los que me habló. No me ha contado nada exacto de ellos, así que yo misma soy la que crea historias y mi imaginación me está sorprendiendo de lo perversa que puede llegar a ser.

Me asomo a la ventana divagando sobre todo eso. Me fijo en lo hermoso que está ahí afuera y yo, sin embargo, no puedo sonreír. La nieve que semanas atrás me fascinaba, ahora me provocaba inquietud porque pienso que nos va a dejar aislados. La quietud que me relajaba ahora me pone tan nerviosa que tengo las uñas fatal porque no puedo dejar de comérmelas. Cada sonido o sombra que veo me sobresalta, al imaginar que pueden ser ellos, que están ahí, que nos han encontrado y que harán cosas horribles con nosotros.

La Navidad no debería ser un tiempo triste, pero para mí, durante toda la vida, lo ha sido. Estoy segura de que para Abel también. ¿No nos merecemos un poco de felicidad en nuestras arruinadas vidas? Sé que, en realidad, nosotros nos lo hemos buscado. No me puedo quejar porque he sido yo la que decidió continuar con la relación a pesar de saber que él es un hombre con un inquietante pasado. Podría haberme alejado y, de esa manera, Jade se habría cansado de buscarme y no querría una venganza o lo que sea esto, yo qué sé.

Sin embargo, no puedo dejarlo. Abel se ha convertido en la luz que siempre he estado buscando. Hay algo en mi interior que tira de mí hacia él. A veces me siento como una marioneta en manos de un destino cruel, pero no hay más que hacer y, a pesar de que no quiero pasarme los días meditando, es lo único que hago.

Me cubro el cuerpo con los brazos porque siento un poco de frío, a pesar de que la chimenea está encendida. Abel duerme tranquilo, algo que yo no hago últimamente. Me despierto nada más amanece y me vengo aquí, a asomarme a la ventana, a martirizarme a mí misma.

Me pregunto qué estarán haciendo mis padres. Estoy segura de que mi madre me echa muchísimo de menos. Habrá pensado que ya no la quiero, que la he abandonado, y llorará mucho. Con tan sólo pensarlo, se me humedecen los ojos. Incluso echo de menos un montón a mi padre. Es sorprendente, pero en esta intranquila quietud echo en falta sus discusiones, sus malas palabras, su indiferencia hacia mí.

Imagino que se dispondrán a pasar la Nochebuena solos. En los últimos

años nos reuníamos los tres. Poca gente, pero menos es nada, y a mi madre lo que le gusta es que esté yo allí. A mí no me gustaba nada y siempre discutía con mi padre, pero ahora echo de menos eso. Este año comerán las gambas y la carne ellos dos y no habrá nadie que les anime a cantar villancicos. Qué tonta soy, no puedo sentirme más nostálgica.

También pienso en Cyn y en Eva. La primera habrá comprado un montón de regalos como siempre. Habrá uno para mí, seguramente algo de ropa interior *sexy* o un libro erótico, porque ella es así y le encanta mofarse de mí. Eva estará trabajando mucho con su padre y se reunirá toda la familia, ya que son muchos. Estará harta de la gente para allí y para allá, pues no le gusta el ajetreo de la Navidad, tampoco los villancicos ni los programas navideños. La boca se le llena de insultos hacia esta época.

Espero que a Judith le vaya genial con Graciella, que estén saliendo todavía y que celebren juntas su primera Nochebuena y Nochevieja. Me habría gustado que ella me maquillara y que su novia me peinara como solo ellas dos saben. Habría estado más bonita que nadie en la fiesta de Nochevieja con Cyn, Eva y otros amigos.

Y, cómo no, otra vez pienso en Eric. El corazón se me llena de pinchazos cada vez que pienso en su último abrazo y en su inquieta mirada. Estos días he llegado a la conclusión de que él también debe haber estado metido en esos oscuros negocios. Al fin y al cabo, es fotógrafo y amigo de Abel. Quizá se haya acostado con Jade y le encante practicar todo ese sexo que yo antes pensaba que era sucio y que ahora me excita, a pesar de todo.

No quiero que inunde más mi mente, pero no puedo evitarlo. Trato de echarlo y regresa una y otra vez. Abel y él han sido dos de las personas que mejor me han tratado en los últimos tiempos. Eric ha sido un apoyo fundamental en los momentos en los que yo estaba mal con Abel. Estuvo ahí para darme su mano, para charlar, para ofrecermé una de sus cálidas sonrisas. ¿Por qué cojones tuvo que fastidiarse todo? ¿Qué manía tan extraña tenemos los humanos de querer poseer a quien no podemos? Algún día he pensado que Eric ya se habrá olvidado de mí, que sólo habré sido un capricho: la novia de su amigo, de ese amigo que una vez le robó a su amor. Quizá por eso me quiso tener, para darle celos, por venganza o quién sabe. ¡Y eso es algo que me cabrea y me pone triste! No debería ser así. Estoy tan liada.

Escucho un ruido en la habitación. Un arrastrar de pies. A continuación, la tapa del inodoro. Suelto un suspiro. Abel ya no pregunta dónde estoy porque

sabe que no voy a salir, que el pánico al bosque desde mi incursión nocturna se ha hecho bien grande. Sin embargo, esta mañana se acerca al salón. Aparece frotándose los ojos, con el rostro hinchado de sueño, con su pelo revuelto y su aspecto descuidado. Siempre pienso que es hermoso y esa palabra resulta muy cursi para un hombre, pero no encuentro otra. Incluso recién despierto me parece el más atractivo de todos cuantos haya conocido.

—¿Sara? —pregunta, mirándome con recelo.

—No podía dormir.

—Eso ya lo veo. —Se arrima y me abraza por la espalda, soltando un suspiro somnoliento. Me aparta el pelo y posa un beso en mi nuca desnuda—. Has sabido encender la chimenea —dice, ladeando la cara.

—Ni que fuera manca —me quejo.

—Vente a la cama conmigo, allí estarás más calentita. —Me estrecha con fuerza.

—Estoy bien aquí.

En realidad no me apetece volver a la habitación. En ciertas ocasiones, quiero estar alejada de él. Esta es una de ellas. Siento que no lo conozco lo suficiente a pesar de todo. Había creído que sí, pero siempre encuentro algo nuevo que me deja con la boca abierta. Lo de Jade ha sido la gota que colma el vaso. Eso y que estoy nostálgica y enfurruñada porque me gustaría estar en Valencia, en el piso, cerca de mis amigas y de mi familia.

—¿Pasa algo?

—No.

—Sé que estás muy triste, y te prometo que todo esto te lo compensaré. Cuando regresemos a Valencia, celebraremos la Navidad por todo lo alto aunque sea en verano.

Me echo a reír. Apoyo mis manos en sus brazos y la espalda en su pecho. A pesar de todo, él lo está intentando. Sé que no tiene la culpa y no quiero echársela porque, entonces, la relación comenzará a ir mal como antes. Ahora estamos bien, aprecio que nos amamos más que nunca, y eso es más que suficiente. La Navidad pasará, volaremos a España, veré a mi familia y todos seremos felices. Esta vez sí.

—Mañana es Nochebuena —digo de repente.

—Sí. ¿Qué solías hacer tú? —me pregunta.

—Cenaba con mis padres. Cantábamos villancicos y luego veíamos algún programa de esos en los que cantan.

—No tenemos tele, pero podemos cantar.

—No te imagino cantando *Hacia Belén va una burra*.

—Pues que sepas que siempre fui uno de los que mejor tocaba la pandereta en el cole.

Me río. Permito que me gire hacia él. Me aparta el cabello del rostro, y el flequillo, que crece cada vez más pero yo no me atrevo a cortarme, y deposita un beso en mi frente. Después me abraza con fuerza y yo le devuelvo el apretón.

—Me gustaría una buena cena.

—Y a mí —suelta una risita—. Te cocinaré en cuanto regresemos. Las mejores comidas y cenas para mi niña.

Ambos nos quedamos en silencio unos minutos. Al final me convence y voy al dormitorio. Me cuelo entre las sábanas, la manta y el nórdico y me aferro a él. Enlazamos los cuerpos para proporcionarnos todo el calor que tenemos. Él me frota la espalda. Su respiración choca contra mi rostro y esa sensación me hace esbozar una sonrisa.

—¿Sabes qué? —dice de repente, cuando me estoy empezando a quedar dormida.

—¿Mmm?

—También me gusta mucho el *Tamborilero*. No sabes con la emoción que lo cantaba de peque.

Suelto una carcajada que reverbera en las paredes de la pequeña y solitaria habitación.

En Nochebuena cenamos una ensalada, unas albóndigas de lata, unos mejillones en escabeche que tenía guardados en la despensa y un par de copas de vino. Es tan poca cosa que hasta echo de menos la cocina de mi madre, que no es nada buena.

Abel se muestra preocupado en todo momento. Sé que anhela que yo esté feliz. Supongo que piensa que me lo debe porque yo le he estado ayudando todo este tiempo. Pero también sé que una de mis sonrisas le ilumina el alma, así que me esfuerzo en dárselas.

Tras la cena, trae el ordenador y rebusca entre sus canciones, pero no tiene ningún villancico. Yo me levanto, cojo el mío y lo coloco al lado del suyo. Me observa con sorpresa.

—Yo tengo. Ya te digo que mi madre y yo cantábamos. A ella le gustan

mucho los que versiona Raphael pero, por suerte, no tengo ninguno de esos.

Nos reímos. Al cabo de unos segundos, empieza a sonar la melodía de *Campana sobre campana*. Abel se sienta en el silloncito y da unas palmadas en sus rodillas para que me siente sobre él. Una vez lo he hecho, arruga el ceño, juntando tanto las cejas que parece que sólo tiene una. Está muy gracioso.

—Jovencita, ¿has sido buena este año? —inquire poniendo una voz ronca y cascada como la de un anciano.

Lanzo una carcajada, pero él se lo está tomando muy en serio y me mira para que le responda. Yo me presto a su juego y asiento con la cabeza, enlazando mis manos y poniendo mi mejor cara de niña buena.

—Claro que sí —respondo con voz infantil.

—Eres una niñita muy guapa, con todas esas pequitas en la nariz, esta piel tan blanquita y esos ojos grandes y grises —continúa con esa voz de anciano amable. Desliza una mano por mis muslos enfundados en medias gruesas. Se la aparto de manera juguetona.

—¡Oiga! Usted no es Papá Noel, usted es un viejo verde. —Me cruzo de brazos y hago como que aguanto la respiración.

Él se sube unas gafas imaginarias y sonrío. A continuación, suelta un «Jo, jo, jo» a imitación del auténtico Santa Claus y arrima su rostro al mío. ¡Madre mía! Si el verdadero fuese tan atractivo, no sólo las niñas querrían que se colase por sus chimeneas.

—Bueno, ya que dices que has sido buena... —Suelta una tos falsa—, ¿qué es lo que quiere esta niñita de regalo?

Me quedo mirándolo unos segundos y, casi sin pensarlo, respondo muy seria:

—No tener miedo.

Abel detiene las caricias en mis muslos. Abre la boca, como si fuera a decir algo, pero se mantiene callado. Yo tampoco digo nada, me limito a agachar la cabeza y concentrar la vista en un punto del suelo. No debería haber saltado así porque estábamos divirtiéndonos. ¿Es que ahora voy a ser yo siempre la que lo fastidie todo? Con lo que le ha costado a él y lo contento que parece últimamente, y yo retrocedo.

—Perdona, es que...

—Lo sé —me interrumpe, posando dos dedos en mis labios. Se inclina y me besa con suavidad. Al apartarse, me fijo en que sus ojos presentan una

sombra de preocupación—. No te voy a decir que no lo tengas porque es totalmente comprensible. Pero, por favor, déjame intentar hacerte feliz.

—Te dejo, Abel. Es lo que quiero.

—Mientras yo esté contigo, no voy a dejar que nadie te haga daño. Te lo prometo. ¿Me crees, Sara?

—Siempre he confiado en ti. Por eso estoy aquí.

Y nos dormimos frente a la chimenea hasta que las piernas se nos entumecen y nos marchamos a la cama.

A la mañana siguiente, me despierto antes como ya es costumbre. Antes de abandonar las mantas, me inclino sobre él y le acaricio la mejilla. Hace un gesto como de protesta y yo esbozo una sonrisa. Le dejo bien arropado y yo me levanto, me echo la bata gruesa por encima y me dirijo a la cocina, dispuesta a prepararme un té. Mientras lo hago, mis padres regresan a mi mente una vez más. Me obligo a no pensar en ello, pero en este lugar tampoco es que haya muchas distracciones.

Me asomo a la ventana. Hoy no nieva. De pequeña siempre pensaba que el día de Navidad nevaba en todos los países lejanos menos en España, que era totalmente necesario, casi como algo sagrado. A pesar de todo, el bosque continúa nevado. No hemos vuelto a hacer un muñeco y me pregunto si no sería buena idea ponernos a ello para divertirnos un rato y así yo olvidarme de lo que me aflige.

Me giro hacia el salón y en ese momento descubro el portátil de Abel presidiendo la mesa. La pantalla está abierta y encendida. Al acercarme, descubro en ella la foto que nos hicimos la noche de su cumpleaños. Me acerco al ordenador y acaricio la corona de flores que llevo en la imagen. Abel me besa con todo su amor. Desde luego, es un momento precioso que la cámara captó y que ya nunca nos abandonará. No puedo evitar emocionarme al vernos tan sonrientes en esa foto. Entonces me fijo en que hay algo sobre la mesa. Es un sobre y en él está escrito mi nombre con la letra de Abel. ¿Cuándo ha escrito algo? No me he dado cuenta de que haya salido de la cama en toda la noche.

Abro el sobre con curiosidad. Dentro hay un folio escrito por delante y por detrás con la letra de Abel, de refinados trazos. Recuerdo la primera vez que me escribió una nota con aquellas rosas azules que me regaló. Esbozo una sonrisa. Desdoble el papel y me dispongo a leer la carta.

Mi preciosa Sara:

Siento que no puedas tener un regalo mucho mejor estas Navidades. Me he decidido a escribirte esta carta porque me cuesta mucho expresar lo que siento y más en estas circunstancias en las que te tengo aquí, encerrada en la cabaña de mi madre muerta, escapando de unas personas que ni siquiera conoces.

Quizá pienses que todo esto que te he contado es mentira y que estoy loco. Te juro que no, que Jade existe y tú misma has podido comprobarlo, y que Alejandro es uno de los hombres más repugnantes y atroces que conozco. Sin embargo, como te dije anoche antes de irnos a dormir, te protegeré, Sara. Lo haré con mi vida si es necesario. Jamás dejaré que te vuelvan a hacer daño porque ya te lo han hecho demasiado y tú no mereces sufrir más. Lo único que mereces es una vida feliz, serena y brillante. Y estoy dispuesto a dártela. Me voy a deshacer de toda mi oscuridad para ofrecerte una vida radiante, para que nunca nadie pueda reprocharme que no hice lo suficiente por la mujer de la que me he enamorado.

Sí, Sara. Estoy enamorado de ti, aunque supongo que es algo que ya sabes. Y si no, por si acaso, te lo repito: Estoy perdidamente enamorado de ti. Puede que suene un poco edulcorado, pero eso es justo lo que siente mi corazón trastocado: un amor infinito, que en ocasiones me asusta, para qué negarlo. Jamás he amado a nadie tanto como a ti. Pensaba que algo así no podía existir, que el verdadero amor era una invención de las historias románticas. Pero resulta que sí existe, Sara, y me ha encontrado a mí. Se me ha metido en el cuerpo. Tú te has colado en mi alma como nadie lo ha sabido hacer.

Eres una mujer maravillosa. Me asombra lo mucho que has luchado en la vida, lo valiente que has sido, a diferencia de mí. Eso es algo que me ha hecho amarte aún más. Para mí es un orgullo tener a una persona como tú a mi lado. Pero también te amo porque eres hermosa, inteligente, sabes lo que decir en cada instante, tienes empatía, eres amable, siempre dispuesta a ayudar a los demás, responsable, trabajadora, preocupada. A veces, me resulta molesto que seas tan nerviosa pero, a pesar de todo, también adoro esa parte de ti. Y la parte testaruda, ese lado que siempre quiere salirse con la suya. Es algo que me sorprendió desde el instante en que te conocí, aquel primer día en

que nos encontramos y tú rechazaste ponerte la ropita de colegiala para las fotos porque te parecía humillante. Hacía tiempo que nadie me decía que no. Ya no pude sacarte de mi cabeza.

Sara, te has convertido en mi hogar. Cuando apoyo la cabeza en tu pecho y escucho el palpitar de tu corazón y sé que estás viviendo a mi lado, eso me hace tan feliz que el corazón se me agranda. Cuando te abrazo y me traspasas tu calor, me siento bendecido. Cuando me besas, rozo la parte más oculta del cielo.

Quizá mi forma de amarte no sea la más perfecta. Puede que tú merezcas que te amen de otro modo, pero esta es de la única forma que puedo y sé. Te quiero desde que me uní a tu cuerpo por primera vez, aquella vez en la biblioteca de mi casa. Nuestra primera vez, la primera vez en que me adentré en ti. A lo mejor tardé demasiado en decírtelo cuando tú ya me lo habías confesado, con tu mirada abierta y serena.

Sara, te pido perdón por las veces en que te dejé sola cuando más lo necesitabas. Te pido perdón por no haber sabido quererte como tú merecías. Y por haberte hecho llorar y meterte en todo esto. No era lo que quería, por eso me alejaba, pero tan sólo te hacía más daño.

¿Sabes? Durante mucho tiempo pensé que debía vivir solo, que tenía que alejarme de todo el mundo, también de mi familia. Imaginar que un día estaría hablando con mi padre y no recordaría su nombre, era muy duro para mí. Pensar que tampoco me recordaría a mí mismo... Me mataba. En mí es donde se guarda tu amor, y no quiero perderlo, no quiero dejarlo escapar.

Aquella época en la que no te traté demasiado bien, cuando tú estabas haciendo la campaña, cuando yo me olvidé de tu cumpleaños, cuando casi tuvimos un accidente... Fue terrible. Lo fue porque un día me levanté y me puse toda la ropa mal. Simplemente no recordaba cómo se hacía. Tuvo que vestirme Marcos como si fuese un niño pequeño. Y no quiero eso en mi vida porque siempre me ha gustado ser muy independiente. No quiero que seas tú la que tenga que ayudarme a terminar una frase porque me pierda en medio de nuestras conversaciones. Eso es muy doloroso, Sara... Tanto para ti como para mí.

Por eso, muchas veces he pensado que jamás debí haberte seguido. En un principio pensé que ibas a ser una de esas mujeres más, una con la

que descargarme y... Bueno, yo no he sido el perfecto amante, la verdad. Pero contigo fue tan diferente. Porque tú no querías de mí sólo sexo, ni mi dinero, ni la fama. Tú te enamoraste de mi esencia y mi alma y así me lo hiciste ver. Y, poco a poco, yo me di cuenta de que te necesitaba. Quería estar contigo, conocerte, descubrirte, tocarte, olerte, saborearte... Y he aprendido que jamás me cansaré. Me has enseñado a amar de nuevo y, sobre todo, a quererme a mí. Me has sacado del dolor. ¿Cómo alejarme entonces de aquello que me da vida? Qué egoísta soy...

Egoísta porque sé que en el mundo hay hombres que te podrían hacer feliz toda la vida. Hombres que no se olvidarán de esos ojos tan preciosos que tienes. Ni de la forma en que te ríes cuando digo alguna tontería. Tampoco de tu manía de comerte las uñas. Pero quizá... Quizá yo tampoco lo haga. Quizá haya una caja fuerte en mi interior que te guarde ahí y que alguna vez que otra, pueda sacarte. Tengo esa esperanza porque realmente lo mereces. Mereces formar parte de mis recuerdos para siempre. Por eso, estoy siendo egoísta, intentando que seamos felices tú y yo. Y no otro hombre y tú, ya que quiero ser yo el que te ofrezca cachitos de felicidad cada día, a cada momento.

Te lo voy a agradecer siempre. Gracias por estar ahí cuando tengo pesadillas. Gracias por vigilar los horarios de mis pastillas. Gracias por lidiar con el mal carácter que siempre he tenido. Joder, gracias, gracias y gracias. No hay suficientes en el mundo para dártelas.

Ahora estoy aquí, Sara. Para ti. Incondicionalmente. Ojalá que mi forma de amarte ahora sea suficiente.

Feliz Navidad, cariño.

Abel

PD: ¿Recuerdas esta foto? Me encanta, mi vida. Te besaré así cada día de mi vida.

Evidentemente, al terminar de leer la carta, estoy bañada en lágrimas. La doblo cuidadosamente, la meto en el sobre y salgo corriendo hacia la habitación. Me tiro en la cama y le sobresalto. Pero cuando le abrazo con fuerza, comprende lo que sucede.

—Sara... —susurra, estrechándose entre sus brazos.

—Gracias, Abel. Esas palabras han sido el mejor regalo de mi vida.

—Quería dejarte claro que te quiero, Sara. Que nunca has sido una más. Sé

lo que pensaste de mí en un primer momento y por eso entiendo que huyeras. Es cierto que los hombres como yo no traen nada bueno... A ti tampoco te lo he traído, a pesar de todo. Pero sí puedo decirte, con total seguridad, que cuando te decía que ibas a ser mía, ni yo mismo lo creía —se calla unos instantes y yo aprovecho para acariciarle la mejilla—. Pensaba que en cualquier momento te ibas a esfumar y, a veces, actué mal. Iba arrollándote y eso tampoco estaba bien. Pero es que mi otro yo pugnaba por dejarte escapar y era una lucha constante que me torturaba. Te hice mucho daño con Nina, lo sé. Ese otro yo lo hizo precisamente para alejarte, porque pensaba que si me veías con ella, te marcharías, ya que yo no iba a ser capaz por mí mismo de decirte que te fueses. Sin embargo, tú continuabas ahí y en tus ojos veía el daño que te estaba haciendo, y comprendí que tus sentimientos por mí no eran los de esas otras mujeres, ni siquiera los de Nina. Por eso te besé, Sara, por eso quise empezar una relación a pesar de que sabía que te iba a meter en tantos líos. Creí que podría evitarlos todos. En los momentos en que te besaba, todo lo demás se me olvidaba. Me sentía tan fuerte que pensaba que podía llegar a ser inmortal y que mi enfermedad jamás había existido, al igual que tampoco mi pasado. —sonríe con tristeza—. Pero no es así. El pasado no se puede negar. Tampoco quien soy.

Llevo la mano a su boca y se la tapo. Quiero que se calle porque me pone melancólica y ahora mismo, lo único que me importa es atesorar el sentimiento de felicidad que me han provocado las palabras de su carta y todo lo que me está diciendo ahora.

—Ya basta, Abel. Te lo repito tantas veces... Y aún dudas. Te quiero y mis sentimientos por ti no van a cambiar por nada. Ni por tu pasado, ni por tu enfermedad... ¿Cómo puedo decírtelo para que lo entiendas? Puede que me hicieras daño alguna vez, pero es inevitable. Dañamos a las personas precisamente porque las amamos y tratamos de protegerlas. Todos nos equivocamos. —Lo miro con insistencia, para que me comprenda de una vez. Lo cojo de las mejillas y le sonrío—. Yo voy a estar ahí para ponerte la ropa en el lugar adecuado. Y para susurrarte al oído las palabras que se te olviden. Para lo que sea. Para todo.

Nos besamos con pasión. Su mano se desliza por debajo de mi ropa. Me toca los pechos desnudos con sus dedos.

En cuanto se introduce en mí, cierro los ojos y me sumerjo en el placer que me otorga. Consigo olvidarme de todo lo demás... Y, por un rato, soy

inmensamente feliz.

*

—Feliz año nuevo, cariño. —Abel choca su copa con la mía.

Se nos han acabado el champán y el cava, así que no nos queda más remedio que brindar con vino.

—Feliz año. —Esbozo una sonrisa, aunque es un poco falsa. Sé que él se da cuenta, pero no dice nada, más bien todo lo contrario: disimula como si no pasara nada.

Ni siquiera hemos tenido uvas. Cuando estoy en España, de normal no las como porque no me gustan, pero aquí me apetecían por seguir la tradición y para imaginar que todo es normal.

—¿Quieres que veamos alguna película o serie? —propono.

—La verdad es que preferiría dormir —respondo.

—¿Ya? Pero si sólo pasan cinco minutos de la medianoche. ¡Ahora es cuando empieza lo bueno! —Se levanta de su silla y viene hacia mí, meneando los brazos—. Pongo música, bailamos y nos pegamos una buena fiesta.

—Mejor que no.

—¿Seguro que quieres irte a dormir?

—¿Qué hacemos aquí? No hay nada. Mirarnos y ya está.

—¿Acaso no te gusta?

—Prefiero estar tumbada. Nos abrazamos y descansamos.

—Ya descansamos todo el día.

Me levanto de mi silla, soltando un suspiro, y me encamino al dormitorio. Él me sigue sin apagar la luz del salón. Supongo que aún tiene la esperanza de que volvamos y pasemos una noche divertida. Pero a mí no me apetece, tan sólo quiero meterme entre las mantas.

—En la cama vas a pensar.

—Lo hago igualmente —me quejo de mala gana.

Me meto en la cama. Él la rodea y se sienta al otro lado. Se me queda mirando muy serio. Al final, acaba cediendo. Me deja sola y se va a apagar la luz del salón. Regresa con su copa de vino y la mía.

—Entonces, hablemos.

—No me apetece hablar. Quiero dormir.

—No es verdad, Sara, no lo vas a hacer.

—¿Puedes no ser tan pesado? —Me giro dándole la espalda. Sé que me estoy comportando como una niña malcriada, pero no puedo evitarlo. Pensaba que mi primera Nochevieja con él sería divertida y luego pasional; sin embargo, está siendo aburrida y cada vez me pongo más borde.

Abel suelta un suspiro y se acerca a mí sin meterse en la cama. Me pongo en tensión en cuanto me acaricia un brazo, el cual asciende por mi hombro hasta llegar al cuello. Encojo los hombros, intentando hacer que se aparte.

—Hagamos el amor.

Me giro hacia él, confundida.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? Que hagamos el amor.

—No me apetece. —Le doy la espalda de nuevo.

—Es la mejor forma para que no pienses.

—Ah, lo quieres hacer sólo por eso —contesto, molesta.

—Pues claro que no. Siempre tengo ganas de hacértelo. —Me agarra del hombro con la intención de girarme, pero yo me resisto. Esta es una de esas veces en las que no me apetece que me toque. ¿Qué me está pasando últimamente? Tengo miedo.

Me atrapa de la cintura y me aprieta contra él. Su respiración ya se ha agitado, y la presiento en mi nuca, caliente y húmeda. Me remuevo para que me suelte, a lo que él no accede. Pasa una mano por mi vientre y la desliza hacia mi sexo. Se la agarro y se la aparto de malas formas. Él se queda muy quieto a mi espalda. Supongo que le ha sorprendido mi reacción.

—Lo siento, Abel —digo con un hilo de voz.

—No pasa nada, amor. Lo único que quiero es que estés bien. Si no te apetece, no pasa nada. Sólo quería que dejaras de torturarte.

—Estoy bien —miento.

—Ya queda poco, te lo prometo. —Me abraza, esta vez sin ninguna intención sexual.

Al cabo de quince minutos él ya se ha dormido y yo estoy tan despierta como antes. Observo las sombras de la oscuridad y noto que el miedo me inunda. No sé por qué, pero hay algo que presiona mi pecho.

Me quedo en la cama un buen rato más. Quizá hayan pasado dos horas, y yo aún no he podido dormirme. Advierto que por la ventana se filtra mucha luz. Al girarme hacia ella, descubro que es la luna. Algo tira de mí. Me incorporo y salgo de la cama con mucho cuidado de que Abel no se despierte.

Llevo aún la ropa que me he puesto para celebrar la Nochevieja: un vestido de lana y unas medias gruesas. Fuera hace mucho frío, así que antes de salir, me coloco el abrigo y enrolló la bufanda alrededor de mi cuello.

Al abrir la puerta y dar un par de pasos, la magia me inunda.

La luna abarca casi todo el cielo. Parece más enorme que nunca. Su blanca luz ilumina todo el bosque y buena parte del terreno de enfrente de la cabaña. Está tan brillante que parece de día. Ni siquiera necesitaría una linterna para atravesar el bosque.

Doy un par de pasos más, sin dejar de observarla. El ambiente está dotado de un misticismo que me pone la piel de gallina. Avanzo con la barbilla alzada, la boca abierta, los ojos inundados de la luz de la luna.

Por unos instantes, siento que estoy conectada con otra alma... Y que esa alma es la de mi madre.

—Mamá —murmuro con la voz entrecortada.

Me llevo una mano al pecho. Me siento ridícula durante unos segundos, pero enseguida se me pasa. Decido contarle a la luna lo que me sucede, mis anhelos y mis miedos, como si pudiese escucharme y comprenderme.

—Hola, mamá. Estoy bien, te lo juro. Sí, sí Ya sé que debería haberte llamado, pero no te preocupes, que la luna te enviará mi mensaje. ¿Estáis bien papá y tú? Imagino que sí, sois fuertes... ¿Has sabido algo de Eva o Cyn? Espero que se estén divirtiendo y que Cyn todavía continúe con Marcos, aunque él no me caiga nada bien. —Me detengo unos segundos para tomar aliento. Estoy tiritando, pero apenas me doy cuenta—. Aquí se me hace aburrido a veces, pero continúo trabajando en mi proyecto de Gutiérrez, que no quiero que Patri me quite el puesto que me merezco. Para que no digas... Abel me trata muy bien. Como a una reina, en serio, que es lo que tú has dicho siempre. ¿Y sabes? Me ha pedido matrimonio y me ha dicho que le gustaría tener un hijo conmigo. Esto es increíble, mamá, con lo que le costó al principio decirme que me quería. Si me ha escrito una carta preciosa y todo...

Me muerdo los labios. La luna se muestra calma y silenciosa en su puesto celeste.

—Pero tengo miedo. Es que él... Él ha hecho algunas cosas en su pasado que no estaban bien. No le quiero juzgar, no soy nadie para hacerlo, pero me provoca miedo. ¿Y si no lo conozco jamás? No sé, mamá, es que te mentí y eso es lo que más dolor me da. Estamos aquí por culpa de unas personas que

ni conozco. Hui confiando en Abel y todavía lo hago, pero me arrepiento un poco porque, a veces, querría estar con vosotros. Fíjate que incluso echo de menos los gritos de papá. Oye, mamá... De verdad, espero que estés bien.

Me parece como si la luna se estremeciese allá en lo alto y un presentimiento extraño me encoge el corazón.

—Por favor, si hay alguien ahí arriba... Si a mis padres les sucediese algo, por favor, avísame. Por favor, que sepa lo que ha ocurrido. Pero espero que no, que estén bien... —Cierro los ojos y una lágrima rueda por mi mejilla.

Y entonces, escucho unos pasos a mi espalda. Me giro sobresaltada y me avergüenzo completamente al descubrir a Abel en la entrada de la cabaña. Me está mirando muy serio. Aprecio el dolor en sus ojos. Me ha escuchado, estoy segura, y he provocado que se sienta mal.

Antes de que pueda decir nada, se abalanza sobre mí y me rodea con sus brazos. Nos quedamos así durante un tiempo interminable, con la luz de la luna bañando nuestros cuerpos.

—Sara, perdóname, joder. Perdóname por todo lo que te estoy haciendo sufrir. —Se aparta y me observa con los ojos llorosos—. ¿Qué estoy haciendo, dime? Me estoy equivocando, ¿verdad?

—No, no —niego, intentando calmarle—. Yo elegí esto, ¿sabes? Ha sido decisión de los dos venir hasta aquí. Podría haberme negado, pero no era lo que quería.

Él no contesta. Alza la mirada y la posa en la luna. Le cojo de la mejilla y se la acaricio.

—Ahora mismo sólo necesito una cosa: saber que mis padres están bien. Y no puedo saberlo a ciencia cierta. Así que...

—¿Qué puedo hacer, Sara? Dime y lo haré.

—Háblame más sobre Jade. Dime qué hacías con ella, qué es lo que le gustaba, cómo trata a la gente, qué es lo que tiene en la cabeza, cómo ve la vida.

Abre mucho los ojos. Niega con la cabeza. Yo asiento.

—Por favor, Abel. Necesito saber a lo que me atengo, comprender que ella, por muy mala que sea, no se acercará a mis padres.

—No lo hará. En esto estamos metidos tú y yo...

—¿Y cómo puedo estar segura de ello? Quiero saber —insisto, muy seria—. Aquello que vi en el móvil... Lo que escuché... Merezco saberlo. No te he preguntado por respeto, porque sé que no te gusta hablar de ella y porque es

tu pasado y ahora yo soy tu presente. Pero no puedo más. Cuéntame sobre ella, por favor.

—No te gustará.

—No nos puede gustar el lado oscuro de la vida.

Se queda callado, con la mirada perdida.

El miedo se enreda a mi piel.

11

La estancia se encontraba en penumbras. Tan sólo el aroma a incienso recién encendido indicaba que había alguien en ella o que, al menos, lo había estado minutos antes.

Avanzó a tientas, con un nudo opresivo en el estómago. ¿Dónde se estaba metiendo? «Ten cuidado con lo que deseas, pues puede hacerse realidad». Se lo había repetido durante su infancia y siempre le había parecido un consejo bueno, pero ahora se le antojaba una advertencia. Había deseado saber más sobre la mujer con la que se estaba acostando desde hacía un tiempo, y ahora ya no estaba segura de quererlo.

«Pero tu madre no está. Así que no prestes atención a sus citas. Siempre eran las citas de libros y de ella. No siempre son buenas ni ciertas», en su cabeza retumbó la potente voz que últimamente le acosaba más que nunca. «Recuerda por qué estás haciendo esto, no olvides qué es lo que buscas». Quiso contestar que podía conseguirlo por sus propios medios, pero sabía que se estaba mintiendo a sí mismo.

—¿Hola? —preguntó, sin apenas reconocer su temerosa voz.

Un leve susurro de telas que no acertó a descubrir de dónde provenía. Parpadeó confundido, asustado y, al mismo tiempo, embargado de curiosidad.

—¿Estás ahí?

De repente, las luces se encendieron. Eran de un tono violáceo que otorgaba a la habitación de un aspecto misterioso y sensual. En el centro había una alta cama repleta de grandes almohadones. En el suelo, una alfombra persa abarcaba toda la estancia. Se fijó en que había espejos en las cuatro paredes y también en el techo. Sin poderlo evitar, se estremeció al verse reflejado en esos cristales. Cinco réplicas asustadas le observaban desde distintos ángulos.

Entonces, descubrió los artilugios que descansaban en un mueble. Se acercó a ellos y los escrutó con el nudo en el estómago agrandándose. ¿Por qué Jade tenía todos esos objetos afilados? ¿Por qué había, colgando de la pared, unos cuantos látigos con puntas de tiras? También había un montón de cuerdas a las que no lograba otorgarles un uso.

Había mucho más y, aunque todo aquello le asombraba y le hacía pensar en el tipo de mujer que podía ser ella, no pudo evitar poner toda su atención en una de las gruesas y rudas cuerdas en la que se habían hecho expertos nudos. Se preguntó para qué podía servir aquel objeto que se le antojaba obsceno y peligroso. Luego agarró un cuchillo bien grande y se imaginó paseándolo por la piel de Jade.

—Querido —su voz femenina flotó hasta los oídos del joven, sobresaltándolo. El cuchillo cayó al suelo con estrépito.

Se apresuró a recogerlo y lo colocó con sumo cuidado antes de darse la vuelta. Ella se encontraba al lado de la puerta, vestida con tan sólo un corpiño rojo, muy ajustado, que dejaba entrever buena parte de su curvada anatomía. Era una mujer atractiva, carnal y de aspecto lujurioso, y ella lo sabía y lo explotaba al máximo. Llevaba el cabello rojizo, largo y ondulado anudado en una trenza. Él había leído un libro acerca de una mujer llamada Bathory que sentía una extraña obsesión por la sangre y, en esos momentos, pensó que Jade podía ser como ella.

Sin poderlo evitar, el sexo del joven despertó. Jade tenía la capacidad de excitarlo al sonreírle de esa manera tan provocativa. Avanzó hacia él con sus andares de gata salvaje y rabiosa. Él no se atrevió a moverse ni a decir palabra alguna. Sólo podía observar la piel desnuda de la mujer e imaginar que clavaba la cuerda en la blancura, hasta enrojecerla.

Esos pensamientos le sorprendieron y tragó saliva, tratando de rechazarlos. Ella se colocó frente a él. Era igual de alta con los tacones, aunque sin ellos

sobrepasaba la media femenina. Le acarició la mejilla con dos dedos y él cerró los ojos dejándose llevar. A continuación, la mujer se acercó a un botón en la pared que él no había visto. Lo apretó y se escuchó un timbre fuera de la habitación. Minutos después, un criado acudía con sendas copas de vino. Ella las cogió y, mientras el hombre se retiraba con una inclinación y cerraba la puerta, se giró hacia el joven y le ofreció una de las copas.

Sorbió de la suya mirándolo con una sonrisa en los ojos.

—Te preguntarás por qué te he traído aquí —dijo con su melosa voz—. Ya conocías mi casa, a excepción de mi dormitorio, así que ya iba siendo hora. Dijiste que querías conocerme más y, antes de mostrarte dónde trabajo, debo enseñarte parte de lo que somos. De lo que soy.

Él no contestó, sino que se limitó a beber la copa de golpe. Ella curvó los labios en una sonrisa y volvió a llamar al criado, el cual trajo, esta vez, una botella de vino y algo más: unas líneas de polvo blanco que le asustaron más de lo que estaba.

—Ven —ronroneó la mujer, cogiéndolo de la mano y llevándolo hasta la cama. Ambos se sentaron en silencio. La mujer se inclinó sobre la bandeja y aspiró con fuerza—. Joder, qué buen material trae Alejandro —murmuró más para sí misma, con los ojos cerrados. Él se preguntó si Alejandro y Jade tendrían, también, alguna especie de extraña relación. Jade abrió los ojos como si le hubiera leído el pensamiento y le señaló la raya—. Ahora tú.

Estuvo a punto de rechazar la invitación, pero había un brillo extraño en los ojos de ella que le activaron como a un autómatas. Se abalanzó sobre la cocaína y aspiró. Se sintió mareado, con un poco de dolor en las fosas nasales y en el entrecejo, los ojos llorosos y mocos en la nariz.

—Así estarás más receptivo. —La mujer le entregó otra copa de vino, que él apuró al instante.

—Estoy un poco raro —dijo, llevándose una mano a la cabeza.

Pero instantes después, un pequeño cosquilleo empezó a subirle desde los pies y avanzó por sus piernas hasta llegar a la palma de las manos. Sentía ganas de saltar, moverse, de hacer un sinfín de cosas que lo llevaran al frenesí. Estaba inquieto y eufórico, y ella tan sólo lo observaba en silencio.

—Abel, si vas a ser mío y yo tuya, pues parece que es lo que quieres, tienes que aceptarme en todos los sentidos —habló con una voz que le pareció lejana. No comprendió muy bien lo que le decía, pero asintió de todas formas.

Ella le llenó la copa una vez más y la volvió a beber con avidez. Estaba sediento. Era un vino excelente. Jade tenía muy buen gusto para todo. Después lo llevó de la mano hasta colocarlo ante los artilugios. A él todo le empezaba a dar vueltas.

—Me gusta el dolor —le confesó la mujer. Con el alcohol y las drogas en su cuerpo, no le pareció extraño. Es más, pensó en que él, desde que había muerto su madre, también se había habituado al dolor—. Me gusta provocármelo, sentirlo en cada una de las partes de mi cuerpo, incluso en la mente.

Cogió uno de los objetos, uno de los pequeños pero más afilados y, sin avisar, le subió la camiseta y le cortó en la parte baja de la espalda. Él soltó un quejido. No había sido más que un roce, pero había escocado.

—Quítate la camiseta.

El joven dudó, pero al fin se deshizo de ella y la dejó caer al suelo. La mujer se fijó en que tenía la carne de gallina y sonrió. Antes de que pudiera reaccionar, el metal rajó un poco más de la espalda del chico. Soltó un grito, más de sorpresa que de otra cosa, a pesar de que esa vez sí había dolido.

—El dolor es vida —murmuró ella, medio absorta en sus pensamientos—. ¿Te ha dolido? —le preguntó, saliendo de sí misma.

—Un poco.

—¿Y qué más? ¿Qué más has sentido?

—Liberación —respondió él tras meditar unos segundos, bastante confundido al escuchar su propia respuesta.

—Eso mismo es lo que siento yo, querido —le explicó.

Acarició la cuchilla, mirándolo de manera sensual. Con sólo ese gesto de ella, se excitó, y ansió besarla. Se dispuso a ello, pero Jade lo frenó, posando el metal en su pecho. Le sorprendió cuando ella estiró su brazo y se cortó en la muñeca para después lamerse

la brillante gota de sangre. Sí, más que nunca, Jade era como aquella condesa Sangrienta. Sin embargo, no estaba asustado, sino que todo aquello sólo despertaba curiosidad en él. ¿Se debía a la droga y el alcohol que había tomado o es que tenía algo de sádico?

—Cuando te vi en el restaurante, supe que tú eras uno de nosotros. Contemplé el dolor y la tristeza en tus ojos, pero tú adorabas ese dolor, Abel. Lo aguantabas en silencio porque te gustaba sentirlo en tu mente. —Lo observó con profundidad y, sin previo aviso, pasó la cuchilla por su vientre.

Una gotita de sangre asomó y Jade se inclinó para lamerla. Abel echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, tremendamente excitado, notando el efecto del vino y de la coca en su organismo—. La sangre y el dolor son vida —le repitió—. El dolor es placer y la mejor forma de expresar las emociones más fuertes. Recuérdalo, Abel.

Se apartó y colocó el objeto en el estante. A continuación, cogió el látigo de puntas de cuero y lo agitó ante su rostro.

—Me gustan muchas cosas, querido. Algunos pensarán que soy una sádica, otros una enferma sexual. No me importa porque, sinceramente, todo esto es maravilloso. Pero hay unas reglas, claro, no vale todo aunque crean que sí. No quiero que tú me cortes, eso ya lo hago yo porque es lo que me gusta. Con otra gente, mis preferencias cambian. —Se calló unos segundos y observó el látigo—. Lo que me encantaría es ver cómo te cortas tú o cómo te provocas dolor, ¿lo entiendes? —Se acercó otra vez y le acarició el pecho y el abdomen con las puntas, a lo que él respondió encogiéndolo—. Tú más que nadie sabes dónde están tus límites. Espero que los tuyos sean infinitos; es más divertido. Hagamos una prueba —dijo, resuelta.

Él se quedó muy quieto, sin reaccionar. La mujer lo miró con una ceja arqueada y posó su mano en el bulto que había crecido en el vaquero.

—Esto me indica que quieres continuar —murmuró en su oído—. ¿Con qué te apetece hacerlo? —le preguntó, señalando la pared con artilugios. Él le señaló el látigo con puntas, a lo que ella esbozó una tétrica sonrisa—. Vaya, empiezas fuerte.

Él dudó unos instantes sin saber qué hacer. En realidad, se sentía totalmente perdido y no entendía qué era lo que estaba haciendo. ¿De verdad estaba dispuesto a golpearse a sí mismo porque esa mujer se lo aconsejaba? ¿De verdad provocarse dolor le iba a hacer olvidar? Una parte de él le aseguró que sí.

—¿Prefieres que lo haga yo? —le preguntó Jade. De inmediato, él negó con la cabeza. Estaba seguro que, si quería conseguir la sensación que ella le había prometido, necesitaba hacerlo él—. Debes arrodillarte en el suelo. — Cuando lo hizo, Jade le entregó el látigo. Se lo quedó mirando con curiosidad.

El joven se limitó a obedecer. El nudo en su estómago crecía, pero también sus ganas por saber si todo aquello le iba a hacer sentir mejor.

—Cuando quieras, querido.

Asintió con la cabeza. La respiración se le aceleró en el momento en que su brazo se movía para golpearse. Cuando las afiladas puntas se clavaron en su espalda, se le escapó un jadeo. Dolió, pero no se quejó. Se golpeó un par de veces más, rápido, salvajemente. El sudor empezaba a perlar su piel. Escuchaba a Jade gemir a su espalda y supo que estaba excitada. A pesar de todo, él no, a diferencia de lo que había creído en un principio. Pero sí que sintió un secreto placer en los latigazos que se estaba propinando porque le pareció que se lo merecía. Notó que ese dolor que tenía bien dentro, un dolor terrible y nauseabundo, se le escapaba con cada latigazo. Por primera vez desde la muerte de su madre, se supo liberado. El dolor en su carne le enturbiaba los sentidos y así creyó estar sintiendo lo que ella había sentido antes de morir. Deseó tomar más cocaína para caer en un estado de trance.

Apretó los labios y continuó con su propio castigo. Contó hasta doce latigazos y se habría otorgado muchos más de no ser porque Jade le gritó que se detuviera.

—Basta. ¿Es que quieres joderte en el primer día? Levántate.

Así lo hizo. Le temblaban las piernas un poco, pero cuando sus miradas se encontraron, Jade descubrió que a él le había gustado y que querría repetir. Sonrió muy satisfecha.

—Sabía que ibas a ser un buen compañero de juegos. Has aguantado mucho más de lo que creía —Le acarició la barbilla con adoración—. Ahora estás preparado para todo lo que soy, podemos ser el uno del otro al completo, y también de otros que desean lo mismo.

Él descubrió un destello de locura en sus ojos que lo trastocó. Sin embargo, solo atinó a asentir.

—¿Te ha gustado, verdad?

—Sí.

—¿Qué has sentido? —El látigo silbó en el aire cuando ella lo cogió.

—Ha sido como una anestesia —confesó él, aturdido. Y, aunque había podido olvidarse de quién era durante esos instantes y de lo que llevaba dentro, supo que no era algo que quisiera repetir.

—Eras un hombre entregado al dolor, pero no sabías cómo aprovecharlo. Yo quiero enseñarte que este dolor —posó un dedo en la sien del joven— puede acallarse con este otro. —Le acarició el vientre desnudo—. Y fundirlos en uno solo para el goce de los sentidos, hasta alcanzar el éxtasis.

Él no pudo comprender sus palabras porque no se había excitado lo

suficiente. Y, aunque unos segundos antes había pensado que no querría repetirlo, sentía ganas de volver a arrodillarse y buscar ese placer del que ella hablaba.

—Si vas a trabajar conmigo, tienes que estar preparado y por eso te he traído aquí. Por nada del mundo te voy a compartir, no al menos de determinada forma, aunque estoy deseando que nos entreguemos a otros cuerpos los dos juntos. Allí se practican juegos que pueden herir tu sensibilidad, Abel —Soltó una risita. Dejó el látigo en el suelo y llamó al criado. Cuando este entró, le dijo—: Por favor, lávalo. —Señaló las puntas, manchadas de sangre. Luego miró a Abel—. Ve con él. Te curará esas heridas. Cuando hayas descansado, regresa a la habitación y dile a Fernando que estás preparado. Te quiero perfecto para mí —y dicho eso, salió de la habitación con sus andares sinuosos.

Con la cabeza dándole vueltas, el joven siguió al criado, que lo llevó a uno de los enormes cuartos de baño y lo lavó como si fuese un niño pequeño, le desinfectó los cortes y se los curó. A continuación lo guio a una de las muchas habitaciones y se la preparó para que pudiese dormir. No pudo hacerlo porque por su mente sólo rondaba lo que había sucedido un rato antes. Una hora después se sintió descansado. Le dolían las heridas de la espalda, pero quería saber lo que Jade le había preparado. Avisó al criado y este acudió de inmediato.

—Quiero más de lo de antes.

—¿De qué, señor?

—La cocaína —murmuró, como si hubiese alguien más en la habitación que los pudiese escuchar.

—Por supuesto.

El hombre regresó con una pequeñita bandeja de plata, se la dejó sobre la mesita de noche y se marchó. Él la aspiró con vehemencia y luego se dejó caer en la cama, con los sentidos aturdidos. Al cabo de unos diez minutos, decidió que estaba preparado. Se levantó de la cama y salió en busca de Jade. No había nadie más en la casa y no recordaba dónde se encontraba aquella habitación, sobre todo porque la droga le estaba haciendo efecto.

—Por aquí, señor. —El criado apareció de repente como por arte de magia.

Lo siguió confundido. Le abrió la puerta de la estancia y él entró en silencio. Descubrió a Jade maniobrando. Estaba metiendo una larga cuerda en varias argollas que colgaban de otra de las paredes. Se acercó a ella sin

comprender para qué servía todo aquello. Parecía muy concentrada, colocándolo todo de manera cuidadosa, haciendo una especie de dibujo con las cuerdas. Pero lo que más le sorprendió era la chica que encontró sentada al borde de la cama. Era más joven que Jade, pálida y ojerosa, de cabello muy negro, con un atractivo perturbador. Tenía un montón de tatuajes por el cuerpo, todos ellos oscuros. Llevaba tan sólo un corsé y unas bragas de encaje negro, y algo rodeaba su cintura. Al acercarse se dio cuenta de que era un cinturón que le apretaba muchísimo, que hundía esa carne blanca. Estaba seguro de que a la chica le dolería mucho.

Al descubrirlo, esbozó una sonrisa. Él no se la devolvió, pues estaba muy confundido. ¿Qué hacía allí? En ese momento Jade levantó la cabeza y lo vio.

—Por fin has venido. Enséñame tu espalda. —Le hizo un gesto con el dedo para que se diera la vuelta—. Está mucho mejor. Tienes una piel fuerte.

Luego continuó con su trabajo. Cuando le pareció que todo estaba correcto, se quitó el corsé y se quedó desnuda.

—Desvístete tú también.

Abel se bajó los pantalones y la ropa interior. Ambos se observaron y, segundos después, el sexo del joven apuntó hacia el vientre de ella. Jade asintió y sonrió satisfecha.

—Ahora te voy a mostrar lo que a mí me gusta. —Se arrodilló en el suelo tal y como él había hecho antes. Después giró el rostro hacia la jovencita y la llamó—. Ariadna, ven aquí.

La muchacha saltó de la cama y se apresuró a acercarse. Parecía saber muy bien lo que tenía que hacer, pues de inmediato, sin que Jade le dijera nada más, empezó a enrollar la cuerda alrededor del cuello de ella.

Abel las observó con los ojos muy abiertos, empezando a entender de lo que se trataba aquello. La muchacha dejó dos partes de la cuerda sueltas en el suelo y se hizo a un lado. Jade le hizo un gesto a él para que las cogiera. El joven titubeó.

—Vamos. Prueba. Sé que te gustará.

Al fin accedió. Cogió los extremos de las cuerdas y los enrolló en sus manos, apresándolas, aunque con cierto temor.

—Ahora siéntate en el suelo.

Obedeció. Y ella se colocó a horcajadas sobre él, rozándole con su sexo, que ya estaba húmedo. El suyo vibró bajo el de ella, con lo que soltó un pequeño gemido a modo de respuesta. Él apreció que la cuerda en el cuello

aún estaba floja, pero que si estiraba, podía apretarla a su antojo. Tragó saliva.

—¿Comprendes, mi amor?

Asintió con la cabeza. Apretó con fuerza, meneando las caderas hacia arriba para colarse en el interior de la mujer. En cuanto lo hizo, ella gimió.

—Tira de ellas mientras me follas. Tira todo lo que quieras. Cuanto más me apriete, más me gustará.

—¿Y si te hago daño?

—Es lo que quiero —respondió la mujer con una sonrisa.

—Pero puede ser peligroso.

—Me excita pensar que me puedas ahogar. —Lo miró con un destello oscuro.

—¿Y ella? —le preguntó, señalando a la joven morena que les observaba con expresión lujuriosa.

—Puedes elegir. ¿Quieres que sólo nos mire o que participe?

—¿Participar cómo?

—Tocándote, besándote, mientras tú me follas.

El joven no dijo nada más, tan sólo asintió dirigiendo los ojos a la muchacha que se acercó a él y empezó a acariciarle el cuello. Jamás había estado con dos mujeres, no al menos de aquella inaudita manera. Jade le indicó con la mirada para que se moviera. Él sacudió las caderas para que ella se moviera al unísono. Tomó las cuerdas y tiró de ellas, provocando que el cuello de la mujer cayera hacia atrás. Jade soltó otro gemido, esta vez más fuerte, y sonrió.

—Así, Abel. No te detengas.

La penetró a más velocidad, entreabriendo los labios, porque también empezaba a sentir un enorme placer. La cocaína en su organismo le nublaba la razón. Veía a su compañera borrosa, al tiempo que parecía que las cuerdas se le escapaban de las manos. Así que tiró más de ellas y Jade gruñó de gusto. Ella lo cogió de los hombros y le clavó las uñas. Apreció que abría la boca porque le faltaba el aire. Estaba seguro de que la gruesa cuerda estaba clavándose tanto en su piel que cuando se la quitara habría una marca rojiza en ella, incluso sangre. La joven muchacha le mordía el cuello mientras tanto, aunque a ratos simplemente miraba y se tocaba a sí misma.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no estaba tan excitado como creía. Una vez más, era otra la sensación que le embargaba. Sin embargo,

Jade se mostraba tan perdida en el placer del dolor que gemía una y otra vez y se movía sobre él de manera descarada.

—Aprie... ta... mucho... más —le pidió con la voz entrecortada.

Así lo hizo. Las cuerdas se enroscaron en el cuello de la mujer de manera violenta y ella dio una arcada, pero al mismo tiempo cerró los ojos, presa del placer. Sabía que estaba a punto de correrse, así que se movió en su interior de manera brusca, al tiempo que ceñía la cuerda. Jade soltó un grito ahogado. El pensar que le faltaba el aire, sí lo excitó. Su pene vibró en el interior del sexo de la mujer y, segundos después, se corrió en ella con un jadeo. Jade lo imitó poco después, con la cabeza tan echada hacia atrás a causa de la tensión de la cuerda que pensaba que el cuello se le iba a partir.

Soltó las cuerdas y se dejó caer hacia atrás. Ella se las quitó y se tumbó sobre él. Ariadna se había arrodillado al lado de ambos y les acariciaba de manera enfermiza. Un rato después, Jade se levantó y fue a mirarse al espejo. Las marcas rojizas destacaban en la blanca piel de su cuello. Se las acarició con ternura y él pensó que estaba loca. Sin embargo, no podía apartarse de ella. No quería. Había probado algo que alejaba, por un tiempo, el dolor, la pena, la rabia y la culpa de su mente. En parte se sentía avergonzado, pero no podía evitarlo.

—Lo has hecho muy bien —le dijo ella cariñosamente, sin apartar la mirada del espejo—. Poco a poco estarás preparado, Abel. Poco a poco te enseñaré tantas cosas...

Se giró hacia él y lo miró con una sonrisa lobuna que estremeció cada parte de su ser.

*

—Es horrible... Es repugnante —murmuro, asqueada.

—Te doy asco —dice él, observándome con preocupación.

—¡No! Pues claro que no. —Me apresuro a devolverle la mirada—. La que me da asco es ella. Lo que te obligó a hacerte es horrible. ¿Cómo se puede ser tan sádica? ¿Y quién era esa chica?

—No me obligó. No del todo. Ella no me dijo nunca que si no hacía todo eso no me daría nada. Bueno, no al menos al principio —murmura él, pálido y ojeroso—. Ariadna era una de las clientas de su negocio, pero le había tomado más cariño, así que la había hecho suya. A Jade le da igual hombres que

mujeres, para ella sólo son cuerpos y almas que destrozar. Ariadna terminó muy mal... —Se le quiebra la voz y yo parpadeo, empezándome a asustar otra vez.

—Te lo dije una vez: se aprovechó de tu pena y de tu dolor. Fuiste un muñeco roto en sus manos, como esa chica. ¿No lo ves?

Aparta la mirada de mi rostro. Se siente culpable una vez más. No quiero que caiga en la depresión de semanas atrás. Quizá no debería haberle pedido todo esto, pero lo necesitaba. Aunque ahora mismo, me arrepiento de haber conocido parte de la oscuridad de esa horrible mujer.

—¿Cómo os podía excitar eso? —pregunto, cautelosa.

—Yo... —murmura—. No lo sé. En realidad no me provocaba placer el juego en sí. Sólo es que me sentía poderoso. En esos instantes controlaba mi vida y tenía la de alguien en mis manos. De esa manera me quitaba la culpa y a la vez me la echaba otra vez encima, porque imaginaba que podría haber evitado la muerte de mi madre.

—¡Pero sabes que eso no es así!

—Por ese entonces no lo sabía. Me perdí, joder. Lo siento.

—No me tienes que pedir disculpas. Sé que estabas perdido, por eso estoy tratando de entenderlo todo. Pero es que eso que me has contado es repugnante. Eso de excitarse con la sangre, con el dolor y la sensación de la muerte...

—Hay gente a la que le gusta y es tolerable. Si ellos quieren jugar así, que lo hagan siempre y cuando pongan límites —se calla unos instantes, meditabundo—. Eso no es lo malo de Jade. Su parte mala es la que viene de su enfermedad, de su locura: cuando quiere algo, arrastra todo lo que hay a su alrededor para conseguirlo.

Ahora que sé más sobre ella y con sus palabras, me siento más asustada que nunca. Si es cierto que es un huracán, ¿por qué no es posible que se acerque a mi familia o a mis amigos? Él parece darse cuenta de mi preocupación y me abraza con suavidad.

—Sara, Sara, yo te protegeré. Y te prometo que ellos estarán bien.

Me quedo callada. No puedo fingir que estoy tranquila, ya no. Me revuelvo en la cama, inquieta, devastada por un sinfín de sentimientos encontrados. Entonces se me escapa la pregunta que me ha estado rondando por la cabeza.

—¿Eric también está metido en todo eso?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no!

—¿Cómo es posible?

—Ellos ya se cuidan de que no los conozca nadie que no quieran —musita, muy serio.

—¿Qué hay allí que pueda ser peor que lo que te pedía Jade? —pregunto, aturdida. La cama se me antoja un lugar incómodo.

—Tu mente inocente no puede imaginarlo.

—No, Abel, claro que no puede. ¡Porque es demasiado increíble! —alzo la voz, incorporándome de la cama.

Se queda callado una vez más. Yo tampoco quiero continuar hablando. Le doy la espalda porque no puedo mirarlo. Al final, nos quedamos dormidos. Pero mi sueño es inquieto. En él me descubro gritando de dolor porque Abel me tiene sujeta con unas rudas cuerdas que se clavan en mi fina piel. Grito y grito pero él no desiste. Tira de las cuerdas y las engancha a mi cuello con una brutalidad feroz. En sus ojos aprecio locura e, instantes después, es el rostro de Jade el que se muestra ante mí, a pesar de no recordarlo.

Despierto sobresaltada. En la oscuridad descubro los brillantes y grandes ojos de Abel, observándome con cautela. Me echo a llorar y él me toma en brazos, tratando de consolarme.

—Me tienes miedo —murmura.

Niego con la cabeza, conteniendo los sollozos.

—Me odias.

Niego otra vez.

—Entonces ya lo harás. —Su voz suena triste y cansada.

—Nunca.

Me aprieto contra él con fuerza, y vuelvo a caer en un sueño, esta vez un poco más tranquilo.

Los días siguientes transcurren tan lentos que me parece que puedo tocarlos en el aire. Abel y yo apenas hablamos. Sé que él se siente avergonzado por lo que he descubierto y yo no tengo palabras para explicarle cómo estoy.

Durante la primera semana de enero vuelve a nevar. Yo me limito a observar por la ventana, con la mente vacía y, al mismo tiempo, repleta de pensamientos. Sólo caben en ellos mis padres y la suerte que pueden correr. Más de una vez me imagino cogiendo el coche, lanzándome como una posesa a la carretera nevada para ir al aeropuerto, coger un vuelo y así descubrir de

una maldita vez que están bien. Es lo que creo: que deberíamos enfrentarnos a esa perra egoísta que nos ha traído hasta este rincón del mundo que se ha vuelto mi cárcel a pesar de parecerme un edén en un principio.

Y, durante la segunda semana de enero, la impaciencia me vence. Tengo que hacerlo. Necesito conocer de primera mano que mis amigos y mi familia están bien. Lo único que tengo que hacer es salir y dirigirme a la carretera, hasta que tenga cobertura. Se me pasa por la cabeza darle a Abel una pastilla de más, para que duerma más tranquilo. De todas formas, se ha quejado de dolor de cabeza, así que podría ponerle esa excusa. Sin embargo, luego me arrepiento de pensar en esas cosas y desisto.

Espero a que sea de noche y él se duerma profundamente. Hoy no hay luna llena, así que la oscuridad me envolverá. Me da un miedo atroz salir ahí afuera, pero mi preocupación es mucho más grande.

A medianoche Abel está durmiendo como un bebé. Salgo de la cama con suma cautela y corro a la puerta. Me pongo el abrigo sobre el pijama, me pongo dos bufandas, el gorrito de Abel y los guantes. Tanteo el bolsillo de la chaqueta. Sí, ahí está el móvil, donde lo había dejado antes de irnos a la cama.

Abro la puerta y asomo la cabeza. El viento gélido choca contra mi nariz y me arranca un estornudo. Me giro sobresaltada y espero escuchar algún sonido, pero todo es silencio. Al fin salgo con el pánico acechando en mi piel. En cualquier momento se abalanzará sobre mí. Está oscurísimo y apenas puedo ver por dónde camino. En un momento dado los pies se me hunden en la nieve provocando que caiga de bruces. La cara se me llena de nieve helada y vuelvo a estornudar. Sólo faltaría que me resfriase. Me levanto a duras penas y reanudo el camino.

A medida que me acerco a la carretera es más difícil avanzar. No he querido coger el coche porque sé que Abel se despertaría con el sonido del motor y, además, sería peligroso. Así que aquí estoy andando como una tonta en la nieve de madrugada, apretando el teléfono en la mano como si me lo fuesen a robar, y mirando a un lado y a otro completamente asustada. A mi derecha algo se mueve y doy un grito, sobresaltada. Me tapo la boca para que Abel no me oiga. Sólo estamos él y yo en este lugar, pero siempre creo que hay alguien, además de animales como ese que se habrá movido por el bosque.

Alzo el móvil sobre mi cabeza y lo desbloqueo. La luz ilumina mi rostro.

Todavía no tengo cobertura. Camino un poco más, agitando el teléfono a derecha y a izquierda con la esperanza de alcanzar, al menos, dos rayitas que me permitan llamar a mi casa. Y, tras unos cuantos pasos más, lo consigo. El corazón se me acelera. De inmediato, la pantalla se llena de sobrecitos que indican mensajes y más mensajes. Las manos me tiemblan intentando abrirlos. La mayoría de ellos son llamadas de mi madre, ningún mensaje de texto de mi padre. También tengo un montón de wasaps, pero de momento los dejo pasar porque serán de mis amigos, ya que mis padres no tienen.

Lo que más deseo es llamar a mi madre, así que marco su número tan rápido que me equivoco varias veces, hasta que atino y le doy al icono verde.

Y en ese momento, escucho un ruido a mis espaldas. Me giro muy asustada, porque he distinguido pasos, y descubro que Abel se está acercando a mí con los ojos entrecerrados. Por unos segundos siento miedo. Lo veo como una bestia que quiere devorarme.

—Sara, ¿qué haces aquí fuera, joder? —Se fija en el teléfono en mi oreja—. ¡¿Qué estás haciendo?!

No me da tiempo a responder porque descuelgan al otro lado. Alzo una mano para que Abel se calle. Él continúa avanzando hacia mí y, entonces, escucho los sonidos.

—¿Mamá?

Son sollozos.

Mi madre está llorando y el mundo, a mis pies, no se detiene, sino que gira tan rápido que me siento a punto de trastabillar.

12

¿Alguna vez has escuchado el sonido de la sangre corriendo bajo tu piel? ¿Has notado que la luminosidad del día se tornaba penumbra? ¿Has comprendido que tu carne desaparecerá, que nunca mirarás más al frente, que no despertarás, que no existirás para siempre?

¿Alguna vez has pensado que tu vida es toda ella un error?

Durante la vuelta en el avión pensé en todo lo que había dejado atrás. En mis fallos y en mis aciertos. Consideré que los primeros eran muchos más. Quizá se deba a que siempre he sido muy pesimista, pero no lo puedo evitar, no al menos por la forma en que me han educado. Supongo que yo también tengo parte de culpa, pero suelo achacarlo a los demás. Y he ahí otro error.

Mientras la gente dormía en el avión –incluso Abel dio unas cuantas cabezadas– mi mente corrió a aquellos años de la infancia en los que fui bastante feliz. No tenía ninguna preocupación y pensaba que la vida era eterna. La gente no suele meditar sobre la muerte ni se para a contar cuántos años le pueden quedar de vida. Yo tuve una temporada en la que lo hice y lo pasé francamente mal. Imaginaba que mis seres queridos iban a morir en accidentes horribles y me tiraba el día llamándolos para saber cómo se encontraban. Lo superé y nunca más pensé en la muerte ni en su fría sombra.

Y entonces, la llamada de mi madre hace dos días y se me derrumbaron

todas las creencias. Por un tiempo me convencí a mí misma de que la muerte no les llegaría hasta que yo tuviera por lo menos cincuenta años. Es una forma un poco estúpida de pensar, pero imagino que es lo que todos hacemos. Con esa llamada aprecié que la vida es demasiado corta y que en cualquier momento puede suceder algo que cambie toda nuestra visión.

Mi madre apenas podía hablar por el teléfono. Sus tartamudeos, sus sollozos, su voz temblorosa hicieron que me diese cuenta de que en realidad amaba demasiado a mi padre a pesar de todo lo que había hecho. Y comprendí que yo también lo quería y que me había estado engañando para no hundirme. Sin embargo, no derramé una lágrima durante todo el vuelo. Abel no me soltó la mano y me abrazó. Él sabe lo que es perder a un ser querido. Sabe lo que es amar y odiar al mismo tiempo a esa persona que se ha marchado y que jamás podrás volver a ver.

Cuando llegamos a España todo me pareció diferente, como si el mundo hubiese cambiado en tan sólo unos meses. El sol de enero era tenue, los edificios estaban más oscuros y la gente aparentaba ser más antipática. Sé que él no quería regresar del todo, pero no había otra opción. Al fin y al cabo es mi padre el que ahora está en un féretro y al que debo rendir homenaje a pesar de todo.

Durante el trayecto en coche hasta la casa de mi madre empecé a ponerme histérica. No sabía cómo iba a poder consolarla. Nunca se me ha dado demasiado bien darles a mis padres palabras de consuelo. Es como si una barrera en la garganta me lo impidiese. Pero esta vez tenía que hacerlo. ¿Quién si no podía calentar su alma helada?

Por suerte, estaba Abel. Por suerte, fue él el primero que acogió a mi madre entre sus brazos, el que la acunó, le acarició el pelo como si fuese una niña pequeña y le susurró que todo iría bien, que la vida a veces nos trae duros golpes, pero que se acaban superando al lado de las personas que amas. Después la tuve que mirar yo a los ojos y el hondo dolor que vi en ellos me trastocó. Las palabras se me atragantaron y sentí un amargo sabor en la lengua. ¿Qué podía decirle si yo misma no comprendía mis sentimientos hacia el hombre que había muerto? Así que hice lo que Abel me aconsejó: la estreché muy fuerte, la mecí y le canté nuestra canción favorita hasta que dejó de llorar.

Esa noche me esperé a que se durmiera. Abel estaba en mi habitación porque había decidido quedarse por si le necesitábamos. Mi madre se abrazó

a mí como nunca y pensé en que había desperdiciado muchos abrazos por la rabia que durante un tiempo sentí hacia mi padre y hacia ella. Y a ella se los podía dar aún, pero no a él. La culpabilidad se ciñó a mi cintura con unas garras dolorosas, aún más fuerte al darme cuenta de que continuaba sin llorar. ¿Qué estaría pensando mi madre de que no soltase ni una sola lágrima?

—Sabía que el alcohol acabaría con él más tarde o más temprano —dijo mi madre con la voz pastosa a causa de la pastilla para dormir—. Pero esto ha venido tan de sopetón... Estaba destrozado, cariño. Cruzó la calle borracho, con el semáforo en rojo y el coche no pudo detenerse a tiempo.

—No pienses en eso ahora, mamá —le supliqué con un nudo en la garganta.

—Pero no se lo merecía, ¿verdad? Porque a pesar de todo era un buen hombre. —Alzó la vista para enfrentarse a la mía.

Me quedé callada unos segundos. No, definitivamente nadie se merece una muerte así.

—Lo era. Era un buen hombre —atiné a responder—. Sólo que todos nos equivocamos.

Al cabo de cinco minutos mi madre se quedó dormida. Y yo continué sin llorar.

*

Hoy es el entierro y mientras me coloco el vestido negro las piernas y las manos no dejan de temblarme. No acierto a colocarme los pendientes, así que al final desisto y paso a ponerme un poco de antiojeras porque no he dormido nada. Me cepillo el pelo con cuidado, una vez, otra y otra más, como si con cada cepillada pudiese ahuyentar el dolor y el vacío que siento dentro.

Mi madre está en el comedor porque mis tíos han llegado a primera hora de la mañana desde el pueblo. Sé que están mal, pero más por ella que por mi padre. También sé que notan su pérdida, aunque no le tenían demasiado aprecio. Les comprendo porque lo único que querían es que mi madre estuviese bien, que pasase una buena vida.

Odio los entierros. Cada vez que voy a uno y me meto en la iglesia, la oscuridad se apodera de mí. Las estatuas me parece que cobran vida y se burlan de mi dolor. Y encima el hecho de observar todos esos rostros llorosos... No sé cómo voy a poder superar este día. Pero si lo hago, entonces aguantaré hasta una bomba.

Termino de ponerme un poco de colorete. No tengo demasiado mal aspecto, aunque en realidad, no es algo que me importe. Echo un vistazo al móvil por si Cyn o Eva me han enviado algún mensaje. Quedamos en que irían directas a la misa. Es la primera vez que las voy a ver desde que me marché tan de golpe. No sé si estarán enfadadas o si todo continuará siendo igual. Ellas son mis mejores amigas, así que las necesito. Las necesito más que nunca. Tras comprobar que no tengo mensajes ni llamadas, guardo el móvil en el bolso. Mientras me echo un poco de colonia, llaman a la puerta. Antes de que pueda contestar, ya han abierto. Es Abel.

—¿Estás lista? —me pregunta, con las cejas arrugadas. Sé que está muy preocupado por mí.

Él tampoco tiene buen aspecto. Estoy segura de que ir a un entierro le recuerda al de su madre. No quiero que lo pase mal. Por un momento pensé en decirle que no hacía falta que viniese, que podía hacerlo yo sola. Pero no, no es cierto. Necesito que esté a mi lado junto con mi familia y amigas y que me dé la mano. Él ahora también es mi familia. Es mi presente y mi futuro.

—Sí —asiento, colgándome el bolso en el hombro.

—¿Estás bien? —Me da un beso en la coronilla cuando me acerco a él. Rodea mi cintura con un brazo y me estrecha.

—Bueno, estoy que ya es mucho. —Alzo el rostro para mirarlo y sonreírle. Me acaricia la barbilla en un gesto tan cariñoso que no puedo más que ensanchar mi sonrisa.

—Todo va a ir bien. Estoy aquí para ti. —Se inclina y me da un suave beso en los labios. Yo aprovecho y me engancha a él para aspirar todo su maravilloso perfume, ese con una mezcla de vainilla y hierbabuena que tanto me gusta.

—Si va a ser duro para ti, entonces no...

—Vamos. —No me deja terminar la frase. Me agarra de la mano y me saca de la habitación.

En el comedor esperan mis tíos, mis primos y mi madre, quien está llorando otra vez. Yo me quedo plantada en la puerta, sin saber muy bien qué hacer. Mi tía Fabiana se da cuenta y me dedica una sonrisa de ánimo.

—Cariño, tu madre se viene en el coche con tu tío y conmigo, ¿vale?

Asiento con la cabeza. Abel me llevará a mí. Preguntamos si alguien más quiere subir, pero todos tienen sus propios coches así que iremos nosotros solos. Antes de emprender la marcha, abrazo a mi madre una vez más. Le

beso sus mejillas mojadas y le digo que en unos minutos nos vemos. En el coche me como las uñas y Abel no me lo impide porque sabe que necesito mantener la cabeza ocupada. Él mismo parece nervioso, ya que no para de dar golpecitos con los dedos en el volante. Varias veces se gira hacia mí y me dedica una sonrisa, pero sé que le está costando. Ni siquiera al llegar a la iglesia me abandona. Me acompaña hasta el primer banco y se sienta a mi lado junto con mi madre y mis tíos. Incluso a mi madre parece que la presencia de Abel la reconforta.

No escucho nada de lo que dice el sacerdote. Sólo puedo pensar en las últimas veces que vi a mi padre, en los gritos que nos dábamos, en los reproches, en las malas palabras. ¿Por qué no pude rectificar a tiempo? Si lo hubiese hecho, si le hubiese concedido un perdón, ahora no me sentiría de esta forma tan horrible. Durante toda la misa cada uno de mis movimientos y palabras son mecánicos. Rezo, me arrodillo, voy a tomar la hostia consagrada, pero apenas me doy cuenta de lo que hago. Mi mente se desplaza hasta mi padre una y otra vez. No me han dejado verlo porque tiene el rostro desfigurado. Mucho mejor, ya que no podría haberlo soportado. Sin embargo, me habría gustado darle un beso por última vez.

Tras la misa nos vamos al cementerio. En el coche no hablo, apenas parpadeo. Tampoco me como las uñas. Me he quedado sin fuerzas para moverme o decir nada. Cyn y Eva no han acudido a la misa. ¿Quiere decir eso que están enfadadas? ¿He perdido a mis amigas? ¿Qué es lo que me va a quedar en la vida entonces? Giro la cabeza hacia Abel y por unos breves segundos pienso en que me equivoqué con mi decisión precipitada. Desde que estoy con él, la vida ha sido demasiado complicada. Aunque también he tenido momentos maravillosos y... Joder, me sonrío y todo se ilumina, para qué mentir. Incluso este día horrible.

Una vez llegamos al cementerio, el corazón se me empieza a acelerar. Son los últimos minutos que pasaré cerca de mi padre. Me arrimo todo lo posible al ataúd y observo al sacerdote que va a dedicarle las últimas palabras.

—Señor, acoge en tu seno a este hombre...

Las palabras me acosan en los oídos. La mano de Abel aprieta la mía. En la otra tengo la de mi madre, que no deja de llorar. Y yo sigo sin derramar una lágrima a pesar de que hay algo dentro que se me está rompiendo. Y entonces, alguien se coloca a mi lado. Alzo la vista despacio y el corazón se me detiene. Es Cyn. Y a su izquierda se encuentra Eva. Ambas me dedican

una sonrisa triste. Las tripas se me remueven y me llevo una mano a los ojos, que se me empiezan a humedecer. Ellas se mantienen calladas ante el discurso del párroco, pero con sus miradas me lo dicen todo. Continúan siendo mis mejores amigas, las que nunca me van a abandonar, las que siempre están en los buenos y en los malos momentos.

Abel me suelta la mano y se coloca detrás de mí, permitiendo que sea Cyn la que me coja. Y Eva estira la suya y me agarra también. Asiento con la cabeza, dándoles las gracias en silencio. Y así nos tiramos durante el resto del entierro: mi madre a mi lado, sollozando; Abel a mi espalda con una mano apoyada en mi hombro; y yo sujeta a mis mejores amigas. Me siento con mucha más fuerza que antes y entonces, comprendo que es mi última oportunidad.

Poso la vista en el ataúd de mi padre. Me olvido de todos los demás, aparto la voz del sacerdote. Ahora sólo está la mía en mi cabeza y le dirijo un discurso a mi padre. Le pido perdón por todo, le digo que quizá alguna vez fui una mala hija, quién sabe. Le explico que me habría gustado haber actuado de otra forma. Le concedo el perdón. Le confieso que le quería y que le quiero y que, a pesar de las cosas malas que hizo, también hubo buenas.

Y por fin, cuando lo meten en el nicho, lloro. Un llanto profundo se me escapa. Tan hondo que mis amigas se sorprenden y Abel clava sus dedos en mi hombro. Mi madre me intenta consolar, pero yo no puedo dejar de llorar. Lloro por todos y por todo: por mi madre que se ha quedado sin la persona que amaba, por Abel que perdió a su madre cuando era tan pequeño, por Cyn y Eva a las que a veces he hecho daño, por mí misma porque me siento como un error andante.

—Va, cariño, ya está —me susurra mi madre. Ahora es ella la que ha dejado de llorar y la que se muestra más entera que yo.

Asiento con la cabeza, intentando calmarme. Me limpio las lágrimas que no cesan de salir. Ella quiere quedarse más conmigo pero la gente empieza a venir para darle el pésame y se tiene que apartar para atenderlos. También vienen a mí, me dan la mano, me besan, me regalan esas palabras que siempre se me han antojado tan carentes de significado. Me tiro casi diez minutos saludando a gente, posando mejilla contra mejilla, rozando frías manos. Cyn, Eva y Abel esperan pacientemente hasta que todo se queda más tranquilo y podemos salir del cementerio. Entonces aprovecho para lanzarme a los brazos de mis amigas.

—Lo siento, lo siento... —murmuro, con el rostro entre el hueco de sus cuellos.

—¿Pero qué sientes? —Cyn es la primera en hablar.

—Me fui así, tan de repente... Sé que lo comprendisteis pero tenía miedo de volver y que todo hubiese cambiado.

—¿Cómo va a cambiar nada, tontaca? —Esta vez es Eva la que interviene. Me frota la espalda en un intento por consolarme.

Abel se encuentra a nuestra espalda, silencioso. Sé que ha hecho mucho por mantenerse a mi lado en el cementerio, ante toda esa gente, recordando la muerte de su madre. Eva y Cyn le abrazan y le dan dos besos y a mí se me ilumina el corazón al pensar que sí, que todo sigue igual.

—Nos tienes que poner al día de muchas cosas —me dice Cyn—. Y yo a ti, vamos. Porque con Marcos me va todo genial.

—¿Ah, sí? —preguntamos Abel y yo al unísono. Luego me giro hacia Eva—. ¿Y tú qué? ¿Ya tienes algo por ahí?

Me fijo en que se le borra la sonrisa y sus ojos se oscurecen. Mierda. ¿Qué pasa ahora? ¿Es que algo va mal? Cyn también se ha puesto más seria que de costumbre.

—Pues verás, yo...

—¡Sara!

Una voz familiar me llama. Antes de darme la vuelta, sé que es Judith. Le avisé del entierro, pero no la había visto en la misa ni en el cementerio, así que pensé que no había acudido. Me giro con una leve sonrisa para recibirla y entonces, el corazón se me para.

Al lado de Judith y Graciella hay otra persona más. Es Eric. Yo no le había avisado porque suponía que sería incómodo, pero imagino que ha sido mi amiga la que le ha comentado la situación. Abel y él se están observando y no de una manera amistosa. Por un instante pienso que se van a poner a discutir aquí mismo o algo por el estilo. Realmente no sé qué pasa entre ellos. Abel no tiene constancia del beso que Eric me dio, pero... Sé que su amistad se resintió cuando yo me crucé en su camino. Abel tiene claro que Eric está enamorado de mí y supongo que eso le molesta. Y, por otra parte, quizá Eric esté enfadado al pensar que Abel no está ofreciéndome lo que yo quiero. Son sólo suposiciones, pero...

Me sorprendo cuando se dan la mano. Si su amistad fuese tan buena como antes se habrían abrazado o cualquier otra cosa pero, al menos, todavía

mantienen una estudiada cordialidad. Y yo ahora mismo no sé qué hacer. Eric desvía su atención de Abel a mí y, cuando se cruzan nuestras miradas, me parece que todo se detiene. Me muerdo los labios, nerviosa y confundida. Creí que tras un tiempo separados yo no me sentiría así. Pero en realidad no entiendo ni cómo me siento, con este corazón que late desbocado, con este murmullo en el estómago que me avisa de que algo marcha mal.

Eric da un paso hacia mí. Todo a cámara lenta. Me parece que está más guapo, mucho más que cuando me fui. Es mi mente la que está provocando todo esto, estoy segura. O mi corazón. No lo sé. Pero sus ojos brillan más a la luz del sol. Tan verdosos, tan cálidos. Por un momento me viene a la cabeza el beso que me dio en la fiesta. Casi puedo apreciar su sabor. Joder, ¿pero en qué estoy pensando? Estoy en el entierro de mi padre y mi novio está aquí conmigo. Tengo que hacer algo con todo esto...

Entonces Eric se coloca delante de mí y yo alzo la cabeza para observarlo mejor. Mi corazón va a estallar. Apuesto a que todos mis amigos se van a dar cuenta de lo fuerte que late, de lo rápido que cabalga. Abel también lo hará y la habré fastidiado. Pero no puedo evitarlo. No entiendo qué es esto que me ataca la primera vez que veo a Eric después de tanto tiempo. Sin que yo me lo espere, se inclina sobre mí y me rodea con sus brazos. Sí, Eric es tan cálido. Todo su cuerpo arde. Y me resulta muy familiar a pesar de haber estado lejos durante un tiempo. Me quedo quieta unos instantes, meditando sobre lo que hacer, hasta que decido olvidarme de todo y devolverle el abrazo.

—Te he echado tanto de menos... —me susurra al oído para que nadie más que yo se entere.

No respondo. Sólo cierro los ojos y los aprieto con fuerza, dejándome llevar por la serena tranquilidad que me invade con su abrazo. Entierro la nariz en su cuello, aspirando su aroma, que es muy distinto al de Abel pero que también me encanta. ¿Por qué estoy otra vez comparándolos? Joder, no puedo entender todo esto.

Abro los ojos y me topo con los de mi novio. Me mira un poco enfadado pero puedo leer en sus pupilas algo más. Algo que me pone nerviosa. Veo preocupación, veo melancolía. No sé qué puede estar pensando al observar este abrazo tan íntimo entre el que fue su mejor amigo y su novia. Me fijo en que le dice algo a Judith, la cual asiente, y después se aleja hasta que encuentra a mi madre.

En ese momento Eric se aparta de mí, pero me agarra de las manos y me

mira de arriba abajo. Por el rabillo del ojo veo que Cyn está con los morros arrugados y que Eva nos observa de forma divertida.

—Sara, siento mucho lo de tu padre —me dice Eric, aún en voz bajita. Y viniendo de él me parece mucho más sincero que de otras personas que me lo han susurrado antes.

—Gracias —me limito a contestar.

—Espero que tu viaje haya sido bueno y que hayas regresado con más fuerzas.

Sé a lo que se refiere. Él conoce de la enfermedad de Abel, así que imagino que piensa que mi situación es difícil. Porque... ¿no puede saber nada de lo del tema Jade, no? Abel me dijo que él no estaba metido en esto...

Por fin se aparta de mí. Cuando me suelta de la mano, siento ganas de estirarla y de cogérsela otra vez. No obstante, me quedo quieta, observando cómo se va hacia Graciella. Esta vez es Judith la que se acerca a mí y me besa y abraza. Empieza a parlotear con su particular carisma y yo asiento una y otra vez, pero no entiendo lo que dice. Sólo puedo mirar a Eric, su gesto entre preocupado y cariñoso, que no puedo comprender. Sucede algo y no atino a averiguar qué.

—¿Cariño?

Es mi madre la que me saca de mi ensimismamiento. Parpadeo y dirijo la mirada a ella. Está mucho más serena y me alegro. Mi tía Fabiana la acompaña, agarrándola de los hombros.

—Me llevo a tu madre a comer. Voy a cocinar yo. ¿Por qué no te vas tú con tus amigos? Seguro que tenéis mucho de qué hablar —me propone mi tía.

—Pero... —protesto. Debería quedarme con mi familia en estos difíciles momentos, pero es la mirada de mi madre la que me convence de hacer lo que Fabiana me dice.

—Esta noche nos vemos, ¿sí?

Asiento con la cabeza. Les doy un abrazo y las despido. Abel ha regresado a nuestro lado, pero está muy callado y serio, con las manos en los bolsillos.

—¿Entonces queréis que vayamos a comer? —propone Cyn.

—Por mí bien porque quiero decirle algo a Sara —dice Eva. La miro, confundida.

—Graciella y yo nos apuntamos, que hace mucho que no vemos a nuestra pequeña —interviene Judith. Me estrecha otra vez.

Todos nos quedamos mirando a Eric, quien desvía los ojos hacia Abel.

Este se queda muy serio unos segundos, hasta que se encoge de hombros.

—Lo siento, no puedo. Me están esperando. —Evita mi mirada al decir esto—. Pero ya hablaremos, ¿eh?

Como el ambiente está enrarecido, esta vez no me abraza al despedirse, sino que simplemente alza una mano y se marcha. Yo me quedo con la cabeza aturullada, pensando en si la que le está esperando es esa mujer con la que compartía cama antes de que me fuera. No debería estar celosa, pero... ¿son precisamente celos lo que ahora mismo siento?

—Bueno, ¿pues dónde queréis ir? —interrumpe Cyn.

Al final acabamos en uno de los bares del centro del pueblo y comemos el menú del día. A mí no me entra apenas casi nada debido a todo lo que ha sucedido. Me paso la comida pensando en mi padre, en que se ha marchado de verdad para siempre. Empiezo a notar su ausencia a pesar de que siempre estuvo ausente para mí. Pero ahora el vacío es tan distinto que no puedo más que sentir pinchazos en el corazón.

Cyn, Eva y Judith me preguntan por el viaje, si lo hemos pasado bien, que qué suerte he tenido pues han sido como unas vacaciones de ensueño. Si ellas supieran... Cierto que la mayor parte del tiempo lo fue, pero esas noches de pesadillas de Abel también fueron terribles.

En el café, Eva se vuelve a poner seria. Yo me la quedo mirando, expectante por lo que me va a contar. ¿Ha tenido un novio y la ha dejado? No se me ocurre nada más.

—Sara, sé que lo último que querrías escuchar es esto en este día. Pero no me queda más tiempo —dice con un hilo de voz.

A Cyn se le escapa un sollozo. Me sobresalto y le dedico una mirada asustada. Abel alarga una mano y me la agarra. Yo se lo agradezco, pues pensaba que estaría muy enfadado por lo ocurrido con Eric.

—¿Qué pasa? —pregunto con la voz cargada de preocupación.

Eva se refriega las manos, nerviosa, con la cabeza gacha. Cyn la menea del hombro y, al fin, ella alza la vista y la clava en mí. Está triste, y me lo contagia a mí.

—Me ha salido un trabajo en Japón. Voy a dar clases de español allí. Me voy pasado mañana.

Y toda la alegría que me había inundado al encontrarme con ella, se me esfuma.

13

Cyn y yo nos encontramos preparando todo para la fiesta de despedida de Eva. La hemos tenido que organizar en el apartamento de la playa de Cyn porque nuestro piso de estudiantes ya está ocupado por otros. Mi amiga no podía hacerse cargo ella sola y me ha asegurado que las paredes se le venían encima sin mí. Además, le ha servido para afianzar su relación con Marcos – me tengo que hacer a la idea ya; al final resultará que son la pareja ideal– y ella se ha mudado al estudio, aunque aún no se ha llevado todas sus cosas porque tampoco quiere ir demasiado rápido y porque en realidad el estudio es de Abel. Ella mismo llevó todas mis cosas a la casa de mi madre. Tengo unas amigas que no me merezco. Si no lo hubiese hecho, mis libros y mis cosas personales estarían en manos de a saber quién.

A mí me da un poquito de pena no tener nuestro piso, la verdad. Voy a echar mucho de menos todo lo que hemos vivido en él. Pero, por otra parte, eso quiere decir que voy a tener que vivir con Abel. Le puedo ayudar con los gastos de su casa, aunque estoy segura de que son muy elevados. De todas formas, me voy a quedar un tiempo con mi madre en el pueblo para que no se sienta sola. Más que nunca necesita que esté a su lado y voy a cumplirlo con creces.

Yo... Yo no sé cómo me siento. Por una parte, he vuelto a mi lugar, a mi

vida. En breve voy a tener que acudir al máster y estoy histérica. También tendré que dar la cara ante Gutiérrez. Quedamos en que le mandaría algún correo pero, evidentemente, no lo he hecho, así que no sé cómo va a acabar todo esto. He terminado con todos los trabajos que me dio, pero no es suficiente. Me eligió para formar parte del proyecto, puso toda su confianza en mí y seguramente le habré defraudado. Puede que me eche y que me tenga que buscar la vida de alguna forma. Y, para colmo, los exámenes del máster están a la vuelta de la esquina. Se me va a acumular trabajo hasta el fin de los tiempos.

—Tía, ¿me pasas ya los nachos o qué?

La voz de Cyn me saca de todos los pensamientos. Parpadeo un par de veces, pero la vista se me queda emborronada. Al fin, logro centrarla en mi amiga, quien ya se ha terminado de acicalar y lleva un vestido de lana de color rosa palo precioso. Se ha recogido su pelo oscuro en un moño y le cuelgan dos mechones a cada lado de la cara. Como siempre, su maquillaje es perfecto. Yo agacho los ojos y me doy un rápido repaso: todavía llevo el chándal y las zapatillas de estar por casa. Tampoco es que me apetezca cambiarme.

—Anda, vete al cuarto y ponte algo decente. Yo terminaré con esto. —Me arranca el cuenco de nachos y se pone a maniobrar con la salsa de queso.

—No sé si podré aguantar sin llorar —murmuro, deslizando la vista por todos los platos de comida desperdigados por la encimera.

—Pues lloramos todos. —Cyn se encoge de hombros.

La dejo en la cocina sin añadir nada más y me marcho al cuarto. Me he traído simplemente un jersey de lana de color azul y unos vaqueros. No me apetece ponerme nada más arreglado. Mi mejor amiga se va y no sé cuánto tiempo se quedará en ese país tan lejano. ¿Cómo me voy a sentir cuando acuda a la universidad y ella no esté esperándome con su inseparable cigarro?

Mientras me meto los pantalones, escucho el timbre de la puerta. Al cabo de unos segundos llega hasta mis oídos la inconfundible voz de Abel. Se ofreció a ayudarnos pero antes tenía que visitar a sus padres pues aún no lo había hecho con todo lo del entierro. Cuando salgo del dormitorio de Cyn, me topo con que está pegada a los labios del muscu... digo, de Marcos. ¡Basta ya, Sara! Deja de llamarlo de esa forma tan maleducada. Es el novio de tu amiga, al que ella quiere, y también el hermanastro de tu novio. Así que tienes que dirigirte a él por su nombre.

Abel me ve y alarga una mano para que vaya con él. Me agarra de la cintura y me estrecha contra su cuerpo. Apoyo la mejilla en su pecho y cierro los ojos con la intención de olvidar, por un momento, todo lo que me entristece. Cuando los abro, Cyn y Marcos todavía se están dando el morreo de su vida. Esbozo un gesto de asco. Abel me acaricia la barbilla y sonrío.

—Déjalos. Están enamorados.

—¿Nosotros también hemos sido así?

—Imagino que sí. —Me toma de las mejillas e inclina el rostro hacia mí—. Y podemos continuar siéndolo. —Sus labios rozan los míos provocándome un escalofrío. Los separo y me encuentro con su lengua, que saboreo con todas las ganas del mundo.

—Bueno, nenes, ayudadme un poquito con todo esto que Sara y yo hemos estado toda la tarde cocinando. —Cyn da un par de palmadas y nos saca de nuestra cálida burbuja. Yo chasqueo la lengua, indignada por el hecho de que ella se ha tirado casi dos minutos de reloj enroscando la lengua con Marcos.

—¿Cómo estás, Sara? Siento lo de tu padre. —Marcos me da dos besos. Yo asiento con la cabeza, pero no digo nada. Me cuesta hablar con él porque no sé qué decir. No sé qué es lo que le puede interesar a este chico. Además, las últimas veces que quedamos fue todo muy incómodo y no dejó de tirarme pullitas relacionadas con Eric.

Mientras Cyn y él se dedican a ultimar la comida en la cocina, Abel aprovecha y me lleva hasta uno de los sofás. Me sienta en él y se coloca a mi lado, pasándome un brazo por los hombros. Yo apoyo la cabeza en él y suspiro.

—¿Qué tal el día?

—Bien. Ya sabes que Cyn es una loca de las fiestas. Quiere que todo esté perfecto y más al tratarse de la despedida de nuestra amiga.

—Y tiene razón. —Me acaricia la nariz con la yema del dedo—. ¿Y tu madre cómo está?

—Hoy pasará el día con la vecina. Cuando vuelva, iré a por ella.

—¿Qué te parece si me quedo a dormir con vosotras? —propone, con esa sonrisa que le acentúa los hoyuelos.

—Me da vergüenza. ¿Y si a mi madre le molesta?

—Dormiré en el sofá.

—No sé, Abel... —Niego con la cabeza. En realidad me apetece muchísimo que esté conmigo, pero también me da corte decírselo a mi madre.

—Nena, me he acostumbrado a pasar todas las horas del día contigo. No me puedo apartar de ti ni una milésima de segundo. —Me besa la punta de la nariz con mucho cariño.

—Está bien... Pero si vienes, paso de que duermas en el sofá. Prefiero que te acuestes en mi cama.

—¿Contigo?

—Por supuesto. —Le dedico una sonrisa traviesa—. Pero no vamos a hacer nada estando mi madre en casa.

—Nadie ha dicho que tengamos que hacer nada. —Alza las manos en señal de inocencia.

Le doy un cachetito juguetón en el brazo. El timbre suena en ese momento. Me levanto para abrir pero Cyn es más rápida que yo. Le encanta ser la anfitriona. Son unos cuantos amigos de Eva que iban con ella a las clases de japonés. Nuestra amiga llegará en una media hora porque queríamos que todos estuviesen aquí antes. Es una fiesta sorpresa y Cyn cada vez está más nerviosa. Durante quince minutos se dedica a colocar los platos de comida en la mesa, a distribuir las servilletas, vasos y cubiertos y a recolocar el cartel de «¡Pásalo genial en Japón. Te queremos!».

—Bueno, chicos, ¿lo veis todo bien? —Cyn mira de un lado a otro con gesto nervioso.

—¡Que sííí! —exclamamos Abel, Marcos y yo al unísono.

Y unos diez minutos después suena el timbre. Cyn suelta un grito y nos hace señales para que cada uno nos coloquemos en nuestro lugar. Sí, tenemos que gritar «sorpresa» y todo eso, pero mira, a la chica le hace ilusión. Apaga las luces y cuando decide que todos estamos en nuestros puestos, va corriendo hacia la puerta.

—Joder, nena, ya era hora de que abrieras. A ver qué coño quieres con tanta prisa, que he tenido que dejar a mi madre chillando.

—Entra, entra y te lo cuento —le dice Cyn. Joder, qué mal actúa.

Y cuando entra al comedor y enciende la luz, todos salimos de nuestros puestos y gritamos un sorpresa enorme que deja a Eva con la boca abierta. Al principio me parecía una idea estúpida, pero lo cierto es que ha valido la pena por ver la cara de nuestra amiga. Es de pura emoción. Y cuando menos nos lo esperamos, se echa a llorar. ¡Eva que no llora nunca, que es la tía más dura del universo! Yo corro a su lado y la abrazo y Cyn se une. Acabamos las tres hechas un mar de lágrimas. Luego se unen el resto de amigos de Eva, incluso

Abel y Marcos, y todos nos fundimos en un abrazo precioso.

Una hora después apenas queda comida y hemos animado el ambiente con música y con un poco de alcohol. Mientras Abel y Marcos charlan sobre sus cosas, nosotras lo hacemos sobre las nuestras.

—¿Sabéis que os voy a echar de menos, no? —Eva se enciende un cigarrillo. A Cyn no le gusta que fumen en el apartamento pero como es el último día juntas se lo permite.

—Pues claro. Y nosotras a ti. —Cyn bebe un poco de su ron y pone mala cara—. Pero déjame decirte que has elegido un destino un poco equivocado.

—¿Y eso por qué? —le pregunta Eva, sin entender.

—Podrías haberte ido a Italia, a conocer italianos buenorros, o a Francia, o a Estados Unidos... Pero tía, ¿a Japón? Dicen que la tienen pequeña.

—¿Pero tú eres tontaina o qué?

—Es que a mí no me gustan, la verdad.

—Imagina que Eva conoce allí a su gran amor. Sería todo muy bonito y exótico, ¿no? —intervengo yo. Sé que a mi amiga le encanta todo lo relacionado con Japón, así que no sería tan extraño.

—Yo ahora de momento no quiero ningún tío, que estoy muy bien sola. Voy a trabajar y punto.

Nos quedamos calladas unos instantes. Desvío la mirada hacia Abel, que ya estaba fijándose en mí. Me sonrío y yo hago lo mismo. Mueve los labios para susurrarme un «te quiero». Desde que empezamos a salir, jamás había sido tan atento y cariñoso conmigo. Ojalá todo esto no cambie nunca porque, sinceramente, me gusta este Abel. Me necesita más que nunca... Y me siento alguien teniendo esa labor. Mientras estábamos en la cabaña, a veces pensé en que todo era demasiado duro, en que no me gustaba ese Abel enfermo e inseguro. Pero desde que intentó superarlo, ha vuelto a tener fuerzas y lo está consiguiendo, le quiero más que nunca.

—Bueno, nena, cuéntanos tú qué tal por allá, ¿no? —Eva me da unas cuantas palmadas en el muslo.

—Ah... Fue todo muy bonito —les aseguro. No les doy mucha más información a pesar de que estoy deseando contarles los motivos por los que me marché. Pero no puedo... Es un secreto que debo mantener. Además, pondrían el grito en el cielo.

—Si Abel ha venido recuperado, entonces ha valido la pena —opina mi amiga.

—Normal que haya venido mejor. ¡Se habrán pasado todas las vacaciones follando como locos! —exclama Cyn con una sonrisa.

—Pues no. —Le hago una mueca—. Hemos hecho muchas cosas. Me llevó a patinar sobre hielo y fue muy divertido. Y luego visitamos un pueblecito precioso, muy pintoresco, de esos que salen en las estampas navideñas.

—Qué bonito, nena. —Eva me mira con ojos soñadores.

—Espero que Marcos me lleve también algún día a unas vacaciones así.

El resto de la noche lo pasamos charlando sobre viejos tiempos. Recordamos cuando nos conocimos, lo bien que lo pasamos juntas, los malos momentos que hemos tenido. Cuando todos se han ido menos Abel y Marcos, nos quedamos tiradas en el sofá, abrazadas y en silencio.

—Siento mucho irme en estos momentos, Sara —dice de repente Eva. Sé que se refiere a lo de mi padre.

—No te preocupes. Estaré bien. Y sé que tú estarás ahí de todas formas —contesto, observando el techo.

—Habla por Facebook, ¿vale?

—Claro que sí.

Antes de marcharnos cada una a su casa —menos Cyn, que ha decidido pasar la noche en el apartamento con Marcos— nos damos un enorme abrazo y un montón de besos. Mientras vuelvo al pueblo en el coche de Abel, pienso en que la amistad, junto con el amor, son dos de los sentimientos más poderosos y bellos del universo. Son los que nos dan vida, los que nos hacen levantarnos cada mañana y continuar luchando. Y lo cierto es que soy afortunada porque tengo ambos.

*

Fui a visitar a Gutiérrez con el corazón en un puño. Abel me acompañó porque esta vez sí que yo sola no tenía ánimos para hacerlo. Un par de días antes le había enviado un correo anunciándole mi llegada a España y la muerte de mi padre. No quería darle pena, pero pensé que debía contárselo.

—Buenos días, Sara —me saludó nada más entrar al despacho. Por los pasillos no me había encontrado a Patri y se me hizo extraño.

—Buenas. —No me salió ni una sola palabra más.

Gutiérrez me observó durante un buen rato, como meditando sobre lo que tenía que decirme. Yo no paraba de frotarme las manos, ansiosa y asustada.

Al fin, él chasqueó la lengua y dijo:

—Te doy el pésame por lo de tu padre. Sé que estarás pasando un mal momento, pero tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Sabes que vas muy atrasada con respecto al máster y todo, no?

—Lo sé, lo sé —dije con un hilillo de voz.

—Pero yo confío en ti, Sara. Por eso te elegí para el proyecto. —Cogió todas las carpetas que le había dejado con los trabajos que él me había dado antes de partir—. Y veo que en tu retiro has estado trabajando también. A veces la salud de los familiares o las circunstancias de la vida nos obligan a retroceder, pero sé que tú vas a colocarte en tu lugar muy pronto.

El rostro se me iluminó. ¿Eso quería decir que iba a poder continuar en el proyecto? Estuve a punto de levantarme y regarle con un montón de besos.

—Patricia se ha marchado a Salamanca para una investigación.

Asentí con la cabeza. Comprendí que ella seguía estando mucho más adelantada que yo, pero a mí ya no me apetecía competir. Lo único que quería era recuperar todo lo que había dejado atrás.

—En nada vas a tener los exámenes del máster. He hablado con los profesores y te van a proporcionar todo el material necesario. Pero vas a tener que estudiar mucho. ¿Lo harás, verdad?

—Por supuesto.

Y por eso me encuentro ahora en mi cuarto estudiando como una loca. Las semanas han transcurrido sin que apenas me diera cuenta. Tan rápido que parecen volar a la velocidad del viento de enero. Y así ha llegado final de mes y en un par de días tengo mis primeros exámenes. Como no he acudido a las clases hay conceptos que no entiendo. Por suerte, he ido a un par de tutorías y he podido asimilarlo más o menos. Últimamente no he visto apenas a Abel, aunque se queda a dormir aquí todas las noches. Pero él está con sus trabajos y yo con lo mío. Se porta demasiado bien: en ocasiones cocina a mi madre, la saca a pasear o la lleva en coche a dar una vuelta, porque a ella le gusta muchísimo subirse en el Porsche.

Me tomo un descanso del estudio y voy a la cocina para prepararme un vaso de leche con cereales. En ese momento escucho la puerta abrirse. Mi madre aparece en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sara, ¿sabes qué? He sacado dinero yo solita. —Me muestra los billetes, orgullosa.

—¿En serio? Eso es fantástico.

Ella no hacía casi nada por sí misma. Ni siquiera podía sacar dinero del cajero. Se ponía nerviosa al marcar las teclas y se equivocaba. Sin embargo, ahora está aprendiendo muchas cosas porque, al fin y al cabo, lo necesita. Y a mí me encanta saber que piensa por sí misma, que es capaz de hacer todo lo que antes no hizo. Me hace sentir bien saber que se está convirtiendo en la mujer independiente que quiso ser y que no se atrevió. Por supuesto que no me alegro de la muerte de mi padre. Todavía le echo de menos y ese sentimiento no va a cambiar. Pero eso no quita el hecho de que me dé cuenta de que mi madre se encuentra bien, que sonrío, que está alegre.

—En realidad Abel me ha estado ayudando estos días. Me decía cómo tenía que hacerlo y al final he aprendido —me explica, mientras saca la compra de las bolsas.

—¿Ah, sí? Pues él no me había dicho nada. —Me pongo a ayudarla.

—Porque era una sorpresa. —Sonrío de forma pícaro.

—Vaya, vaya con Abel. —Me echo a reír.

Mi madre se coloca de espaldas para meter la comida en la nevera. La observo durante unos instantes y entonces se gira y me doy cuenta de que tiene los mofletes colorados.

—¿Pasa algo? —pregunto, confundida.

—Oye, ya hace unas semanas que estáis los dos aquí y... Bueno, yo sé que necesitáis intimidad, así que, si quieres irte con él a su casa, hazlo. De verdad, hija, yo estoy ya mejor. Puedes venir a verme y ya está. Pero vosotros sois novios y necesitáis...

—Calla, mamá. Me iré cuando lo crea conveniente. —Me acerco a ella y la miro fijamente—. ¿O es que te molesta que estemos aquí? Si es así, le digo que se vaya, que no pasa nada. Yo lo entiendo.

—¿Qué me va a molestar! Pero si está haciendo un montón por nosotras. Lo que pasa es que pienso que a lo mejor queréis hacer vuestras cosas...

—¡Mamá, por favor! —Cojo mi vaso de leche y salgo de la cocina riéndome. La escucho reírse también.

Esa noche, cuando mi madre ya duerme profundamente, me deslizo hasta el sofá en busca de Abel porque, aunque le dije que quería que durmiese en mi cama, él prefirió ser respetuoso. Lo encuentro despierto, con las manos bajo la nuca y la vista clavada en el techo. ¿En qué estará pensando? Por un momento se me ocurre que está divagando sobre Eric y yo. Al fin y al cabo,

no hablamos de nada sobre lo que ocurrió en el entierro. Pero... ¿qué pasó? ¡Nada! Simplemente dos amigos que se reencontraron después de un tiempo y se abrazaron y ya está.

Me coloco en el borde del sofá. Él se hace a un lado para que pueda sentarme mejor, pero niego con la cabeza. Me inclino sobre él, rozando mis labios en su barbilla.

—Mi madre me ha contado lo que has hecho por ella —susurro. Él apoya una mano en mi pelo y me lo acaricia con suavidad. Le rozo los hoyuelos de la mejilla con un dedo—. No sabes lo que me alegra saber que está saliendo de su cascarón.

No contesta. Sólo sonrío. Me levanto y le estiro del brazo para incorporarlo. Me mira confundido.

—Sólo quiero que vengas a la habitación conmigo. Me apetece que durmamos juntos.

—Si me acuesto a tu lado, no voy a responder de mí.

—No seas tonto.

Caminamos por el pasillo en silencio. Cuando pasamos por la habitación de mi madre, me llevo un dedo a los labios. Me tumbo en la cama, esperando a que él se coloque a mi lado. Es muy pequeña, así que estamos muy apretados. Le doy la espalda, con ella apoyada en su pecho y con mi trasero rozando sus partes. Y, en cuestión de segundos, noto cómo tiene una erección. Sonríe para mis adentros. Le noto respirar con profundidad en mi cuello. Se está excitando cada vez más y lo cierto es que yo también empiezo a ponerme nerviosa.

—Sara, joder. No puedo tener este culo pegado a mi polla porque me vuelve loco.

—¡Chsss! Duérmete —murmuro, aunque ahora mismo me he desvelado por completo.

Se queda muy quieto unos instantes y, cuando creo que ya se está adormilando, noto su mano ascendiendo por mis muslos. No se la aparto porque es una sensación sublime. En cuestión de segundos la ha introducido por dentro del pantalón de mi pijama. Coge el elástico de las braguitas y lo estruja entre los dedos. Su respiración choca contra mi nuca, cada vez más acelerada.

—Nena, déjame tener un poco de ti esta noche.

—No, Abel. ¡Está mi madre en su habitación! Y encima esta cama es

diminuta. —Me hago un poco la dura pero mi sexo ya está palpitando y haciendo de las tuyas.

—La habitación de tu madre está lejos y lo hemos hecho en sitios peores. — Me acaricia la nuca con la nariz y todos los pelillos del cuerpo se me ponen de punta.

—Abel...

—Vamos, Sara. No puedes traerme a tu cama, rozarme la polla y luego pretender que me quede tan tranquilo. Lo intento, pero soy un hombre que te quiere. Me encantas, joder. Me pones a mil.

Me quedo callada. Estoy torturándole un poquito, porque la verdad es que yo también estoy completamente excitada. Cuando su pene me roza las nalgas por encima del pantalón, mi sexo todavía se humedece más. Me apretujo contra él y meneo el trasero, haciéndole saber que quizá estoy dispuesta a darle un poquito de placer. Él suelta un suspiro, me da un suave mordisco en la nuca y, sin esperar más, me baja el pantalón del pijama y me lo quita en un abrir y cerrar de ojos.

—No me puedo aguantar más, nena. Llevo días queriendo perderme dentro de ti. —Su mano sube por mis muslos hasta rozarme la ingle. Se me escapa un suspiro. Noto cómo sonrío a mi espalda—. Te voy a follar bien duro, pero tienes que estar calladita, ¿no?

Asiento con la cabeza. Hace la tela de las braguitas a un lado para poder tocarme. En cuanto su dedo me roza, todo mi cuerpo se tensa. Me retuerzo una vez y otra mientras él explora toda mi humedad al tiempo que me da apasionados besos en el cuello. Está muy caliente. Pero yo también. Así que llevo una mano a su sexo y se lo toco. Durísimo. Dios, es perfecto. Tan grande. Todo para mí. Lo deseo ya.

—Quítate la ropa, por favor. —Casi le estoy suplicando.

Enseguida me hace caso. Lo noto moverse a mi espalda con toda la rapidez del mundo. Yo aprovecho para deshacerme de mi camiseta también. Unos segundos después, su cuerpo desnudo se posa contra el mío. Su pecho acaricia mi espalda y toda su magnífica erección se pasea por mi trasero. Y sin darme tiempo a pensar o reaccionar, se mete dentro de mí. Lo hace fuerte, sin contemplaciones. Pero estoy tan húmeda que se desliza en mi interior perfectamente.

Una de sus manos me coge el pecho y me lo estruja al tiempo que entra y sale de mí a una velocidad vertiginosa. Está tan caliente que su pene vibra

dentro de mí, provocando que yo todavía me excite más. Sentirlo a mi espalda me pone a mil. Esta postura se ha convertido en una de mis favoritas porque estoy totalmente expuesta a él, porque puede acariciarme por todo el cuerpo tal y como ahora mismo está haciendo.

—¿No decías que no querías hacerlo, eh? —susurra en mi oído con la voz entrecortada. Me pellizca un pezón con los dedos y se me escapa otro gemido—. Así, pequeña, disfruta de esto que te doy. —Me penetra con una sacudida. Arqueo el cuerpo ante tal fuerza, pero me excita. Me excita demasiado. Joder, hacía tiempo que no lo hacíamos tan duro y la verdad es que me gusta muchísimo. He echado de menos a este Abel vigoroso, con ese sexo salvaje que me daba en nuestros primeros encuentros—. ¿Quieres más, Sara?

—S-sí... Dame más, por favor —murmuro casi sin poder hablar.

Sale y, de nuevo, me penetra con toda su fuerza. Esta vez suelto un grito, y a él se le escapa un jadeo. Lleva una mano a mis labios y me tapa la boca para que no haga tanto ruido. Me río. Su mano me pone aún más. Se la lamo, se la muerdo suavemente descontrolada por completo. Él continúa balanceándose a mi espalda, otorgándome un placer indescriptible. Sus gemidos, más bajos, se unen a los míos. Apenas puede taparlos con la mano.

—Me voy a correr, joder —se queja. Disminuye un poco la velocidad, pero yo niego con la cabeza.

—No. Dámelo como antes. Por favor, dámelo todo —le suplico—. Me gusta fuerte.

Chasquea la lengua pero hace caso de mis ruegos. Baja una mano por mi vientre, provocándome un escalofrío, hasta llegar a mi vagina. Y mientras bombea dentro de mí, me acaricia el clítoris. Lo coge con dos dedos y estira de él. Lo pellizca. Me revuelvo entre sus brazos, empapada de placer. Apoyo la cabeza en su hombro, aún con su mano en mi boca. Cierro los ojos cuando él me besa en las mejillas, cuando me las lame. Me llena el rostro de besos húmedos. Los dos estamos completamente desbordados de pasión.

—Me voy ya, Sara —gime en mi cuello. Yo asiento con la cabeza porque también estoy a punto de correrme. Me sumo a sus movimientos para darnos más placer. Él jadea, gruñe, suelta un par de palabrotas. Noto cómo su pene se contrae en mi interior y, segundos después, se está derramando. El líquido caliente me provoca una sensación indescriptible. Un largo escalofrío que recorre todo mi cuerpo. Abel se mueve un par de veces más, me acaricia el

clítoris, juguetea con él hasta que, por fin, yo también exploto. Aprieta la mano contra mis labios para que no chille, pero aun así lo hago, aunque los gritos están amortiguados y seguramente nadie me oye. Me sacudo, me revuelvo, aprieto los muslos intentando retener todos esos magníficos pinchazos de placer que me están asolando. Siempre lo digo pero... lo que siento con Abel cuando hacemos el amor, es la muerte en vida. Se me pega al cuerpo, muero de placer y resucito como el ave fénix de las cenizas que creamos con nuestra pasión.

Una vez nos hemos tranquilizado los dos, él me abraza. Yo apoyo la cabeza en su pecho, pensativa. Soy un poco tonta, pero ahora siento algo de remordimiento por haberlo hecho en una casa en la que se encuentra mi madre, cuyo marido falleció hace poco, que encima era mi padre. Abel se da cuenta de mi silencio, así que me acaricia el cabello sudado y pregunta:

—¿Estás bien?

—Me he puesto un poco triste de repente. Y no sé por qué —murmuro, apretando la mejilla contra su cálido pecho.

—¿Seguro que no lo sabes? —Se incorpora y me coge de la barbilla para que lo mire—. ¿Te sientes mal por lo que hemos hecho? Si es así, lo siento. Ha sido culpa mía. He sido yo el que se ha puesto a provocarte. —Una arruga de preocupación aparece en su ceño.

Y, al mirarlo con esa expresión desvalida, no puedo evitar recordar los tristes momentos que pasamos en su cabaña. Y también me viene a la cabeza, aunque he estado intentando apartarla, su terrible enfermedad. Y me acuerdo de Eva y de que ya no está aquí conmigo. Y de mi padre, que no va a volver. Y me doy cuenta de que he estado tratando de hacerme la fuerte durante este tiempo para que mi madre sonriera. Estoy harta de tener que cuidar de los demás. Necesito que me cuiden a mí. Me echo a llorar sin poder evitarlo. Abel se asusta y me estrecha con fuerza entre sus brazos.

—Eh... eh, ¿qué pasa?

—Echo de menos a mucha gente.

—¿A Eva? —Asiento con la cabeza—. Y a tu padre. —Ya no me lo pregunta, simplemente lo afirma. Yo no digo nada, pero no lo necesito. Él me acaricia el pelo y me mece como a una niña pequeña.

—Es sorprendente pero me he dado cuenta de que lo quería, Abel. De que, a pesar de que creía que no, lo quería con toda mi alma.

—Lo sé. Y es normal, Sara. Lo es porque eres una persona que tiene un

corazón demasiado grande. –Posa un beso en mi cabeza–. Ese es uno de los motivos por los que te amo tanto, pequeña. –Nos quedamos callados un ratito, abrazados, hasta que yo me empiezo a calmar. Me estoy amodorrando cuando le escucho susurrar–: Estoy seguro de que mi madre y tu padre se han conocido allá donde estén. Y estarán hablando de nosotros, de lo mucho que nos amamos. Y no podrán evitar sonreír.

Y yo, tras esa hermosa frase, también sonrío y me quedo dormida con una sensación de tranquilidad de la que no disfrutaba en mucho tiempo.

14

Los días pasan. Echo de menos a Eva. Pienso mucho en mi padre por las noches. Y alguna vez que otra me descubro recordando mi último encuentro con Eric. Y me siento fatal porque, cuando lo hago, lo comparo con Abel y eso es algo que está realmente mal. Me arrepiento de pensar en él pero, a pesar de todo, no puedo evitar hacerlo. Su rostro viene a mi mente de repente, sube a la superficie sin que yo tenga armas para afrontarlo. Me siento débil e indefensa ante todo esto. Quiero echarlo de mi vida, y por eso no me he comunicado con él a pesar de que me he sorprendido a mí misma con el móvil en la mano, a punto de enviarle algún mensaje. Pero sé que esto podría acabar muy mal. Y yo quiero a Abel. Sí, realmente lo amo y no sé por qué tengo que esforzarme en pensar que nada ha cambiado; obligarme a pensar que él es con quien quiero estar. ¿Lo es, verdad? Claro que sí.

Por suerte, me he habituado a la rutina de España. He vuelto a sentirme en casa. He empezado mis exámenes y, de momento, creo que van bien. Por las tardes voy al despacho de Gutiérrez y trabajo duro para sacar adelante todo lo que dejé atrás. Para demostrarle que puedo conseguir todo lo que me proponga. Ha regresado la Sara competitiva que quiere ser mejor que Patricia. Es algo que tampoco puedo evitar. De todas formas me viene bien, porque al menos en esos momentos tengo la cabeza metida en otros asuntos.

Mientras estoy en la universidad Abel se queda con mi madre, ayudándola a solucionar distintos temas económicos y todos esos asuntos tan tediosos que a él se le dan muy bien. Precisamente por eso me siento peor: porque está siendo demasiado bueno. A veces me gustaría que regresara el Abel despegado, aquel que me dejaba unos días sin saber nada de él, aquel que me ponía de los nervios con sus misterios... Sí, al menos yo podría pensar que lo que siento no está del todo mal.

Hoy me he despertado más temprano que de costumbre porque tengo uno de los exámenes más difíciles. Sin embargo, cuando me doy cuenta, Abel no está a mi lado. Me incorporo de golpe y lo descubro sentado a mis pies, con la cabeza entre las manos.

—¿Abel? —pregunto con un hilo de voz.

—Sara —dice únicamente, con la voz muy ronca.

—¿Estás bien? —Gateo por la cama y me coloco a su lado para abrazarlo. Está sudado. Un sudor frío y pegajoso.

—He tenido una pesadilla —murmura.

—¿Tu madre? —interrogo, acercando mi rostro al suyo. Cuando lo alza, descubro en él unas profundas ojeras. Niega con la cabeza muy lentamente.

—Jade.

Ese nombre me provoca un escalofrío. Me quedo callada unos segundos, sin saber bien qué responder, pero él vuelve a tomar la palabra.

—Estoy preocupado.

—¿Por qué?

—Porque estamos cerca de ellos. Estamos a su alcance.

—Pero no hemos recibido ninguna señal...

—Eso es lo que más me preocupa. —Menea la cabeza—. Siempre lo saben todo.

—Abel —le cojo de las mejillas para que me mire—, eso no es cierto. Nadie puede saber todo de nadie. No saben que hemos vuelto. Y yo no estoy haciendo ninguna campaña, así que no pueden seguirnos la pista. Y tranquilo, que no haré ninguna en mucho tiempo. —Le acaricio la incipiente barba.

—Sólo quiero que estés a salvo. —Su voz se quiebra.

¿Por qué está tan preocupado?

—Contigo lo estoy.

Me arrimo más para besarlo. Él me recibe, pero el beso dura apenas unos segundos porque le noto tenso.

—Voy a repasar un poco para el examen —murmuro, al tiempo que me levanto de la cama. Él no dice nada, simplemente se queda sentado en la cama, muy tieso y perdido en sus pensamientos.

Durante una media hora estudio en el despacho. Al salir para ducharme y vestirme, descubro a Abel con el pelo húmedo. Se está vistiendo.

—¿Te vas a algún sitio? —pregunto, rebuscando en mi armario.

—Voy contigo a la universidad.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me giro hacia él con la ropa en las manos.

—Prefiero asegurarme de que estás bien. —Desvía la mirada.

—He estado yendo a la universidad sola y no ha pasado nada —le recuerdo.

—El silencio de Jade me preocupa.

Me marcho al cuarto de baño sin añadir nada más. Sé que va a venir. Cuando toma una decisión, no hay quien se la quite de la cabeza. Y, de todos modos, tampoco hay nada de malo en que mi novio me acompañe a la uni. Cuando salgo del servicio, ya vestida y arreglada, me encuentro con mi madre preparándose el desayuno. Abel está con ella tomando un café.

—Mamá, nos vamos. —Me acerco y le doy un beso.

—¡Desayuna algo! —exclama.

—Me compraré alguna cosa en la cafetería después del examen.

Ella chasquea la lengua y menea la cabeza. Pero vamos, yo no puedo tomar nada hasta que sepa que lo he hecho bien. Ahora mismo si me metiera algo en el cuerpo, podría vomitarlo. Siempre me pasa cuando tengo exámenes.

Salimos a la calle en busca del coche. Alquiló una plaza de garaje para no dejar el Porsche en medio de la calle el tiempo que nos quedemos en el pueblo. Una vez en el garaje, rompo el silencio.

—Estoy nerviosísima.

—Te va a salir bien —murmura él, aunque aún parece estar pensando en lo suyo.

—Tendría que haber estudiado más.

—Vamos, Sara. Has estudiado muchísimo.

A mitad de camino me informa de que le ha llamado su padre. Isabel quiere que vayamos los dos a comer con ellos.

—Vale, perfecto —digo—. Terminó el examen a la una, así que antes podemos pasar por el supermercado para comprar algo.

—¿Comprar algo? —Creo que no me estaba escuchando.

—Para llevarles a tus padres —contesto, en tono reprobatorio.

Aparcar por la universidad es una odisea y nos lleva un buen rato. Menos mal que hemos salido con tiempo. A lo lejos descubro a mis compañeros del máster, con papeles en las manos, todos ellos muy agitados. Una chica muy mona me saluda con una sonrisa. Se llama Rosa y le encanta la moda. Desde un principio nos hemos caído muy bien. Ella siempre me habla de lo que se lleva ahora y de lo mucho que le gustaría posar como modelo. Cuando descubre a Abel a mi lado, se le desencaja la mandíbula.

—¡Hola! —saluda, nerviosa.

—Hola, Rosa —le digo. Señalo a Abel—. Este es mi novio, Abel Ruiz —¿Por qué leches digo su apellido?

—Claro, sé quién es —responde ella, muy emocionada. Tras los besos de rigor, se crea un raro silencio—. Oye, Abel, ¿crees que yo podría posar alguna vez? —pregunta Rosa de repente.

—Ya no hago fotos de moda —contesta él, tremendamente serio.

—No, ya. Pero me refiero en general. ¿Dónde debería acudir?

—A una agencia de modelos. Ya le diré a Sara alguna para que te pase los teléfonos. —Se gira hacia mí y añade—: Te espero en la cafetería —Me da un suave beso en la mejilla.

—¿Qué bonito que te acompañe al examen, no? —me dice Rosa cuando él se ha ido, con una sonrisa soñadora.

No respondo. Desvío el tema de conversación hacia el examen y al final nos pasamos quince minutos repasando. Mientras esperamos al profesor en el aula, mi pierna no deja de moverse. No sólo estoy preocupada por el examen, sino también por Abel, porque parece muy retraído. Eso me da miedo, mucho miedo. No quiero que recaiga.

Los primeros veinte minutos del examen sólo puedo pensar en él. Las letras se me emborronan. «Vamos, Sara, tú puedes. ¿Desde cuándo dejas que algo se inmiscuya en tu mente mientras haces un examen importante?». Reacciono y consigo concentrarme en las preguntas. Escribo como una loca, cada vez más entusiasmada. Me está saliendo realmente bien. Creo que puedo conseguir una matrícula de honor.

Rosa termina unos quince minutos antes que yo y cuando salgo me está esperando.

—¿Quieres que tomemos algo? Podemos ir los tres.

—Es que voy a casa de sus padres a comer —me disculpo.

Nos quedamos charlando un poco más acerca de cómo nos ha salido el

examen. Ella sólo ha podido contestar la mitad de la última pregunta porque se ha quedado en blanco, pero piensa que habrá aprobado.

—Bueno, pues dime si algún día te apetece quedar, ¿vale?

—Claro. Quizá cuando pasen los exámenes.

Nos despedimos en el *hall* y yo voy hasta la cafetería para encontrarme con Abel. Lo encuentro trabajando en su portátil. Le doy un beso en la nuca. Él estira un brazo y me acaricia la parte trasera del muslo.

—¿Qué te parece esta foto? ¿Demasiada luz?

—Yo la veo bastante bien —opino—. Pero ya sabes que de esto, ni idea.

—Me encanta preguntarte para ver lo que respondes. —Esboza una sonrisa.

Recoge sus cosas y nos vamos al coche. Como me ve tan feliz, él vuelve a sonreír. Ay, sus maravillosos hoyuelos.

—Te ha salido de puta madre, ¿no?

—Más que eso —digo, sin poder contener la alegría.

—Eres una mujer demasiado inteligente —murmura.

—Por eso estoy contigo.

—En eso no eres tan inteligente.

Lo miro sin comprender. Intentaba hacerle un cumplido. ¿Por qué se pone ahora borde? Bueno, quizá ha sido una broma. A pesar de todo, aún no llego a comprender del todo cómo funciona su mente.

Conduce hasta el Carrefour más cercano porque le he dicho que quiero comprar un vino para sus padres.

—¿Cuál crees que es mejor? —le pregunto, mientras observo un montón de botellas. Yo de esto no entiendo nada.

—Este está bien. —Coge un rioja y me lo tiende.

—Quería comprar uno más especial —me quejo.

—A mi padre este le gusta mucho.

—¿Y a Isabel?

—A ella todos. —Sonríe. Yo me echo a reír.

Mientras estamos en la cola, me abraza por detrás. Yo sonrío, encantada de que se aparte de ese Abel malhumorado. Una vez salimos de las cajas, le pido que se detenga.

—¡Espera! Quiero ver las novedades en libros.

Él se queda en la entrada, dispuesto a esperarme. Me dirijo a la sección de prensa y literatura. Observo unos cuantos libros, quedándome prendada de alguno de ellos. Ahora que tengo un poco más de dinero, puedo comprarme

alguno, pero no sé por cuál decidirme. Camino hacia la sección de prensa para leer las noticias en el periódico. Y entonces, veo algo que me deja sin respiración.

Joder, joder. Esa soy yo. Yo estoy en una revista española muy famosa. Pero es que no salgo sola, no. Eric está conmigo. Y me está besando. ¡Mierda! ¡Nos hicieron fotos en la noche de la presentación de la campaña! Y parece que nos besamos con ganas.

Cojo la revista con manos temblorosas para leer el titular: «Sara Fernández: ¿nuevo amor?». Voy a la página del reportaje y apenas puedo ver unas pocas palabras. «Sara Fernández, la modelo más buscada en los últimos meses, dándose un beso con su nuevo fotógrafo. ¿Dónde ha quedado el amor que sentía por Abel Ruiz? ¿Y qué pensará Nina Riedel, la anterior novia de Ruiz, al ver estas fotos?».

¡Joder! ¡Que yo no soy una modelo cotizada! Y encima, ¿qué le importa a Nina lo que yo haga o deje de hacer? ¿Y cómo se atreven a cuestionar mi amor por Abel? Vale que parece que de verdad estoy disfrutando del beso con Eric, ¡pero no fue así! No entiendo por qué salen estas fotos después de tanto tiempo. Será que no tienen ningún cotilleo. Pero definitivamente esto no puede verlo Abel. ¿Y qué hago? ¿Comprar todas las revistas de Valencia? ¡Por Dios, es ridículo!

—¿Sara? ¿Qué haces? Llegaremos tarde.

La voz de Abel a mi espalda. Me giro con susto, con la revista a mi espalda, intentando tapar las demás. Finjo como el culo. Se va a dar cuenta de que estoy ocultándole algo.

—Sí, vamos. Es que estaba leyendo una noticia interesante —miento. Y muy mal.

—¿Sobre qué?

—Sobre tendencias de moda. —Se me ocurre.

—¿Desde cuándo te interesa eso? —pregunta, con una ceja arqueada. Se queda en silencio y, entonces, añade—: ¿Me estás ocultando algo, Sara?

—¿Pero qué dices?

—No me mientas. —Su tono de voz se endurece—. ¿Qué es lo que tienes ahí? —Alarga la mano. Yo me echo hacia atrás y me choco con el estante.

—No miento...

—Sara, joder. —Al final me aparta con un empujón suave.

Y nos ve. La cara le cambia. Abre los ojos mucho. Después aprieta los

labios. También las manos. Me mira a mí, que me he echado a temblar.

—No...

Sus ojos se oscurecen. Su mirada es completamente rabiosa. Y algo más. Leo tristeza en sus ojos. Incluso algo de culpabilidad. ¿Por qué? Intento cogerlo del brazo, pero se aparta. Entonces echa a andar. ¿Dónde va? Sus zancadas son tan grandes que apenas puedo alcanzarlo, así que tengo que echar a correr.

—¡Abel! ¿Dónde vas? ¡Espera, joder! Deja que...

Alza una mano para que me calle. Todos sus gestos me demuestran una furia total. Está muy enfadado y yo muy asustada. Le sigo hasta el coche. Ya está encendiendo el motor cuando abro la puerta y me meto. Arranca antes de que pueda ponerme el cinturón, así que todo mi cuerpo se sacude hacia atrás.

—¡Abel! ¿Adónde vamos? —grito. No contesta. Le tiemblan las manos en el volante. Es ese Abel furioso que he conocido alguna vez. No, es mucho peor. Y encima está conduciendo como un loco—. Por favor, no es lo que parece —digo con voz de niña pequeña.

—¿Ah, no? —por fin rompe el silencio—. ¿No eres tú esa a la que Eric está besando? ¿O es que ahora tienes una doble? —Jamás me había hablado de forma tan fría y dura.

—Yo no...

—Ya sé que tú no. —Se pasa un semáforo en rojo y un par de coches nos pitan. Se me va a salir el corazón por la boca—. ¡Joder! —Da unos golpetazos al volante—. Será cabrón... Confíe en él.

—Eric no...

Me dedica una mirada tan rabiosa que me callo de golpe. Y entonces reconozco la zona en la que estamos. Vamos a casa de Eric. Niego con la cabeza una y otra vez, completamente asustada.

—No. Por favor, Abel, no.

Aparca en doble fila ante la finca de nuestro amigo. Para mi mala suerte, una señora con un niño está saliendo en ese momento. Abel pasa por su lado sin siquiera mirarla, de malas maneras. Me disculpo con un gesto silencioso. Intento retenerlo mientras subimos las escaleras, pero se deshace de mí con facilidad. No sé de lo que es capaz. No quiero que se peleen por mi culpa.

—Abel, por favor. Vámonos —le suplico, a punto de echarme a llorar—. No puedes hablar con él ahora.

—¿Crees que quiero hablar?

Se lanza a la puerta de la casa de Eric. Llama al timbre una y otra vez, pero nadie abre.

—¿Ves? No está... —digo con una mezcla de desesperación y alivio.

Para mi sorpresa, aprieta la mandíbula y se pone a aporrear la puerta. Los golpes retumban en mi oído, provocando que cada vez me ponga más histérica. Las lágrimas se me empiezan a saltar. A este paso van a salir todos los vecinos o llamarán a la policía.

—¡Abre, joder! ¡Sé que estás ahí! —grita Abel, martilleando la madera—. ¡Si no lo haces, seré yo mismo el que eche la puerta abajo!

Intento agarrarle de los codos, pero como es evidente, mi fuerza es mínima al lado de la suya. Y entonces, cuando pienso que ya nada puede ir peor, la puerta se abre y Eric aparece con cara de susto.

Todo lo que ocurre a partir de ese momento me parece una pesadilla a cámara lenta. Abel se lanza encima de Eric y su puño acaba en el rostro de nuestro amigo. Durante unos segundos, este no reacciona, pero después intenta detener a Abel. Sin embargo, está como loco. Entran en el piso en un enredo de puños y gritos. Yo me veo como desde fuera, chillando, intentando detenerlos, pero acabo siendo empujada aunque ni siquiera sé por cuál de los dos.

—¡Ya, por favor! —grito, llorando.

Eric acaba tirado en el sofá. Abel se sitúa ante él, cogiéndolo del cuello del jersey con el puño en alto. Me lanzo hacia él y le cojo con todas mis fuerzas.

—Tú no eres así, Abel. Detente, te lo suplico —lloriqueo. Desvío la mirada a Eric en un gesto de súplica. Le sangran el labio y la nariz. Abel también tiene una herida en su labio inferior—. Es nuestro amigo —añado con voz temblorosa.

Abel relaja el brazo y creo que todo va a pasar hasta que se gira hacia mí y me observa con una fría mirada.

—¿Nuestro amigo? ¿Un traidor es nuestro amigo? —Su tono de voz es desquiciado.

Eric se levanta del sofá en un gesto decidido. Sin embargo, al ver los ojos de Abel, baja los suyos.

—Tío, yo no... Lo...

—¡No te atrevas a decir que lo sientes! —le escupe Abel, arrimando su rostro al del otro. Suelto un sollozo al pensar que se van a pegar una vez más—. Eres un auténtico cabrón, Eric. Sabes que siempre he confiado en ti. —

Su pecho sube y baja a un ritmo desenfrenado. En realidad, el de los tres—. ¿Ha sido esto una especie de venganza? ¿Eh?

—No digas tonterías... —Eric se limpia la sangre que le gotea de la nariz con la manga.

—¿Ah, no? ¿Y a qué se debe? ¿Es por lo que sucedió con ella, no?

No entiendo nada de lo que hablan. ¿Suceder qué? Conmigo no ha pasado nada.

—Podría haberme vengado hace mucho, pero no fue así —murmura Eric, con los ojos brillantes—. ¿Crees que a mí no me dolió todo aquello?

—¿Y te crees que ella me quería a mí?

Abro la boca, sorprendida. ¿Pero de qué hablan, por Dios?

—¿Acaso no se fue contigo? ¡Con el perfecto Abel! ¿Y tú dijiste que no? —Eric también se empieza a enfadar.

—¡Yo también la quería! —ruge Abel—. Pero es evidente que ella a mí no, que todo lo hizo por conseguir lo que deseaba —se le quiebra la voz—. Sé que os acostabais juntos cuando ella salía conmigo. Yo, al menos, no lo hice hasta que terminasteis. —Esboza una sonrisa que se me antoja trastornada—. ¿Estamos en paz, no?

—Esto lo tendríamos que haber hablado hace mucho, no ahora. —Eric meneaba la cabeza.

Está claro que no se refieren a mí, pero mi mente está hecha un lío y no puedo pensar con claridad.

—Pero esto no ha tenido nada que ver con... —A Eric no le da tiempo a terminar la frase porque Abel da un paso hacia delante.

—¡Confíé en ti como en un hermano! —Exclama, apuntándolo con un dedo—. ¿Y tú? ¿Qué has hecho por nosotros? Jodernos. Retiré la denuncia, ¿sabes? No quería meterte en problemas. Tenía la esperanza de que me lo confesaras todo. Pero me has demostrado que eres un puto cobarde. —La voz de Abel se apaga.

Me arrimo a ellos ahora que están más calmados. Miro a uno y a otro. Abel me mantiene la suya, pero Eric la aparta. Un pinchazo me atraviesa el corazón.

—¿Qué pasa? —pregunto, temblorosa.

Abel se toca el cabello con una mano de manera nerviosa. Se está debatiendo entre contarme o no lo que sucede. Mira a Eric, pero este se mantiene callado.

—Eric, ese que tú crees que es perfecto, te traicionó.

—¿Cómo? —parpadeo confundida. Dirijo mi mirada a nuestro amigo, pero la aparta otra vez, avergonzado. Me tiembla todo.

—Tu gran amigo fue el que vendió tus fotos desnuda.

Sus palabras caen sobre mí como si el cielo se hubiese despegado. Niego con la cabeza una y otra vez.

—No. Eso no puede ser. ¿Cómo puedes decir eso? Él no... —No termino la frase. Su actitud de antes me provoca un escalofrío. Y recuerdo lo raro que estuvo en los últimos tiempos.

Y cuando lo vuelvo a mirar y él me la devuelve, leo tanta culpabilidad y vergüenza en sus ojos que la realidad me sacude con demasiada fuerza.

Esta vez el cielo sí se ha abierto.

15

El alma se me está desgarrando. ¿Qué es este horrible dolor que siento en el pecho? ¿Por qué no puedo respirar? ¿Y por qué coño me siento mucho peor que cuando pensé que era Abel el culpable? Quizá porque, para mí, Eric era el mejor amigo que podía tener: cálido, sincero, comprensivo, dulce.

¿Cómo hemos podido llegar a esta situación y por qué? Sin darme cuenta, me tambaleo. Todo esto es demasiado. Es una pesadilla. Quiero despertar. O simplemente quiero regresar a mi antigua vida, aquella en la que tampoco era feliz del todo, pero sin duda tenía más tranquilidad.

Abel me atrapa antes de que me pueda caer. Me sienta en una de las sillas y me observa con preocupación.

—Lo siento. No he debido soltarlo todo así.

De repente me siento terriblemente enfadada. No, no es enfado. Es rabia, es furia, es una horrible desazón. Los miro a los dos una y otra vez y pienso en lo mucho que me arrepiento de haberlos conocido.

—¿Por qué no me lo contasteis antes, eh? ¿Es que la tonta de Sara, la débil, no merece saber la verdad? —Me levanto de la silla con la barbilla temblorosa. Estoy a punto de echarme a llorar otra vez, pero ahora por el enfado. ¿Acaso se han creído que pueden hacer lo que quieran conmigo? Miro a Abel—. ¿Por qué no me lo dijiste, joder?

—No quería hacerlo hasta que no estuviese seguro del todo. Sabía que era una posibilidad, pero las fotos de hoy me han confirmado que...

—¡Pero si incluso retiraste la denuncia! —exclamo, apuntándolo con un dedo. Él traga saliva—. Eso quiere decir que estabas más seguro de lo que dices, ¿no? —empiezo a alzar la voz.

—Sara...

—Soy yo el que debería habértelo dicho. —La voz de Eric me provoca otro pinchazo en el corazón. Me giro hacia él y le observo con un temblor subterráneo.

—Abel, vete. —Las palabras me salen solas, casi sin pensarlas. Ambos me miran confundidos. Abel niega con la cabeza.

—No voy a dejarte aquí sola.

—Necesito hablar con él —le digo, sin apartar los ojos de Eric—. Ahora este asunto es cosa de los dos.

—No es cierto.

—Por favor, Abel. —Me giro hacia él, con una mirada rabiosa—. Sabes que nunca te pido nada, pero ahora sí. Necesito hablar a solas con Eric. Entiéndelo. Me lo debes. Por habérmelo ocultado durante tanto tiempo.

Accede, aunque con reservas. Está muy serio, todavía enfadado, pero también triste. Se da la vuelta para mirar a Eric una vez más. Aprecio cómo se tensa, pero no me importa. Esta vez se ha pasado él también y no voy a mostrarme tan comprensiva como siempre.

—Les diré a mis padres que se cancela la comida. —Se dirige a la puerta sin siquiera darme un beso o un abrazo—. Cuando termines, llámame. Estaré en el estudio. Necesito pensar. —Y sale sin despedirse de Eric.

Yo me quedo muy quieta, con la vista clavada en la punta de mis botas y las lágrimas llenando mis ojos. El silencio impregna la habitación. Nos rodea y se empieza a hacer pegajoso. Y entonces, la mano decide por mí. El sonido de mi palma estrellándose contra la mejilla de Eric reverbera en el silencio. Es la segunda vez que le abofeteo. Y esta vez no me arrepiento. Es más, desearía golpearle otra vez. Hacerlo hasta que sintiera el dolor que ahora mismo me araña las entrañas. Le miro fijamente, primero estudiando su labio cortado, su nariz que se empieza a hinchar; después, sus ojos tristes. Se me escapa un sollozo.

—Sara, perdóname.

—¿Que te perdone? —exclamo, alzando los brazos en un gesto

desesperado—. ¿Estás loco? ¿Cómo puedes decirme eso y quedarte así? ¿Acaso crees que con una palabra puedes recibir un perdón?

Se queda callado. Se lleva una mano allí donde le he golpeado y suelta un suspiro.

—Yo confié también en ti —digo con los labios apretados a causa de las náuseas—. Lo hice desde el primer día que te conocí. Te di toda mi amistad, y pensé que tú apreciabas la mía.

—Y lo hago. —Su voz tiembla.

—Ya. Aprecias mi amistad y me vendes como a una mierda. ¿Por qué coño lo hiciste, eh? ¡Contéstame! —Le doy un manotazo en el brazo. No quiero perder los papeles, pero realmente se me está yendo la cabeza.

—No lo sé...

—Vaya, ¿todavía dura la pelea?

Una voz femenina me sobresalta. Otro escalofrío me recorre entera. Es una voz tan familiar y al mismo tiempo odiosa. Alzo la cabeza y me topo con los ojos burlones de Nina. Su pelo está más largo y va vestida con unos sencillos vaqueros y una camiseta, pero a pesar de todo, está preciosa como siempre. Se la ve pletórica. Me dedica una ancha sonrisa. Entonces, mientras se acerca, todas las piezas del rompecabezas se empiezan a montar en mi mente.

—¿Ella es la mujer con la que te acostabas?

Claro, en el fondo, aquella vez que descubrí el perfume, sabía que me resultaba tan familiar porque lo había oído varias veces en alguien cercano a mí. Pero mi cabeza trató de mentirme. Eric me mira, pero no contesta. Parece tremendamente avergonzado.

—Chica, ¿has visto lo único que consigues? —Nina se coloca ante mí en toda su altura. Pero no me acobardo: alzo la mirada y la enfrento—. Que dos buenos amigos se peleen por ti... ¿Qué triste, no? Eso es lo único que eres, Sara, un estorbo. Una niña pobre que trae desgracias a aquel que se arrima a ella. —Sus dientes tan blancos me ponen nerviosa.

—Nina, tú no eres la más indicada para hablar —interviene Eric.

—¿Es que no es la verdad? Si ella no hubiese aparecido en vuestras vidas, continuaríais siendo amigos —murmura sin perder la sonrisa. ¿Pero cómo se puede ser tan mala?

No sé qué decir. El estómago se me ha revuelto más al comprobar que es ella la que estuvo en la cama con Eric. ¿Es que esta mujer no se cansa nunca de joderme? ¿Por qué tiene que meterse en esto? Abel y Eric son los dos

hombres más importantes en mi vida. Los que me quedan.

—Mira, niña, esto sólo es un capricho, ¿entiendes? —Se sitúa a unos centímetros de mí. Su intenso perfume me marea. Lo odio. Y a ella también—. Se les pasará. A los dos. Y tú volverás a tu insulsa vida de mosquita muerta. A las pobretonas como tú no les suceden estas cosas. Que hayas conseguido esos trabajos como modelo ha sido un golpe de suerte. Y deberías agradecersele a Eric por vender tus patéticas fotos.

—¡Nina, basta ya! —Eric la coge del brazo para que se calle. Ella se suelta con un gesto rabioso.

Un sinfín de pensamientos se me cruzan por la cabeza, todos ellos horribles, pero sé que son ciertos. Todo mi cuerpo está temblando, pero hay algo en mi estómago que pugna por salir. Y cuando Nina va a hablar, yo la interrumpo con un grito que me sorprende a mí misma.

—¡Vete!

—¿Perdona? —Parpadea, confundida.

—¡He dicho que te vayas! —Sin darme cuenta apenas de lo que hago, la cojo del brazo y tiro de ella hacia la puerta. Suelta un chillido e intenta soltarse.

—¡Eric! —Se gira hacia él, el cual al fin reacciona y se acerca a nosotras.

Pero yo continúo empujándola, gritando y llorando, totalmente fuera de mí. Nadie me había avergonzado nunca como ella. Lo hizo cuando me tiró en aquella fiesta delante de toda esa gente famosa. Lo hizo al ponerme como una fulana en las revistas ante medio mundo. Y lo continúa haciendo ahora, rebajándose ante Eric.

—¿Eric? ¿Cómo permites que esta niñata me trate así? —Por fin se suelta y me da un empujón. Aterrizo contra la pared, intentando coger aire. La nariz me gotea y debo de parecer una desquiciada, pero no me importa. Lo único que quiero es que se vaya de aquí, que desaparezca de mi vida.

—Nina, haz lo que te piden por una maldita vez. —El tono de Eric es duro. Ella se queda mirándolo con la boca abierta.

—¿Pero qué...?

—Ya has conseguido lo que querías. —Me señala con una mano—. Mira cómo está. Puedes sentirte satisfecha. Pero ahora déjanos solos.

Nina nos observa a uno y a otro de manera alternativa. Su rostro cada vez se pone más rojo, casi parece que está a punto de explotar. Pero para mi sorpresa, coge la manilla y abre la puerta.

—Esto no va a quedar así, Eric —le dice entre dientes. Pero esta vez no suena amenazante. Casi parece que también esté a punto de llorar—. Ya hablaremos.

Me lanza a mí una última mirada. Puedo leer en sus pupilas lo mucho que me odia. Pero yo también siento una gran desaprobación hacia una persona como ella, a pesar de que no me gusta tener estos sentimientos.

Al fin, se marcha. El silencio vuelve a rodearnos y me llevo la mano a la boca para ahogar un sollozo. Eric se acerca, pero le detengo con la otra mano. Cuando por fin puedo hablar, lo hago en un débil susurro:

—Ella es la chica que Abel te robó.

—En realidad no fue un robo. Nina tomó su propia decisión. Fue ella la que dio el primer paso.

Niego con la cabeza, angustiada. Yo creía que Eric había sido totalmente sincero conmigo.

—No entiendo nada, Eric, de verdad. Pero creo que me voy, porque no puedo soportar todo esto. Si me quedo, no respondo de mí misma. Te juro que tengo ganas de pegarte un puñetazo como ha hecho Abel.

—Espera. Te debo una explicación. Te la quiero dar. Lo necesito.

—¿Crees que las explicaciones van a ayudar? —Ya estoy gritando otra vez—. ¡¿Piensas que voy a aceptarlas y que vamos a tener la misma relación de siempre?! —Mi voz va subiendo más y más. Me llevo una mano al pelo, rabiosa. Él se da cuenta de mi mirada y se muerde el labio, pero, aun así, continúa suplicándome.

—Al menos, permítemelo. Sólo te pido eso. Después puedes golpearme, chillarme o hacer lo que quieras.

Me quedo callada unos instantes. Después alzo las manos y me encojo de hombros. Bien, si quiere explicarse, va a tener que hacerlo muy bien porque estoy cansada de que me tomen el pelo. Y que encima lo hayan hecho los dos hombres en los que he confiado tanto.

—Bien, pues entonces déjame que te pregunte yo algo. —Lo miro con las cejas arrugadas—. ¿Es cierto eso de que, cuando Abel y Nina salieron juntos, tú te acostabas con ella?

—Sí. —Me mira muy serio, avergonzado—. Lo es. Es muy cierto.

—¿Y por qué lo hacías? ¿Acaso no te sentiste mal cuando ella te dejó?

—Sí. Por eso me acostaba con ella. Porque me sentía solo. Y, al menos, la tenía de alguna forma. Estaba obsesionado con ella.

—¿Por qué todo el mundo folla porque se siente solo? ¿Os parece de verdad una buena excusa? —Otra vez medio gritando. Esbozo un gesto de asco. Sí. Me da asco pensar que se acostaba con la zorra de Nina únicamente porque se sentía solito. ¿Pero estamos locos o qué? Le creía más listo, pero me está demostrando que tan sólo es un gilipollas más.

—No, no lo es para nada. Pero es la única que tengo.

—Me parece horrible que Nina se acostase con los dos. Que os engañase. — Después pienso que ella no es la única que cometió errores. Los tres han actuado de forma vergonzosa.

Me dirijo hacia la silla y me siento otra vez. No puedo permanecer más tiempo de pie. Me tiemblan demasiado las piernas de la rabia que me inunda el cuerpo.

—¿Tú la amabas?

—Sí.

—¿Y ahora? ¿La amas aún? —¿Por qué estoy haciéndole estas preguntas?

—No. —Desvía la mirada.

—¿Y por qué continúas acostándote con ella sabiendo cómo es? ¿Otra vez por la mierda de la soledad? Porque yo también me he sentido sola durante mucho tiempo, pero no he ido acostándome con todo el mundo por ahí. — Agito la mano ante su rostro—. Mírame. Contesta. Me he quedado para escucharte, así que ten la decencia de al menos no desviar la mirada.

—Me acuesto con ella porque no soporto saber que tú te acuestas con mi mejor amigo.

Me quedo sin palabras. Joder, no, no empecemos. Yo no puedo con esto. Me inclino y me cojo la cabeza con las manos.

—Deja de decir estupideces. No me metas a mí en tus mierdas. —No me puedo creer que esté hablando así, pero lo estoy haciendo. La dulce y tontita Sara. Pues que se joda. Que se jodan Nina, Abel y él.

—Intento olvidarte. Intento apartar de mi cabeza el hecho de que deseo que seas tú la que ocupe el otro lado de mi cama.

—Cállate —musito, negando con la cabeza.

Él obedece y el silencio nos vuelve a inundar. Alzo la mirada y me encuentro con la suya. Me observa de tal modo que no puedo evitar ponerme colorada. Necesito desviar el tema de conversación, porque además me he quedado para solucionar otro asunto.

—¿Por qué hiciste lo de las fotos? —Al pensar en ello, se me revuelve todo

el estómago.

—Fue idea de Nina.

—¿Qué? Bueno, no sé por qué no me extraña —digo con sarcasmo.

—Quería joderte, Sara. Pero no quería ser ella la que se manchase las manos. Así que... me comió la cabeza. Bueno, sé que realmente tampoco es una excusa. Pero me dijo tantas cosas. De verdad, y yo quería todo eso. Yo quería lo que me aseguraba: que con esas fotos lograríamos que tú dejaras de confiar en Abel, que ellos dos volverían juntos y que yo podría estar contigo.

—Todo eso es demasiado horrible —murmuro con los ojos muy abiertos—. Y también es estúpido. Tú lo eres, Eric. —Bueno, pues ya hemos llegado a la fase de insultos. No quería, pero me están saliendo sin poder evitarlo. Él parpadea, supongo que porque no se lo esperaba aunque antes me ha dicho que podía hacerlo—. Lo eres porque te alías con tu ex, la persona que se fue con Abel, esa con la que tú después te acostabas. —Meneo la cabeza, incrédula, con un gesto de reproche—. ¿Y esperabas que te saliera bien? ¿Creías que yo iba a caer rendida a tus pies? —Suelto una carcajada amarga y sarcástica—. ¡Y encima después actuabas conmigo como si nada! ¿Pero cómo podías hacerlo, joder? ¿Cómo has tenido tan poca vergüenza? ¿No te sentías mal? Cada vez que te reías conmigo, cada vez que hablábamos, que yo te abrazaba... Es repugnante, te lo juro.

—Lo sé, joder, lo sé. Os traicioné. A ti y a mi mejor amigo. A las dos personas más importantes de mi vida. —Me observa con una mirada suplicante que no hace ningún efecto en mí.

—¿Y si somos tan importantes por qué cojones lo hiciste?! —Ya he alzado otra vez la voz, pero realmente tengo los nervios a flor de piel.

—Porque, por una vez, quería conseguir algo. Quería ser importante para alguien.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, confundida.

—Supongo que alguna vez te has sentido un cero a la izquierda. —Me mira. Asiento con la cabeza, recordando que Nina me ha hecho sentir de ese modo—. Para mis padres, para mis compañeros en el instituto... Siempre lo fui. Era el friki, el que no gustaba a nadie. Por eso empecé a hacer deporte, para conseguir estar en forma, para agradar. Cambié y me convertí en un chico de esos que desprenden confianza.

—Pero eso no perdona que nos hayas hecho esto. ¿Lo sabes, no?

—Claro que lo sé, Sara.

Sus ojos cada vez brillan más. Y entonces, para mi sorpresa, se echa a llorar. Me quedo callada, horrorizada, sin saber qué hacer o decir. Eric llorando delante de mí, sacando todo su dolor. Yo pensaba que realmente él era un chico feliz, optimista, seguro de sí mismo. Empiezo a sentir pena por él y no sé si es un sentimiento bueno o malo.

—Nunca debí acostarme con Nina mientras era la novia de Abel. Y tampoco debí dejarme convencer por ella para lo de las fotos. —Se limpia los ojos con los dedos. Su nariz cada vez está más hinchada y, por unos segundos, ardo en deseos de acariciarle, de rodearle con mis brazos y calmarlo. Pero al instante se me pasa. La rabia que siento es mayor que la pena. Ya puede llorar lo que quiera que esta vez no cederé. Lo que ha hecho no tiene perdón.

—No, no debiste —me limito a contestar de mala gana. Quiero decirle muchas más cosas, gritar, insultarle, pero decido callarme para calmarme a mí misma.

Eric coge una silla y se coloca ante mí. Me mira con los ojos muy abiertos, enrojecidos a causa del llanto.

—Actué a lo loco.

—Últimamente he conocido a mucha gente que actúa así... —murmuro en tono irónico.

—Una vez salieron las fotos, me arrepentí. Joder, quise solucionarlo todo, pero... Tú confiabas tanto en mí. Te estabas abriendo, cada vez nos acercábamos más y pensé... Mierda, todavía creía que debías ser para mí. Eso no es ser un buen amigo, ¿verdad, Sara?

—No, no lo es.

—Soy un mal tío.

—No te hagas la víctima —musito con tono duro. Por dentro, siento un gran dolor y una enorme pena. Estoy tan defraudada.

—No lo hago. Sé que soy un tipo horrible por lo que os he hecho a Abel y a ti.

—¡Tendrías que haberme contado lo de las fotos! ¡Quizá, si me lo hubieses dicho desde un principio, si te hubieses arrepentido, te habría perdonado! —grito.

—En serio que quería hacerlo.

—¡¿En serio?! —Suelto otra carcajada nerviosa. Mis ojos echan chispas y él se da cuenta porque se encoge en su asiento—. ¡Pero si me diste un beso en

aquella fiesta! ¡Joder, ese fue el puto beso de Judas! Y menos mal que lo hiciste porque así, al menos, he podido enterarme de toda esta mierda.

—Sé que es totalmente ridículo, que he actuado como alguien sin cerebro. —Arruga las cejas, aún con los ojos brillantes—. Quería ser yo al que amaras, pero después comprendí que no se puede forzar a nadie y que tú... Bueno, pues que tú amas a Abel. Y que él es mi amigo y en la vida, a veces se gana y otras se pierde.

—¿Y tú sabes lo que has perdido, no?

Me mira confundido. Clavo mis ojos en los suyos. En esos ojos tan verdes que ahora han perdido el brillo especial que tanto me gustaba.

—Has perdido a dos amigos, Eric. A Abel y a mí.

Él agacha la cabeza y asiente. Se inclina y se frota las manos. Está nervioso, avergonzado, triste. Yo también lo estoy. Creía que teníamos una auténtica amistad, bonita y sincera. Pero me ha demostrado que es una de las personas más miserables del mundo.

—Intentaré recuperaros —murmura.

—No será posible —respondo automáticamente.

Nos quedamos mirándonos una vez más. Él recorre con sus ojos todo mi rostro. Se quedan unos segundos en los míos, a continuación bajan hasta mi nariz y se posan bastante rato en mis labios, que se entreabren ante su intensa mirada.

—Haré todo lo posible.

—Tendríamos que volver al pasado. Nada de esto se va a poder cambiar. Ha sido una de las peores cosas que me han hecho en la vida. —Me levanto de la silla de golpe—. Me tengo que ir.

Él me imita y, por unos instantes, estamos muy cerca. Puedo escuchar su respiración, que también es tan profunda como la mía. Pero la mía es debido a la rabia y la suya... Joder, ¿otra vez? No sé cómo se atreve a sentirse así después de todo lo que ha hecho.

—Sara... —Su voz tiembla, pero esta vez no es por la vergüenza ni por la culpabilidad. Alza una mano y la acerca a mi rostro. Yo me aparto como si quemase.

—No te atrevas.

—Te quiero.

Alzo la mano, dispuesta a soltarle otra bofetada, pero no puedo hacerlo. Le miro con tristeza. Y entonces sí, entonces la yema de sus dedos roza mi

mejilla y noto cientos de pequeños chispazos en todo mi cuerpo a pesar del enfado que tengo. La boca se me seca y aprecio la sangre corriendo por mis venas. Me echo más hacia atrás hasta chocar con la mesa.

—Me tengo que ir. No empeores más las cosas.

—Lo siento. No puedo evitarlo. No puedo cuando te tengo tan cerca.

—Deberías estar avergonzado por lo que has hecho.

—Y lo estoy. Pero también tengo que reconocer que me cuesta mucho controlarme cuando te tengo delante. Antes podía hacerlo, Sara, pero cada vez es más difícil.

—Entonces me alejaré de ti para siempre y los problemas desaparecerán.

—Puede que sea lo mejor.

—Abel es tu amigo. Es mi novio. Y tú todavía continúas intentando tocarme o... o qué sé yo.

—Los amigos se pueden tocar.

—Pero no de la forma en que tú pretendes hacerlo. En serio, Eric, te estás comportando como un auténtico cabrón.

Me dirijo a la puerta con paso vacilante. Él se queda tieso en su sitio, aunque noto su intensa mirada clavada en mi espalda. Una vez he agarrado la manilla, me quedo quieta durante unos instantes.

—Siento mucho que todo esto haya acabado así.

—Yo también. Sólo espero que algún día puedas perdonarme.

—Lo dudo mucho.

Ahora mismo tengo claro que no le quiero perdonar. Pero también sé cómo soy y quizá, tras pasar un poco de tiempo, pueda hacerlo. Aunque es evidente que la relación no será para nada igual.

—Sara.

—¿Qué?

Vacila durante unos segundos. Se muerde el labio y entrecierra los ojos. Entonces, para mi sorpresa, me pregunta:

—¿Sientes tú algo por mí?

Parpadeo, sin poder creerme lo que me está preguntando. Aprieto la manilla, haciéndome incluso daño.

—Sé sincera, por favor. Sólo quiero saber. No voy a joderte más.

—Esa pregunta está fuera de lugar, Eric. Lo sabes. Y si a lo que te refieres es si te quiero, no. Nunca te he querido y nunca lo haré. No de la forma que tú deseas. Y ahora, después de lo que has hecho, mucho menos. Jamás amaría

a un hombre como tú.

Y sin añadir más, con esas duras palabras, abro la puerta, salgo y la cierro a mis espaldas de golpe. Bajo las escaleras corriendo como una loca, con lágrimas en los ojos. ¿No le quiero, verdad? Estos pinchazos que siento en el corazón sólo se deben a que un amigo me ha traicionado. No puede ser más. No puedo equivocarme.

Una vez en la calle, deambulo sin saber qué hacer. Abel es la última persona con la que me quiero encontrar porque también estoy cabreadísima con él. Me ha ocultado por tanto tiempo esto... Y ha dejado que Eric se acercara a mí. ¿Pero qué coño les pasa a los hombres con los que me rodeo?

Camino sin rumbo... Con la conciencia intranquila.

16

Me paso un buen rato en un parque cercano a la casa de Eric. No he podido caminar más de la furia que me invade el cuerpo. Es tanta que incluso me duele el estómago. Al principio, lloro y lloro hasta que los ojos me escuecen y la garganta se me llena de saliva espesa. La gente que pasea con sus perros o con sus niños se me queda mirando con cara rara. No les hago caso. En cualquier otro momento no habría llorado en un parque delante de todo el mundo. No, no me gusta hacerlo delante de los demás. Pero esta vez no me daba tiempo a regresar a casa y encerrarme en mi cuarto. Tan sólo he podido aguantarme diez minutos hasta encontrar el parque y derrumbarme en un banco.

A medida que pasa el tiempo, el llanto se me va secando. Joder, si es que no me quedan lágrimas. ¡Jamás había soltado tantas en tan poco tiempo! Cada vez que recuerdo las palabras de Nina, el nudo de la garganta me aprieta, pero después pienso en lo traidores y capullos que han sido dos de los hombres más importantes de mi vida, y todavía se hace más grande. Me acosa, me ahoga, tengo que llorar para que me suelte. No estoy llorando por la tristeza y el dolor, en estos momentos lo hago porque estoy enfadada, rabiosa, enloquecida, defraudada.

Mis fotos desnuda. Unas fotos especiales que el hombre al que amo me

hizo. ¿Cómo ha podido ser Eric tan...? Joder, no quiero meter a su madre en medio, ya que ella no tiene la culpa de que le haya salido un hijo tan estúpido.

—Que te den, gilipollas —murmuro entre dientes, mientras cojo unas piedrecitas del suelo y las lanzo ahora que no pasa nadie.

Dice que me quiere, pero me fastidia. Tratar de conseguirme por esos medios ha sido lo más rastrero que podría haber hecho. Y encima aliándose con Nina. ¿Pero a quién se le ocurre? ¿Qué cociente intelectual tiene? ¿Menos diez?

—¿Cómo pude dejar que me besara? —me pregunto a mí misma en voz alta.

Y lo peor es que, cuando lo hizo, a pesar de que sabía que estaba mal, su calidez me envolvió. Y he estado pensando en él durante mis días en la cabaña, como una tonta. ¡Y también cuando he regresado! Es posible que alguna vez me lo haya querido confesar. Recuerdo que antes de marcharme con Abel, me dijo que quería hablar conmigo, pero yo tenía prisa. Y, de todas formas, ¿qué habríamos conseguido? Nada, porque el mal ya estaba hecho y encima había pasado tiempo desde aquello. Lo elegí como mi fotógrafo porque confiaba en él, porque quería que subiese, que la gente le conociera. ¿Cuánto le pagarían por las fotos? ¿Se habrá quedado realmente ese dinero?

—Jamás volveré a ser su amiga. No quiero ver su cara nunca. —Alzo la mirada para observar el cielo.

Al menos podría haber tenido la decencia de alejarse de mí cuando me vendió. Pero claro, él quería conseguirme. ¿Y a qué precio? Cómo pensó que podía funcionar algo así. Está loco. Muy loco para hacerme eso. Para hacérselo a Abel y a mí. Puf, Abel. Otro que tal. ¿Por qué me lo ha estado ocultando todo este tiempo? Ha permitido que yo estuviera al lado de Eric. Vale que se mostraba raro cada vez que lo mencionaba, o cuando fue mi fotógrafo que se cabreó tanto, pero... ¿no debería habérmelo contado? Lo merecía saber, porque era yo la que salía en las fotos. Y, tras eso, todo ha cambiado. Toda mi vida lo ha hecho. Me tuve que marchar lejos porque unos locos me perseguían. Todo como consecuencia de las malditas fotos. ¿Voy a recuperar mi vida normal alguna vez?

El móvil suena y, al observar la pantalla, descubro que es Abel. Dejo que suene hasta que la melodía se acalla. Segundos después resuena otra vez y de inmediato lo pongo en silencio. Cuando vuelva a mirar el teléfono, tendré

tropecientas llamadas tuyas. No me importa. No deseo escuchar su voz en estos momentos. Ahora mismo ni siquiera sé lo que voy a hacer con él. Me siento tan defraudada... Ni siquiera sé lo que creer. ¿Me quería proteger a mí o a su amigo? ¿Quién es más importante en su vida? Por su actitud, parece que estaba realmente enfadado con él. Pero entonces, ¿por qué retiró la denuncia? ¿Yo habría hecho lo mismo? La verdad es que no sé nada. Y no lo puedo entender.

Diez minutos después lanzo un vistazo al móvil. Tengo quince llamadas de Abel. Me entran ganas de tirar el teléfono bien lejos y que me deje en paz. Espero que esté avergonzado, que tenga buenos motivos para lo que ha hecho. Los de Eric no han sido para nada convincentes. Han sido sucios. Y encima odio a Nina más que nunca. Yo desde un principio pensaba que había sido ella y Abel me aseguró que no. ¿Sabrá él que fue la artífice de todo esto? Pues si no lo sabe, se lo voy a decir bien clarito: «Mira la zorra de tu ex, es una de las personas más malvadas del universo».

Me saco el móvil otra vez. Al menos ahora no tengo llamadas. Rebusco entre las fotos hasta encontrar una en la que salimos Cyn, Eva y yo con cervezas en las manos, muy sonrientes. Ojalá mi amiga estuviese aquí y no en Japón. Podría llamarla, pero tampoco quiero contarle mis movidas porque ella ahora estará bien allí. Pero sé que Eva es la que me podría dar el mejor consejo ante todo esto. Tengo claro que Cyn va a poner el grito en el cielo, pero al cabo de media hora se le pasará y me asegurará que Abel lo ha hecho todo por mi bien. Y claro, es que es el hermanastro de su novio. Pues mira, ahora Marcos ya no me cae tan mal porque compartimos el mismo asquito hacia Eric.

El estómago me ruge. Tengo un poco de hambre a pesar del disgusto. Pero es normal, no he comido nada desde anoche. Me levanto del banco y me dirijo hasta la parada de bus más cercana pensando en que no voy a llamar a Abel para que me recoja. Cuando yo tenga ganas, contactaré con él y nos veremos. No puedo hacerlo ahora. Estoy demasiado enfadada y no me apetece gritar de nuevo. Esperaré a calmarme y que así podamos hablar con tranquilidad.

En el centro voy hasta una panadería y me compro una empanadilla de tomate. Me la como en la plaza del Ayuntamiento, mientras observo un grupo de chiquillos excursionistas. Qué felices son todos. Me recuerdan a mí a su edad. Me doy cuenta de que los chicos se arriman mucho a las chicas y me

dan ganas de levantarme y decirles a ellas que les manden a la mierda, que todos los hombres son unos inútiles. Ha regresado la Sara que los odiaba, que los ignoraba y que pensaba que todos iban a por lo mismo.

Después de comerme la empanadilla intento pensar en algún plan maquiavélico para vengarme de Nina y Eric. Por supuesto, no encuentro ninguno. Mi mente no es así. He pensado alguno, pero son demasiado tontos. El más sencillo, el que haría alguien como Nina, sería el de seducir a Eric, hacerle creer que quiero algo con él y luego mandarlo a la mierda bien lejos. Pero es tan fácil como tonto. Y además, que luego está Abel de por medio. No le haría ninguna gracia que hiciera eso. Y, en el fondo, a mí tampoco me gusta. Creo que la mejor solución es ignorar a Eric. El hecho de que no pueda saber de mí es lo que le dolerá más.

Cuando me quiero dar cuenta son las seis. Empieza a anochecer y a mí ya no me apetece quedarme más en Valencia. Pero la cuestión es que quizá debería encontrarme con Abel y hablar de todo esto. Saco el móvil del bolsillo, le doy un par de vueltas entre mis manos y, al fin, me decido a mandarle un wasap.

Sara:

Estoy por el centro. ¿Dónde estás tú?

En cuestión de segundos, me llega su respuesta:

Abel:

Aún en el estudio. Dime dónde estás exactamente y paso a por ti.

Sara:

No. Ya voy yo para allá.

Voy caminando. Está a unos cuarenta y cinco minutos, pero me apetece sentir el aire frío en mi cara. Necesito algo que me demuestre que soy real porque ahora mismo me parece ser la protagonista de una película surrealista. Al llegar al estudio me vienen recuerdos de nuestro primer encuentro. Siempre me pasa, no lo puedo evitar. Pero esta vez el recuerdo se me antoja triste. Me gustaría tanto poder volver al principio y cambiarlo todo. Sabiendo lo que ahora sé, no me dejaría hacer fotos por Abel, o quizá no confiaría tanto

en Eric o... yo qué sé. Llamo al timbre y automáticamente me abren la puerta. Subo las escaleras como en un *déjà vu*. Espero encontrarme a Abel apoyado en el marco de la puerta, como el primer día en que nos conocimos. Sin embargo, es Cyn la que me observa con aspecto preocupado. Es verdad, se me había olvidado por completo que Marcos y ella a veces se quedan aquí.

—Sara, joder. No me lo puedo creer —dice con voz aguda.

—Ya lo sabes.

—Mujer, es que Abel ha venido hecho una furia. Marcos y él se han encerrado en el despacho, pero vamos, lo he escuchado todo. —Adelanta una mano cuando me acerco. Me abraza con mucha fuerza—. ¿Tú cómo te sientes?

—¿Cómo crees tú? —pregunto de mala gana.

Entramos al estudio en silencio. Noto la mirada de Cyn a mi espalda. Está preocupada por mí, pero no quiero hablar con ella, sino con Abel. Mientras camino por el pasillo también recuerdo el día en que vine porque Eric me lo pidió, y encontré a Abel borrachísimo y con unas tías medio desnudas. Todo un plan de Marcos para que me alejara de él. ¿En serio, pero qué les pasa a los hombres? Parece que han conspirado contra mí.

—Hola —saludo muy seria, al entrar al salón. Encuentro a Abel y a Marcos sentados en la mesa.

—Sara. —Abel dice mi nombre como si yo fuese el Espíritu Santo. Se va a levantar, pero se da cuenta de mi fría mirada y al final se lo piensa mejor y no lo hace.

—¿Veis? Yo nunca me equivoco —interviene Marcos en ese momento.

Le lanzo una mortífera mirada, pero parece que le da igual. Cyn se coloca a mi lado y por el rabillo del ojo la veo hacer aspavientos con las manos para pedirle que se calle.

—Eric no ha sido nunca un buen amigo —continúa Marcos.

—Eso no es así. Simplemente nos equivocamos —le contradice Abel. Pero a ver, ¿por qué ahora, después de pegarle un puñetazo, defiende a Eric?

—¿Equivocarse es querer robarte a tu chica? Pero vamos, ¿es lo que siempre hace, no? Ya no debería extrañarte.

—Esto no es lo mismo, Marcos. —La voz de Abel es muy baja, como si no tuviera fuerzas para nada más.

—Marcos, ¿por qué no nos vamos a dar una vuelta? —le propone Cyn. Él la mira como si estuviese loca, así que ella se acerca y le estira del brazo para levantarlo—. Vamos, podemos cenar en el chino.

El rostro se le ilumina automáticamente. Con lo que le gusta comer al musculitos... Claro, luego va al gimnasio a quemarlo todo porque si no estaría hecho un tonel. Se despide de Abel con una palmadita en el hombro. Después, se dirige a mí, muy serio.

—Espero que no te equivoques, Sara. No perdones tan fácilmente a Eric – lo dice como si realmente me conociera y eso me molesta.

—Tu hermano tampoco es un santo –suelto. Me fijo en que Abel alza la cabeza y me mira con ojos muy abiertos.

—Mi hermano lo hizo por tu bien.

—¿Ah, sí? ¿Cuántas cosas más hará por mi bien que después se conviertan en problemas? –continúo. Esta vez no me voy a callar nada.

Cyn aprovecha y me da un beso en la mejilla para calmar la tensión. Marcos se queda callado y se rinde a los tirones que mi amiga le está dando. Pero no deja de mirarme hasta que se pierden en el pasillo. Cuando escucho la puerta, cojo aire. Bueno, pues veamos qué tal se da la cosa. Estoy segura de que voy a tener dos discusiones en el mismo día. Abel me hace un gesto para que me siente a su lado, pero prefiero quedarme de pie. Quiero mirarlo desde la altura, que se dé cuenta de que no voy a ser la Sara que es comprensiva con todo y con todos.

—Estoy muy enfadada.

—Lo sé. –Asiente con la cabeza.

—Más que eso: estoy rabiosa y defraudada, Abel.

—Y te entiendo. No voy a decirte que no lo tienes que estar.

—Creo que este enfado me durará tiempo. ¿Sabes eso también, no?

—Me lo imagino.

Mientras venía hacia el estudio, había imaginado que iba a estar tan enfadado como esta mañana, pero ahora que lo veo un poco más tranquilo, me está empezando a poner nerviosa. Doy un par de vueltas por el salón, observando los muebles mientras pienso en lo que debo decir y lo que no.

—Ni siquiera sé si las cosas entre nosotros podrán seguir siendo igual.

—¿Por qué dices eso? –Se levanta de golpe, asustado.

—¿Que por qué?! –Alzo la mirada y niego con la cabeza, incrédula—. ¡Porque me lo has estado ocultando durante mucho tiempo! –Me llevo una mano a la cabeza. Me está empezando a doler—. Te dije que no quería más mentiras, que me quedaría contigo siempre y cuando fueses sincero conmigo. Y he aquí, otra mentira más.

—No te he mentado. Simplemente lo oculté.

—¿Y no es lo mismo?

—Pensé que contártelo sólo te provocaría más dolor —responde. También se está empezando a poner nervioso. Pues me parece muy bien—. Te lo dije: conmigo sólo ibas a tener problemas. Yo mismo soy un problema andante. —Alza los brazos y se señala a sí mismo—. Pero te juro que todo lo que hago es por tu bien.

—¿Por mi bien?! —alzo la voz, indignada—. ¿O por el tuyo? No sé qué pensar, Abel. Entiendo que Eric sea tu amigo y que retiraras la denuncia para no traerle más problemas pero... ¿Por qué no lo hablamos con él? ¿Por qué no pudimos tener una conversación entre los tres?

—Las cosas no son tan fáciles —murmura. Se mantiene a unos metros de mí. Supongo que sabe que ahora mismo no me apetece tenerlo cerca—. Eric y yo ya no teníamos tan buena amistad desde hacía tiempo.

—Pues otra cosa que no me has contado.

—No lo vi necesario. Eso era algo entre Nina, él y yo.

—Ale, ya ha aparecido la maravillosa —digo, en tono irónico—. ¿Cómo permitías que saliera contigo y al mismo tiempo se acostara con Eric?

—Porque me sentía mal. Al fin y al cabo, ella se vino conmigo. Pero eso no significa que me eligiera a mí realmente. —Puedo apreciar un destello de dolor en sus ojos.

—¿A qué te refieres?

—Nina jamás me quiso, eso lo tengo claro. Se arrimó a mí porque sabía que de esa forma podía conseguir lo que quería. Ella, en realidad, amaba a Eric.

—¿Nina amaba a Eric? ¿Es que ella tiene amor en su corazón? Perdona, pero es algo que me cuesta creer —digo, con una sonrisa irónica.

—Pues parece que sí. Ella siempre volvía a él. Y yo, en el fondo, acabé permitiéndolo porque dejé de quererla al darme cuenta de cómo era.

—Permíteme decirte que vuestra relación es una de las más raras que he conocido. Todo es grotesco. Es un triángulo amoroso horrible.

—Ya te he dicho que no es fácil de entender. —Se vuelve a sentar en la silla. Yo me arrimo un poco a él, aunque continúo manteniéndome a distancia. Ni siquiera me apetece tocarlo.

—Pues no, no puedo entender que Nina estuviese enamorada de Eric y, sin embargo, se fuera contigo. A mí eso no me parece amor. Y encima, ¡es jugar

a dos bandas! –Joder, cada vez odio más a esa mujer.

—A veces las personas hacen cosas horribles para alcanzar lo que quieren.

Por un momento pienso que también se está refiriendo a él mismo. Me quedo mirándolo, muy quieta. La tristeza que leo en sus ojos me pone mal a mí también.

—¿Sabes que es lo que más me molesta, Abel? –Niega con la cabeza—. Que dejaste que confiara en Eric.

—Quise alejarte de él, pero tampoco sabía cómo.

—Dejaste que le cogiera cariño y, ahora, la caída ha sido mayor.

Me fijo en que duda en decir algo. Le hago un gesto para que lo suelte. Estamos sincerándonos, ¿no? Pues venga, ya puede soltar todo lo que tiene dentro.

—Sé que le vas a perdonar, Sara.

—¿Qué? ¿Por qué coño me dices eso ahora?

—Cuida tu lenguaje...

—¡No me digas cómo tengo que hablar! –le chillo.

—¡Y tú no me grites! –Se levanta, con un rugido que me sobresalta.

—No te atrevas a llevar la discusión a tu terreno, porque ahora tú eres tan culpable como él.

—¡Yo no vendí las malditas fotos! –exclama, con los ojos echando chispas.

—De una forma u otra, participaste en todo este circo –murmuro, con la voz cargada de rabia.

—¡Joder, Sara, ya te he dicho por qué lo hice! Me equivoqué una vez más. –Se lleva una mano al pelo y se lo revuelve—. Y encima conseguí todo lo contrario a lo que habría querido.

—Pues sí, porque mira ahora cómo estamos –respondo, mirándolo con enfado—. Estoy harta de que nuestra relación se base en discusiones. ¡Que encima vienen por tu culpa!

—¿Por mi culpa? ¿Siempre? Mira, Sara, sé que estás enfadada, pero sabes que eso no es cierto. –Se está enfadando tanto como yo, pero no me importa. Esta vez no se va a salir con la suya. Me importa una mierda que esté enfermo o deprimido por lo de su madre. Aquí todos tenemos problemas.

—Claro que lo es –me reafirmo en lo que he dicho—. Cada vez que hemos discutido ha sido porque tú me has ocultado algo, o porque tu pasado ha regresado, o porque querías salirte con la tuya. –Alzo la voz una vez más—.

¡Al final los tres os parecéis más de lo que creéis! Es comprensible que Eric y tú hayáis compartido a la misma mujer y que ella haya estado con los dos. Porque cuando queréis algo, hacéis lo que sea por conseguirlo, incluso pisotear a la gente buena.

—No te permito que me hables así —dice, con voz temblorosa.

—¡Y yo no te permito que intentes salirte de rositas de todo esto!

—Te he dicho que no me chilles. Podemos hablar de manera civilizada.

—Pero es que yo no quiero. Y no puedo. Estoy harta. Esto tenía que explotar de una forma u otra. —Cierro los ojos y tomo aire.

Cuando los abro, le pillo mirándome de modo extraño. Con los ojos entrecerrados, su pecho bajando y subiendo, con los puños apretados.

—¿Qué? —pregunto, encogiéndome de hombros.

—¿Y tú, Sara? ¿De verdad te crees tan diferente a nosotros?

—¿Perdona? —Suelto una risa incrédula, negando con la cabeza—. ¿Estás insinuando que yo voy pisoteando a los demás?

—Claro que no lo haces. Tú eres buena. Pero incluso los buenos tienen su parte oscura.

—¿Ah, sí? —Apoyo las manos en las caderas, observándole con molestia—. ¿Y cuál es ese lado oscuro que yo tengo, eh?

—No quiero decir que estés haciendo algo malo. Es algo que podía pasar. Y puede que yo mismo me lo haya buscado.

—¿Me puedes decir qué coño pasa? —Me acerco a él.

—A veces se puede querer a dos personas.

—¿Qué? —Parpadeo, confundida. Algo se me remueve en el estómago.

—Me he dado cuenta, Sara. He visto cómo miras a Eric, lo nerviosa que te pones cuando él está cerca, tus mejillas sonrosadas, tus pupilas dilatadas.

—¿Estás intentando que yo me sienta mal? —Me quedo con la boca abierta, con una sonrisa incrédula.

—Jamás querría eso.

—¿Pues cómo te atreves, después de todo, a insinuar eso siquiera?

—No es tan raro.

—¡No se puede amar a dos hombres! —grito, levantando las manos hacia él.

—¿Quién dice que no? En el amor, no hay leyes escritas —susurra. ¿Por qué está tan tranquilo? No, en realidad no lo está. Lo que me parece es un hombre derrotado.

—¡Yo no estoy enamorada de Eric! —exclamo, sintiendo que las lágrimas empiezan a acudir a mis ojos. Mierda, ¿necesito decir todo eso en voz alta para exorcizar mis propios fantasmas?

—No te recrimino nada, Sara. Creo que incluso hasta cierto punto es normal. Porque yo he estado siempre trayéndote problemas y, en cambio, Eric siempre fue amable contigo, te proporcionaba tranquilidad.

—¡Cállate, joder! —le chillo, colocándome delante de él, con los puños apoyados en su pecho. Pero no me agarra, sus manos se quedan quietas a ambos lados de su cuerpo. Me mira con seriedad y tristeza—. ¡He venido aquí para hablar de lo de las fotos y tú me dices que quiero a Eric! —Le golpeo con mi pequeño puño. Él no me detiene. Me echo a llorar. Las lágrimas me escuecen en la mejilla. Estoy llorando porque quizá... Quizá es cierto lo que dice—. ¿Cómo puedes hacerme esto? ¿No te cansas de provocarme dolor? —Ahora uso los dos puños para pegarle, pero cada vez con menos fuerza—. ¿No me he quedado contigo después de todo? ¿No dejé mi vida y me fui? —Suelto un sollozo amargo. Por fin se atreve a tocarme. Me coge de la cabeza y me apoya en él. Yo intento escabullirme, pero al final me quedo quieta, escuchando los vertiginosos latidos de su corazón en mi oído.

—Y te lo agradezco —murmura él, contra mi pelo—. Pero no quiero que estés conmigo por pena. ¿Lo entiendes? No te quedes conmigo sólo porque esté enfermo. Si quieres marcharte, hazlo. Si ves que acabarás destrozada, evítalo. Yo no puedo soltarte, te amo demasiado, Sara. Yo te necesito a mi lado, pero no sé si es lo que tú necesitas.

—En estos momentos te odio, Abel —susurro en su pecho.

—Sólo quiero que sepas que igualmente te daré el dinero. Pero que puedes elegir a quien quieras, que tú eres dueña de tu vida.

Sus palabras me causan más llanto. Me tiro un buen rato mojándole el suéter, hasta que los sollozos se convierten en hipidos ahogados. Le odio. De verdad que sí. Pero también le quiero. Le odio porque, en cierto modo, ha dicho la verdad y por eso, me detesto a mí misma. Y le quiero porque mi alma está unida a él, porque siento en mis entrañas que es el amor de mi vida. Pero todo esto me supera.

—No puedo olvidar tan fácilmente —digo, con la voz pastosa, sin mirarle—. No puedo olvidar todas las cosas que me has ocultado de tu vida y mucho menos lo de las fotos. Tampoco que me estés diciendo todo esto.

—Sara, yo lo sé. —Me coge de la barbilla y me levanta la cabeza. Le aparto

de un manotazo—. Pero también tú necesitas saber que no te liga nada a mí, por mucho que creas que sí. Y que si quieres perdonar a Eric, que lo hagas. Él no volverá a ser mi amigo, pero puede que a ti te dé lo que necesitas en tu vida.

—¿Después de lo que ha hecho aún piensas que él es la persona correcta para mí? —Niego con la cabeza, sin poder creer todo lo que me está diciendo.

—Está claro que hizo algo horrible. Pero también sé que te quiere. Quizá tanto como yo.

—¿De verdad me dejarías en manos de tu amigo, de ese amigo que nos ha traicionado? —Lo miro como un bicho raro. Y, por primera vez en nuestra relación, es él el que se encoge ante mis ojos—. Tú estás muy loco, Abel.

—Supongo que sí.

—Me voy a casa. —Me aparto y me dirijo hacia el pasillo. Él me sigue, pero me giro y alzo una mano para que se detenga—. No vengas. No quiero verte. Al menos durante unos días. Tengo que pensar.

No dice nada, tan sólo asiente con la cabeza. Yo me muero de ganas de llorar otra vez, pero no quiero que me vea tan débil.

—No me llames tampoco. Seré yo la que se ponga en contacto contigo —le pido, clavándole una dura mirada—. Dame tiempo. ¿Lo harás?

—Sí, Sara.

—Adiós.

—Hasta pronto.

Salgo del estudio con el corazón encogido. Atravieso Valencia como si no hubiese nadie alrededor, como si yo fuese la última mujer en el mundo. Así de sola me siento. En el tren intento dejar la mente en blanco. Lo consigo tan sólo unos segundos. Al llegar a casa sola, mi madre se muestra preocupada, pero le tranquilizo diciéndole que Abel tiene que trabajar. Yo también me he convertido en una mentirosa.

Cuando me acuesto, el miedo me invade. Tengo miedo de que esta vez no pueda usar lo bonito que he tenido con Abel para que nuestro amor continúe hacia delante.

Los días se me pasan como en un sueño. Estuve a punto de no acudir a dos de los exámenes que me quedaban porque realmente me sentía demasiado mal, pero al final cogí fuerzas y los hice. Al cabo de dos días salieron los resultados y comprobé que había aprobado, aunque no con muy buenos resultados.

Gutiérrez se ha dado cuenta de que me pasa algo, pero lo achaca a la muerte de mi padre. En realidad, supongo que todo se me ha juntado y ahora mismo parezco una muerta en vida. Él no me presiona, pero yo no desisto. Patri volverá de su investigación en Salamanca, regresará más fuerte que nunca, con sus malas caras hacia mí y sus puñeteros comentarios, y yo tengo que estar preparada para ello. Por eso, y porque me sirve para distraerme, me paso el día en la universidad. Primero en las clases del máster y después encerrada en el despacho de Gutiérrez, rodeada de montañas de papeles.

Hoy he encontrado un nuevo artículo que me va a servir muchísimo en la investigación y estoy abstraída en él, tanto que no me doy cuenta de que mi tutor ha entrado en el despacho.

—Sara, ¿por qué no te vas a tomar un café? —me pregunta, yendo a su silla.

—No tengo tiempo —contesto distraída, sin apartar la vista del artículo—. Además, no suelo tomar café. Me pone demasiado nerviosa y eso es lo que

menos necesito.

—¿Cómo está tu madre?

—Ella se está recuperando poco a poco —le explico, esta vez dirigiendo la mirada a él—. Ahora a veces sale con unas nuevas amigas que se ha echado. Son amigas de su vecina, con la que antes ya tenía buena relación. Lo que pasa que antes no le apetecía salir casi nunca y ahora sí. —Me concentro otra vez en el artículo.

—¿Y tú, cómo estás? ¿No crees que estás trabajando demasiado?

—Necesito hacerlo —respondo, subrayando una cita que me parece interesante.

—Has acabado tus exámenes y casi todos te han salido muy bien. Yo creo que te mereces un descanso —opina él. Le veo encender el ordenador. Me quedo callada, con el lápiz apoyado en la barbilla.

—No te preocupes, que me lo daré. —Esbozo una sonrisa. Pues no, lo que menos necesito ahora es un descanso. Si tuviera tiempo libre, me pondría a pensar en todo lo que ha ocurrido.

En realidad, lo hago. Cada noche. Y me cuesta dormirme un montón. Todavía estoy enfadada, dándole vueltas al asunto de las fotos. Y también estoy triste por estar lejos de Abel. Echo de menos su cuerpo a mi lado, la comodidad que sentía cada vez que notaba ese peso en mi cama. Que me abrace, que me bese y me mime. Echo de menos su perfume a vainilla. El roce de su barba en mi cuello cuando me da besos. Pero, a pesar de todo, esta vez estoy más resentida que nunca y no consigo apartar ese sentimiento de mi corazón. Más de una vez pienso en que debo dejarlo, terminar con nuestra relación. De esa forma, la tranquilidad volvería a mi vida. Sin embargo, luego pienso en lo solo que se sentirá cuando su enfermedad empeore, en que si me aparto de él, no tendrá a nadie que lo salve. Bueno, estarán sus padres y Marcos, pero no yo. Y sé que soy su salvavidas. Todo esto me trae un pensamiento terrible: que tiene razón y que sólo le quiero por pena. Pero no puede ser... Simplemente sucede que, cuando estás enamorado de alguien, te sientes mal cuando esa persona sufre. Quiero convencerme de que es por eso, de que mi amor por Abel es grande, sincero y luminoso. Pero también tengo que poner en una balanza las cosas buenas y las malas, y pensar en mí misma, en lo que me va a venir bien en la vida. A veces, todo el amor del mundo no es suficiente.

Recuerdo un poema que me gusta mucho que habla sobre eso. Dejo el

artículo aparcado un momento y busco en internet. Es de Peixoto y dice así:

Todo el amor del mundo no fue suficiente
todo el amor del mundo no fue suficiente porque el amor no
[sirve de nada.
Quedaron sólo los papeles y la tristeza, quedaron sólo la amargura
[y la ceniza de los cigarros y de la muerte.
Los domingos y las noches que pasamos haciendo planes no
[fueron suficientes
y fueron demasiados porque hoy son como sangre en tu rostro,
[son como lágrimas.
Sé que nos amamos mucho y un día, cuando ya no te encuentre
[a cada instante,
en cada hora,
no lo negaré.
No negaré nunca que te amé.
Ni aun cuando esté acostado,
desnudo, sobre las sábanas de otra, y ella me obligue a decirle
[que la amo antes
de follarla.

Me pongo triste de inmediato. Joder, si es que lo mío sí que es ser masoquista y no lo de Anastasia Steel, la prota de *Cincuenta sombras*. Pero supongo que a todos nos pasa. Que todos, alguna vez, cuando nos hemos sentido tristes, defraudados con el amor, deprimidos, hemos buscado canciones tristes o poemas, o incluso hemos recordado momentos mejores y nos hemos lamido las heridas con ellos.

Y la cuestión es que ese poema me parece tan acorde a nuestra situación. Yo sé que he amado muchísimo a Abel, que todavía lo hago, y que él lo hace con todo su corazón. Pero quizá es ese amor tan enorme el que provoca que suframos más, que de verdad los planes se conviertan en arañazos en nuestro rostro y en nuestro corazón. ¿Es cierto lo que dice el poema? ¿No sirve de nada el amor? No. Yo no puedo creer eso. Quizá lo habría hecho antes de conocer a Abel. Pero ahora, ahora que he vivido tanto con él, ahora que mi cuerpo se estremece con tan sólo sus miradas, ahora que me di cuenta de que cruzo montañas y mares por él, ahora de que aprecio que mi corazón es mucho más grande que antes... ¿Cómo me voy a dejar llevar por la opinión de que el amor no sirve de nada? Tiene que hacerlo. Lo necesito. Hemos sufrido demasiado como para que no sirva. Yo no he luchado tanto como para que ahora los malos momentos venzan a los buenos. Pero joder... Es tan difícil todo.

—Voy a tomar algo —le digo a Gutiérrez, quien alza la cabeza y sonrío.

—Pues claro que sí, Sara. Si no te apetece volver hoy, sabes que no es necesario.

—Lo pensaré.

Me guardo el artículo en la mochila porque quiero repasarlo en casa. La cojo porque no sé si regresaré o me iré ya. En realidad, no voy a la cafetería. Voy a la entrada para quedarme allí un rato mientras recuerdo los buenos momentos que pasé con Eva. Las dos fumando aquí, contando anécdotas, riéndonos, metiéndonos con los hombres, poniéndonos nerviosas por los exámenes. Sus «me flipa la cabeza, nena», sus «jamelgo» y todas esas expresiones tan tuyas que tanto me gustan. Esta noche le mandaré un mensaje por Facebook. Hace tiempo que no sé nada de ella y necesito comprobar que está bien.

Y encima ahora mismo me apetece un cigarro y no hay nadie por aquí. Definitivamente me vuelvo para casa. Hoy es viernes y mi madre saldrá con sus amigas, así que estaré solita y tranquila y veré alguna película después de releer el artículo. Cuando estoy a punto de entrar en la boca del metro, pita el wasap:

Cyn:

Tíaaaaaa, espero que no tengas ningún plan. Esta noche cenita. He convencido a Marcos para que vayamos los tres juntitos a un lugar guay. Y después nos vamos de fiestorro.

Me quedo mirando el mensaje con una ceja arqueada. ¿Ir de cena y de fiesta con Cyn y Marcos? Vale, con mi amiga sí, pero... ¿Con Marcos? ¿El hermanastro de mi novio con el que estoy enfadada y no he visto desde hace días? Vamos, sé que Cyn lo hace por mi bien, para sacarme de mi agujero oscuro. ¿Pero por qué cojones tiene que venir Marcos? No me hace ni puñetera gracia.

Sara:

Pues no sé. No tengo muchas ganas. Mucho trabajo.

Su respuesta me llega enseguida.

Cyn:

¡No me toques los ovarios! Vete a casa, arréglate y pasamos a por ti en el coche. Y después, para no tener que devolvete a casa, te quedas a dormir en el estudio.

¿En el estudio? ¡Ni hablar! Y que Abel aparezca allí de repente. Eh... Eso digo yo. Abel. Marcos. Cyn. ¿Será esto una trampa como las que siempre me tiende mi amiga?

Sara:

Oye, que no voy. Que seguro que lleváis también a Abel. Y paso. Sabes que estamos muy jodidos. No hagas locuras, Cyn.

A los pocos minutos, Cyn responde.

Cyn:

Abel no viene. Se está lamiendo sus heridas. ¡Que se joda! (Menos mal que Marcos no me lee esto...).

Un par de chicas que suben del metro se me quedan mirando. Me aparto de la boca y me apoyo en una pared para responder a Cyn.

Sara:

No te creo. Siempre me traicionas tú también.

Espero unos minutos hasta que ella contesta con un largo mensaje.

Cyn:

Esta vez te juro que es verdad. Sé por lo que estás pasando y no soy tan loca! Además, Marcos y yo estamos también enfadados con Abel. Te lo juro. Te lo juro por ese esmalte de uñas rosa flamenco que tanto me gusta. Que se acabe ahora mismo en todas las tiendas y no me lo pueda comprar nunca más.

Me echo a reír ante su respuesta. Bueno... Quizá es verdad. Y siempre puedo subir las escaleras corriendo si Abel está dentro del coche. Le contesto con un escueto «sí». En el metro ella me envía unos cuantos mensajes más, unos con fotos de tíos buenos graciosas y otros explicándome que luego me

va a dar una noticia. A saber qué será.

Cuando llego a casa mi madre ya se está preparando para salir. Sus nuevas amigas tienen la costumbre de ir a tomar algo antes y después ya a cenar. Últimamente mi madre se pone muy guapa y eso es algo que me alegra. Como ve que me despojo de la ropa y me dirijo al baño, me pregunta:

—¿Vas a salir?

—Sí.

—¿Con Abel?

Tardo unos segundos en responder.

—Sí. Y con Cyn y su novio —miento.

—Echo de menos a Abel. ¿Cuándo se va a pasar por aquí? —Mi madre se mete conmigo en el pequeño baño para peinarse.

Yo corro la cortina de la ducha y abro el grifo para intentar que mi voz no suene apesadumbrada.

—Pronto terminará con el nuevo trabajo. Está muy estresado, viajando de aquí para allá.

—¿Pero no tiene ni un ratito para venir a verme? —Mi madre realmente parece tristonera porque Abel no se acerca.

—A ver si le digo que lo saque la semana que viene, ¿vale?

Me enjabono el pelo con toda la fuerza del mundo, como si así pudiese librarme del malestar. Mientras me lo aclaro, escucho a mi madre despedirse. A medida que el agua cae por mi cuerpo, me doy cuenta de que yo también echo de menos a Abel. Va a ser mi primera cena sin él desde que nos separamos hace unos días. Por un momento me dan ganas de enviarle un mensaje al salir de la ducha, de decirle que bueno... que estoy bien. Y de saber cómo está él. Pero no lo haré. Tengo que aguantar unos días más, darme cuenta de lo que realmente quiero y necesito. Y que él comprenda que la vida es difícil y, que en el amor, no todo vale.

Al salir de la ducha escucho mi móvil. Voy corriendo con una toalla en el cuerpo y otra en el pelo. Es Cyn.

—Dime.

—Que ya estamos yendo. ¿Estás lista?

—Me seco el pelo y me visto y ya está.

—¡Pues no tardes que encontrar aparcamiento en tu pueblo es una mierda!

—Nooo...

Me seco el pelo todo lo rápido que puedo pero como ya lo tengo bastante

largo, pues al final me lo dejo un poco húmedo. Después rebusco en el armario y elijo una falda vaquera, unas medias y un suéter calentito. Tan sólo me rizo las pestañas y me echo un poco de colorete y brillo de labios. Total, para qué me voy a arreglar. No hay nadie para quien me tenga que poner guapa. Cinco minutos después de que me haya terminado de asear, Cyn me hace una perdida. Cojo el bolso, cierro la puerta con llave y bajo corriendo. Me noto un poco nerviosa y no sé exactamente por qué. Marcos y mi amiga me esperan en el coche. Cyn me saluda con la mano de manera muy efusiva. Yo me quedo cerca del portal hasta que compruebo que en la parte de atrás no hay nadie. Bueno, que no está Abel para ser más claros. Miro a un lado y a otro de la calle. No quiero que aparezca sin avisar como otras veces ha hecho.

—Parece que estés huyendo de alguien —me dice Marcos divertido cuando entro en el coche.

—Pues más o menos.

—Tranquila, que mi hermano no ha venido.

Suelto un suspiro silencioso de alivio. Cyn se gira para dedicarme una sonrisa.

—Vamos a Valencia a un bufé chino. Y después a una coctelería bien buena.

—Vale —respondo. Total, tampoco es que me apetezca hacer nada en concreto. Pero puede que sea mejor que quedarme en casa y perderme en mis pensamientos. Porque sé que habría pasado eso.

El restaurante está cerca del centro. Yo nunca he ido, aunque parece estar bien. Pero hay mucha gente, y eso es algo que nunca me ha gustado, y menos cuando tengo el humor caído. El camarero nos pregunta lo que queremos de beber y, en cuanto se lo decimos, Marcos se levanta para ir a por comida. Nosotras nos quedamos en la mesa para charlar un poco.

—Tú no estás bien del todo —dice mi amiga, apartando las manos para que el camarero deje el vino en la mesa.

—¿Cómo estarías tú?

—Cagándome en todo. Y es lo que deberías hacer tú. Una se siente mejor así que lloriqueando por los rincones.

—Yo no hago eso —me quejo.

Cuando Marcos regresa, somos nosotras las que vamos en busca de comida. Yo cojo carne y verduras para que me las cocinen en el wok. Cyn ya se ha puesto a dieta otra vez, a pesar de que su silueta siempre es perfecta.

—Venga, hazme la pregunta.

—¿Cuál? —intento disimular.

—Las mujeres somos así, Sara. Un poco masoquistas.

—Vale —me rindo. El cocinero me tiende el plato con mi carne y mis verduras—. ¿Le has visto? —pregunto mientras volvemos a nuestra mesa.

—Sí. Se ha pasado un par de veces por el estudio.

—¿Y cómo está?

—Pues... Él es el típico hombre que intenta fingir que va todo bien, pero, vamos, se nota que no.

—Quizá sí lo está.

—Vamos, Sara. Te lo dije desde el principio y eso es algo que creo que no va a cambiar: ese hombre te quiere muchísimo. Pero eso no quita que me parezca que también se ha comportado mal, claro.

Cambiamos de tema cuando nos sentamos a la mesa. Marcos nos está esperando. Me pone nerviosa la gente que come a lo bestia como este chico.

—¿Qué tal te va en el trabajo, Cyn? —pregunto, tras darle un sorbo a mi copa de vino.

—¡Genial! —responde ella, dejando en el plato el tenedor—. Mi jefe está contentísimo. Dice que soy una de las mejores abogadas más jóvenes que han pasado por ahí.

—Me alegro mucho. —Esbozo una sonrisa sincera. Después me dirijo a Marcos para ser amable—. ¿Y tú, qué tal?

—Yo como siempre. Buscando campañas y cosas de esas —contesta con la boca llena.

No hablamos mucho más mientras comemos. A mí se me hace un poco extraño que Abel no esté aquí para compartir la cena con nosotros como ya hicimos una vez. Aquella noche fue muy divertida. Fue magnífica. Sentí que éramos una pareja real que podía tener una relación normal.

—¿Sabes qué, Sara? —Cyn se inclina hacia delante con los ojos brillantes.

—¿Qué?

—Marcos y yo vamos a vivir juntos. —Se gira hacia él, con una de esas sonrisas acarameladas que me crispan. Pero supongo que yo también he sido así con Abel.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Le hemos pedido a mi hermano el estudio. Nos lo va a alquilar.

—Él nos lo ofrecía gratis, pero prefiero pagar. Vamos a hacer unos gastos,

así que... —Cyn ensancha la sonrisa cada vez más sin apartar la mirada de Marcos—. Esta chica se me ha enamorado de verdad.

—Me alegro mucho, de verdad —respondo con un hilo de voz.

Ellos se me quedan mirando con expresión extraña. Y es que no he podido evitar recordar cuando Abel, después de tan poco tiempo de habernos conocido, me pidió que me fuera a vivir con él. Y entonces descubrí lo de las fotos y se produjo nuestra primera separación. Suelto un suspiro y le doy otro trago a la copa de vino.

—¿Entonces Abel no está en el estudio?

—No, está en su casa —me dice Marcos. Me sonrío y se levanta para ir a por más comida. Es la tercera vez que repite.

Cyn se me queda mirando, pero no dice nada. Vaya, está aprendiendo a comportarse. Yo alzo la vista y le dedico una sonrisa. La suya es mucho más radiante que la mía. Alarga una mano y me acaricia la mía.

—Todo va a ir bien, ¿lo sabes?

—Claro.

—¡Y ahora después nos vamos a beber unos cócteles que nos van a subir a las nubes!

Me echo a reír. A las once y media salimos del restaurante y nos dirigimos a la coctelería a pie. Está cerca y es mucho mejor no coger el coche ahora que está bien aparcado. Me sorprende al entrar en el local. Es grande, de aspecto exótico y muy chulo. Nunca había venido, pero esta vez Cyn y Marcos han sabido elegir bien. El camarero nos encamina a unas sillas libres. En realidad es como un reservado porque cada lugar está separado por una especie de mini palmeras. ¡Me encanta! Y encima los asientos son muy cómodos, con cojines y todo.

—Está genial el sitio —les digo.

—¿Verdad? A mí me gusta mucho —contesta Marcos con una sonrisa.

—¿Ya habías venido alguna vez?

—Sí... Con Abel.

Su nombre me pone triste una vez más. Asiento con la cabeza, intentando no borrar mi semblante alegre, aunque cada vez me cuesta más. Apenas me cercioro de que estoy pidiendo un cóctel. Por favor, que tenga mucho alcohol. Cierto es que ahogar las penas en él no es bueno, pero no me importa. No quiero que la imagen de Abel acuda a mi mente esta noche.

Sin embargo, cuando los tres nos hemos tomado dos cócteles bien

cargaditos de alcohol, es inevitable que ellos se empiecen a desinhibir. Y más si es mi amiga Cyn, claro. Con la mirada borrosa me doy cuenta de que mi amiga le ha pasado una pierna por encima del muslo a Marcos y que este se la está acariciando de manera disimulada. Me molesta que, mientras hablan conmigo, se estén toqueteando, pero lo cierto es que yo misma me noto con más calor. Joder, estoy empezando a ponerme nerviosa. Cyn le da un morreo a Marcos que lo va a dejar sin respiración. Y me doy cuenta de que deseo acostarme con Abel como nunca. Pensar que estamos enfadados me pone aún más. ¿Pero cómo puede ser? ¿Qué clase de loca soy?

Me llevo una mano a la entrepierna sin poder evitarlo. Cómo deseo tenerlo ahí, ya sea su lengua, su polla o lo que sea. Yo estaba enfadada con él, joder. Pero es ese cabreo el que hace que tenga más ganas de tenerlo dentro de mí. Para acabar con todo esto, cojo el cóctel y le doy un pedazo de sorbo a la pajita.

—No me encuentro bien. ¿Podemos irnos?

Cyn se aparta de Marcos y me mira confundida.

—Pero si estabas bebiendo hace nada.

—Pues será eso, que he tomado demasiado alcohol.

Marcos me mira y después le dice a Cyn:

—Sí, yo también creo que deberíamos irnos ya. Es tarde.

Miro mi reloj. En realidad sólo son las doce y media. Pero vamos, este está tan caliente como yo y se quiere ir a follar con mi amiga. Cyn se encoge de hombros y los tres nos levantamos.

—¿Te vas a quedar en el estudio?

—No lo sé. —Me quedo pensando unos instantes—. Creo que será mejor que me vaya a casa. No quiero que mi madre esté sola.

En el coche aprecio cómo Cyn apoya la mano en el muslo de Marcos. A mí se me suben los calores otra vez. Ahora resulta que estoy hecha toda una *voyeur*. Lo cierto es que me he acordado de aquella vez que Abel vino a por mí y me llevó en su coche a un descampado y en él me comió entera.

—¿Te apetece que el lunes después de tu uni tomemos un café? —me pregunta Cyn, cuando estoy bajando—. Tengo libre.

—De acuerdo —me despido de ellos a toda velocidad.

Mi entrepierna cada vez arde más. Los pinchazos en el sexo me atosigan. Cuando llego al piso, me lanzo a la carrera al cuarto de baño. Me lavo la cara y la nuca para que se me pase el calentón, pero lo cierto es que no ocurre

nada de eso. Voy a la habitación y me empiezo a quitar la ropa. ¿Pero qué estoy haciendo? Me tumbo en la cama completamente desnuda, con el móvil al lado. Ni siquiera sé bien lo que estoy haciendo. Observo mi propio cuerpo, mi vientre contrayéndose a causa de las ganas que tengo de ser tocada. Pero como él no está, lo hago yo misma. Primero me acaricio el cuello, desciendo hasta los pechos. Me cojo un pezón y tiro de él. Se me escapa un gemido. Pienso en las veces en las que Abel y yo hemos hecho el amor. Mi cuerpo despierta aún más ante esas imágenes. Bajo la mano por el vientre y hago círculos en mi ombligo como él ha hecho alguna vez. Después la dirijo hacia mi sexo, que palpita, ansioso por recibir placer. En cuanto mi dedo se posa en el clítoris, se me escapa un gritito. Me lo llevo a la boca y lo chupo. Vuelvo a acariciarme, esta vez con más ganas. Con la otra mano me aprieto un pecho. Nunca me había tocado así, de esta manera tan desesperada y hambrienta. En mi mente Abel me lame los pezones, me penetra llenándome toda de él. Suelto otro jadeo. Me introduzco un dedo y lo muevo en círculos en mi interior. Estoy completamente mojada. Mi propia humedad me excita más.

Arqueo la espalda, abriéndome aún más de piernas. Acaricio todo mi sexo, deslizo mis flujos por él, juego con los labios, me los separo tal y como Abel hacía. Los calambres que me suben por las piernas me avisan de que pronto estallaré. Y, por arte de magia, una idea descabellada aparece en mi mente. La mano que está en mi pecho lo abandona y coge el móvil. Cuando me quiero dar cuenta, mi dedo se ha posado en el nombre de Abel. Aprieto y pulso el altavoz. La señal de llamada inunda la habitación. Y yo continúo tocándome, pensando en él, en sus manos en mi cuerpo, en su lengua en mis pezones, en su sexo en mi interior.

—¿Sara? —escucho de repente. El tono de su voz es ansioso.

Suelto otro gemido. Él se queda callado. Supongo que no entiende lo que está sucediendo, pero yo ahora no puedo parar. Introduzco otro dedo en mí. Su voz me ha excitado hasta límites insospechados.

—¿Sara? ¿Ocurre algo? ¿Estás bien? ¿Qué estás haciendo?

Sí, joder, no quiero que pare de hablar. Aunque suena preocupado, su voz es para mí como una cerilla que enciende la mecha de mi cuerpo. Me arqueo una vez más. Suspiro. Él se queda callado otra vez. ¿Y si piensa que estoy con otro hombre y que es una venganza? No, no lo creo. Y, de todas formas, no puedo parar ahora porque estoy a punto de irme.

—Tengo ganas de estar ahí... Contigo... —dice de repente.

—Abel... —murmuro. Me muerdo el labio. Los temblores en el vientre me sacuden. Mis dedos se mueven a una velocidad desorbitada. Mi sexo se contrae, palpita... Y explota. Un huracán me sacude. Toda mi espalda se arquea. Aprieto los muslos para retener el placer mientras gimo una y otra vez, con los ojos cerrados, escuchando su respiración agitada al otro lado de la línea.

Espero a que los espasmos me abandonen y a poder recuperar la respiración. Lo escucho al otro lado de la línea. No sé si habré conseguido que él se masturbe también, pero lo cierto es que puedo escuchar sus jadeos. Al cabo de unos segundos, me empiezo a sentir un poco avergonzada. Pero trato de evitar ese sentimiento porque, al fin y al cabo, no he hecho nada malo.

—Te echo de menos —murmura él con voz ronca.

—Lo sé —respondo, un tanto confundida.

—Espero que estés bien.

—Lo estoy. Yo también quiero que tú lo estés.

No responde. Es la primera vez que lo veo dudar. Me siento mal y, al mismo tiempo, bien. Eso quiere decir que tiene miedo de perderme del todo y no sabe cómo actuar.

—Te llamaré —digo unos segundos después.

—Estaré esperándote.

—Vale.

Cuelgo. Me quedo en la cama observando el techo hasta que el cuerpo se me empieza a enfriar y me tengo que tapar con la manta. No me ha dicho te quiero. Pero se lo agradezco, aunque eche de menos esas palabras. No quiero que las cosas se pongan más difíciles. Lo único que necesito es darme cuenta por mí misma de lo que tengo que hacer.

Por primera vez desde que nos separamos, duermo de un tirón.

18

El mes de febrero llega imparable. Sus inicios, y la mitad. Mi vida continúa siendo como una película surrealista porque yo misma no me entiendo. Lo único que hago es trabajar en la universidad, investigar con Gutiérrez y, después, encerrarme en casa para continuar con el proyecto. Sé que lo estoy haciendo para evitar pensar. En el fondo no viene mal. Dicen que no se puede olvidar, pero no es cierto del todo. Si quieres hacerlo, puedes olvidar. Cuesta. Es bastante difícil y doloroso. Pero si tienes la suficiente fuerza de voluntad, puedes echar todos tus recuerdos hacia abajo, presionar sobre ellos en los momentos de debilidad para que no suban a la superficie. Muchas veces es demasiado difícil y ascienden como burbujas llenas de imágenes luminosas. Pero los recuerdos no tienen por qué ser malos.

Durante estas semanas también he aprendido a recordar a mis seres queridos con una especie de nostalgia que no me provoca auténtico dolor. Por ejemplo, cada vez que recuerdo a mi padre, consigo sonreír. Se me llena la cabeza de imágenes en las que me balanceo en un columpio mientras mi madre me empuja y él me saca una foto. No, definitivamente los recuerdos no son tan malos.

Pero ¿entonces por qué estoy empujando con tanta fuerza los de Eric y Abel? Y encima son demasiado poderosos. Me asaltan cuando menos me lo

espero y por eso me paso el día tratando de que mi mente esté ocupada en cualquier cosa, por muy estúpida que sea.

Hace poco hablé con Eva. Ella está muy bien en Japón. Vive en un apartamento diminuto, pero es feliz. Le encanta dar clase allí y está aprendiendo mucho más japonés del que ya sabía. Me habla sobre la comida, sobre la cultura y sobre lo que hace cada día, que en realidad es muy diferente a sus hábitos de aquí. En un principio sólo se quedará un año, pero si acaban muy contentos con ella... Entonces quizá se quede otro más. Cuando me lo dijo, por un momento tuve una vena egoísta. Deseé que me dijera que no se quedaría allí otro año, que volvería conmigo porque yo estaba mal. Luego me di cuenta de que, cuando quieres a una amiga, no puedes pensar de ese modo.

Le conté mi discusión con Eric y Abel, aunque omití lo de las fotos. Simplemente le dije que habíamos peleado porque Abel había descubierto que Eric estaba enamorado de mí y unas cuantas mentiras más. Parece que últimamente me paso los días mintiendo. Ella me lanzó esa pregunta fatal que Abel me hizo el último día que nos vimos: que si yo sentía algo por Eric. Por el Facebook me fue mucho más fácil mentir. Automáticamente le contesté que para nada, que yo amaba a Abel. Y es cierto: cada día me doy más cuenta de lo mucho que lo necesito. Pero también está claro que, en este tiempo que he estado separada de él, me siento más tranquila. Ahora bien, dicen que el amor es sólo para los valientes y que si es fácil, no es amor. Lo de Abel y lo mío debe de ser un amor grandioso, que roza límites insospechados, porque hemos pasado por demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Mi madre también se dio cuenta de que algo sucedía. No quería, pero al final tuve que confesarle que Abel y yo nos habíamos dado un tiempo. Se puso bastante triste. Ella piensa que Abel es el hombre de mi vida, que jamás ningún hombre me ha mirado de la forma en que lo hace él. ¡Ni siquiera Santi! Para que mi madre diga eso tiene que estar también muy enganchada a Abel porque sé lo mucho que quería a Santi. Me ha hecho prometer que piense muy bien las cosas y que no deje escapar algo que puede ser muy bonito. Sé que en parte me lo decía mientras recordaba a mi padre. Y bueno... Puede que tenga razón.

Hoy he quedado con Cyn porque me he propuesto hacer algo que siempre he visto en películas románticas y que había pensado que era una gilipollez. Sin embargo, ahora no me lo parece y mi amiga está encantada. Vamos a hacer una lista con los pros y los contras de mi relación con Abel.

En realidad, tengo miedo. Me asusta que la parte de lo negativo sea mucho mayor que la de lo positivo. Rezaré para que Cyn encuentre aquello feliz que yo no puedo.

La espero sentada dentro de una cafetería. Me dedico a observar a la gente que charla alegremente. Hay una pareja muy acurrucada, besándose con esa suavidad y al mismo tiempo el anhelo de los que llevan poco tiempo juntos y aprovechan cada instante. Me caliento las manos con el té que he pedido. Al cabo de diez minutos, Cyn aparece con una preciosa chaqueta. Un par de chicos alzan la cabeza de sus asuntos cuando se dirige a mí.

—Cariño —me da un abrazo y dos besos—, perdona que me haya retrasado, pero he tenido que dejar terminados unos asuntos del trabajo.

—No te preocupes. —Esbozo una sonrisa.

—¿Preparada?

—¿Ya vamos a ello?

—Valor y al toro, Sara. Casi hace un mes que no ves a Abel. Es hora de tomar tus decisiones, ¿no crees?

Me quedo pensativa unos segundos. A finales de este mes es nuestro aniversario. Si voy a hacer esta lista es porque quiero quedar con él ese día y darle mi respuesta. Asiento con la cabeza. Espero mientras se pide un café y un cruasán. Una vez la camarera se ha marchado, me mira con ojos brillantes. Se saca una libretita del bolso y un boli fucsia, su color favorito. Los deja sobre la mesa y escribe a la derecha «Bueno» y a la izquierda «Malo». Después empuja el cuaderno hacia mí.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Por lo que me venga a la cabeza. Pero escribe tú, *porfa*.

—Como quieras. —En realidad está encantada con esto—. Pues venga, suelta por esa boquita.

—Vamos a ver... Es guapo. Me encantan sus ojos. La forma en que me mira. Sus palabras de ánimo, el calor que me da cuando lo necesito. —Espero a que Cyn anote todo lo que le estoy diciendo.

—¡Ajá! Mira, ya tenemos muchas cosas buenas. —Sonríe. Alza la vista y me mira para que le diga más.

—Pero... siempre hay alguien en su vida que viene para jodernos. Me ha ocultado muchísimas cosas y tengo miedo de que todavía haya más secretos. —Me llevo la taza a los labios para tomar otro sorbo—. Alguna vez ha sido controlador y cuando se pone de mal humor, es un poco difícil de aguantar.

—Venga, volvamos a lo bueno. —Insiste Cyn, poniéndose un poco nerviosa—. ¿Qué me dices del sexo maravilloso que te da? —Suelta una risita mientras anota.

—Ya. —Echo un vistazo por la ventana—. Y ha sido muy bueno con mi madre. Sí, si en realidad es un buen hombre. Cariñoso, pasional, comprensivo, inteligente...

—¡Si al final va a ser un buen partido y todo! —exclama Cyn, muy contenta.

Pero entonces se me pasan cosas por la cabeza que le obligan a ponerse tan seria como yo.

—Me ocultó lo de las fotos y eso es algo que colmó el vaso. —Me inclino para ver lo que mi amiga ha apuntado en el cuaderno. Más o menos lo negativo y lo positivo está a la par—. No me gusta su pasado.

—Pero el pasado es algo que hay que aprender a aceptar, Sara, porque no se puede cambiar. Y, de todos modos, ahora tú y él sois el presente.

—Yo no puedo pasarlo por alto. —Niego con la cabeza. Y entonces, suelto la peor frase—. Y encima... Está lo de su enfermedad. Me olvidará, Cyn. —La voz se me estrangula—. Me marcharé de su cabeza. No tendrá recuerdos de mí.

Cyn deja de anotar. Me mira con semblante triste y preocupado.

—¿Cómo lo estará pasando estos días? ¿Y si está peor por mi culpa? El médico le dijo que necesitaba tranquilidad. —Noto que me escuecen los ojos—. Pero yo no quiero estar con él por pena.

—¿Y quién dice que lo estés por eso? —Mi amiga chasquea la lengua. Se cruza de piernas en uno de sus elegantes gestos—. Te conozco bastante, Sara Fernández, y tú no estás con Abel por lástima.

—¿Entonces?

Se acerca a mí con el cuadernito y me obliga a mirar lo que escribe. En la parte de cosas buenas dibuja un enorme corazón y debajo «amor infinito». Me mira con una sonrisa.

—Tú estás con él porque le quieres. Le amas de una manera que no lo consigue mucha gente. Fue así casi desde un principio.

—A veces el amor no es suficiente —respondo, rememorando el poema de Peixoto.

—No lo es si no quieres que lo sea.

Me quedo callada y observo la lista una vez más, pensando en silencio.

Cyn me señala lo último que ha escrito con una magnífica sonrisa. Claro, para ella es muy fácil porque Marcos es una persona sencilla. Ellos no van a tener nunca los problemas que yo he tenido con Abel. Lo cierto es que lo fácil nunca me había gustado, pero ahora mismo estoy hecha un lío.

—Estudia esta lista. Sé consecuente con tu corazón.

—Parece una frase sacada de una de esas pelis con final feliz —apunto, con una triste sonrisita.

—En ocasiones hay que aplicárselas a la vida real. —Cyn se termina su café.

—Lo echo de menos —murmuro, sincerándome.

—Lo sé. Y él a ti.

—¿Lo has vuelto a ver? —Alzo la cabeza, esperanzada.

—Alguna vez. Está bien... Un poco cansado, pero parece bien. También un poco triste. Noté en su mirada un extraño vacío.

Suelto un suspiro. Cyn está usando la estrategia de conmovirme y me parece fatal. Pero no tengo fuerzas para decirle que no lo haga. En realidad, quiero estar segura de que Abel me echa de menos, que no soy la única que lo está pasando mal.

—Me tengo que ir —le digo a mi amiga, rasgando la hoja de papel y guardándomela en el bolso.

—Mándame un mensaje con tu decisión —me dice.

—No la tendré hoy ni mañana —contesto levantándome de la silla.

—Lo sé. Tómate tu tiempo.

Para que me diga esto Cyn, con lo impaciente que es... Salimos al frío de febrero. Ella me da un achuchón muy grande y después me acompaña hasta la estación de trenes. Me abraza otra vez y se despide de mí con una sonrisita pícara. Mientras espero mi tren, estudio detenidamente la lista de pros y contras. No sé si esto ha servido de algo, pero lo cierto es que no puedo apartar la vista de ese gran corazón que mi amiga ha dibujado. El mío es así de grande gracias a que Abel apareció en mi vida. No quiero que se vuelva a hacer pequeño.

—¿Sara?

Una voz familiar me saca de mis pensamientos. Me giro muy lentamente, con el corazón palpitando desbocado. Cuando me topo con sus ojos verdosos, trago saliva. Pobre de mí, ¿por qué me tienen que pasar estas cosas? ¿No es Valencia lo suficientemente grande como para no tener que encontrarnos?

¿Tenía que ser justo en este momento?

Bajo la vista hacia la maleta que sostiene. Después observo sus vaqueros informales y la chaqueta de lana. No me atrevo a volver a mirar sus ojos. Ahora mismo no tengo las palabras y la fuerza necesarias como para enfrentarme a esta persona.

—Hola —dice.

Pero yo me mantengo callada. Y al segundo siguiente estoy apartándome de él y andando en busca de mi tren, a pesar de que no han dicho aún la vía y no sé dónde lo pondrán. Para mi desgracia, escucho las ruedas de la maleta a mi espalda. Aprieto el paso, pero él me llama. Así estamos, todavía con esa poca vergüenza.

—¡Eh, Sara! Espera, por favor. Sólo quiero saber cómo estás.

La rabia me invade otra vez como la última ocasión en que lo vi. Me detengo en seco y él choca conmigo, pero se aparta de inmediato. Me doy la vuelta y esta vez sí lo miro directamente a los ojos.

—¿Para qué quieres saberlo, eh? ¿Si te digo que estoy bien planeas algo para joderme otra vez? ¿Y si te digo que estoy mal? ¿Te pondrás contento? — Sé que mis palabras son duras, pero no puedo evitarlo. Estoy enfadada en parte porque si no hubiera sido por lo que hizo, ahora Abel y yo estaríamos juntos y supuestamente tranquilos.

—Yo... No. Nunca me pondría contento si tú estás mal. —Eric se pasa la lengua por el labio inferior en un gesto nervioso—. Y jamás te jodería. No otra vez.

Meneo la cabeza. Nos quedamos callados durante un largo rato. Es él el que rompe el silencio, al tiempo que señala su maleta.

—Me voy a Madrid. Voy a trabajar en una campaña.

—Qué bien que continúen saliéndote ofertas —le digo de manera dura, fría, irónica, como para recordarle que ha sido gracias a mí, porque si no continuaría siendo el ayudante de Abel.

Él se queda callado. Desvía la vista hacia un par de personas que pasan a nuestro lado. A continuación, la vuelve a posar en mí. Bien, al menos de verdad parece estar avergonzado.

—¿Cómo está Abel?

Me pongo nerviosa. Aprieto la cinta de mi bolso hasta hacerme daño. Tengo que tragar saliva para contestar.

—No lo sé. —Me gustaría mentirle y decirle que todo nos va a la

perfección, pero ya estoy cansada de hacerlo. Y, en el fondo, quiero que se sienta mal, que se dé cuenta de lo que ha conseguido con su traición.

—¿Y eso? —pregunta, confundido.

—Abel y yo nos hemos dado un tiempo. Desde el día aquel en que discutimos los tres —le confieso.

Eric abre la boca como para decir algo, pero después se lo piensa mejor y se calla. Yo me espero unos segundos más, pero como veo que no hace nada, alzo una mano en señal de despedida.

—Adiós, Eric. Que te vaya bien el trabajo.

Sin embargo, él me llama otra vez. Yo continúo caminando hacia a saber dónde, hasta que su mano me atrapa del brazo y a mí hay algo que se me revuelve en el estómago. Me gira hacia él y me obliga a mirarlo. No, si en realidad soy yo la que lo está haciendo, nadie me ha puesto una pistola en la cabeza. Estudio sus ojos marrones verdosos, leo la tristeza y preocupación en ellos y, durante unos momentos, siento algo de culpabilidad y ni siquiera sé por qué. Pienso en lo que Abel me dijo durante nuestra confesión: que yo quería a los dos. Y recuerdo mi respuesta: que no es posible amar a dos personas. No obstante, sé que era mentira. Puede que yo no ame a Eric como a Abel, pero sí hay parte de él en mí, hay una huella en mi corazón que me lo está pisando al tenerlo en este momento delante de mí.

—Lo siento —murmura, con la voz apagada.

—Es muy tarde para disculparse, Eric —contesto. Todavía tengo su mano cogiéndome del brazo y lo agito para que me suelte.

—No he vuelto a tener contacto con Nina —dice de repente.

El estómago se me revuelve al escuchar el nombre de esa mujer tan odiosa. Separo los labios, sin saber muy bien qué decir. ¿Por qué tiene que contarme ahora esto? ¿Es que todavía piensa que me va a tener? Puede que en mi corazón esté esa huella, sí, pero el perdón no llegará tan pronto y, de todas formas, no le elegiría a él si tuviera que hacerlo.

—Muy bien. Ahora ya has aprendido la lección —respondo, hablándole como si fuera un niño pequeño—. No hay que juntarse con personas malas.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte con lo de Abel? —pregunta.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! No es algo que se pueda solucionar tan fácilmente, y menos que puedas hacerlo tú. —Lo miro con reproche.

—Sólo quiero que los dos estéis bien, que seáis felices.

—No era eso lo que antes querías —escupo con rabia.

—He tenido tiempo para pensar y para darme cuenta del terrible error que he cometido. —Clava la mirada en mí de una forma tan intensa que tengo que dar un paso hacia atrás, a pesar de que no la aparto—. Cuando pierdes algo importante, es cuando te arrepientes. Pero el daño ya está hecho.

Siento ganas de gritar con toda esta conversación. Me llevo una mano al pelo y me enredo un mechón entre los dedos sin saber cómo continuar con esto. Escucho por los altavoces el anuncio de mi tren. Bueno, al menos esto me va a salvar.

—Ya está mi tren —digo, señalando hacia atrás.

—Sara, yo te amo. —Me coge una vez más del brazo. Por un breve segundo mi cuerpo intenta rechazarlo, pero al final me quedo quieta, notando esa calidez que me embargaba cada vez que me tocaba. Los ojos se me empiezan a humedecer. No, joder, qué mierda... Me revuelvo—. No, espera, deja que sólo te diga esto. Voy a desaparecer de tu vida, de verdad. Ni siquiera te saludaré cuando te vea por la calle. —Niego con la cabeza, como si no me importara lo que me está diciendo, pero no es cierto. Me importa, y mucho—. Pero quiero que sepas que aunque te quiero más que a ninguna otra mujer, me voy a retirar.

—¿Cómo? —parpadeo, confundida.

—No puedo luchar por tu amor. Lo hice de manera rastrera. Pero ahora ya no lo voy a hacer más de ninguna forma. —Su mano camina hasta mi hombro, el cual me aprieta con... ¿cariño?—. Jamás te voy a olvidar, Sara —baja la voz. Y mi corazón, que estaba tan lleno de rabia, se ablanda un poco—. Te llevaré aquí dentro cada día de mi vida. —Se lleva una mano al pecho. Y el mío retumba—. No he conocido a ninguna persona como tú.

—Por favor, Eric... —Una lágrima cae por mi mejilla. Y él se atreve a secármela, pero lo cierto es que yo no se lo impido.

—No llores. Pones cara rara cuando lo haces. —Esboza una triste sonrisa. Apoya la mano en mi mejilla y yo, en lugar de apartársela, cierro los ojos y lloro con más fuerza—. Sé que lo has pasado muy mal por mi culpa. No sabes cuánto me arrepiento. Si tuviese la oportunidad de volver atrás, guardaría el amor que siento por ti en mi alma, pero jamás haría lo que hice. Ahora me doy cuenta de que en el amor no todo vale. —Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Grandes, brillantes, tan verdosos... tan tristes. Los míos no pueden dejar de soltar lágrimas—. Y también atesoraría la amistad de Abel. Son las dos cosas más bonitas que he tenido en mi vida y, por mi estupidez,

he perdido las dos.

—Eric... —murmuro, con la boca llena de saliva a causa del llanto.

—Sólo quiero que Abel y tú seáis felices. —Me coge una mano, se la lleva a la boca y me besa el dorso—. Por eso, regresa con él. Perdónalo, porque él no ha tenido culpa de nada. Sólo es que la vida no es fácil. Las decisiones que tomamos no son siempre las correctas. Tú lo sabes, Sara.

Niego con la cabeza, aturdida, dolorida, muy triste.

—Él te quiere más que a nada ni a nadie. Te necesita. —Me coge de la barbilla para que lo mire—. Y tú a él. Estáis hechos el uno para el otro. Tú eres lo más importante en su vida. Y sé que él también lo es en la tuya.

—No todo es tan fácil... —murmuro.

—No estoy diciendo que lo sea. —Se saca un pañuelo del bolsillo y me lo entrega—. Pero hacedlo. Luchad para que lo sea.

Me quedo mirándolo sorprendida. Jamás me había hablado de esta forma. Todo el rencor y el enfado que tenía se están evaporando poco a poco. Y no quiero, porque creo que me sentía mejor estando enfadada con él.

—Vuelve con él, Sara. —Me aprieta la barbilla y yo observo sus intensos ojos—. Aprovechad el tiempo. Tú y él, más que nadie, sabéis que la vida no dura para siempre, que los mejores momentos sólo se quedan un instante. Guardadlos aquí. —Se lleva otra vez la mano al corazón.

Me suelta y echa un vistazo a la pantalla donde pone el horario de todos los trenes. Tras comprobar el suyo, me mira a mí de nuevo y esboza una sonrisa.

—Sé feliz. Te lo mereces. Pero sé feliz al lado del que fue mi mejor amigo.

Y echa a andar. Se aparta de mí, cada vez se aleja más y yo estoy allí, clavada en el suelo como una estatua, como si los pies se me hubiesen pegado. Aprieto los puños, con la sensación de que tiene razón, de que nuestros trenes sólo pasan una vez en la vida y de que, a veces, aunque te equivoques en las decisiones, es mucho mejor tomarlas y comprobar lo que sucede a quedarte con la duda de lo que podría haber pasado.

Corro unos pasos mientras le llamo. Él se da la vuelta, aunque no se detiene.

—¡Te perdono! —grito. La gente a mi alrededor me mira.

Esta vez sí se para. Abre la boca, sorprendido. Luego dibuja esa tierna sonrisa que tanto me ha gustado siempre.

—Te perdono, Eric —vuelvo a decir, bajando un poco la voz. Pero sé que él me ha escuchado.

En sus labios se dibuja una palabra: «gracias». Tras esto, se gira y echa a andar de nuevo.

Se pierde entre la gente...

Y yo siento en mí un alivio que me obliga a sonreír con auténticas ganas.

19

Me coloco bien el tirante del vestido. Echo un vistazo alrededor de manera nerviosa. Todas las mesas están llenas de parejas celebrando sus aniversarios, de familias disfrutando de una tranquila y agradable velada. Y aquí estoy yo, sola. Con el estómago dándome vueltas. Quizá no venga.

Hace dos días le envié un escueto mensaje. «Nos vemos en La Dolce Vita el día que tú sabes. A las diez». No puse que le esperaría ni nada, simplemente di por hecho que iba a acudir. Sin embargo, ahora no estoy tan segura. Hemos estado un mes separados, sin que yo le haya llamado, sin permitir que él lo haya hecho. Pero se supone que es así como funciona esto. Vamos, cuando dos personas se dan un tiempo, es preferible que se mantengan lejos.

Necesito que acuda. Tengo que decirle lo que he estado pensando todo este tiempo. Debo comunicarle mi decisión. Quizá no sea la más correcta, pero es la única que me parece coherente después de todo lo que hemos pasado.

El camarero acude otra vez a mi mesa y me pregunta si quiero más vino. Asiento con la cabeza.

—¿Quiere pedir ya la cena?

—No. Esperaré unos minutos más —respondo, de forma tímida.

Me miro las uñas de manera nerviosa. Me dan ganas de empezar a

comérmelas, pero este es un restaurante muy elegante. Dirijo una nueva mirada a mi atuendo: me he puesto un bonito vestido que tenía por casa y que hacía mucho que no usaba. Me he recogido el pelo en una coleta que cuelga por mi hombro derecho. No me he maquillado mucho. Tampoco quiero que piense lo que no es. Rebusco en el bolso y saco la nota arrugada. Es la lista que Cyn y yo hicimos, con los pros y los contras. La leo con detenimiento, aunque me la sé de memoria. Después repaso mentalmente lo que le voy a decir. A cada segundo que pasa me pongo más nerviosa. El restaurante cada vez se llena más y aquí estoy yo: sola, pequeña y asustada.

El camarero me trae mi copa de vino y me observa con curiosidad. Yo echo un vistazo a la hora en el móvil. Él tendría que haber acudido hace veinte minutos.

—¿Le tomo nota? —insiste el camarero.

Niego con la cabeza. Le señalo la copa de vino con una triste sonrisa.

—Creo que me tomaré esto y me marcharé. Quizá necesiten la mesa.

Él asiente y se marcha, dejándome sola. Supongo que piensa que me han dado plantón. Sí, creo que así es. Esto lo único que puede significar es que ya nada es lo mismo, que él está muy enfadado conmigo o a saber qué. O... o quizá esté peor y no pueda acudir. Puede que le tenga que llamar y averiguar lo que sucede. Pero es que me da miedo escuchar su voz por teléfono. A pesar de mis reservas, saco el móvil y marco su número. El tono de llamada me pone nerviosa. Suena una y otra vez, pero nadie lo coge. Suelto un suspiro resignado. Tengo ganas de llorar pero, para mi sorpresa, tampoco estoy demasiado triste. A lo mejor he conseguido convencerme a mí misma de que esto podía suceder.

Me levanto y cojo mi abrigo de la silla. Mientras me lo pongo, agacho la cabeza avergonzada. La gente se habrá dado cuenta de que sólo soy una chica solitaria con mirada triste. Así es como he sido casi toda mi vida. Pero entonces, cuando me estoy abrochando los botones, noto una presencia a mi lado. Imagino que es el camarero que ha vuelto para cobrarse las copas de vino. Sin embargo, al mirar los zapatos que se encuentran ante mí, los reconozco de inmediato.

El corazón me salta en el pecho de tal forma que se me corta la respiración. Me quedo unos segundos observando esos zapatos, hasta que por fin alzo la vista y me encuentro con esos ojos que tanto he amado. Esos ojos grandes, azules, intensos, apasionados. Me están observando de una forma extraña, de

una manera que hace que todas mis creencias se tambaleen, que me hacen dudar en mi decisión.

—Hola, Sara —me saluda, esbozando una pequeña sonrisa.

—Abel —exhalo su nombre, con el corazón brincando desbocado. Pobrecillo... ¿Cuántos sobresaltos puede soportar?

—Siento haber llegado tarde. Tenía médico a las siete y media, pero la cosa se ha alargado y después he tenido que ir a casa para, al menos, arreglarme un poco. —Se señala a sí mismo.

Estudio su atuendo. Pantalones negros que marcan sus esbeltas piernas, una camisa de color blanco que resalta su cremosa piel, el chaleco negro que tanto me gusta y una bonita corbata del mismo color. Está guapísimo. Me atrevo a decir que más guapo que nunca, a pesar de que aprecio en su rostro restos de cansancio. Incluso sus ojos lo están.

—No pasa nada —susurro. Me siento tímida, como si fuese la primera vez que quedamos.

—¿Quieres que nos sentemos? —me pregunta, señalando la mesa.

—Claro. —Me quito a toda velocidad el abrigo y lo coloco en la silla otra vez. Él toma asiento enfrente y se me queda mirando hasta que yo también lo hago.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Tenía en mi mente todo lo que le quería decir. Sin embargo, me he quedado en blanco ante su asombrosa mirada.

El camarero acude con una sonrisa y toma nuestros pedidos. Yo he pedido un plato ligero porque sé que estoy demasiado nerviosa como para comer mucho. Esperamos a que le traigan a él su copa de vino y, una vez las tenemos los dos, nos quedamos mirando. Son unas miradas que provocan que todo lo que está a nuestro alrededor desaparezca. No hay nadie más. Estamos Abel, yo, y el tiempo deteniéndose por nosotros. Tan sólo noto el palpitar de mi pulso en cada parte de mi cuerpo y el corazón agrandándose en el pecho.

—Estás muy guapa —dice él, observando mi vestido y mi peinado.

—Gracias. Tú también. —Intento sonreír, pero estoy tan nerviosa que apenas me sale una mueca.

Hasta que nos traen la cena conversamos sobre nuestras vidas, acerca de lo que hemos hecho. Me pregunta sobre mi madre y realmente se muestra muy interesado por saber cómo está. Luego, sin quererlo del todo, le confieso que me encontré con Eric. Pero omito lo último que le dije. Durante la cena nos

mantenemos más callados, tan sólo lanzándonos miradas. Abel me sonríe, pero yo continúo tan seria como antes, pensando en la lista que se halla escondida en mi bolso, recordando las frases que me he preparado para decirle.

Cuando terminamos, decidimos no pedir postre. Miro alrededor y me doy cuenta de que el restaurante continúa lleno. No me siento bien aquí, con tanta gente. Quiero ir a un lugar más vacío, en el que pueda conversar con él tranquilamente.

—¿Nos vamos a un parque?

—Claro. Como quieras —acepta él.

Cada uno paga su parte de la cuenta. Salimos a la calle en silencio y así nos quedamos delante de la puerta del restaurante. Me siento tan rara... En realidad estoy asustada porque, ahora que le tengo delante, me doy cuenta de lo mucho que le he echado de menos. Caminamos hasta los Jardines del Real. Siempre me ha gustado venir porque era donde me traían mis padres cuando era pequeña. Paseamos por entre los árboles, muy callados. Él con las manos metidas en los bolsillos y yo apretando mi bolso contra mi cuerpo, intentando acallar los insistentes latidos de mi alocado corazón.

—¿Sabes qué día es hoy, no? —digo de repente.

Abel se detiene. Yo avanzo unos pasos más, hasta que también lo hago. Me quedo de espaldas a él, con la cabeza gacha, entre tímida, nerviosa y nostálgica.

—Por supuesto, Sara.

Las lágrimas se me agolpan en los ojos. Echo a andar otra vez y él me sigue a unos pasos por detrás de mí.

—Ese día jamás se me olvidará.

Esa frase me pone en alerta. Pienso en su enfermedad. Me muerdo los labios. Recuerdo que antes me ha dicho que ha ido al médico y no le he preguntado sobre él.

—¿Cómo estás de...? —No me atrevo a decirlo. Se me traban las palabras.

—Bueno, ahí vamos.

Su voz no suena del todo segura. Sé que ha pasado algo mientras no hemos estado juntos, pero no me lo quiere contar. Me doy la vuelta y lo miro con tristeza. Él se queda muy quieto, con los labios entreabiertos, entendiendo mi mirada.

—El médico me ha aumentado la dosis.

—¿Eso quiere decir que...? —Mi voz tiembla.

—Sólo es por prevención. He estado un poco estresado y la cabeza se me ha ido un poco más. Pero no quiere decir que la enfermedad haya ido a peor.

—¿De verdad? —pregunto, sin creérmelo del todo.

—No te mentiría en eso, Sara. —Se coloca delante de mí.

Alzo el rostro y clavo mi mirada en la suya. Todo mi cuerpo tiembla al verme reflejada en sus ojos. Me reconozco en ellos y veo a esa Sara que se empezó a querer, a gustar, a creer que podía hacerlo todo en la vida. Tampoco han pasado tantas cosas malas desde que le conocí, pero... Estrujo la nota que llevo en el bolsillo. Me gustaría mirarla una vez más, pero me da miedo cambiar de opinión si lo hago.

—¿Nos sentamos? —le pido, señalando el banco más próximo. Tengo las piernas hechas merengue, así que no voy a poder aguantar de pie mucho más. Él asiente y nos dirigimos al banco. Cada uno se sienta en un extremo. Yo me froto las manos, sintiendo en mi rostro acalorado su atenta mirada.

—Te veo bien —dice, de repente.

¿Estará pensando que el haber estado separados durante un tiempo me ha traído tranquilidad? ¿Es que se me ve en la cara?

—He estado trabajando mucho en el máster y en el proyecto —le explico.

—Vas a llegar adonde tú quieras, Sara. Siempre lo he creído. Tienes talento.

Me giro hacia él. La luz de la luna se refleja en su rostro y, de nuevo, como aquella vez en que hicimos el amor en el hotel de Barcelona, cuando lo encontré desnudo en la terraza, se me antoja un ángel oscuro y misterioso. Pero él... él ha sido mi ángel. Y yo el suyo. Nos hemos salvado el uno al otro de una soledad y un dolor hondos.

—¿Sabes por qué te he hecho venir? —le pregunto, nerviosa.

—Creo que sí —responde, poniéndose serio.

—Necesitábamos terminar con esto —susurro. Mi voz más temblorosa que nunca.

Él se queda callado unos instantes. Eso me ayuda porque así yo puedo continuar con todo lo que quiero decirle.

—He tenido tiempo para pensar y darme cuenta de lo que quiero —le confieso, sin apartar mi mirada de la suya—. Desde que te conocí, ha habido buenos y malos momentos. He intentado situar los buenos por encima de los malos, pero realmente me lo has puesto difícil. —Esbozo una sonrisa triste y

me vuelvo a mirar las manos—. Te dije que aguantaría tu pasado, que no me importaba. Pero me he dado cuenta de que no es cierto.

Le miro, pero él continúa tan callado como antes. Me fijo en que los ojos se le han puesto rojos. El estómago se me revuelve en el interior al verlo tan desvalido.

—El pasado importa cuando regresa. Y el tuyo lo hace una y otra vez. No es culpa tuya, pero ocurre. —Ladeo los labios en un gesto de tristeza—. No puedo vivir tranquila así. Y tú tampoco. Nina nos jode, Eric nos traiciona, otra loca ex tuya nos persigue a saber para qué. Suena como una película, ¿verdad? —Meneo la cabeza con una sonrisa—. Pero no lo es. Tú y yo estamos aquí y somos tan reales como el dolor que siento ahora mismo en mi pecho.

Él se muerde el labio. Me tranquiliza que esté dejando que me explique, que me permita sacar todo lo que llevo dentro.

—Me gustaría vivir tranquila —digo, alzando la vista al cielo. La luna llena es enorme y la luz que irradia hace que me sienta como en una mística situación—. No me gusta el riesgo, te lo he dicho. Las cosas difíciles sí, pero siempre y cuando pueda tener el control sobre ellas. —Me froto las manos para hacerlas entrar en calor—. Aunque, para ser sinceros, me gustaba no tener control sobre ti. Me hiciste ver que la vida se puede vivir de otro modo —le confieso—. De un modo intenso, apasionante. Ahora puedo apreciar más todo lo que tengo. Antes me costaba.

—Sara, tú también me has cambiado —interviene. Se arrima un poco, aunque todavía estamos muy separados—. Me has convertido en un hombre nuevo. En uno que sabe lo que es amar otra vez. Y te lo agradezco, porque había olvidado uno de los sentimientos más bonitos del mundo.

Los ojos se me humedecen. Aparto la vista. Uf, por qué es tan difícil todo esto. Su voz me provoca escalofríos. Me revuelve entera, me transforma en una loca, en una mujer que quiere gritar, aullar a esa maravillosa luna. Pero tengo que continuar con lo que le quiero decir. Es la única forma de poder liberarme y terminar con todo.

—Lo he pasado muy bien contigo, Abel —le digo, bajando la voz. Las lágrimas empiezan a rodar. Tan calientes... Me quemán. Noto que él se tensa a mi lado—. Pero también muy mal. ¿Se tiene que sufrir en el amor? Muchos dirán que sí, que sólo es amor verdadero cuando discutes, o cuando lo pasas mal. Pero es que a mí me cuesta. No tengo claro que el amor lo pueda perdonar todo. Hay cosas que no se deberían perdonar, ¿no? —Ladeo la

cabeza y lo miro con curiosidad.

—Por supuesto que no —dice. También se está frotando las manos. Sus ojos brillan igual o casi más que la enorme luna que nos ilumina.

—Yo te he perdonado muchas veces. Y tú a mí también. Hemos cometido errores y hemos aprendido. Al fin y al cabo, eso es la vida —murmuro, casi más para mí que para él. Me quedo callada un ratito, escuchando su respiración agitada—. Hay un poema que me encanta que dice que el amor no sirve para nada y que nunca el amor, por muy grande que sea, es suficiente.

Él va a decir algo, pero se lo piensa mejor y se calla. Yo me estiro las manos, juego con las pielecillas de mis dedos. Nunca he estado más nerviosa en mi vida. Y puedo apreciar que él también lo está mucho. Esto es como una sentencia de amor y dolor.

—No, supongo que no —responde, con voz muy bajita.

—Pero la verdad es que yo ya no creo en ese poema —digo de repente, al cabo de unos minutos de silencio. Ladeo la cabeza de nuevo. Él me mira, entre sorprendido, curioso y esperanzado. Mi corazón se echa a correr como un loco otra vez—. Yo he decidido creer en el amor. No puede ser que después de todo lo que hemos luchado por estar juntos, esto no sea lo suficientemente grande como para no ser suficiente. El amor sirve, Abel. —Le clavo la mirada. La suya brilla... Hasta que aprecio una lágrima deslizándose por su pómulo. Me arrimo a él y se la seco con un dedo—. Sirve para ser mejores, como te he dicho. Para descubrir los diferentes matices de la vida y para encontrarse a uno mismo. Sirve para hacer que una persona que había decidido sacar a otra de su corazón, la mantenga con mucha más fuerza.

Abel me mira asombrado. Sus labios tiemblan y no puede decir palabra. Supongo que se esperaba que iba a terminar con él. Pero después de mucho debatirme entre la razón y el corazón, he comprendido que este es mucho más fuerte. ¿Que me equivoco? Entonces que así sea, pero jamás me arrepentiré de haber compartido mi vida con el hombre que la ilumina y al mismo tiempo la oscurece. Pero es que así es la vida, todo tiene sus luces y sus sombras, incluso la persona a la que quieres. Incluso el amor.

—No he dejado de quererte ni por un segundo —susurro, pegándome a su rostro. Y entonces, sin poder aguantarme más, me lanzo a sus labios y se los beso con pasión. Él reacciona con rapidez y me estrecha entre sus brazos. Nos fundimos en un apasionado beso que me deja sin respiración. Nuestros alientos se funden en uno, nuestras almas... Las noto. Las aprecio a las dos.

Ellas también se están abrazando como nuestros cuerpos.

—Ni yo, Sara. Te quiero en esta vida y lo haré en la siguiente. En todas las vidas posibles —me dice llorando.

Y yo también lloro. Y me río. Y ambos parecemos unos locos y me encanta esta locura que he conocido junto a él. Nos devoramos. Sus manos palpan todo mi cuerpo y las mías recorren el suyo. Mi sexo despierta con más fuerza que nunca.

—Llévame a tu casa —le digo, agarrándole con fuerza de la nuca—. No, mejor —rectifico—, llévame al estudio porque no puedo aguantar más tiempo sin tenerte para mí.

—Pero estarán Marcos y Cyn —me recuerda.

—No me importa. Que se vayan un rato al cine —respondo, riéndome.

Ni siquiera nos marchamos en su coche. Lo hacemos corriendo por las calles, agarrados de la mano, mientras la luna nos persigue. Reímos, lloramos, sentimos, nos volvemos a enamorar. Nos reconocemos en nuestras miradas y es maravilloso. Nos detenemos en las farolas para besarnos. Él, apoyado, yo apretujándome contra su cuerpo para no abandonarlo nunca. Quince minutos después llegamos al estudio y subimos las escaleras al trote. Cuando abre, escuchamos la televisión. Marcos se asoma curioso.

—Sube el volumen —le dice Abel.

Cyn aparece por detrás de Marcos y suelta una exclamación de sorpresa y alegría. Abel tira de mí hasta llevarme a la que era su habitación. Nada más cerrar la puerta, nos envolvemos otra vez. Me quita el abrigo con anhelo mientras me besa con desesperación. Yo le desanudo la corbata, le quito el chaleco y me deshago de su camisa. Él desliza mi vestido por mi cuerpo hasta caer al suelo. Después son mis medias las que susurran en el aire. Nos quedamos en ropa interior, pero yo no tengo suficiente. Se la bajo y él me quita la mía. Nos observamos durante unos instantes. Desnudos, expectantes, nuestros pechos y vientres contrayéndose por el deseo.

—Quiero perderme en ti cien mil noches y una más —murmura, estrechándome contra su cuerpo. Me aferro a su calor, me dejo caer en su perfume salvaje, mezclado con el de la excitación. Su sexo duro me roza el vientre, volviéndome loca.

—Hazme el amor, Abel. Métete en mí, por favor —le suplico.

Me hace un gesto para que espere. Entonces enciende una radio que hay en el escritorio y empieza a sonar una canción que no reconozco.

—Mejor así, para que Cyn y Marcos no nos oigan —dice.

Me tumbo en la cama con una sonrisa, esperándole con las piernas abiertas, con todo mi cuerpo floreciendo para él. Se coloca a mi lado y empieza a acariciarme.

—Tu piel me da vida —susurra a mi oído. Arqueo la espalda cuando sus dedos expertos recorren mi vientre con una suavidad inaudita. Se inclina y me lo besa. Sus labios me encienden aún más. Le cojo de la nuca para que nunca se aparte de mí—. Te deseo. Te amo, Sara. Me enloqueces. Me elevas y me haces caer otra vez, pero siempre resurjo. Es por ti que tengo tantas fuerzas, cariño.

Esbozo una sonrisa al tiempo que me besa. Su lengua explora la mía, jugamos, las enroscamos, nos saboreamos. Nuestro amor se extiende por cada uno de los poros de nuestra piel. Sus dedos me acarician toda, sin perderse un sólo rincón. Él me observa a medida que lo hace y el recorrido de sus ojos en mi cuerpo me hace anhelarlo todavía aún más.

—Estoy memorizándote, Sara —susurra, con la voz cargada de deseo—. Vas a quedarte en mi mente para siempre. Pero sobre todo, estarás marcada en mi corazón. Nunca vas a salir de él.

Alargo los brazos y le atraigo a mí. Mientras nos besamos otra vez, los acordes de una bonita melodía salen de la radio. Se trata de *Por fin*, de Pablo Alborán. Se me escapan las lágrimas al escuchar la voz del cantante. Pero son de placer y felicidad. La lengua de Abel acaricia mis pechos y se queda un buen rato en mis pezones. Yo arqueo el cuerpo. Me estoy saliendo de él, me veo desde arriba, puedo observar mi propia cara de placer, bañada también de amor. «Qué intenso es esto del amor. Qué garra tiene el corazón. Jamás pensé que sucediera así. Bendita toda conexión entre tu alma y mi voz. Jamás creí que me iba a suceder a mí». La voz de Pablo Alborán inunda mis oídos y me hace elevarme aún más.

—Te amo tanto, Sara... —murmura Abel con voz temblorosa.

Lo noto bajar y colocarse entre mis muslos. Me coge del trasero y me lo alza. Segundos después su lengua me está devorando. Yo suelto un gemido tras otro, retorciéndome, revolviéndome, agarrándome en la cama para no caer en el orgasmo que me acecha. «Por fin lo puedo sentir. Te conozco y te reconozco por fin. Sé lo que es vivir...»

—Ámame con todo tu cuerpo, Abel —le pido, agarrándolo de la espalda para que se acerque a mí.

Deja mi sexo y se coloca encima, aprisionándome con todo su cuerpo. Alzo las piernas y las enrolla a su cintura. Me echo hacia delante para que se meta. Su pene me roza la entrada y yo jadeo, con los ojos cerrados. Se introduce en mí con suma lentitud, permitiendo que pueda sentir cada uno de sus centímetros. Mi sexo se abre comprendiendo que es él, que siempre será él. Se empieza a mover con cuidado, como si yo fuese virgen, como si me fuera a romper. Realmente podría hacerlo. Me podría romper en cien mil pedacitos y luego él me volvería a recomponer.

Abro los ojos y me pierdo en su intensa mirada azul. Me acaricia una mejilla mientras entra y sale de mí. Hacemos el amor observándonos, estudiando nuestros gestos, escuchando nuestros jadeos, empapándonos de nuestro sudor, enganchándonos con los cuerpos. Y mientras tanto, Pablo Alborán dice una frase que me parece maravillosa. «Tú me has hecho mejor. Mejor de lo que era. Y entregaría mi voz a cambio de una vida entera. Tú me has hecho entender que aquí nada es eterno, pero tu piel y mi piel pueden detener el tiempo».

—Ojalá se detuviera de verdad mientras tú estás dentro de mí —digo entre jadeos.

—Lo conseguiré. Haré que se detenga para que nuestros cuerpos nunca se separen.

Le estrujo contra mí, clavando mis uñas en su espalda. Él suelta un gruñido y se empieza a mover más rápido. Su sexo me devora con una pasión desmedida. Le aprieto con mis piernas, intentando fundirme con él. Jamás habíamos hecho el amor de esta manera: tan límpida, tan inocente, tan sincera. Con todo el amor que invade nuestras almas. Y es mucho. Es infinito.

—Feliz aniversario, Abel —susurro, a punto de desbordarme.

—Feliz aniversario, Sara —responde él, callándome con un beso.

Y entonces, me escurro. Mi sexo se contrae una y otra vez en cientos de espasmos maravillosos. Chillo su nombre como no había hecho nunca. Me muevo para conseguir más placer, un placer que no sólo está en mi cuerpo, sino que me roza el corazón y la mente. Soy inmortal. Lo soy en los brazos de Abel. Y quiero mantener esta sensación para siempre. Unos segundos después, él se corre también. Lo hace en silencio, mirándome a los ojos, traspasándome todo su amor. Después cae sobre mí y yo le abrazo y acaricio su espalda sudada. Cierro los ojos, deseando quedarme en esta postura para

siempre.

—Te amo —susurra en mi oído.

—Y yo.

—¿Quiere decir esto que te vas a quedar conmigo? —pregunta, aún jadeante.

—¿Tú qué crees? —Me muevo para mirarlo.

—Voy a hacerte la mujer más feliz del mundo —dice, apoyando una mano en mi frente.

—Me conformo con ser la más feliz de este pedacito de cielo.

Nos quedamos un buen rato así. Ni siquiera su peso sobre mi cuerpo me importa. Después, él se coloca a mi lado y nos abrazamos, sin dejar que pase el aire entre nosotros.

—¿Abel?

—¿Sí?

—Me quiero ir a vivir contigo. Para siempre —digo.

Él se queda callado. Esbozo una sonrisa cuando sus brazos me estrechan con más fuerza.

—Y lo haré.

—¿El qué?

—Me casaré contigo. No necesito que me compres un anillo. Simplemente quiero ser tu mujer.

Se aparta para mirarme con sorpresa.

—¿Cuándo, Sara?

—Ni mañana ni pasado. Puede que ni el año que viene. Pero sé que quiero ser tu mujer.

La felicidad que leo en sus ojos me hace reír. Me coge de las mejillas y me besa con ganas. Me riega el rostro de dulces besos.

No volvemos a su casa. Nos quedamos en esa pequeña habitación que se ha quedado empañada de nuestros besos.

Los días en casa de Abel son hermosos. Mucho más de lo que había imaginado porque levantarme a su lado me hace sentir viva. ¡Más viva que nunca! Puedo notar todo mi cuerpo, más poderoso y con más luz, y eso es algo que me hace apreciar los instantes, las pequeñas cosas, las miradas y susurros, incluso su aliento por la noche, cuando choca contra mi cara. También me siento bien por el perdón que le di a Eric. No le he escrito, pero tengo la conciencia tranquila. Él tampoco se ha puesto en contacto conmigo. Supongo que iba en serio eso de que desaparecería para siempre de mi vida. Ahora mismo no sé si es lo que realmente quiero. Puede que algún día sienta la nostalgia de verlo otra vez, aunque sólo sea desde lejos, pero comprobando que está bien con una mujer que no sea Nina. Y claro, tampoco puedo evitar pensar si habrá caído otra vez en las garras de esa pérfida. No es que esté celosa, ya he conseguido superarlo, pero no me gustaría que continuara acostándose con una mujer tan mala.

Abel me lleva a la universidad todas las mañanas. Cada vez nos cuesta más aparcar porque las Fallas se acercan y han cortado las calles. Eso le pone nervioso y de mal humor, pero consigo relajarlo acariciándole la mano mientras la tiene apoyada en el volante. Es algo que me sorprende... El poder de serenarle, el poder que ejerzo en él. Siempre en el buen sentido, claro.

El máster me va bien, aunque cada vez tengo más presión. Trabajos que se me acumulan, Gutiérrez chillándome alguna vez que otra para que trabaje más rápido. Y lo peor es que Patri ha vuelto antes de lo esperado, ya que ha terminado con su investigación mucho más rápido de lo previsto. Y, cómo no, Gutiérrez está contentísimo con ella. A mí, como es de esperar, no me hace ninguna gracia y mucho menos compartir el despacho con ella. Es muy pequeño y el ambiente se oscurece cada vez que entra. Yo trato de meter la nariz en mis asuntos pero ella lo único que hace es meterla en los míos, preguntándome tonterías que, en el fondo, buscan provocarme. Cuando Abel viene por las tardes a por mí, ella se nos queda mirando desde las puertas de la universidad. Abel siempre suelta alguna broma como que está obsesionada o algo así, y se ríe, pero a mí no me sale ninguna carcajada. Es que me recuerda a Nina. Vaya par... Luchan por lo que quieren pero de una forma rastrera.

Lo bueno es que estoy consiguiendo una buena amiga. Abel y yo hemos quedado un par de veces con Rosa. Estar con ella me hace sentir bien, ya que desde que Eva está en otro país y que Cyn trabaja demasiado, parece que me haya quedado sin amistades.

Me gusta cómo trata Abel a Rosa. Tal y como le prometió, me dio unas cuantos contactos de agencias de modelos para que se los entregara. Rosa está encantada, pero yo también. Esos pequeños detalles son los que me aseguran que no me he equivocado, que Abel es un buen hombre que tan sólo ha cometido algún error en su vida. Pero, vamos, ¡como todos!

—¿Tomamos algo? —La voz de Rosa me saca de mis pensamientos. Me giro hacia ella con una sonrisa—. Me gustaría contarte algo —dice de forma tímida.

—Claro, tengo veinte minutos —respondo, mirando la hora.

Abel me ha propuesto ir a casa de mi madre para comer con ella. Y la mujer está más feliz que una perdiz porque va a ver a su Abel. ¡Sí, al suyo! Será posible... Guardo mis libros y apuntes en la mochila mientras Rosa me espera. Como siempre, soy la última en recoger. Todos los demás ya están saliendo por la puerta, con ese regocijo de saber que la jornada de estudio ha terminado.

—Ya estoy. Vamos.

Nos encaminamos a la cafetería. Ambas pedimos un té y nos sentamos en la única mesa libre. A estas horas está llena de estudiantes que se quedan a

comer, especialmente los que todavía cursan licenciatura o los doctorandos.

—¿Qué pasa? —le pregunto, impaciente.

Rosa me mira con esa sonrisa pícaro que la caracteriza. Me recuerda en parte a Cyn y en parte a Eva. Creo que por eso nos hemos caído tan bien y la quiero a mi lado. Rosa tiene un cabello tan oscuro como Cyn, pero su piel es muy clara y en su rostro desbordan unos ojos azules redondos y enormes. La chica es guapísima, para qué vamos a negarlo. Y encima tiene un tipín que destaca aún más por lo bien que sabe vestir. Discreta, pero al mismo tiempo, *sexy*.

—Pues verás... Me ha pasado algo increíble —murmura, entrecerrando los ojos.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —Cada vez me siento más curiosa y esta muchacha parece que quiere hacerme sufrir.

—¡Una agencia se ha puesto en contacto conmigo! —exclama muy emocionada.

—¿En serio? —Casi me levanto de la silla por la emoción de verla tan contenta.

—Me llamaron ayer. Les envié unas cuantas fotos, pero ni profesionales ni nada porque no tengo un *book*. Espero poder hacerme uno pronto.

—Bueno, ¿pero qué te han dicho? —Remuevo la cuchara en la taza para que el té se enfríe.

—Quieren que vaya esta tarde para conocerme en persona. Todavía no es seguro, pero yo ya estoy toda emocionada.

—Lo estás porque sabes que te van a coger —le digo con una sonrisa.

Ella me la devuelve y después, de repente, se pone muy colorada. Agacha la cabeza y susurra:

—¿A ti no te molesta, verdad?

—¿Molestarme? ¿Por qué?

—Bueno, pues porque tú eres modelo...

—Qué va, Rosa. —Alzo una mano para restarle importancia al asunto—. Yo sólo soy una chica a la que le gusta la literatura que tuvo la suerte de estar en el lugar y el momento adecuados.

—¿Pero a ti no te gusta posar? —me pregunta con los ojos muy abiertos.

—Bueno... —me encojo de hombros—, no está mal, pero no es el sueño de mi vida. No me gusta mucho ese mundo... Es complicado. Prefiero encerrarme con mis libros.

—A mí es que siempre me ha encantado todo eso —dice con mirada soñadora.

—Lo sé. Por eso estoy contenta por ti. —Alargo una mano y la apoyo sobre la suya. Ella me devuelve una sonrisa bien grande. Realmente es preciosa, coqueta y desenvuelta, por lo que le puede ir muy bien.

Y yo me asombro de estar tan amigable, porque normalmente no he tenido nunca estos gestos de cariño con la gente, a no ser que tuviese mucha confianza. Sin embargo, con Rosa me siento segura y puedo ser yo misma, algo que no me pasaba desde que conocí a Cyn, a Eva o la misma Judith. Mientras pienso en esto, me vibra el móvil. Lo saco y veo que es Abel, que me estará esperando fuera para ir al pueblo.

—Me tengo que ir, que ya ha venido a por mí. —Me termino el té en un par de sorbos y me quemo toda la lengua.

—Yo tengo que quedarme. Voy a una tutoría. —Pone un gesto de fastidio.

—Nos vemos mañana, ¿vale? Pero envíame esta noche un wasap y cuéntame qué tal te ha ido —le guiño un ojo.

—Oye, Sara, no quiero que pienses que estoy siendo una aprovechada. —Se levanta al tiempo que yo, con semblante preocupado.

—Nunca pensaría eso. Si una amiga tuya tiene contactos... Hay que aprovecharlos, ¿no? —Le sonrío y luego le doy una palmadita cariñosa en el hombro. Ella asiente y se echa a reír.

Me cuelgo la mochila al hombro y salgo de la cafetería con una sonrisita. Joder, me gusta hacer feliz a la gente. Soy como Mary Poppins. Desde el *hall* puedo ver el estupendo coche de Abel. Le he propuesto varias veces que le pida a su padre prestado el suyo o algo, pero nada, le encanta el Porsche. Y al final vamos a tener un disgusto porque es un coche demasiado bonito como para ir por ahí con él. Me fijo en que un par de chicos charlan muy emocionados y estoy segura de que están flipando con el Porsche. No puedo evitar soltar un suspiro... A Abel le gusta llamar la atención, para qué negarlo.

—Preciosa. —Se inclina para darme un beso nada más he entrado.

—¿Sabes que a Rosa la han llamado de una agencia? —le anuncio, al tiempo que me coloco el cinturón.

—¿Ah, sí? Qué rápido —responde, metiéndose entre el tráfico—. La verdad es que la chica es guapa y si se le da bien posar...

—¿Eso no será peligroso, verdad?

—¿A qué te refieres? —Arruga las cejas.

—¿No la violarán ni nada, no?

Abel suelta una carcajada meneando la cabeza. Al parar en un semáforo, me acaricia la barbilla con cariño.

—Mira que eres tontita... ¿Crees que yo la llevaría a un lugar peligroso? — Se ríe otra vez. Yo pienso en Jade y en todo ese asunto de las mansiones de sexo, pero no me atrevo a decírselo porque sería como abrir la caja de Pandora—. Son agencias importantes, con gente profesional. No se trata de casas privadas ni nada por el estilo.

—¿No son como la tuya, no? —digo de manera maligna.

—Caíste rendida a mis pies nada más verme con la cámara entre las manos, nena. —Chasquea la lengua como si fuese un seductor. Bueno, lo es.

Le doy un golpecito en el brazo y ambos nos reímos.

—No te lo tengas tan creído, que fuiste tú el que cayó a mis pies y empezó a perseguirme como un perrito.

—¿Y cómo no iba a hacerlo? —Ladea el rostro para mirarme. Los hoyuelos se le marcan en todo su esplendor y a mí el corazón me salta en el pecho—. Y no me arrepiento. La mejor decisión de mi vida es haber querido conocerte.

Bajo la mirada con una sonrisa. Más que nunca estoy convencida de que esta relación va a durar, que ambos conseguiremos superarlo todo. No quiero más tiempos, ni más discusiones, ni más dudas. Desde la reconciliación en el aniversario, hemos dejado las cosas bien claras: todo aquello que nos moleste o nos preocupe, lo hablaremos, porque al fin y al cabo es así como funciona una relación.

—Mi madre tiene unas ganas tremendas de verte —le confieso.

—Y yo a ella. —Me guiña un ojo.

Encontramos aparcamiento cerca de casa y yo me tiro un buen rato mirando el coche. No me gusta que lo deje en la calle; él siempre se queda tan tranquilo. Pero vamos, ojalá se me pegara un poquito más de su tranquilidad, que así no pensaría tanto en las cosas, no les daría tantas vueltas a asuntos que, en el fondo, no tienen demasiada importancia.

—Le tendría que haber traído un regalito a tu madre —me dice Abel mientras subimos.

—Si ella está contenta sólo con que vengas.

Nada más abrir la puerta, mi perro se lanza contra Abel y a mí no me hace ni caso. Qué fuerte, lo quiere a él más que a mí. Abel se agacha, lo acaricia y

le da mimos, y mi perro se vuelve loco entre sus manos y con sus palabras cariñosas. Vamos, como yo. Hasta los de sexo masculino caen en su embrujo.

—¡Hola! —Mi madre aparece por la puerta del comedor y corre hacia nosotros. Es Abel el primero que la saluda. Ella se ríe, se abraza a él bien fuerte y luego dice—: Menos mal que mi hija ha tomado una buena decisión. — Me mira poniendo morritos, sin soltarse de los brazos de mi novio—. ¡Nunca lo dejes, eh! Con lo bueno que es.

—Ay, mamá... —protesto, aunque lo hago con una sonrisita.

—He preparado unos macarrones buenísimos —nos dice, invitándonos a pasar—. Últimamente cocino mejor.

La seguimos por el pasillo con mi perro correteando entre nuestras piernas. Casi me tropiezo con él y mi madre se echa a reír.

—Este perro tuyo siempre tan emocionado. —Nos muestra la mesa, que ya está preparada—. ¡Sentaos, que voy a traer los platos y veréis!

—Espere, que la ayudo. —Se ofrece Abel al tiempo que se quita la chaqueta.

Yo se la recojo y la dejo junto con la mía en el sofá. Me quedo sentada esperando a que regresen. Les escucho hablar en la cocina, aunque no consigo entender lo que dicen. Minutos después entran en el comedor con tres platos humeantes. ¡Madre mía, qué buena pinta tienen los macarrones!

—¿Qué llevan? —le pregunto a mi madre antes de hincarles el diente.

—Sólo carne, tomate y queso fundido —responde muy orgullosa—. Pero les echo pimienta y orégano para que tengan más sabor. —Le hace un gesto insistente a Abel para que coma.

—Están riquísimos, como todo lo que usted cocina —la halaga él. Y mi madre con el pecho más hinchado que un palomo.

—Ya me ha dicho Abel que estás muy estresada con el máster —dice mi madre, con semblante preocupado.

—Ya sabes que yo me estreso con todo —contesto con la boca llena—. Pero vamos, está bien. Me gusta lo que hago.

—Si es que mira que eres lista. —Me mira con esos ojos de madre que adora a su hija.

—Mamá, no empieces...

—Pero si tiene razón —interviene Abel con gesto divertido.

—¿Y tú? ¿Ayudas a mi hija en casa? —Mi madre no tiene vergüenza alguna, por favor.

—Pues claro que sí —me adelanto a Abel—. ¿No ves que no tengo tiempo para nada? Abel cocina, y muy bien. Y también limpia. —Omito que una vez a la semana viene una señora de la limpieza para ayudarnos. No quiero decírselo porque siempre se preocupa mucho por el dinero.

La comida transcurre de forma apacible. A veces lanzo miradas a la silla vacía de mi padre. Mi madre se da cuenta y me sonrío con nostalgia. Aprecio que se ha convertido en una mujer muy fuerte y eso me hace sentir como una hija orgullosa. Cuando llegamos al postre y cada uno tenemos nuestras tazas de café —bueno, yo la de té—, ella anuncia que nos tiene que decir algo importante. La miro con curiosidad. ¿Qué será? ¿No me digas que ha conocido a un hombre?

—Cariño, no quiero que te enfades, pero creo que es lo mejor que puedo hacer —dice, un poco seria.

—¿Qué pasa? —Me empiezo a poner nerviosa.

—Aquí me siento un poco sola. —Se fija en que voy a decir algo, pero me hace un gesto con el dedo para que espere—. Y tú tienes que hacer tu vida.

—¿Y...? —insisto.

—Me voy a León a vivir con tu tía.

—¿En serio? —Me quedo mirándola con sorpresa. Muchas veces se lo propuse porque me parecía buena idea que se marchara al hogar de su niñez y juventud, con sus hermanos y su madre a su lado.

—Me quedaré de momento en casa de tu tía Fabiana, pero creo que luego iré a la de tu abuelo. Alguien la tiene que usar. —Se queda callada unos segundos, removiendo su café con aire pensativo—. ¿Qué te parece?

Tardo un poco en reaccionar. Miro a Abel, que me coge de la mano por debajo de la mesa y me la aprieta en un gesto cariñoso para que no me ponga nerviosa. Después me giro hacia mi madre de nuevo, con una sonrisa.

—Me parece muy bien.

—¿De verdad? —Todavía se muestra inquieta.

—Claro que sí. Yo sé que los tíos te cuidarán y puedo ir a verte siempre que tenga vacaciones.

—Yo mismo la llevaré. —Se ofrece Abel con toda la rapidez.

Mi madre me observa con ojos brillantes. Sé que está a punto de echarse a llorar, pero logra controlarse. Me levanto y me acerco a ella con los brazos abiertos hasta que la achucho.

—Tu tía me ha buscado trabajo en la residencia donde está ella —me

informa, apretándose contra mí.

—Eso es maravilloso. —Le acaricio el pelo con amor.

Realmente estoy feliz por ella, aunque claro también un poco triste. Poco a poco las personas que quiero se alejan de mí, pero supongo que eso es madurar, que en la vida todo va y viene y que hay que dejar libres a los pájaros. Y mi madre es un ave que necesita abrir sus alas en toda su extensión y volar muy alto.

—Y encima sé que me vas a llamar todos los días —le digo riéndome.

—Ay, qué quieres que haga si no puedo vivir sin ti. —Posa un beso en mi hombro—. Tienes que cuidar a mi bonica, ¿eh? —se dirige a Abel.

—Por supuesto, señora. —Nos mira sonriendo.

—¿Y cuándo te vas?

—La semana que viene. Quieren que empiece cuanto antes en el trabajo.

—Claro —murmuro. Joder, no pensé que fuera tan pronto. Noto que la sonrisa se me borra, pero trato de hacer todo lo posible para recuperarla y que no se fije en que me he puesto un poco triste.

—Bueno, pues esto hay que celebrarlo, ¿eh? —Abel sale en mi ayuda. Yo le dedico un gracias con los ojos—. Tenemos que comer todos juntos.

—Sí —asiento, sonriente.

—Quiero decir también con mis padres. Me gustaría que se conocieran.

—Sí, estaría bien —respondo. Miro a mi madre para saber su opinión. Por su sonrisa, a ella le parece estupendo.

Nos quedamos una horita más. Me he tomado la tarde libre para estar más rato con mis dos personas favoritas. Y después me quedaré con Abel, acurrucada en el sofá entre sus brazos, y no pensaré en responsabilidades. Ayudamos a mi madre a recoger y mientras Abel friega, yo me quedo con mi madre en el salón y, de repente, ella parece recordar algo.

—¡Se me olvidaba que te han traído algo!

—¿A mí? —pregunto, extrañada. No estaba esperando nada, que yo sepa.

Abel regresa de la cocina en ese momento y se nos queda mirando con una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Mi madre dice que me han traído un paquete —murmuro.

—No, un paquete no. —Se marcha al despacho y vuelve con un sobre de color negro. Lo cojo con curiosidad. No hay ninguna dirección escrita en él y aprecio que Abel se ha puesto tenso a mi lado.

—¿Esto lo ha traído el cartero?

—No. —Mi madre niega con la cabeza y luego añade, dejándome con la boca abierta—: Ha venido una mujer, alta, pelirroja y muy guapa. Me ha dicho que le encanta tu trabajo como modelo.

—Joder —musita Abel. Mi madre le mira con gesto extrañado. Yo me giro hacia él y la preocupación que leo en sus ojos me intranquiliza—. No lo abras, Sara.

Pero a mí la curiosidad me puede. Y además, si es lo que ambos creemos... Necesito saber, así que hago caso omiso de su advertencia y desgarro el oscuro sobre. Aparece una notita de un color rojo intenso de la que se desprende un perfume femenino. Trago saliva y desdoble el papel con manos temblorosas. No puede ser... Esto simplemente es una broma. Ella no puede saber dónde vivo.

Pero en la nota, con una caligrafía elegante y con letras de color dorado, han escrito un mensaje que me pone los pelos de punta.

Querida Sara:

Tenía ganas de conocer a tu madre. La he estado observando y parece una mujer muy amable. No me he equivocado. Sería una lástima que a una persona tan buena le pasara algo malo, ¿no?

Quizá sería conveniente que tuviéramos una charla.

Con cariño,

J.

El mensaje me da náuseas. Ese «con cariño» del final me provoca un escalofrío, ya que la nota no es nada amigable. Abel está leyendo por encima de mi hombro y, cuando termina, suelta un par de palabrotas más.

Y a mí el miedo me invade las entrañas.

21

—¿Cariño? ¿Pasa algo? —pregunta mi madre. Alzo la vista de la carta y la observo con los ojos muy abiertos. Casi ni puedo recordar dónde me encuentro.

—¿Esta mujer la ha visitado hoy? —Es Abel el que me ayuda.

—No. —Mi madre se queda pensativa—. Creo que hace dos o tres días, pero no me acuerdo bien.

Abel se pone a caminar de un lado a otro, totalmente nervioso. Le indico con un gesto que pare para no asustar a mi madre, pero él hace caso omiso y se lleva una mano a la boca, mordiéndose las uñas.

—¿Le dijo algo más?

—¿Algo más? —Ella le mira como si fuese un bicho raro—. Pues no, creo que tenía prisa. Pero ya os digo, muy correcta y amable. Y creo que tiene dinero, por la forma en que iba vestida —Se dirige a mí con las cejas arrugadas—. ¿Quién es? ¿Pasa algo? ¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Es que he hecho algo mal?

Me atosiga con sus preguntas y alzo una mano para interrumpirla. Niego con la cabeza, tratando de componer una sonrisa. Pero joder, no me sale, y encima los temblores de la mano no se me van y le van a confirmar que sucede algo malo.

—Nos tenemos que ir —dice en ese momento Abel.

Me giro hacia él y le miro como si estuviese loco. ¿Que nos vayamos? ¿Cómo me voy a ir y dejar a mi madre aquí sola después de esto? Ella aprecia que queremos hablar, así que nos avisa de que se va a la cocina y nos deja solos. Cuando me aseguro de que no nos va a oír, digo en voz baja:

—¿Estás loco? No me puedo ir y dejarla aquí.

—Sara, a ella no le va a pasar nada —dice, muy serio. ¡Pero yo no puedo estar tranquila!

—Ya has visto lo que pone en la cartita. —La meneo ante sus ojos con rabia. Él niega con la cabeza.

—Sólo lo hace para asustarte.

—Pues lo ha conseguido. —Alzo la voz con la siguiente frase—: ¿Y cómo puedo estar segura de que sólo quiere hacer eso?

—Hazme caso. No es la primera vez que Jade amenaza a seres queridos para luego no hacer nada. A los míos los amenazó, pero jamás los tocó.

—Me dijiste que no se acercaría a mi familia —le recuerdo, con voz trémula—. ¡Pero ya ves, lo ha hecho de todas formas! —Estoy a punto de llorar, pero trago saliva y aprieto los dientes para no hacerlo. Mi madre no puede ver que estoy asustada. La nota se me cae de las manos a causa del temblor—. Es normal que dude de sus intenciones. Tú mismo me dijiste que estaba loca.

—Sara, escúchame. —Me atrapa las mejillas con las manos y me obliga a mirarlo—. Quédate aquí con tu madre y yo iré a mi casa. Presiento que algo no va bien.

—¡No! —exclamo, con los ojos muy abiertos. Apoyo mis manos en las suyas—. No voy a dejar que vayas solo, Abel. ¿Por qué dices que presientes que algo marcha mal?

—No sé, pero quiero ir a casa. Jade sabe dónde vivo.

—Que venga mi madre con nosotros —le propongo.

—No, Sara. Si la metemos en esto, entonces sí que la habremos jodido —me explica él, acariciándome la mejilla con tal de calmarme. Pero está tan nervioso y asustado como yo, así que no puedo evitar arrugar el entrecejo—. Hazme caso, te lo suplico. Te quedas con ella y luego vengo a por ti.

—No quiero quedarme. Quiero ir contigo —digo, con voz de niña pequeña.

—Entonces ¡¿qué coño quieres hacer?! —Alza la voz, exasperado. Yo abro la boca y meneo la cabeza. Se lo perdono porque sé lo mucho que esto le inquieta. Se da cuenta de que me ha gritado y me pide disculpas—. Sara,

vendré enseguida. Te lo prometo.

—¿Enseguida? Tu casa está a más de una hora de aquí. Yo no voy a estar tranquila estando tú allí y yo aquí. Y además, tengo miedo.

—Ella no va a volver aquí.

—¿Chicos, estáis bien? —Mi madre se asoma al comedor y nos mira preocupada.

—Sí, tranquila. —Joder, tendría que hablar Abel, que se le da mejor mentir.

—Yo me tengo que ir —nos anuncia ella.

—¡No! —exclamo, y enseguida me arrepiento porque la mujer me observa sin entender. Trato de rectificar—. Quiero decir... ¿Adónde vas? Te acompañamos.

—Mis jefes quieren hacerme una fiesta de despedida. Y después tengo que trabajar estos días por la noche. Y creo que por el día también me quedaré. Me da pena dejar a todos esos ancianitos...

—Vale —asiento, un poco esperanzada. Me acerco a ella y la agarro de los brazos. Me mira totalmente extrañada, sin entender por qué su hija está tan nerviosa—. Quédate con gente hasta que te vayas a León.

—¿Por qué? —Cada vez me mira con más incompreensión.

Dirijo la vista a Abel para que me ayude con la respuesta, ya que no puedo pensar con claridad.

—Así se puede despedir mejor de todos. Y es preferible estar rodeado de gente cuando uno va a cambiar de aires, ¿no cree? —Abel le dedica una sonrisa enorme. No sé cómo puede hacerlo.

Mi madre nos estudia a ambos durante un buen rato. Vamos, que no se cree ni de coña lo que le estamos contando. Pero me da igual, lo único que quiero es que ella esté bien, que nadie le toque ni un pelo. Porque como lo hagan... Entonces juro que no sé lo que haré por vengarme.

—La llevamos al trabajo, ¿vale, Abel?

—Claro —acepta él, acercándose hasta su chaqueta. La coge y se la pone rápidamente. Yo le imito y le meto prisa a mi madre para que también se coloque la suya.

—¿De verdad que va todo bien, cariño? —insiste mi madre una vez estamos dentro del coche.

—Claro que sí, mamá. ¿Qué iba a pasar?

—Te noto rara.

—Pues por el estrés. Ya te he dicho antes que en el máster me presionan. Y

me he acordado de que tenía que hacer un trabajo y ya he perdido buena parte de la tarde. —La miro de reojo. Madre mía, esto no se lo cree ni la persona más tonta del universo. Ella asiente con la cabeza y se queda callada.

—¿Y quién era la de la carta? —pregunta, cuando ya casi estamos llegando a su trabajo. Está claro que sospecha que todo ha venido a raíz de eso.

—Nada. Una fan.

—¿Esa mujer es de alguna agencia? A lo mejor te quieren coger otra vez como modelo.

—Seguramente —digo, mirando por la ventanilla. Ni siquiera pienso en lo que estoy diciendo. Por mi mente tan sólo pasan imágenes de gente vestida de negro atacando a mi madre y se me crea un nudo en la garganta.

De repente, Abel sube la música a todo volumen. Sé que lo hace para que hablemos los dos, ya que mi madre no se enterará de lo que decimos desde el asiento de atrás. Él se acerca a mí para hablarme.

—Tranquila. Tu madre estará bien mientras se quede con gente. A ellos no se les ocurriría hacer nada en un lugar público. Y además, te aseguro que no irán a por ella. Te quieren a ti, Sara, y lo sabes.

Trago saliva, al tiempo que asiento con la cabeza. Pero no, estoy demasiado asustada, los pensamientos en mi cabeza continúan atosigándome. Me giro hacia mi madre y le digo:

—Mañana cuando salgas de trabajar, llámanos. Vendremos a por ti. Y nos quedaremos contigo, ¿vale? —Miro a Abel, que asiente.

—No hace falta, de verdad —se niega ella.

—Pero yo quiero, mamá. Te vas en nada y quiero pasar los últimos días contigo. —Por lo menos tengo una buena excusa.

Ella no rechista más. El resto del camino lo hacemos en silencio. Yo mordiéndome las uñas como una loca, moviendo las piernas y meneándome en el asiento totalmente inquieta. Cuando sale del coche, yo también lo hago y la acompaño hasta dentro de la residencia. Me espero hasta comprobar que sus compañeros salen con una tarta y con carteles de despedida. Le repito una vez más que se quede con ellos.

—Cariño, si pasa algo sabes que me lo puedes decir —me dice con voz intranquila.

Niego con la cabeza, mostrándole una sonrisa que no tiene nada de segura. Pero no puedo hacer más. Tengo dentro un ejército de hormigas que me están carcomiendo. Cuando regreso al coche, me llevo las manos a la cabeza y

suelto un grito:

—¡Joder!

Abel se queda callado, sin saber muy bien cómo responder a mi reacción. Me vuelvo a morder las uñas, hasta que él me aparta la mano para que no me haga sangre.

—Te prometo que no le va a pasar nada.

—La voy a llamar cada cinco minutos —aseguro, con voz temblorosa.

—De acuerdo, Sara.

—Vamos. Y volvamos rápido, por favor.

—Claro.

Salimos a la autopista en cuestión de minutos. Yo miro por la ventanilla una y otra vez como esperando ver en cualquier momento coches de policía que van a la residencia donde trabaja mi madre. Me hundo en el asiento con los nervios a flor de piel.

Al cabo de un rato cruzamos Valencia a toda velocidad. Las luces se me antojan demasiado brillantes y toda la gente me parece malévolas. Joder, me estoy volviendo loca y esto no ha hecho más que empezar.

—No podemos estar tranquilos ni un puto mes —susurro, con voz estrangulada.

—No pasa nada —responde Abel, aunque incluso él está moviendo las piernas.

—Tenías razón. El silencio de Jade no era más que un aviso.

No responde. Toma una curva y salimos de la ciudad en dirección a su casa. Está empezando a anochecer y la penumbra me asusta aún más. Apenas un par de coches circulan por estas carreteras y estamos rodeados de una vegetación altísima que sólo hace que la oscuridad sea mayor.

—¿Cómo ha podido descubrir dónde vivía, Abel? —Me revuelvo en el asiento, deseando llegar a su casa para poder regresar a la mía y quedarme con mi madre. Si tiene que suceder algo, que sea mientras yo esté a su lado.

—Te dije que ellos lo saben todo.

—Está loca. ¿Qué coño es lo que quiere?

—No lo sé.

Pero me está mintiendo. Él sabe perfectamente lo que quiere, sólo que no se atreve a decírmelo. Acabamos quedándonos en silencio. Abel enchufa otra vez la radio, pero la música me pone más nerviosa y al final la apago. No sé qué hacer, los minutos se me están volviendo horas. ¿Cuándo cojones vamos

a llegar? Me sumo de nuevo en mis pensamientos, hasta que son tan horribles que me obligo a mí misma a borrarlos. Y entonces, me fijo en que Abel no para de lanzar miradas por el retrovisor.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—Nos están siguiendo.

—¡¿Qué?! ¿Qué quieres decir con eso? —Me coloco el cinturón de tal forma que pueda moverme para mirar hacia atrás. Y entonces, a través de la oscuridad, descubro un coche que creo que es negro—. ¿Cómo sabes que nos siguen a nosotros?

—Porque estoy conduciendo como un loco y ellos están muy arrimados.

Esa respuesta no me parece muy acertada. Me parece una auténtica chorrada. ¿Y si en realidad reconoce ese coche pero no me lo quiere decir para no asustarme más? Me acurruco en mi asiento con el estómago y la cabeza dándome vueltas. Él vuelve a mirar por el espejo y suelta una palabrota.

—¡¿Qué pasa?! —Doy un salto en el asiento.

Y entonces sucede algo que al principio no logro entender de qué se trata. Al cabo de unos segundos comprendo que el coche de atrás ha chocado contra el nuestro. No, más bien es que nos está golpeando.

—¡Mierda! —ruge Abel, apretando el acelerador.

—¡¿Pero qué están haciendo?! —chillo, aferrándome a los lados del asiento.

Él no contesta, sino que trata de circular a más velocidad, lo que hace que yo sólo pueda ver sombras y más sombras pasando por nuestro lado. Vamos demasiado rápido y tengo miedo. Pero lo peor es que el coche de atrás se acerca de nuevo a nosotros. El siguiente impacto es mucho más fuerte y mi cuerpo sale despedido hacia delante a pesar del cinturón. Doy un grito.

—¡Haz algo! —le pido a Abel.

—¿Qué cojones quieres que haga? ¡Aquí no hay forma de despistarlos!

Un coche en sentido contrario pasa por nuestro lado. Me habría gustado gritar que nos ayudaran, pero es evidente que era una idea estúpida. Me giro para comprobar qué hace el de atrás.

—¡Se está acercando más! —grito, muy asustada.

Y entonces me fijo en que se colocan a nuestro lado. Abel lanza un par de palabrotas, pero antes de que nos podamos dar cuenta, el coche ha impactado con el lateral del nuestro. Abel trata de controlarlo, pero el golpe ha sido demasiado fuerte y nos salimos un poco de la carretera. Yo chillo, lo veo todo

como en un sueño, lloro y pienso que esta sí que va a ser nuestra muerte. Pero para mi sorpresa, Abel consigue recuperar el control y entramos de nuevo en la carretera.

—¡Que nos dejen en paz, por favor! —chillo, intentando ver a las personas que van en el coche. Pero los cristales están tintados de negro y no puedo ver nada. Me echo a llorar y pienso de nuevo en mi madre. ¿Si nos están haciendo esto, que son capaces de hacerle a ella? No, pero Abel me ha asegurado que no le sucederá nada, y está con más gente, y...

Unas potentes luces se acercan a nosotros. El coche negro acelera y se coloca delante para no chocar con el que viene de cara. Ahora ellos están delante y nosotros detrás. ¿Y si dan marcha atrás y nos vuelven a golpear? Abel está demasiado nervioso como para poder mantener el control por segunda vez.

—Por favor, Dios, Dios... —murmuro, lamiendo mis propias lágrimas.

Y entonces, para mi sorpresa, aprecio que el coche negro acelera y lo vamos perdiendo de vista poco a poco. Me quedo muy quieta, en silencio, intentando comprender qué es lo que sucede.

—¿Adónde van? ¿Van a tu casa? —pregunto, asustándome aún más.

Abel no contesta, sino que acelera para comprobar adónde se dirigen. Un minuto después lo descubrimos a lo lejos, girando hacia la derecha. Se me escapa un suspiro de alivio porque la casa de Abel está a la izquierda. Sin embargo, él no parece nada tranquilo, sino mucho más inquieto. Le cojo del brazo, llevándome una mano al pecho para tratar de apaciguar los latidos de mi corazón.

—Abel, tengo miedo... —murmuro, casi sin poder hablar.

—No te preocupes, estoy aquí. No va a pasar nada. —Pero su voz me anuncia todo lo contrario.

Sin poderme aguantar más, me agacho y cojo mi bolso. Rebusco en él el móvil y marco a toda velocidad el número de mi madre. Uno, dos, tres, cuatro... El tono de llamada me pone histérica. Se me escapa un sollozo pensando lo peor.

—¿Sara?

—¡Mamá! —exclamo, agradeciendo a todos los dioses del universo que haya contestado.

—He tardado en cogerlo porque estamos comiendo tarta —me dice. Se me escapa una risa sin poderlo evitar.

—¿Va todo bien?

—Pues claro. Aunque seguro que luego no me encontraré muy bien de todo lo que he comido.

—Lláname cuando mañana tengamos que ir a recogerte, ¿eh? —le recuerdo.

—Que sí. Venga, te dejo que me llaman. Un beso, cariño.

Cierro los ojos y suspiro con alivio una vez ha colgado. Sin embargo, la respiración acelerada de Abel hace que los nervios vuelvan a aparecer. Los abro y le observo con detenimiento. Está muy, muy asustado. Por fin, entramos en la urbanización. Incluso con las ventanillas bajadas puedo oler el aroma salado del mar. A medida que nos acercamos a su casa, la sensación de peligro va acechando en mi cuerpo. Y cuando descubrimos la verja abierta, hay algo que se me quiebra en el pecho.

—Abel... No, no. —Niego, para que se detenga y dé media vuelta. Pero hace caso omiso y nos metemos en la casa, aparcando cerca de la piscina.

Le escucho tragar saliva y yo empiezo a llorar de nuevo. Le cojo del brazo para que no salga del coche, pero niega con la cabeza.

—Por favor, no entremos. Llamemos a la policía.

—Si hacemos eso, la hemos cagado, Sara.

Hay algo en su voz que me avisa de que es cierto. Se baja del coche y echa a andar hacia la casa. Al final yo no me aguanto y me apeo también, tratando de cerrar la puerta con cuidado. Se gira y me hace un gesto para que regrese al coche, pero le digo que no con la cabeza. Corro hacia él y me cojo a su brazo, temblando de arriba abajo. Me doy cuenta de que él también se encuentra así.

—Abel, joder, vámonos... —le suplico una vez más.

—Quédate aquí —me pide una vez estamos fuera de la casa. La puerta está cerrada, pero estoy segura de que no vamos a necesitar la llave para abrirla.

—No. Yo entro contigo. —Muestro mi lado más cabezota. Él suspira y al final acepta.

—Ponte detrás.

Sigo sus instrucciones. Me coloco a su espalda, con la respiración agitada. Observo cómo coge el pomo de la puerta. Como yo ya sabía, esta se abre sin problema alguno. Joder, estarán dentro esperándonos. ¿Qué nos van a hacer? ¿Y si nos pegan un tiro? Jamás volveré a ver a mi madre. O peor, ¿y si se lo pegan a él y a mí me violan? El estómago da vueltas en mi interior mientras

él da un paso hacia el interior de la casa. Las luces están apagadas y aunque él da un par de palmas para que se enciendan el aparato no funciona.

—Mierda —musita, en voz baja.

Yo me aferro a su camisa, pegada por completo a su cuerpo. Echo un vistazo hacia atrás y estudio el jardín, por si descubro alguna sombra moviéndose por ahí.

—¿Hay alguien, Abel? —pregunto en un susurro.

—No lo sé. No hables —me ordena.

Continuamos entrando y puedo apreciar las sombras que nos rodean. Bultos y más bultos. Él se tropieza con algo y yo también. ¿Qué coño está pasando? Le clavo las uñas en la espalda sin poder evitarlo. Él da un par de pasos más, con la respiración agitada. Da un par de palmadas más y esta vez las luces se encienden.

Suelto un grito tras otro. Toda la casa está patas arriba. Todo está destrozado. Abel suelta un rugido y se lanza al salón. Yo le sigo con el corazón retumbando en cada una de las partes de mi cuerpo. El bonito sofá está hecho jirones y han destrozado la televisión. Cuando ve que estoy a su lado, me coge de la mano con fuerza.

—Abel, vámonos. Nos están esperando.

—No, joder. Sólo han venido para destrozar mi vida.

Atravesamos el pasillo hasta dirigirnos al cuarto de baño. Cristales rotos por el suelo, pastillas, tiritas, vendas... Todo el botiquín desperdigado aquí y allá. Después comprobamos que la habitación que creó para mí también está destrozada. Parece que en la cama han estado luchando dos leones. ¿Pero qué clase de personas han podido hacer esto? Sin soltarnos de la mano, corremos hacia la planta de arriba. Ese baño no lo han tocado. Quizá no han tenido más tiempo. Sin embargo, su dormitorio también está patas arriba. Hay un sinfín de papeles en el suelo. Tardo en comprender que son fotos y me fijo en que una es mía y que la han roto en pedazos diminutos.

—Vamos, Sara. Bajemos. Tenemos que irnos de aquí —me dice, con voz temblorosa. Me aprieta la mano tanto que me hace daño.

—Llamemos a la policía —propongo otra vez, casi sin poder hablar a causa del ajeteo.

—No. Ya te he dicho que no. Hay policías implicados en esa mierda de lugar.

—¿Y qué coño quieres?! ¿Que nos quedemos de brazos cruzados ante

todo esto?! —exclamo a voz en grito.

Abel no responde. Bajamos las escaleras a toda prisa. Lo último que nos queda por mirar es la cocina y, aunque él no parece interesado, al pasar por delante hay algo que me llama la atención.

—Espera —le digo, tirando de él. Le señalo un bultito que hay sobre la mesa—. ¿Qué es eso?

—Vámonos.

Niego con la cabeza. Le obligo a acudir a la cocina, la cual todavía tiene la luz apagada porque no funciona con el sistema de palmadas. Tanteo en la pared para encenderla, pero no la encuentro. Me pongo nerviosa y suelto un jadeo de frustración. Es Abel el que me ayuda a encenderla. Ambos miramos al frente, temerosos de lo que vamos a encontrar.

Como el símbolo de un ritual funesto, una caja aterciopelada del mismo color que el sobre preside la mesa.

El paquete se me antoja como el inicio de un sacrificio, sí. El terciopelo es precioso, pero a mí se me revuelven las tripas al mirarlo. Me acerco un poco más porque, a pesar del miedo, la curiosidad también me puede. Noto un tirón en cuanto me muevo: es Abel que me está cogiendo del brazo y está intentando echarme hacia atrás. Cuando me giro para mirarlo, él niega con la cabeza.

—Sólo quiero saber lo que quieren –le explico, con voz ahogada.

—Vámonos –murmura, con las pupilas totalmente dilatadas–. Reservemos un vuelo y volvamos a Suecia.

—¡Ni hablar! –exclamo, soltándome de su mano–. No me voy a ir otra vez. No huiré. Y mucho menos dejaré a mi madre a merced de esta gente.

—Ellos te quieren a ti, no a tu madre. Ella les da igual. –Me recuerda con una sombra extraña en los ojos.

Meneo la cabeza, bastante disgustada. ¿Cómo se puede estar comportando de una forma tan cobarde? En mi opinión, lo mejor es descubrir lo que quieren de una vez por todas y acabar con esto. Pero él no parece nada convencido, más bien todo lo contrario, porque sus manos no dejan de temblar. Supongo que sabe de lo que es capaz esta gente, pero como yo todavía me mantengo en la ignorancia, puedo sacar un poco de valor en toda

esta pesadilla.

—Han destruido tu casa, Abel. —Le recuerdo, acercándome a él y agarrándole del jersey—. ¿No quieres que reciban su merecido? ¡Alguien tiene que pararles los pies! —exclamo, elevando la voz.

—¿Y vas a ser tú, eh? —pregunta con sarcasmo.

—No, pero no me creo que toda la policía sea tan corrupta.

—No sabes cómo funcionan estos negocios. —Se apoya en la mesa y se masajea las sienes. Hace un gesto de dolor: imagino que tiene en la cabeza cientos de alfileres, porque yo también siento un rumor sordo que se va acercando a mi mente. Después cierra los ojos y susurra con voz cansada—: Vámonos, en serio.

—No. —Mi voz suena muy decidida. Abre los ojos y me observa con detenimiento—: Voy a abrir esa caja y a descubrir de una vez por todas qué es lo que sucede. —Le señalo la mesa. Aprecio que la mano me tiembla y trato de contenerla para que no se dé cuenta de que estoy tan asustada como él o quizá más, pero no consigo pararla ni un segundo.

—Ya has visto con lo del coche de lo que son capaces. —Se separa de la mesa, como si la caja le echara hacia atrás. La mira de reojo—. Nos vamos a Suecia —repite.

—¡No! —chillo de nuevo. Para su sorpresa, me coloco ante la mesa, me inclino hacia delante y cojo la caja. Le escucho soltar todo el aire que había retenido. Al girarme, le observo asustada—. ¿Pensabas que había una bomba?

—Ya no sé qué pensar, Sara.

—No nos vamos a ir. Ya ves que no ha servido de nada.

—No ha servido porque regresamos a España.

—¿Y qué querías que hiciera?! ¿Que me perdiera el entierro de mi padre?! —Le dedico una mirada furiosa. Él agacha la cabeza avergonzado. Yo cojo aire y lo suelto muy despacio, tratando de serenarme. No pasa nada, simplemente estamos tan nerviosos y asustados que no podemos razonar bien—. Estamos así por ti, Abel. —Nunca he sido de echarle las culpas a nadie, pero es que ahora no hay forma de excusarle. En realidad no es que todo sea por culpa de él, ya que su pasado no es algo que pueda cambiar pero, de todas formas, no puedo evitar sentir un poco de enfado—. Así que sé consecuente con tus actos. Sé valiente. —Le tiendo la caja. Él no mueve ni un dedo y yo insisto—. ¿No la vas a coger?

Me mira en silencio, mordiéndose el labio inferior. Yo chasqueo la lengua

y le observo con reproche. Al cabo de unos segundos se encoge de hombros y toma la caja que le estoy tendiendo.

—Vale. La abriremos —acepta, con una sombra de resignación en sus bonitos ojos, más oscuros que nunca—. Pero lo hacemos en otro sitio. Ahora nos vamos de aquí. Ya no es un lugar seguro —lo dice con tristeza. Y le entiendo, porque al fin y al cabo esta es su casa y unos locos la han destrozado con todas nuestras cosas dentro.

—¿Y acaso lo es alguno? —Se me escapa con amargura. Quizá tendría que estar calmándole, pero lo cierto es que de lo único que tengo ganas es de moverme de aquí para allá, de correr, de gritar, de llorar. Ahora mismo yo no tengo calma como para traspasársela a nadie.

No responde a mi pregunta porque en el fondo no hace falta. Me coge de la mano y me saca de la cocina a toda velocidad. Casi ni me da tiempo a apagar la luz y, cuando lo hago y las sombras nos inundan, me entra pánico pensando que todavía habrá alguien escondido. Bajo la vista y observo la caja que llevo en la otra mano. No se me ocurre qué es lo que puede haber dentro. ¿Otro mensaje amenazante? ¿Entonces por qué no han enviado, simplemente, un sobre? La respuesta me viene a la mente de manera clara: quieren jugar con nosotros. Se están comportando como los gatos y a nosotros nos han tomado por los ratones asustados. Mientras medito sobre todo esto, Abel cierra con llave, a pesar de que ya nos han demostrado que nada les detiene.

—La verja y la puerta no estaban forzadas. —Apunto una vez en el coche—. ¿Cómo han podido entrar?

No contesta. Parece que se ha quedado sin voz. Yo llevo la caja en mi regazo y, en un momento determinado, él la coge con brusquedad y la lanza al asiento trasero.

—¡Eh! —protesto, molesta, pero no me hace ni caso. Se revuelve en su asiento y suelta suspiros hondos una y otra vez.

Por el camino aprovecho para llamar a mi madre otra vez. Está trabajando tranquilamente, pero yo no puedo pensar con claridad. Lo único que quiero es que se marche ya a León, así que se me ocurre llamar a mi tía. Me invento un montón de mentiras, pero ahora que lo hago por la seguridad de mi madre no me parece tan mal.

Le explico que mi madre se encuentra muy sola y que lo mejor para ella es irse para allá cuanto antes, quizá en un par de días. Mi tía al principio se queda extrañada, pero después reconoce que es una buena idea, sobre todo

porque así yo podré continuar más tranquila con mis tareas de la universidad. Le ruego que no le diga que le he contado todo esto, que sea ella la que la llame y le proponga la idea. Mi tía acepta y me asegura que no tengo que preocuparme de nada, que no le dirá que he contactado con ella y que la llamará esta misma noche. Al terminar la conversación me acurruco en mi asiento con un horrible dolor de cabeza. Abel sólo habla para decirme que me ayudará a buscar un camión de mudanza, y también a empaquetar todas las pertenencias de mi madre que sean necesarias.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto cuando estamos entrando en Valencia.

—Vamos a pasar la noche en un hotel. Y después ya veremos.

—¿Por qué no vamos a tu estudio?

—Es más seguro en un hotel.

—¿Y Cyn y Marcos? —Me remuevo un tanto inquieta.

—Ellos estarán bien.

Pero a mí la sensación de peligro no me abandona. ¿Es que nunca van a terminar los sobresaltos? ¿Dónde ha quedado mi vida normal de estudiante? Por suerte o por mala fortuna —ya no lo tengo claro—, ahora no se me pasan por la cabeza esos pensamientos de arrepentimiento acerca de continuar con Abel. Por muy asustada que esté, también estoy preocupada por él y jamás le dejaría solo con todo esto. En el fondo, él no tiene la culpa de que esa mujer esté loca.

Acabamos hospedados en un hotel por el centro, aunque nos cuesta un buen rato encontrar uno porque, al acercarse las Fallas, muchos turistas ya han venido a Valencia. Este que hemos conseguido es muy caro, pero a Abel no parece importarle.

—Mañana tendremos que volver a mi casa —me anuncia, una vez estamos en el dormitorio—. Cogemos lo necesario para marcharnos a Suecia.

¡Pero será testarudo! Le dirijo una mirada de enfado. Él se gira sin decir nada más y se mete en el cuarto de baño. Si quiere irse, que lo haga, pero esta vez yo no. Yo me voy a quedar y solucionaré todo. ¡Uf! ¿Ahora me creo una *superwoman*? Básicamente lo que quiero es dejar de ser esa Sara nerviosa y asustadiza. Estas son las cosas de la vida que te ponen a prueba... Bueno, quizá esta es más extraña y peligrosa de lo habitual.

Espero a Abel sentada en la cama, con la caja a mi lado. El negro aterciopelado me hace pensar en dolor y muerte. Una y otra vez me pregunto

qué es lo que habrá dentro y empiezo a dar golpecitos en el suelo con el tacón de la bota. Abel está tardando mucho en salir y yo cada vez me siento más nerviosa. Mis pensamientos se desbordan y, por un momento, recuerdo las películas de mafiosos en las que envían dedos u orejas cortadas de las víctimas. Un escalofrío me recorre la espalda al imaginar que puede haber algo así. Doy un salto al escuchar el chasquido de la puerta. Al girarme, encuentro a Abel secándose las manos en el pantalón.

—No has cambiado de opinión —musita, deteniéndose ante mí.

—No.

—Lo haré yo. —Se sienta al otro lado de la cama. La caja en medio de nosotros como un hijo que se convierte en algo siniestro—. Levántate y ve a la puerta —me ordena.

—¿Por qué? —pregunto, inquieta.

—Hazlo.

Obedezco sólo porque lo que más deseo es que abra la maldita caja y se termine esta incertidumbre. Me sitúo al lado de la puerta, apoyada en la pared, pero de manera que pueda ver todos los movimientos que Abel hace. Coge aire, me mira y luego acerca los temblorosos dedos al terciopelo. Un nudo en la garganta me obliga a soltar un gemido. Abel tira de la tapa muy lentamente hasta que, por fin, la retira y la deja caer sobre la cama. A continuación observa el interior con el ceño arrugado.

—¿¿Qué?! ¿Qué hay? —pregunto, impaciente. Como no contesta, voy hacia él a toda prisa.

Al asomarme descubro algo que jamás habría imaginado: en el interior de la caja hay dos máscaras venecianas y, debajo de ellas, dos sobres de color negro. Alzo la vista y estudio la expresión seria de Abel.

—¿Qué significa esto?

—La Mascarada —dice únicamente. Yo lo miro sin entender.

Saco una de las máscaras, la que pertenece a un rostro de mujer. Es realmente preciosa, pero también un poco inquietante. La cara es de color muy blanco, con unas espirales verdes y doradas en cada uno de los lados de los ojos, y los labios son de un rojo intenso. Si me la pusiese, me cubriría toda la cara. Le doy un par de vueltas en la mano sin llegar a comprender.

—Abre los sobres —le pido a Abel.

Me hace caso de inmediato. Aparta su máscara, dejándola con cuidado sobre la cama. La suya tiene aspecto de hombre, pero aún es mucho más

inquietante puesto que es toda negra. Yo aparto la vista con un escalofrío moviéndose en mi espalda y observo cómo Abel extrae los sobres y abre uno de ellos. Ahogo un grito al descubrir de lo que se trata.

Son fotos nuestras en Suecia. Pero no las que Abel nos hizo, no. Estas las ha sacado alguien que no somos nosotros. Hay una en la que salgo en el bosque y parezco muerta de miedo. ¡Joder, recuerdo ese momento a la perfección! Fue cuando me escapé porque había discutido con Abel. Así que la sensación de que me seguían era cierta... Me llevo la mano a la boca, intentando calmarme. Abel va pasando las fotos: un par de cuando fuimos al pueblo y a patinar, y una del momento en el que nos besamos bajo la nieve.

—Joder, joder... —murmura, cubriéndose la cara con una mano.

—¿Qué me dices ahora? ¿Todavía quieres ir a Suecia? —pregunto con disgusto. El corazón me brinca en el pecho al comprender que no estamos seguros en ningún lugar.

Él tenía razón. Sus tentáculos son capaces de llegar muy lejos. Pero no entiendo qué es lo que pretende esa mujer... ¿Tanta es su obsesión hacia mí como para perseguirnos hasta otro país?

Echo un nuevo vistazo a las máscaras, que me provocan un temblor en el pecho. Abel aparta su mano del rostro y se me queda mirando con semblante apagado.

—Abre el otro —le ordeno, señalando el segundo sobre negro.

Parece que se ha convencido de que no hay otra opción, porque lo coge y lo observa durante unos segundos hasta dejar caer su interior en la cama. Son dos tarjetas de color dorado con letras rojizas. Me inclino para poder leer lo que hay escrito en ellas.

—¿Qué? —No me puedo creer lo que estoy viendo. Tomo una entre mis manos y leo para mis adentros.

Le anunciamos que ha tenido usted el honor de ser invitado a nuestra Mascarada Anual en Le Château de Paradis. El encuentro se celebrará el próximo sábado, a las 21:00 horas. Le recordamos las normas que usted y su acompañante deben seguir:

Traiga su máscara. Sin ella, no se le permitirá la entrada.

Debe vestir de etiqueta.

Hombres: traje negro con corbata. Si se desea, se puede añadir una capa del mismo color que el traje.

Mujeres: vestido de noche negro. Largo o corto.

Puede traer acompañante. Sólo uno por invitado. Los hombres vendrán acompañados de una mujer y, las mujeres, de un hombre. También deben portar una máscara.

No está permitida la entrada de juguetes o accesorios. En Le Paradise disponemos de todo lo necesario para hacer que su velada sea inolvidable.

Prepárese para disfrutar.

En la tarjeta de Abel pone lo mismo. Él no la está leyendo, quizá porque ya sabe lo que se va a encontrar. Se la señalo, con la boca abierta, sin que me salgan las palabras. Al fin, logro decir, medio tartamudeando:

—¿Qué... qué coño es una Mascarada?

—Es su fiesta anual, para celebrar la apertura.

—¿Le Paradise es uno de esos lugares? —Me quedo patidifusa.

—Sí. Bueno, más o menos. Donde fuimos es sólo el restaurante.

Aquella vez no me fijé mucho, pero no logro recordar que hubiese por allí ninguna mansión. Quizá se encuentra más lejos, quién sabe. Me tapo la boca con la mano, totalmente sorprendida ante todas estas increíbles revelaciones.

—¿Por qué me llevaste allí, Abel? ¿Es que querías que me metiera en ese mundo de mierda?

—¡Por supuesto que no! —Se levanta como movido por un resorte y me observa con el rostro desencajado—. Necesitaba resolver unos asuntos ese día —confiesa. Yo no recuerdo que hablara con nadie, aunque sí es cierto que salí del restaurante antes que él y me parece que charló con el camarero—. Le Château todavía no había abierto. Funciona de marzo a noviembre cada año. Acudí para dejarles claro que no quería formar parte de eso nunca más.

Yo le dedico una mirada cargada de reproche.

—Jade no estaba allí. Ninguno de ellos lo estaba. Volvió después, ¿lo recuerdas? —Asiento con la cabeza—. Supo de ti cuando empezaste a salir en las revistas y en la tele.

—¡¿Pero por qué no la tomó con Nina y conmigo sí?! —exclamo, quejándome como una niña.

—Jade sabe que Nina no significaba nada para mí.

Suelto un gemido de frustración. Abel se acerca a mí y me abraza. Yo me quedo rígida entre sus manos, pensando en lo que explica la nota.

—La Mascarada es este sábado —murmuro—. Quedan cuatro días.

—No tenemos por qué ir —dice él, cogiéndome de la mejilla.

—El viernes por la mañana haré que mi madre se vaya a León —continúo, sin prestarle atención.

—No, Sara, tú no tienes que pertenecer a ese mundo, y yo tampoco quiero hacerlo más...

—Tenemos que ir, Abel. —Me giro, estudiando todo su rostro. Él niega otra vez, casi a punto de llorar—. Acudiremos a la Mascarada esa y solucionaremos las cosas. —Mi tono de voz no acepta un no por respuesta.

Esa noche ninguno de los dos consigue dormir mucho. Abel da una vuelta tras otra en la cama y yo, desde mi posición, me dedico a observar las máscaras que asoman de la caja y que parecen mirarnos con sus cuencas vacías.

La semana se nos pasa volando. Mi tía hizo lo que le pedí y llamó a mi madre la misma noche de la pesadilla. Ella se extrañó al principio, pero fue tanta la insistencia de su cuñada que acabó aceptando. Nos pasamos los días empaquetando trastos y arreglando asuntos, hasta que la mañana del viernes acude casi sin avisar y el alba me sorprende con los ojos bien abiertos y una soga invisible en la garganta.

Abel y yo nos hemos quedado estos días en el piso de mi madre con la excusa de ayudarla. El día siguiente a las horribles noticias, volvimos a casa de mi novio para recoger las pertenencias que no nos habían destrozado. Las hemos dejado en el estudio, hasta que encontremos un nuevo piso. Él ya ha estado buscando y puede que el próximo lunes tengamos casa. Les mentimos a Marcos y a Cyn –es como si mi vida se hubiese convertido en una gran mentira, una pelota enorme– y les dijimos que para mí era mejor vivir en la ciudad, porque claro, como tengo que ir todos los días a la universidad... Y que no nos quedábamos en el estudio porque no queríamos asaltar su nidito de amor.

Con lo de arreglar las cosas para mi madre apenas he tenido tiempo para pensar en serio en lo que está a punto de suceder. Quizá es que todavía no me lo creo, que es como un sueño oscuro del que espero despertar pronto. Abel y

yo acudiremos mañana a Le Château de Paradise y trataremos de solucionar las cosas. Sé que no será nada sencillo, pero ahora no quiero comerme la cabeza con eso.

Me dedico a revisar el billete de tren de mi madre y a confirmar la hora de salida. Ella está en la cocina preparándose un bocadillo para el viaje. Como no quedaba ninguna botella de agua, Abel ha bajado al supermercado a comprar. Incluso así, con lo cerca que está, me pone nerviosa que vaya solo. Por eso, me asomo un par de veces a la ventana hasta que lo veo aparecer con la bolsa y suelto un suspiro de alivio.

—Bueno, pues creo que ya estoy lista. —La voz de mi madre a mi espalda me sobresalta. Lo cierto es que en estos últimos días todo lo ha hecho, incluso los sonidos apagados de las cañerías, por la noche. He dormido abrazada a Abel con más fuerza que nunca.

—El camión de mudanza llegará a las seis, ¿vale? —le digo a mi madre.

—Tu tía va a venir a por mí a la estación, no sea que me pierda.

—Perfecto —murmuro. Aunque se vaya lejos, al pueblo, no quiero que esté sola ni un minuto. Pero vamos, sé que todos van a estar encima de ella durante todo el día, y Abel me ha asegurado que, una vez me encuentre con Jade, sí que no tendré que temer nada por mi madre. Eso espero. Pero de todos modos, estas noches he rezado muchísimo, a pesar de que no lo hacía desde que era niña y ni siquiera sé muy bien si sirve de algo.

Abel abre la puerta en ese momento y me tiende la botella de agua. Se agacha para coger dos maletas, mientras mi madre lleva una más pequeña y yo me hago con el neceser.

—Hay que ver lo vacío que se ha quedado —dice ella con nostalgia.

—Pero si es un piso amueblado, mamá.

—Sí, pero me refiero a que ya no hay nada nuestro. Todos nuestros recuerdos se van.

—Entonces mantenlos en tu cabeza —le aconsejo, forzando una sonrisa.

Esta vez Abel me ha hecho caso y su padre le ha prestado el coche. Sin embargo, yo me paso el rato echando ojeadas por el retrovisor, con la sensación de que en cualquier momento un coche negro aparecerá y nos empezará a dar golpes. Por suerte no ocurre nada de eso y llegamos a Valencia sanos y salvos.

Cuando estamos en la cola mi madre me abraza y se echa a llorar. En cuestión de segundos yo también estoy encharcada en lágrimas. Pero lo cierto

es que son de miedo, porque no sé lo que pasará mañana.

—Ya está, cariño. Que en Pascua nos vemos y no queda nada. —Me intenta animar y me seca las lágrimas con sus dedos rechonchets.

—Te llamaré todos los días. Hazlo tú también, por favor.

—Yo te llamaría a todas horas, pero luego me regañas.

Me echo a reír ante su ocurrencia. Es verdad que cuando me fui a vivir sola al empezar la universidad, no paraba de llamarme y a mí me molestaba.

—No, no te regañaré. Quiero saber de ti todo el rato. —La aprieto contra mí y le doy un montón de besos en su suave mejilla.

—Venga, pero no llores más. —Aparta la mirada de la mía para no hacerlo ella. Se queda mirando a Abel, que se encuentra a mi lado y, cuando alzo el rostro a él, descubro que sus ojos también están brillantes. Se inclina para sostener a mi madre entre sus brazos. Qué chiquitita parece y qué vulnerable. Se me escapa otro sollozo—. Abel, cuídala mucho, que te quiere un montón. Vosotros tenéis que estar juntos para siempre.

—Y así será, señora. —Él le dedica una sonrisa preciosa que a ella le ilumina el rostro.

—Llámame nada más llegar, mamá —le pido otra vez, agarrándola de la mano.

Asiente y luego la cola se empieza a mover y ella también tiene que hacerlo. Mientras Abel me pasa un brazo por los hombros y me estrecha contra él, yo observo cómo mi madre se aleja de nosotros, le enseña el billete a una de las trabajadoras y echa a andar hacia el tren empujando el carrito con las maletas. En un momento dado se detiene y se gira para despedirse con las manos. Está sonriendo y yo hago un esfuerzo para no parecer intranquila. Un minuto después mi madre ha subido en el tren y una parte de mi alma se marcha con ella.

Mientras me coloco el traje negro que he comprado esta mañana, siento una sensación de angustia que se va apoderando de todo mi cuerpo. Me observo en el espejo y descubro las terribles ojeras y la palidez. Estoy tan asustada. Pensé que el sábado no iba a llegar, o que pasaría cualquier cosa y no tendríamos que hacer esto. Sin embargo, no puedo echarme atrás porque eso significaría que la pesadilla continuaría y por nada del mundo es lo que quiero.

Ni siquiera me maquillo porque, al fin y al cabo, voy a tener que llevar la

máscara. Me echo un vistazo a mí misma: mi vestido es largo, ya que Abel me ha asegurado que será mucho mejor, que allí hay muchos hombres y no quiere que me vean. Y esta vez sé que no lo hace por posesión o celos, sino por mi seguridad. Todavía no sé lo que me voy a encontrar allí, ya que Abel y yo apenas hemos hablado desde que ayer dejamos a mi madre en la estación. Hemos dormido en el mismo hotel que hace unos días aunque, bueno, dormir no es la palabra adecuada. Y hace tiempo que no hacemos el amor, pero lo cierto es que ninguno de los dos siente muchas ganas.

Abel sale en ese momento del cuarto de baño, con el cabello aún húmedo. Se me queda mirando muy serio, para apartar la mirada en cuestión de segundos. Yo trago saliva y finjo que estoy muy ocupada en ponerme los pendientes. Él va hasta la cama y coge el traje de chaqueta que ha comprado también. Al cabo de unos minutos me doy cuenta de que está tan nervioso que no atina a anudarse la corbata, así que me giro y me acerco a él para ayudarlo.

—Todavía estamos a tiempo de no ir —murmura, inclinando el rostro para mirarme.

—No digas nada —le aviso. No, porque si no, soy capaz de echarme para atrás y no sería una buena idea.

Él asiente, con gesto muy serio y esa sombra en los ojos que no le ha abandonado desde que el otro día nos llegó el paquete. Una vez estamos listos, me dirijo a la caja y cojo los sobres con las invitaciones y las máscaras. De nuevo, me provocan un terrible escalofrío que no sólo camina por mi espalda, sino que se instala en mi estómago. Abel se coloca detrás de mí, con su mano apoyada en mi hombro y me da un suave beso en el cuello.

—Estaré a tu lado todo el tiempo.

—Lo sé —murmuro con un hilo de voz.

Nos ponemos nuestras chaquetas y a continuación salimos de la habitación en silencio. Tampoco hablamos en el ascensor: tan sólo nos lanzamos miradas que tienen parte de miedo y parte de nerviosismo. Y, en la mía, también hay algo de curiosidad y sé que eso es algo que a él, en cierto modo, le inquieta. Nos dirigimos al aparcamiento del hotel para subir en el coche. Una vez en él, el corazón se me dispara. Dios, estoy tan nerviosa que el estómago no para de gruñir. Para mi asombro, Abel conduce más despacio que nunca, como si eso fuera a conseguir que la mansión desapareciera o algo por el estilo.

—No te apartes tú tampoco de mi lado —dice en un momento dado, provocando que yo dé un brinco en el asiento.

—Claro que no.

El silencio regresa al coche y se instala durante un buen rato, hasta que me alzo en mi asiento porque este lugar se me hace familiar. Sí, estamos llegando al restaurante de Le Paradise. Sin embargo, lo pasamos de largo y Abel, un poco más adelante, toma una desviación hacia la derecha que nos interna en una carretera destartalada, llena de matojos y de árboles alrededor. Unos veinte minutos después se dibuja ante nosotros el perfil de una enorme finca. Tomo aire al tiempo que me agarro al manillar de la puerta. Pues ya estamos aquí y no, no hay marcha atrás. Y no puedo evitar pensar en que este lugar está apartado de todo el mundo, que si gritamos nadie nos escuchará. O no al menos quien tendría que hacerlo para ayudarnos.

Abel conduce hacia la derecha y nos topamos con un aparcamiento al aire libre en el que ya hay numerosos coches. Me asomo a la ventana de forma disimulada y veo unas cuantas personas que se acercan a la entrada de la casa, todas ellas vestidas con trajes elegantes y con las máscaras en sus rostros.

—Póntela —me dice en ese momento Abel, entregándome la mía—. No te la quites en ningún momento. —Se coloca la suya y, al verlo con ella, no puedo evitar que el nudo de mi estómago se haga mayor. No parece él, sino un extraño que se ha colado en el coche conmigo. Lo único que reconozco son sus ojos, que me observan insistentes—. Vamos, póntela.

Bajo la mirada para observar la mía. Me muerdo los labios y a continuación la acerco muy despacio a mi cara. En cuanto roza mi piel, me parece que no voy a poder respirar. Me paso la goma por la cabeza y después la ajusto para poder ver bien. Me siento como atrapada en la vida de alguien que no soy yo.

—No hables ahí dentro —continúa él. Su voz sale amortiguada de la máscara—. No mires a nadie. Y, sobre todo, Sara... En cuanto salgamos de ahí, olvida todo lo que has visto.

La respiración se me acelera, al igual que los latidos del corazón. No puedo imaginarme lo que me voy a encontrar, pero supongo que nada agradable. Él apoya una mano sobre la mía. La muevo hasta que nos las cogemos y se la aprieto. Ambas las tenemos sudadas.

—¿Lista?

Asiento con la cabeza. Recogemos nuestras invitaciones y salimos del coche, que es otra vez el Porsche, porque Abel no quiere meter el de su padre en esto. Mientras avanzamos por el suelo de gravilla me pregunto cómo será Jade, ya que hay una niebla en mi mente que no me deja recordar cómo era exactamente, a pesar de que la vi en la presentación de la campaña de moda, y qué es lo que me dirá. No me imagino manteniendo con ella una conversación normal. Un par de parejas más pasan por nuestro lado y se nos quedan mirando con curiosidad. Yo agacho la cabeza porque todas esas máscaras me provocan escalofríos. En la entrada de la mansión hay dos hombres echando vistazos a las tarjetas. Esperamos a que la pareja de delante sea invitada a pasar y a continuación nos toca a nosotros. Entrego la mía con el corazón a mil por hora, mientras me siento observada por un hombre gigantesco que también oculta su rostro con una máscara que parece el rostro de un ave, con una nariz o un pico larguísimo.

—Bienvenidos. Les rogamos que disfruten. —Nos señala las puertas, las cuales nos abre otro hombre en el que no había reparado.

Abel me coge otra vez de la mano y nos internamos en la mansión. Una vez dentro, todo me deslumbra. Todo lo que nos rodea es increíblemente lujoso: una enorme lámpara de araña cuelga del techo, hay sillones de color negro aterciopelado aquí y allá, y una alfombra roja que viene desde unas anchas escaleras que conducen a un segundo piso. Abel y yo continuamos nuestro camino, paseando por entre la gente. Hombres y mujeres con trajes y máscaras que charlan o, simplemente, se observan unos a otros. Me fijo en que muchos han venido acompañados, pero también hay algunos que merodean solos con copas en las manos.

Una tenue melodía clásica reina en el ambiente. En realidad, todo parece más o menos normal. Parece una simple fiesta temática o algo por el estilo, así que todavía no puedo comprender qué es lo que va a suceder.

—Esto en realidad es el vestíbulo, donde la gente se elige —me explica Abel. No atino a entender lo que me quiere decir—. Por allí hay habitaciones. —Me señala un pasillo con puertas a ambos lados—. Y por allí más. —Señala a la derecha y, a continuación, apunta de forma disimulada a las escaleras—. También arriba. Esa parte es para los más atrevidos.

No respondo porque tengo el corazón tan acelerado que me lo noto en la garganta.

—Tenemos que esperar a que inauguren la fiesta —añade él.

En ese momento se nos acerca un camarero con una bandeja llena de copas. Él también lleva una máscara de la que cuelga un cabello largo y rizado, de color anaranjado. Yo niego con la cabeza porque no tengo ganas de tomar nada, pero Abel nos coge dos copas a ambos y me tiende una de ellas cuando el hombre se marcha.

—Mójate los labios aunque sea —me avisa, mirando hacia delante. Yo observo mi copa y después doy un pequeño trago. Se trata de cava, con un sabor muy bueno, pero me provoca náuseas.

Para mi sorpresa, Abel se bebe la suya de un trago. Yo le cojo del brazo y niego con la cabeza.

—No deberías beber —le recuerdo su pasado relacionado con las drogas y el alcohol.

—No podré aguantar esto si no lo hago —murmura, mientras deja la copa vacía en la bandeja de otro camarero y coge una más.

Me empiezo a poner nerviosa ante todo esto. La gente que se cruza con nosotros se nos queda mirando durante un buen rato. Las mujeres observan a Abel, pero lo cierto es que también algún hombre se fija en él y eso hace que mi estómago se encoja más y más. Nos quedamos quietos en un rincón, él bebiendo una copa tras otra y yo sosteniendo la mía con manos temblorosas. Y, de repente, la música clásica cesa y todos los que están allí reunidos se callan y se giran hacia las escaleras. Abel también lo hace y yo le imito. Esto parece un ritual o qué sé yo. En ese momento un hombre, acompañado de dos hermosas mujeres —a juzgar por su cuerpo, ya que llevan los rostros ocultos—, aparece en lo alto de las escaleras y las baja poco a poco, con ellas agarradas a sus brazos. Él también lleva una máscara, sin embargo, hay algo en esos ojos azules y fríos que se me antojan familiares. Caigo en la cuenta de que sí, que lo conozco... No cabe duda de que es el hombre que me miraba aquella vez en la presentación de las fotos, el que estaba con Jade y alzó su copa para brindar conmigo.

—¡Buenas noches a todos! —exclama, con voz profunda y segura, soltándose de las mujeres y alzando las manos para abarcar a los asistentes—. Os doy la bienvenida a nuestra Mascarada anual y espero que todos estéis preparados para pasar una gran noche. Como cada año, hemos derrochado en nuestras salas, hemos preparado todo con tremendas ganas y estamos seguros de que va a ser inolvidable —se queda callado unos segundos, observando a los presentes. De repente, su mirada se posa en mí. Yo agacho la cabeza, con

el corazón brincando en mi pecho. Sin embargo, Abel me aprieta la mano y entiendo que lo que quiere es que no me muestre tímida, así que alzo el rostro de nuevo y clavo la mirada en ese hombre que todavía no la ha apartado de mí—. Como siempre, os vamos a recordar las reglas de Le Paradise. Si las respetáis, todo irá bien –hay algo en su tono de voz que me provoca escalofríos—. Fiorella y Lucinda os las leerán. Prestad atención.

Todos los allí presentes se mantienen expectantes. Me fijo en que alguno asiente con la cabeza, como si ya supiera lo que van a decir, pero hay otros que se muestran realmente interesados. Quizás es su primera vez, como la mía.

—Regla número uno –dice una de las mujeres, la que tiene un cabello rubio muy largo y unos pechos enormes—: a las diez y veinte se cerrarán las puertas. Recuerden que hasta el final de la velada, que será a las seis de la mañana, nadie podrá abandonar la finca.

Me tenso al escuchar sus palabras. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Es que acaso esto es una prisión o qué? ¿Y si me encuentro mal o sucede algo... de verdad tengo que quedarme? ¿Voy a poder aguantar toda la noche?

—Regla número dos –interviene la otra mujer, una pelirroja de pelo corto y ondulado—: queda terminantemente prohibido quitarse las máscaras en las zonas comunes. Si alguno de ustedes ha decidido compartir una habitación, entonces son libres de mostrar su rostro, pero serán los únicos responsables.

Un par de personas cuchichean a nuestro alrededor, pero el hombre les hace callar con tan sólo un gesto y luego le indica a la mujer rubia que continúe hablando.

—Regla número tres: aquellos que después de hoy quieran participar en el resto de fiestas y aún no sean miembros de Le Paradise, recuerden dirigirse a uno de nuestros secretarios. –Ella señala a cuatro hombres que se encuentran al lado de las escaleras y que se inclinan cuando los menciona.

Unos cuantos echan vistazos a esos hombres, mientras que algunos alzan una mano a modo de saludo. Yo me mantengo muy quieta en mi sitio, rígida y con la sensación de que todo esto es un sueño. Uno muy extraño. Abel a mi lado también está tieso como una estatua y aprecio que la mano cada vez le suda más.

—Regla número cuatro: No están permitidas las prácticas sexuales en las zonas comunes. Recuerden que las salas y habitaciones están habilitadas para dichos usos. –Señala la pelirroja.

—Regla número cinco: está prohibido usar aparatos eléctricos. Nuestras habitaciones y salas disponen de juguetes y otros accesorios a su alcance. —La mujer rubia se echa hacia atrás, al igual que la pelirroja, y en ese momento el hombre toma la palabra otra vez.

—Y regla número seis: el orgasmo es obligado —dice, con una sonrisa bajo la máscara.

Escucho unas cuantas risas alrededor. Está claro que se trata de una broma, pero la verdad es que a mí no me hace ninguna gracia. De ninguna manera voy a tener aquí un orgasmo, rodeada de toda esta gente con sus rostros cubiertos. Aprieto la mano de Abel con más fuerza y él me lo devuelve para intentar tranquilizarme.

—Y ahora, pasaremos a señalarles las salas en las que pueden realizar las prácticas y juegos que más les interesen —explica él. De nuevo, las mujeres se adelantan—. Recuerden que hay dos salas y dos habitaciones para cada juego en cada planta.

»Salas Carmesíes: BDSM. En la entrada de dichas salas deben escuchar las reglas que les dirán los vigilantes con tal de mantener el orden —anuncia la rubia, con los pechos a punto de desbordarse del vestido.

»Salas Doradas: intercambio de parejas. También les esperarán los vigilantes para explicarles las normas —dice la pelirroja.

»Habitaciones de Sodoma: para aquellos que deseen sumarse a una excitante orgía.

—¿Qué es BDSM? —pregunto a Abel en voz baja.

—*Bondage*, sadomaso —me susurra rápidamente. Yo trago saliva, sorprendida ante todo lo que estas mujeres están contando.

»Habitaciones *Oculum*: para los que les apetezca únicamente mirar.

Me fijo en que la mayoría de los asistentes se muestran entusiasmados y expectantes. Abel y yo somos los únicos que estamos quietos y callados en nuestro sitio, así que él finge que también está emocionado y me invita a hacerlo, pero no lo logro.

—No hay nada más que decir —interviene el hombre de nuevo. Separa los brazos, hincha el pecho y después exclama—: Señoras y señores... ¡Que empiece el placer!

Y mientras él se marcha con las mujeres escaleras arriba, las personas que se encuentran a nuestro alrededor se empiezan a quitar la ropa. Yo los observo con el corazón brincando como un loco: se despojan de sus trajes y

vestidos y se quedan en ropa interior, y después siguen a aquellos que imagino que son los vigilantes.

—No es necesario quedarse desnudo —me dice Abel en ese momento, para mi alivio. Me fijo en que unos cuantos indecisos tampoco se han quitado aún su ropa.

Por nuestro lado pasan un par de parejas que se nos quedan mirando con curiosidad. Una mujer posa su mano en el hombro de Abel con todo su atrevimiento. Y, cuando me quiero dar cuenta, tengo a dos hombres a cada lado, mirándome sin decir nada.

—¿Sala BDSM? —pregunta uno de ellos de repente.

Me quedo callada, sin saber qué contestar. Abel tira de mí y me aleja de esos hombres que, por lo que he entendido, querían practicar conmigo sadomasoquismo.

—¿Os apetece ir a la sala Dorada? —nos propone una mujer con una máscara de arlequín. Ella y el hombre que la acompaña van completamente desnudos. Ambos tienen cuerpos perfectos y atléticos. Abel niega con la cabeza y me dirige hacia las escaleras.

—¿Por qué cojones todos están buenos? —Es lo único que se me ocurre preguntar ante toda esta locura.

—Los jefes deciden quién entra y quién no. Todo esto no es sólo sexo, se supone que también es *glamour*, lujo morboso, erotismo refinado...

—Yo no veo nada de eso —respondo, temblando en mi interior.

Un hombre y una mujer bajan por las escaleras, pero no parecen ser clientes, sino trabajadores de la mansión. No me equivocaba: se colocan ante nosotros y nos hacen un gesto con la cabeza.

—Les están esperando —dice la mujer.

Abel se gira hacia mí y me mira a través de los agujeros de la máscara. Yo me quedo quieta unos segundos, hasta que al fin asiento y seguimos a esas dos personas. Por fin voy a tener un encuentro con Jade.

La suerte está echada. Y joder, no puedo tener más miedo.

Abel y yo atravesamos el largo pasillo por el que nos llevan estas dos personas. Desde fuera la mansión no parecía tan grande, pero lo cierto es que es como un castillo con diversos pasillos que giran a la derecha o a la izquierda. Por el camino nos topamos con más enmascarados que van desnudos o, ellos, simplemente con la capa, como si eso les produjese más morbo. En algunas esquinas aprecio a hombres y mujeres riéndose con una copa en las manos. Están coqueteando, proponiéndose a saber qué. En otras ya se están acariciando, sin quitarse las máscaras ya que, como han avisado, no está permitido. Puedo apreciar los bultos en las entrepiernas de los hombres y el aroma que se desprende de sus cuerpos. Estoy en un lugar con hormonas flotando por todas partes.

Y encima están esos inquietantes sonidos. No sólo es la música que sale de cada una de las salas, sino también los gemidos, jadeos e incluso gritos. Cuando pasamos por la sala Carmesí, estos se unen a unos ruidos extraños, como si alguien estuviese golpeando la carne de otra persona. Y entonces recuerdo que en esa habitación es donde se practica el sadomasoquismo. Me viene a la cabeza la historia de *Justine*, del Marqués de Sade, cuyo libro me regaló Abel antes de que todo esto sucediera. Para mí fue un juego divertido con él, aunque las prácticas que se narraban en la novela no lo eran en

absoluto. Me pregunto si en este lugar también hacen todo eso, tan al límite... Tan extremista. Como Jade. Se me revuelve el cuerpo con tan sólo pensarlo.

Delante de una puerta hay un par de hombres esperando con sus máscaras y sus cuerpos semidesnudos. La mirada se me va a sus *boxers*, para qué negarlo. Pero no me excita, sólo hace que me ponga más nerviosa. Toda esta gente... ¿Cómo pueden ponerse en una situación así? Aunque supongo que para ellos es lo normal, si no, no habrían venido. Al pasar por su lado, el vigilante de esa sala abre la puerta y puedo atisbar algo de su interior. Un revoltijo de cuerpos desnudos meneándose de manera lasciva. Hombres y mujeres abrazados, besándose y acariciándose. El vigilante se da cuenta de que estoy mirando y cierra la puerta con rapidez.

—¿Quiere entrar?

Niego con la cabeza, asustada. Abel repara en lo que está sucediendo y me coge de la mano para tirar de mí. Por fin, nuestros acompañantes se detienen ante una puerta bastante lujosa. Nos la señalan, inclinados hacia delante, y después el hombre la entreabre.

—Pasen.

Me aprieto contra el cuerpo de Abel al tiempo que él da un paso hacia delante. En cuanto entramos, la puerta se cierra a nuestras espaldas. Yo doy un brinco y me giro asustada, porque no quiero mirar hacia delante.

—Bienvenidos —dice el hombre que antes ha presentado la Mascarada.

Y en ese momento sí: ladeo la cabeza y observo el lugar en el que estamos y también las personas que se encuentran allí. Se trata de una habitación bien grande, pero parece ser un despacho a juzgar por la mesa llena de papeles, por las sillas que hay rodeándola y por las estanterías. A la derecha, al fondo justo al lado de la ventana, hay un sofá en el que se encuentra una mujer sentada, con las largas piernas cruzadas. Estoy segura de que es Jade, pero su rostro está oculto por una hermosa máscara. A su lado, de pie, hay dos hombres muy fornidos que deben ser también unos vigilantes. Deslizo la vista por las paredes: unos cuantos cuadros las decoran. ¡Cuadros con escenas sexuales, todas ellas increíbles! Todas estas personas son unos perversos, joder. A continuación me fijo en que el suelo está cubierto por una moqueta de color rojo oscuro que se me antoja como sangre.

—No sabéis lo que me alegro de que hayáis venido —interviene la mujer en ese momento. Tiene una voz aterciopelada, sugerente, sensual. Cuando se levanta, desprende una gran seguridad en sus movimientos—. Y os aseguro

que habéis tomado la decisión correcta –se queda callada unos segundos, observándonos a Abel y a mí–. Dejadme adivinar... Ha sido Sara la que ha dicho de venir.

Nos quedamos callados y ella adivina por nuestro silencio que está en lo cierto. Suelta una risita y, a continuación, se acerca a nosotros con pasos felinos. Por un momento me dan ganas de echarme hacia atrás o de salir corriendo de la habitación, pero lo cierto es que no tenemos escapatoria alguna. Me fijo en que el hombre que estaba sentado tras la mesa también se levanta, la rodea y acude hacia nosotros. Yo me aprieto más contra Abel, lo que hace que Jade suelte otra risita. Me siento invadida por estas dos personas tan imponentes. Ambos son altos y yo me siento muy pequeña a su lado. Y asustada...

—Me moría de ganas por tenerte aquí –dice el hombre, alargando un brazo y rozándome el mío.

—No la toques –le avisa Abel, colocándose ante mí.

Aprecio que los vigilantes se ponen tensos y dan un paso hacia delante, pero Jade los detiene con un gesto.

—Abel, cielo... No estás en condiciones de ordenarle a Alejandro lo que tiene que hacer.

¿Será ese un nombre real? Aquí todos usan uno en clave. O quien sabe, a lo mejor ellos tienen tanta confianza que nos están diciendo los verdaderos. Y lo peor es que saben los nuestros, joder.

—Quitaos las máscaras –nos dice Jade. No es una petición, es una orden.

Abel titubea unos segundos, pero al final obedece. Me fijo en su rostro, serio, intentando no mostrar ningún tipo de emoción. A continuación soy yo la que se deshace de la máscara. Los observo en silencio, retándoles con la mirada, para que se den cuenta de que no estoy asustada. Aunque es una gran mentira. Aprecio que Alejandro, a mi lado, también se ha quitado la suya y que lo mismo está haciendo Jade. Primero la estudio a ella: tal y como pensaba, es una mujer muy guapa, despampanante. Pero hay algo en esa belleza que se me antoja peligroso. No me gustan esos ojos verdes rasgados que me observan con pedantería. Al girarme con disimulo a Alejandro, descubro la forma en que me mira y las náuseas aumentan. No lo recordaba muy bien, pero es un hombre muy atractivo, con rasgos marcados y una fina barba castaña, al igual que su cabello. Pero tampoco me gustan sus ojos, tan azules y fríos...

—De cerca eres mucho más sorprendente —me dice él, al tiempo que da una vuelta para observarme. Yo me quedo muy quieta, con los puños apretados. Me está desnudando con la mirada y odio la sensación que me provoca. Abel está muy tenso y le tiembla la nuez. Creo que está luchando con todas sus fuerzas para no decir nada.

—¿Es de las que te gustan, eh? Dulce e inocente —apunta Jade con tono burlón. Después gira el rostro hacia Abel y le dedica una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo, eh? —Él no contesta, se limita a agachar la cabeza. Aquí vuelve el Abel débil y sumiso, aunque en parte le entiendo, porque esta mujer tiene una mirada que podría derrocar a cualquiera. Y de repente, hace algo que me sorprende: alza la mano y le asesta una sonora bofetada a Abel. Yo suelto un jadeo y doy un paso, pero Alejandro me coge del brazo y me sujeta. Trato de desembarazarme, pero hay algo en sus ojos que me hace desistir—. Amor mío —canturrea ella, aún hablándole a mi novio—, ¿de verdad pensabas que podías deshacerte de nosotros tan fácilmente? —Esboza una tétrica sonrisa, llena de dientes blancos que aún destacan más bajo ese pintalabios rojo intenso—. Te avisé de lo que sucedería. Te dejé claro a quién le perteneces.

Los dedos de Alejandro se clavan en mi carne. Le miro disimuladamente, pero él se da cuenta y me guiña un ojo. Yo agacho la cabeza, tratando de ocultarme con el pelo, intentando escapar de su mirada. Pero lo cierto es que me traspasa y se me clava en el alma. Me mira con deseo... Y algo más. Algo que me asusta mucho.

—Tú mismo aceptaste formar parte de esto y, cuando se llega tan lejos como tú, no es fácil terminar con ello. —Jade alza la mano con la que le ha abofeteado y le acaricia en esa mejilla, que ha enrojecido. Abel aprieta los dientes ante el contacto—. Te permití no trabajar más haciendo fotos a las chicas —continúa ella, cruzándose de brazos—. ¿Pero qué me dices de tú y yo?

—Eso se acabó, Jade —murmura él con voz temblorosa.

—¿De verdad lo crees? —suelta una carcajada. A continuación, dirige la vista a mí y se le borra la sonrisa. Puedo leer un gran odio en sus ojos—. No hay nadie que pueda interponerse en lo que hay entre Abel y yo. ¿Entiendes, Sara? —Me limito a mantenerme callada, pero sin apartar los ojos. Los entrecierra y otra sonrisa acude a ella, pero no es para nada amistosa—. A tu querido novio no le gusta tu insulsa vida.

—Eso no es cierto. —Las palabras se me escapan antes de que pueda darme cuenta.

Abel se pone tenso a mi lado y yo, por unos segundos, espero que Jade también me abofetee. Pero lo único que hace es mirarme con esa sonrisa ladeada. Y aún tengo en mi brazo la mano de Alejandro, que cada vez me aprieta más. Se ha arrimado a mi cuerpo y puedo sentir su respiración entrecortada en mi nuca. No me puedo creer que esté excitado. No quiero ni pensar por unos segundos que se trate de eso.

—Lo que hay entre Abel y yo va mucho más allá de la razón —continúa ella, dirigiéndose a mí—. Y tú jamás podrás entenderlo. Tu mente no está preparada para eso.

—Pero quizá podamos hacer algo para solucionarlo —interrumpe Alejandro, muy cerca de mi oído. Un temblor interior me sacude por completo.

—Cállate —le ordena ella. Le hace un gesto para que me suelte. Cuando por fin me siento libre, me acaricio allá donde Alejandro me ha tocado. No quiero que jamás lo vuelva a hacer.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Jade camina hasta un mueble-bar en el que yo no había reparado y saca una botella de cristal muy lujosa y cuatro vasos.

—¿Qué queréis beber?

Como ni Abel ni yo contestamos, ella misma decide por nosotros. Cuando termina de servirnos las bebidas, regresa hasta nosotros y nos tiende los vasos. Alejandro toma el suyo y le da un buen trago, pero yo lo único que hago es acercar mi nariz al borde, y enseguida el fuerte olor a alcohol me echa para atrás.

—¿No me digas que ni siquiera tomas alcohol? —Me mira divertida—. Cómo te vas a divertir con ella, Jandro.

Él suelta una risita y ambos entrechocan sus vasos. Toda esta situación me está poniendo de los nervios. Se lo están pasando de muerte a nuestra costa, mientras Abel y yo estamos aquí de pie como dos conejitos asustados. Inspiro profundamente y me atrevo a decir:

—Hemos venido, que es lo que queríais.

—No, cariño, no te equivoques. —Niega ella con un dedo—. Que vinierais sólo es la primera condición.

—Jade, no tienes por qué hacer esto —interviene Abel, mirándola con ojos brillantes—. Puedes dejarla fuera.

—¿Pero por qué estás asustado, cielo? ¿De verdad piensas que le haría

daño? —Para mi sorpresa, se acerca a mí y me acaricia la cara. Primero las mejillas de manera lenta, después los labios, para acabar en la barbilla y deslizar un dedo por mi nuez. Ha sido una caricia sensual, que me ha contraído el estómago. Alejandro exhala a mi lado y yo me tenso aún más.

—Nadie tiene que salir malparado de aquí —dice en ese momento él. Me giro y le observo con curiosidad. De nuevo su mirada me carcome el alma—. Si participáis en nuestros juegos, todo irá bien.

—¿En vuestros juegos? —pregunto, confundida.

—Jade, no. —Abel niega con la cabeza al tiempo que lanza una mirada rabiosa a Alejandro—. Ella no está preparada para este mundo.

—¿Y tú cómo lo sabes? Quizá después le gustaría. —Jade sonríe con los ojos entrecerrados—. Aquí no se hace daño a nadie, todos participan por voluntad propia. Y muchos de los que prueban quieren repetir una y otra vez —apunta ella mirándome a mí.

—Sé lo que pretendes —escupe Abel.

—¿En serio? —Jade alza su vaso y le da un pequeño sorbo—. Tan sólo quiero mostrarle a tu bonita e inocente chica las maravillas de este lugar.

—Lo único que quieres es corromper su inocencia con tus sucias prácticas y tu locura.

Miro a Abel con los ojos muy abiertos. A continuación clavo la vista en Jade y aprecio el enfado que le crece por momentos. Los vigilantes se acercan a nosotros en actitud intimidatoria. Joder, joder... Quiero salir ahora mismo de aquí, por favor. Que todo esto acabe.

—Nos hemos controlado hasta ahora —dice ella, chasqueando los dedos para que esos dos armarios se queden quietos—. Pero sabes que podríamos no hacerlo. —Me apunta con la barbilla—. Tu madre se ha ido de viaje, ¿verdad?

Y no me paro a dudar ni por un momento que sepan dónde se encuentra. Pueden ir hasta allí. ¿Y si le hacen daño? Abel me ha asegurado tantas veces que no... Pero ya no confío en nadie.

—Qué es lo que queréis —digo, tratando de que mi voz no tiemble.

—Sólo que nos conozcas un poco —responde Jade, clavándome su inquietante mirada de gata salvaje.

—¿Cómo?

—Queremos que participéis en nuestras fiestas. Podéis venir juntos... O si quieres acudir sola, Sara, nos parecerá perfecto. —Esboza otra de esas sonrisas que se me antojan tan falsas—. Esto es un juego, cariño. ¿Vas a jugar o no?

Me quedo callada, sin apartar la vista de la suya. Después la dirijo a Alejandro, quien me observa de tal forma que me da asco. Abel no aparta la mirada ni por un segundo de mí. Aprecio que está sudando.

—Si acepto, ¿me prometéis que dejaréis a mi madre en paz?

—¡Por supuesto! —Jade menea su vaso y los cubitos chocan con el cristal—. Nosotros siempre cumplimos lo que prometemos.

No estoy segura de eso, pero lo que sí tengo claro es que ahora mismo no tenemos otra opción. Y Abel me asegura que la policía también está implicada en esto, así que... ¿Qué podemos hacer? Tan sólo seguirles la corriente y después intentar salir de toda esta jodida telaraña. Miro a Abel y puedo leer en sus ojos la negativa, el miedo, la preocupación. Intento calmarle con la mía, pero no sirve de nada. Además, en realidad él aquí no pinta nada, porque parece que estos dos locos la han tomado conmigo.

—Está bien. Acepto.

Alejandro da una palmada como un niño pequeño para mostrar su emoción. Jade sonrío de forma satisfecha y asiente con la cabeza. Me fijo en que Abel ha agachado la suya, con los ojos cerrados, completamente derrotado.

—Acompañadnos —dice en ese momento Alejandro.

Tanto Jade como él se colocan sus máscaras de nuevo y nos indican que nos pongamos la nuestra. Abel y yo nos miramos, pero aunque yo lo hago con curiosidad, él parece que sabe qué es lo que se proponen ahora. Salimos de la habitación, acompañados por ambos vigilantes, que caminan a nuestras espaldas. Delante, nos cierran el paso Jade y Alejandro. Las puertas de las salas continúan cerradas, pero los sonidos que salen de algunas de ellas hacen que me ponga en alerta. Después de haber aceptado esto... ¿tendré que participar yo en esas prácticas? ¿Es eso a lo que se refieren?

Nos detenemos ante la puerta de otra habitación de la que salen, en ese momento, un hombre y una mujer. Ella se frota la espalda, en la que lleva una pequeña gasa. Me pregunto qué es lo que sucede ahí dentro. Jade se coloca ante la puerta y me dice:

—Una vez hayas firmado el contrato con tu piel, tendrás que seguir nuestras reglas.

Yo asiento con la cabeza, a pesar de que sé que me estoy metiendo en un agujero cada vez más hondo. Abel se adelanta un paso y le dice:

—Acudiremos cuando queráis, permitiremos que nos mostréis este lugar...

Pero vosotros tenéis que jurar que no obligaréis a Sara a participar.

Me quedo asombrada por su valentía. Mi corazón palpita, esperando la respuesta de Jade, la cual parece meditar sobre el asunto.

—¿Es a mí al que tú quieres, no?

—Claro que sí, mi amor —contesta ella con la voz ahogada por la máscara—. Pero tú no eres a quien desea Alejandro.

Esas palabras hacen que todo a mi alrededor se emborrone. Así que eso es lo que sucede, que ese psicópata quiere convertirse en mi amo o algo por el estilo. Ni siquiera sé lo que pensar, sólo se me ocurren estupideces y locuras.

—Estamos aquí, Jade —continúa él con tono ansioso—. He vuelto. Me tienes aquí contigo y estoy dispuesto a lo que sea. Pero prométeme que nadie tocará a Sara. —Se gira hacia Alejandro—. Ni siquiera él.

Este se agita al lado de Jade, se gira hacia ella y se la queda mirando bajo la máscara. Ella alza un dedo y nos indica que esperemos unos momentos. Se marchan al otro lado del pasillo para hablar. Observo que él parece enfadado y alterado. Sin embargo, Jade con tan sólo un gesto le hace quedarse quieto. Cuando vuelven, nos dicen:

—Está bien. Nadie tocará a Sara.

Suelto un suspiro de alivio. Sin embargo, algo se me cruza por la cabeza: ¿y si están mintiendo? ¿Y si entonces es Abel el que sufre las consecuencias? No me fío de esta gente... Parecen demasiado acostumbrados a conseguir lo que quieren.

El vigilante de esta habitación nos invita a entrar. Descubro con sorpresa que se trata de un lugar preparado para hacer tatuajes. Jade me señala la especie de camilla en la que me tengo que sentar, donde ya me espera una mujer dispuesta a dibujar en mi cuerpo.

—Una vez tengas el tatuaje en tu cuerpo, habrás aceptado nuestro juego —me explica, colocándose a mi lado.

Me viene a la cabeza el que Abel lleva en su coxis. Así que de eso se trata... ¿Es esto como una especie de sociedad secreta? ¿Todos sus miembros llevan uno como prueba de su lealtad? Todo esto me parece demasiado increíble... Es surrealista totalmente.

—Tan sólo nuestros miembros más preciados e importantes llevan este tatuaje, Sara —me informa Jade, como si se tratase de algo de lo que sentirse orgullosa.

—¿Dónde quieres que te lo haga? —me pregunta la tatuadora.

Abel se encuentra al fondo de la habitación, apoyado en la pared con los brazos cruzados en el pecho y el semblante más oscurecido que nunca. Le intento transmitir con la mirada que no se preocupe, que estamos juntos en esto. Así que me coloco bocabajo en la camilla y me subo el traje quedándome en ropa interior. Puedo notar la intensa mirada de Alejandro clavada en mis piernas y mi trasero, pero lo cierto es que ahora es lo que menos importa.

—Aquí. —Me señalo el coxis. He pensado que quiero llevar el tatuaje en el mismo lugar que Abel.

Durante un buen rato, que a mí se me antojan horas, la tatuadora trabaja sobre mi cuerpo. Duele, pero no tanto como esperaba. Yo me mantengo con los ojos cerrados durante todo ese tiempo, a sabiendas de que Abel, Alejandro y Jade no apartan su mirada de mí. Una vez ha terminado, la chica me lleva ante un espejo y me muestra el tatuaje. Es exactamente igual que el de Abel, igual que el que Alejandro lleva en el interior de su muñeca e imagino que Jade tendrá alguno idéntico por su cuerpo: una esfera con una diminuta estrella de cinco puntas en su interior, en las que se enreda lo que parece una serpiente negra. Dirijo mi vista a Abel, quien me observa con tristeza.

Ahora estamos juntos en esto. Y supongo que el juego no ha hecho más que empezar.

Durante el fin de semana no hablamos acerca de lo ocurrido. Parece que esa es la única forma de exorcizar nuestros propios fantasmas, o de fingir que nada ha existido, que no hemos acudido a la mansión y no pertenecemos a ella. Pero la verdad es que el tatuaje me quema en la piel y alguna vez que otra le echo un vistazo para entender qué es lo que significa y para concienciarme de que tenemos que salir de todo esto en cuanto antes, de un modo u otro.

La siguiente semana la pasamos trasladando al estudio nuevo las pocas pertenencias que tenemos. El piso que hemos alquilado está en el centro, ya que Abel piensa que es mucho mejor estar rodeados de gente. En realidad, el precio es elevado, aunque ahora nada de eso nos importe. Acudimos a mi pueblo para recoger la ropa que me queda y mis libros. Ese mismo día entregamos las llaves al propietario, que ya ha alquilado el piso en el que he vivido tanto tiempo con mis padres.

—Siento mucho lo de tu padre —dice él, causándome un nudo en la garganta.

—Gracias —me limito a contestar.

—¿Y tu madre? ¿Regresará o se va a quedar para siempre en León?

—No lo sabemos seguro. —Es la verdad. A mí me gustaría que volviera

para tenerla más cerca, pero lo mejor es que por el momento se quede allá.

—Bueno, ya sabes que dispongo de otro piso que está vacío de momento — me recuerda—. Así que si tu madre regresa y aún está libre, me encantaría alquilárselo a ella. Ha sido una buena inquilina.

—Muchas gracias.

Abel me ayuda a colocar cada uno de los libros en la estantería que me ha comprado. De la de su madre, pocos han sobrevivido. Se ensañaron con su biblioteca y sé que eso es algo que le causa un gran dolor aunque no me lo quiera demostrar. Jade tenía constancia de lo importante que eran esos libros para él. Era de los pocos recuerdos que le quedaban de su madre y se los han arrebatado de forma cruel. No puedo entender cómo esa mujer dice que lo ama... Lo hace de una forma oscura, enferma. Si no lo tiene para ella, le provoca dolor. ¿Es eso amor? Para mí, jamás lo será. Y haré lo que esté en mi mano para evitar que le cause más daño. Jade se aprovechó de la debilidad de mi Abel, de sus hermosos recuerdos y también de los horribles, y alimentó estos últimos con sus nauseabundas fantasías.

Abel ha vuelto a tener pesadillas. Como yo tampoco puedo dormir bien, me entero de todas. Él ya ha aprendido a ser sincero conmigo y me las cuenta, aunque un tanto avergonzado. Yo le escucho estrechándole entre mis brazos, demostrándole que no le juzgo y que estaré siempre para reconfortarlo. La más recurrente es una que empieza con un encuentro casual con Jade. Beben, toman cocaína y después realizan esas prácticas morbosas y sin límites que yo aún no puedo entender del todo. Pero después el sueño cambia y es su madre la que aparece, mientras él la estrangula con las cuerdas con las que a Jade le gustaba practicar sexo. Abel me explica entre jadeos que no quiere hacerlo, que lucha por detenerse, pero no lo logra. Es entonces cuando se despierta y yo estoy ahí, abrazándole, empapándome de su sudor y de sus lágrimas.

Sé que está muy asustado por mí. Parece que él mismo ya no se importa y que se siente auténticamente arrepentido por haberse acercado a Jade en el pasado. Piensa que todo esto es por su culpa. Yo ya no creo eso: ha sido el destino el que nos ha puesto en esta dura prueba, así que tendremos que luchar con todas nuestras fuerzas para superarla. Como siempre, me acompaña a la universidad, pero se queda esperando en los pasillos, muy cerca de mí. Se lo permito porque es la única forma en la que se queda un poco más tranquilo y, porque en el fondo, yo tampoco me fío de esa gente.

—Una vez vi una película en la que se hacía algo similar a lo de *Le Paradise* —le digo una noche, después de haber hecho el amor. Aunque no es lo mismo. Lo hacemos para soltar todo el dolor y la inquietud que llevamos dentro. Y sólo deseo que esto no dure mucho y poder disfrutar de sus caricias y sus besos como siempre.

—*Eyes wide shut*, de Kubrick —apunta él, con la vista fija en el techo.

—Jamás pensé que eso existiera en la realidad. —Me giro para mirarlo.

—El negocio de Jade existía antes, sólo que era diferente. Supongo que la película le dio muchas más ideas. —Él me mira a su vez y me acaricia el pómulo con una ternura impresionante.

—En esa película muere gente. —Le recuerdo, con una pizca de temor.

Él titubea, aparta la vista y apaga la lamparita de la mesilla de noche. Creo que no quiere enfrentarse a mis ojos.

—¿Ha muerto alguien alguna vez en *Le Paradise*? —Es una pregunta que no debería hacer por mi cordura pero, aun así, me sale casi sin pensarlo.

—Duérmete, Sara —me pide, abrazándome con fuerza—. Mañana nos espera un día duro.

Mi cabeza vuela a la nueva invitación que hemos recibido. Una nueva cita para la noche de mañana. Esta vez no se trata de una Mascarada, sino de algo mucho más cerrado y exclusivo, pero igualmente debemos llevar máscaras. Ambos hemos barajado la posibilidad de no ir, pero la hemos descartado porque, al fin y al cabo, ¿qué opción tenemos?

—¿Cuándo podremos salir de esto? —pregunto, más para mí que para él.

—Pronto, Sara. Trataré de encontrar su talón de Aquiles. No pueden obligarnos a permanecer con ellos para siempre.

Pero ya no estoy segura de eso. Es como los nudos que se enredan más y más. Así somos nosotros: dos mosquitas atrapadas en la gigantesca telaraña de Jade y Alejandro.

—Bienvenidos, señores. —Nos saluda el enmascarado de la puerta. Abel y yo inclinamos la cabeza y, a continuación, nos abre.

Apenas hay gente en el vestíbulo a diferencia de la anterior ocasión. Y los que pululan por ahí no han perdido el tiempo, ya se han despojado de sus ropas. Nada más entrar, un hombre con una horrible máscara de bufón se me arrima y me coge de la mano para posar un beso en el dorso. Abel se coloca entre los dos con actitud desafiante.

—Ella está conmigo. —Le avisa.

—No he traído pareja para hacer un intercambio —nos explica el hombre, que tiene una voz ronca y profunda—, pero quizá podríamos disfrutar los tres en la sala Carmesí. —Observa mis brazos desnudos—. Tu mujer tiene una piel muy suave y pálida. Estoy seguro de que se abre al dolor como una tierna flor —le dice a Abel, que ya está apretando los puños y le tiembla la nuez. Apoyo una mano en su brazo para tranquilizarlo.

—No me interesa —murmuro, observando al hombre a través de las rendijas de los ojos de la máscara.

No va desnudo, pero incluso con el traje puedo apreciar que es musculoso. Me pregunto si será atractivo y eso todavía me produce más asco.

—No has participado en el catálogo —dice, despertando mi curiosidad. ¿A qué se referirá con eso?—. Reconocería tu cuerpo. —El estómago se me revuelve—. ¿No te gustaría aparecer en él? Yo te elegiría a ti. Soy muy poderoso, señorita...

—Maga —respondo de inmediato, utilizando el nombre de la protagonista de *Rayuela*. Abel me avisó de que no tenía que decir el mío por nada del mundo.

—Maga. —El hombre paladea mi seudónimo y, a continuación, alza la copa que lleva en la mano—. Puedo ofrecerte toda la magia que quieras. Y quiero que tú me entregues la tuya.

—Ya te hemos dicho que no nos interesa —interrumpe Abel, cada vez más enojado.

El enmascarado se arrima a él en actitud desafiante. Abel es muy alto, pero este hombre le sobrepasa unos cuantos centímetros, y también está más fuerte.

—Te daré lo que quieras por el cuerpo de tu mujer —insiste—. Dinero, drogas... ¿Qué es lo que quieres?

Me fijo en que Abel menea su puño, seguramente dispuesto a golpear al otro. Me mareo unos segundos, sin saber cómo detener la inminente pelea.

—Basta, Montecristo —se escucha una potente voz, que sin lugar a dudas es la de Alejandro. Me doy la vuelta y lo veo bajar por las escaleras, con su impecable esmoquin. Cuando llega hasta nosotros, me fijo en que el tal Montecristo se muestra nervioso—. ¿Es que no recuerdas nuestras normas? Todo consentido, hombre.

—Claro, lo sé —dice este, bajando la voz, mucho menos seguro que antes—.

Tan sólo le estaba proponiendo algo.

—Pues ahora ve a buscarlo a otro lugar. —Alejandro le da unas palmaditas en el hombro. El otro se marcha un tanto asustado, con la cabeza agachada y pasos vacilantes.

—¿Montecristo? ¿Qué estúpido nombre en clave es ese? —susurro mientras subimos las escaleras. Al parecer, Alejandro tiene muy buen oído, porque se gira y dice:

—En honor al conde. Una estudiante de literatura como tú, debería saberlo. —«Vaya, claro. Saben hasta a lo que me dedico», pienso.

—Por supuesto que lo sé —respondo, molesta.

—Aquí hay gente importante. Mucho. —Abre los brazos abarcando la mansión en un gesto orgulloso.

Miro a Abel de reajo y él asiente con la cabeza, como recordándome lo que me había explicado de la policía. Prefiero no pensar en eso ahora mismo porque, entonces... ¿Qué posibilidades tenemos de escapar de todo esto?

—¿Qué os apetece hacer? —Alejandro nos trata de forma amistosa, como si realmente fuésemos amiguetes de toda la vida. Me dan ganas de contestarle que lo único que quiero es marcharme.

En esos momentos una imponente mujer aparece por el pasillo. Se trata de Jade, y va acompañada de otro hombre con máscara. Sin embargo, cuando llega a nosotros, me fijo en que su cabello es tirando a gris y sus manos ya no son las de un hombre joven. De inmediato siento que el estómago se me contrae. No quiero ni imaginar lo que un señor de su edad buscará en este lugar.

—Queridos —nos saluda Jade, alargando la mano para soltarnos un beso al aire. Todo esto es irónico, insultante y surrealista—. Os presento a Julián. —El nuevo enmascarado me hace un gesto con la cabeza. Tampoco me gusta el hecho de que se me quede mirando a mí más que a nadie—. Un buen cliente... Y, ahora, un buen socio. —Jade suelta una risita—. ¿Desde cuándo nos conocemos, Jul?

—Más o menos medio año, Jade —responde él con voz ronca. Sin duda superará los cincuenta.

—Y cómo te estás ganando nuestro corazón, ¿eh, pillín?

—Mejor di el tuyo —interrumpe Alejandro en tono molesto.

Jade se limita a observarlo sin soltar el hombro de Julián, quien no aparta la vista de mí. ¿Qué coño les sucede a estos hombres para obsesionarse todos

conmigo?

Me fijo en su traje, en su capa forrada de terciopelo y en su porte. Parece muy poderoso, como el tal Montecristo. ¿Será otro conde? ¿Un marqués? ¿Un alto ejecutivo? No puedo aguantarme de la repugnancia que todo esto me provoca. Me avergüenza saber que esta gente se aprovecha de su poder y sus riquezas para conseguir lo que quieren.

—¿Qué os parece si empezamos por las habitaciones *Oculum*? Es lo más flojito... Estoy segura de que Sara podrá soportarlo —dice Jade, divertida. Me agarra del brazo como si fuese mi mejor amiga y tira de mí. Abel se pega a nosotras y le escucho coger aire—. Cielo, sólo vas a mirar. Pero te voy a instruir en este arte de tal forma que descubrirás las fantasías que la mayor parte de la gente tiene y no se atreven a reconocer.

Me gustaría contestar que hable por ella, pero me callo y me dejo llevar hasta una puerta de color oscuro. El vigilante saluda a Jade y, de inmediato, nos abre. La música enseguida me envuelve. Es lenta y sensual, con una voz de mujer muy bonita. Me cuesta reconocerla un poco porque no la había escuchado antes, pero al final caigo en la cuenta de que se trata de Kiley Minogue. «Slow down and dance with me. Yeah... Slow... Skip a beat and move with my body. Yeah... Slow...».

La sala es bastante grande y en ella hay dos podios y dos barras como aquella en la que yo bailé en la habitación que Abel preparó para mí. ¿Acaso quería que yo...? No, no puede ser. Pero no me da tiempo a pensar más porque, a pesar de la escasa luz, puedo apreciarlo todo perfectamente: la mujer que hay en una de las barras, desnuda totalmente a excepción de la máscara, los hombres que la observan desde abajo, sus movimientos sensuales y provocativos. En la otra barra bailan dos mujeres más con cuerpos espectaculares. Se acarician la una a la otra al ritmo de la música. Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que alguno de los hombres se está masturbando. Una arcada me sube desde el estómago, pero logro contenerla. No sólo hay público masculino, sino también un par de mujeres que se acarician a sí mismas.

Jade se da cuenta de que me siento incómoda, así que posa una mano en mis hombros y me susurra al oído:

—¿Qué hay de malo en esto, cariño? Sólo quieren mirar y a esas mujeres les gusta ser observadas.

Entonces me da la vuelta y descubro un rincón con unos cuantos sillones

de formas extravagantes en los que hay parejas practicando sexo al tiempo que otras les miran. Quiero apartar los ojos, pero la escena es casi hipnotizante. Jamás había visto a nadie hacerlo en directo, y mucho menos de esa forma tan... ¿salvaje? Noto una nueva náusea, pero hay algo más... Un pequeño pinchazo en la entrepierna, unas cosquillas que me ascienden desde los pies...

—¿No está tan mal, verdad, Sara? —La voz de Jade susurrando en mi oído—. ¿Te gustaría que Alejandro y yo mirásemos mientras Abel te folla? ¿O quizá querrías mirar tú?

Me suelto de su abrazo con la respiración entrecortada. Abel me mira bajo su máscara con ojos interrogativos. No quiero que se dé cuenta de que...

—¿Por qué no vamos a la sala Carmesí? —propone Alejandro en tono alegre.

—No sé si será demasiado pronto para ella —opina Jade.

—A mí me parece bien. —El tal Julián, aunque nadie le ha dado vela en el entierro.

—Sara podría ser una buena esclava... O una buena dómina, quien sabe. — Alejandro se echa a reír y con tan sólo ese sonido, me pongo nerviosa.

Sin agregar nada más y sin que nadie rechiste, salimos de esta habitación y nos encaminamos a la otra. La Carmesí es la dedicada al BDSM; y no, no sé si voy a estar preparada para eso. Abel me roza la mano de manera disimulada y yo le dedico una mirada tranquilizadora, a pesar de que por dentro siento que me voy a ahogar.

—Ella no entrará ahí —dice, cuando estamos casi ante la puerta—. Y yo tampoco.

—Quédate fuera tú si es lo que quieres. —Alejandro se sitúa ante él y me señala—. Pero estoy seguro de que ella quiere descubrir.

Me gustaría decir que no, pero lo cierto es que una pequeña parte de mí siente curiosidad, anhela saber los juegos perversos que se esconden tras la puerta de esa sala.

—Abel no tiene nada que decir porque a él siempre le ha puesto todo esto. ¿Por qué intentas disimular ahora, cariño? —Jade se cruza de brazos en gesto resuelto—. Ni siquiera Sarita está en condiciones de opinar. —«Zorra de mierda», pienso.

Un nuevo vigilante nos abre la puerta. Otra vez la música nos inunda. Pero esta canción es mucho más dura y el cantante tiene una voz rasgada y parece

desquiciado con cada una de sus frases. La letra me pone los pelos de punta. Esta canción ya la he escuchado antes y, aunque me gustaba, creo que le voy a coger manía. «You let me violate you. You let me desecrate you. You let me penetrate you. You let me complicate you. Help me, I broke apart my insides. Help me, I've got no soul to sell. Help me... The only thing that works for me... Help me get away from myself». Y la verdad es que es perfecta para un lugar como este porque, en la pared del fondo, hay un sinfín de instrumentos que no sabría ni siquiera cómo clasificarlos ya que en mi vida había visto algo así: látigos con puntas, mordazas, cuerdas con nudos exagerados... Lo más inocente son las esposas. Me quedo mirando fijamente un collar con pinchos. Dios mío, qué es todo esto. Pero lo peor no son los instrumentos, sino para qué los utilizan.

Apenas hay gente: tan sólo cinco personas, una pareja y un trío, todos ellos muy concentrados en sus juegos. Una mujer se halla en el suelo, a cuatro patas, con la pareja de la izquierda. Al fijarme bien, descubro que lo que hace es besar y lamer los pies descalzos del hombre. Y él... Joder, joder, ¿pero qué es eso? Él mientras se dedica a azotar a la otra mujer, que se encuentra tumbada sobre una especie de potro, con las piernas abiertas, atada de manos y pies.

—Lo que está usando Monster para golpearla es un gato de nueve colas. Se trata de una de las flagelaciones superiores... —la voz de Jade se introduce en mi cabeza—...pero a Pain le encanta.

Observo con pánico a la mujer sometida: cómo su estómago se contrae con cada golpe, las rojeces de su piel y... la humedad en su entrepierna. Esa mujer está excitada y a mí eso no hace más que provocarme una angustia mayor. El sonido de los azotes se clava en mi mente, a pesar de lo alta que está la música.

—¿Te excita pensar que Abel o Alejandro te puedan golpear? —me pregunta Jade al oído. Intento apartarme de ella, pero sus dedos se clavan con fuerza. Me gira y me señala a la otra pareja—. ¿O puede que te gustara someter?

En esta pareja es el hombre el sumiso. Está arrodillado en el suelo, con uno de los collares de pinchos alrededor del cuello, como si fuese un perro. Es la mujer la que le golpea con una vara larguísima, a la vez que le suelta un insulto tras otro. Palabras horribles que no se me habrían pasado por la cabeza. Y, sin embargo, ahí está otra vez... Esa sensación extraña en el

cuerpo, unos calambres en la entrepierna... Siento asco, dolor e incomprensión, pero no puedo evitar que mi sexo palpite con cada uno de los golpes que esa mujer le propina a su esclavo. «I wanna fuck you like an animal –jadea el cantante de NIN–, I want to feel you from the inside. My whole existence is flawed». La cabeza me da vueltas y noto retortijones en el estómago.

—Yo misma te instruiría, Sara –sisea Jade como una serpiente—. Tú eres una de las nuestras. Me di cuenta la primera vez que te vi. Tú eres como yo...

—¡No! –grito. Alejandro, Abel y Julián se me quedan mirando con sorpresa. Y entonces, el estómago se me vuelca y noto el vómito ascendiendo hasta la garganta. Me suelto de Jade y me abalanzo hacia la puerta. Salgo al pasillo totalmente descontrolada, buscando un baño en el que soltar todo lo que llevo dentro. Como veo que no me da tiempo, a pesar de las estrictas normas de la mansión, me escondo en un rincón y me quito la máscara para vomitar allí mismo. Apenas echo nada porque no tengo mucho en el cuerpo, ya que ni siquiera he cenado.

Una mano se posa en mi hombro y yo doy un brinco, asustada, hasta que comprendo que es Abel el que se encuentra a mi lado.

—Póntela, Sara. Cúbrete la cara ya –me ruega. Le hago caso, aún con la náusea rondándome en la garganta—. Lo siento. Lo siento tanto, cariño... –me dice con voz temblorosa.

Me lanzo a sus brazos y me aferro a él, llorando en silencio bajo la máscara. Me siento humillada... pero, sobre todo, avergonzada de mí misma. Abel me estrecha con fuerza hasta que el alma se me escurre con las lágrimas.

Al mirar por encima del hombro de Abel, descubro a Jade y a Alejandro en el pasillo, observándonos con los brazos cruzados. Sé que están orgullosos, que se sienten bien provocándome este dolor y esta humillación.

Y la mirada lujuriosa de Alejandro me persigue toda la noche, sin permitirme encontrar una salida a esta maldita pesadilla en la que jamás tendría que haber entrado.

Estoy sentada sobre una especie de potro negro, casi desnuda a excepción de las braguitas que cubren mi sexo. Mi pecho sube y baja acelerado, a causa de los nervios y del miedo. El enmascarado que se halla a mi lado, observándome con curiosidad, se acerca y posa su mano sobre mi cuello. A continuación la desliza hacia abajo, con mucha suavidad, deteniéndose en mis pezones, que han despertado a pesar de mis reticencias. Él suelta una risita satisfecha y me da un pellizco en uno, provocándome un ligero dolor. Suelto un gemido y me revuelvo, pero las cuerdas que me sujetan muñecas y tobillos no me permiten hacer muchos más movimientos y si intento alguno un poco más brusco me heriré en la piel ya que las cuerdas están muy apretadas. Mi cuerpo está tenso, inclinado hacia arriba y expuesto al enmascarado, que continúa con la exploración de mi cuerpo.

—Te vas a rendir a mí, Sara —susurra con voz ronca. Aprecio en esos matices una nota de deseo.

Su mano baja por mi vientre hasta detenerse en el ombligo, que toca con suavidad, haciendo círculos en él con los dedos. Yo no quiero hacer esto, incluso tengo la náusea pegada a la garganta y, sin embargo, mi cuerpo actúa de forma totalmente distinta.

El enmascarado baja hasta mis braguitas, se detiene en ellas y las observa

fijamente. Sé lo que está mirando: para mi vergüenza, estoy húmeda. Estar a merced de este hombre me ha excitado y eso está echando por tierra todas mis creencias.

En ese momento, él se quita la máscara: es Alejandro el que está deslizando sus ojos por todo mi cuerpo. Los dirige a los míos y me mira con una sonrisa que tiene algo de deseo y algo de perversión. La luz de la habitación es muy tenue, pero aprecio en sus ojos ese brillo de lujuria al saber que estoy expuesta a él, sin ninguna posibilidad de escapar.

—Desde aquí puedo oler tu excitación, Sara —vuelve a decir con su áspera voz. Y mi sexo se humedece aún más, derrotando todas mis esperanzas de mostrarme fuerte y ajena a sus provocaciones.

Se acerca despacio, y yo me preparo para soltarle un escupitajo si se atreve a besarme. Sin embargo, lo que hace es colocarme una bola en la boca, sujeta con una cuerda en la nuca, que me impide hablar. Suelto un gemido asustado, con lágrimas en los ojos. Alejandro se inclina y posa un beso en mi frente. Un beso que tiene mucho de lujuria perversa y nada de cariño. Me revuelvo con la esperanza de soltarme, pero lo único que consigo es hacerme daño en la piel.

—Ten cuidado, preciosa. No quiero que te lastimes antes de tiempo. —Me mira con una sonrisa llena de dientes blancos.

A continuación va hasta mis piernas otra vez y apoya las manos en mis caderas. Mete dos dedos bajo el elástico de las bragas y las desliza por mis muslos hasta que, de golpe, las desgarran y las lanza por el aire. Yo cierro los ojos, lagrimeando a causa de la vergüenza. Pero mi sexo palpita allá abajo, a pesar de todo el esfuerzo que estoy haciendo por mostrarme fría.

—Mira esto, Sara. —Coloca los dedos en mi vagina y después me la abre, separándome los labios con cuidado. Estoy completamente rasurada, así que puede explorarme a la perfección. Mientras lo hace, esboza una tétrica sonrisa—. Estás tan húmeda. —Se impregna el dedo con mis flujos y me lo enseña—. Acabo de empezar a instruirte y tú ya estás tan receptiva. Me encanta.

Me quedo muy quieta, siguiéndole con la mirada cuando se dirige hacia la pared. Observo con horror cómo coge una fusta negra, para luego regresar a mí, mostrándomela con una sonrisa lobuna.

—Cinco golpes, ¿de acuerdo? Sólo cinco —murmura, acariciando la fusta—. Te va a doler, pero no quiero que pienses en eso. Sólo tienes que vaciar tu

mente, gozar de tu cuerpo, apreciar lo viva que te hace sentir el dolor.

Ladeo el rostro, gimiendo contra la mordaza. Mi corazón late a una velocidad desenfrenada. A este paso se me va a salir del pecho y se volcará en el suelo. Alejandro se coloca en posición entre mis piernas, con la fusta en alto, dispuesto a empezar con el juego. Y, sin más aviso, cae en mi pubis. Grito bajo la mordaza; todo mi cuerpo se arquea y siento que me mareo.

—No pienses, Sara. Sólo siente —me ordena con voz dura.

«Sólo siente». «Sólo siente». «Sólo siente». Intento obedecerle, porque los pinchazos que noto ahí abajo son insoportables. Vacío mi mente tal y como me ha sugerido. Ahora tan sólo escucho su respiración y la mía, ambas agitadas. Abro los ojos ante la tardanza del segundo golpe y descubro que se está desnudando. Alejandro tiene unos treinta y pocos años, y se mantiene muy bien. Su cuerpo es musculoso, sin llegar a ser exagerado. Tiene unos brazos fuertes y un vientre liso y trabajado. Si no fuese un loco, podría parecerme un hombre muy atractivo porque ciertamente lo es. Me da vergüenza estar pensando en todo eso mientras le miro, pero mi mente ya camina sola, como mi cuerpo. Al bajar la vista, me topo con su miembro hinchado y palpitante. Mi sexo sufre un pinchazo... Uno que no es provocado por el dolor.

—El primer golpe ha sido de regalo, preciosa —dice, alzando la fusta una vez más—. Así que ahora es cuando van a venir los cinco.

Me tenso toda y cierro los ojos de nuevo, para no ver la forma en que me mira. Doy un brinco al notar su mano en mi muslo, acariciándome con suavidad. No puedo entender cómo es así... Tan despiadado y tierno a la vez. Es algo que realmente me asusta y... me atrae.

—Relájate.

Y, otra vez sin avisar, llega el siguiente golpe. Mi espalda se arquea, provocando que estire las cuerdas, con lo que también me duelen pies y manos. ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas! Cuatro azotes, uno tras otro, cada uno más fuerte que el anterior. En mi cuerpo aparecen toda una serie de sensaciones que no puedo explicar con palabras. Sin embargo, lo que sí puedo apreciar es que, ahora, el dolor se mezcla con el placer, que todas mis terminaciones nerviosas vibran, que mi sangre bulle, que mi corazón late frenético y... que mi sexo, enrojecido e irritado, pide más y continúa húmedo, más si cabe.

—Lo has hecho muy bien. —Alejandro me roza los labios, hinchados y muy sensibles, y después se lleva el dedo a la boca, saca la lengua y se lo lame.

Me excito un poco más al verlo hacer eso... Se me escapa un sollozo—. Más adelante incluso podrás correrte con esto.

Meneo la cabeza de un lado a otro, con las lágrimas rodando por mis mejillas. La mordaza me impide respirar bien. Él se da cuenta y, al fin, me la quita. Cojo todo el aire que puedo, al tiempo que toso y gimoteo.

—Y ahora, Sara, me vas a tener a mí. —Se inclina sobre mi cuerpo, deslizando sus palabras por toda mi piel—. ¿Lo quieres, verdad?

Niego con la cabeza, pero todo mi cuerpo está diciendo lo contrario. Su mano baja hasta mi enrojecido sexo, y me lo acaricia con lentitud, provocándome una oleada de placer que me araña las entrañas.

—Así, Sara, muy bien... Entrégate a mí.

Suelto un grito que me parece que me va a desgarrar la garganta. Me incorporo, comprobando que no tengo las manos ni los pies atados. Mi cuerpo está bañado en sudor y me cuesta respirar. Dios... Todo ha sido una maldita pesadilla, aunque demasiado real. Me doy cuenta de que Abel está a mi lado, mirándome con los ojos muy abiertos y una expresión de preocupación que ensombrece su atractivo rostro. Me lanzo a sus brazos sollozando y él me acaricia el pelo con ternura.

—¿Qué ha pasado, Sara?

No le contesto. Jamás podría contarle el sueño que he tenido porque es demasiado grotesco y no sé si lo entendería. Ni yo misma puedo hacerlo. Me agarro a sus brazos, clavándole las uñas para intentar soltar este dolor. Hay algo primitivo en mí que me insta a besarlo, y lo hago con rabia, de manera salvaje, devorando sus labios. Mi sexo está húmedo a causa del sueño y quiero que la imagen de Alejandro desaparezca y sea la de Abel la que ocupe su lugar. Él intenta devolverme el beso, pero le noto confundido.

—¿Va todo bien? —me pregunta, separándose un poco.

—Te necesito. Por favor —digo con voz ahogada.

Siento como que me tengo que castigar por el sueño, pero ni siquiera sé cómo hacerlo, así que al final las palabras me salen solas.

—Lo haremos como tú quieras. Si lo que hay allí es lo que te gusta, entonces aprenderé.

Abel me mira de hito en hito. Sus ojos se oscurecen y me aparta un poco más para observarme mejor.

—¿Qué estás diciendo, Sara?

Simplemente lo que no quiero es que Jade le lleve otra vez a esa locura, aunque quizá soy yo la que se está empezando a obsesionar.

—Jamás haría contigo nada de eso. Ni siquiera me gusta.

—¡Pero tú formabas parte de todo eso! —exclamo, con la cabeza hecha un lío, con el corazón golpeándome en el pecho.

—Trabajaba para ellos. Es diferente. —Me acaricia la mejilla, estudiando mi rostro—. Hice cosas con Jade que no debí, lo sé. Y me arrepiento cada día. Pero nunca participé en los juegos de ese lugar.

Le miro fijamente a los ojos para comprobar si me dice la verdad. Esta vez no veo duda en ellos, ni tampoco vergüenza o temor. Me estrecha contra su cuerpo, apoyando la mejilla en mi cabeza.

—Tú eres suficiente para mí y mucho más —murmura aspirando el olor de mi pelo—. Me das vida y borras el dolor. Sólo tú y yo, Sara. Sin complementos, sólo tus fantasías y las mías sobre el uno y el otro. Y nuestro amor.

—No puedo dejar de pensar en ese lugar. Me pone enferma.

—Tienes que intentar dejar de pensar así —me pide, posando un beso en mi pelo—. Aunque sólo sea para aguantar. Piensa que esa gente no hace nada malo, sólo se dejan llevar por sus preferencias sexuales. Son los negocios turbios de Jade y Alejandro los que hay que reprobamos, pero no a las personas por sus gustos.

Quizá tenga razón, pero no estoy preparada para eso. Mi mente no es capaz de asimilarlo. Siempre he sido muy abierta, nunca me ha gustado juzgar a la ligera. ¿Por qué lo estoy haciendo esta vez? Debe de ser por culpa de esos dos, por cómo nos están tratando y por su forma de ser, que me repugna.

—Siempre voy a estar contigo, Sara. —Su cálido cuerpo contra el mío logra reconfortarme un poco—. No dejaré que te hagan más daño. Sólo piensa en ti, en mí... En los dos siendo felices cuando salgamos de esto.

Fuerzo una sonrisa para que él me devuelva la suya, porque me ilumina con ella. Le cojo de la barbilla y le beso en los labios, cayéndome en su sabor. Él me pasa las manos por la espalda y me la acaricia, mostrándose esta vez más tranquilo.

—Necesito que hagamos el amor como antes, Abel. Que nos sintamos el uno al otro sin nada más en la cabeza —le pido.

—Nunca tengo nada más en la cabeza que a ti cuando te hago el amor.

Nuestros labios se juntan una vez más. Acaricio su pelo, al tiempo que él

me coge de las caderas y me coloca encima de su vientre. Mi trasero se roza con su pene, que ya empieza a despertar. Me da suaves besos en la frente, en los párpados, en la mejilla, en la barbilla y luego en el cuello. Yo cierro los ojos, intentando dejarme llevar y, para mi sorpresa, me doy cuenta de que sí puedo, de que ahora mismo volvemos a ser sólo él y yo, sin ninguna tormenta acechando.

—Mi alma está enlazada a la tuya, Sara —me susurra al oído, mientras sus manos se meten por debajo de mi pijama.

Sus dedos rozan mis pechos y buscan mis pezones. En cuanto los roza, se entregan a él. Me los acaricia y me pellizca uno con suavidad, al tiempo que con la otra mano me masajea el pecho. Yo me pierdo en su boca, en ese sabor que me permite ascender a un mundo en el que todo es perfecto. Jadeo con el contacto entre nuestras lenguas. La suya es fresca y, al mismo tiempo, cálida, y su saliva se me antoja como un bálsamo para todo el dolor que llevo sintiendo en estos últimos tiempos.

—Jamás habrá nadie más en mi corazón. —Sus palabras me hacen cosquillas en el oído y encojo los hombros, encantada ante ese contacto. Todavía me noto un poco nerviosa, pero con cada uno de sus besos y de sus caricias, el rastro del terrible sueño se va borrando y, en su lugar, es el suyo el que va ocupando mi mente.

—Ni en el mío —murmuro, balanceándome encima de él, intentando buscar mi placer. El de los dos.

—¿Te acuerdas de aquella vez en que te pregunté si tú también lo sentías o sólo era yo? —me pregunta, acogiéndome mi rostro entre sus manos.

Asiento con la cabeza. Fue aquella primera noche en que me acosté con él; en la que, sin apenas darme cuenta, ya le había entregado mi alma. Él me cogió la mano y me la llevó hasta su corazón, que latía de una forma frenética... Igual que el mío. Y ahora, para recordar nuestra primera vez, Abel posa mi mano en su pecho. Pero esta vez su corazón late mucho, mucho más fuerte. Tanto que casi puedo notar que se le ha salido del pecho y está tumbado en la cama con nosotros. Y entonces me aprieta contra él, y nuestros latidos se funden y se convierten en uno solo. Lo siento... Siento tanto su ser junto al mío. Siempre escuchando eso en las películas o leyéndolo en libros, pensando que no existía en la realidad, que un amor tan grande se rompía y sólo eran cuentos de hadas. Pero lo cierto es que aquí estamos Abel y yo y a mí me parece trascender. Y cuando me quita la camiseta y sus labios rozan

mi piel desnuda, la sensación es tan sublime que se me escapan un par de lágrimas.

—Vuela conmigo, Sara —susurra contra mi piel.

Me deshago de su parte de arriba, tirándola por los aires. Acaricio su pecho desnudo, adorándolo y deseando dormir en él toda la noche. Sí, después de hacer el amor, su pecho se va a convertir en mi santuario. Abel me ayuda a ponerme en pie sobre la cama y a quitarme los pantalones del pijama. Después, él hace lo mismo con los suyos. Nos frotamos por encima de la ropa interior, como dos adolescentes a los que les da miedo pasar a un nivel más. Pero tan sólo esto es maravilloso: la dureza de su sexo clavándose en mí, la sensación de querer y no tenerlo, pero al mismo tiempo saber que lo puedo tener cuando quiera porque es sólo mío.

Me apoyo en sus muslos para bajarle el *boxer*. En cuanto su sexo asoma, el mío palpita anhelante. Cuando me quito mis braguitas, aprecio que estoy muy húmeda, aunque ni siquiera me había dado cuenta. He llegado a un punto que esto es mucho más que piel contra piel, carne contra carne. Muchísimo más que sexo con amor. Es la sensación sublime de hablarnos en silencios entrecortados por los jadeos, de contarnos con las caricias todo aquello que guardamos por miedo, de confesarnos con besos lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos. Le quiero tanto que el corazón, en cualquier momento, me explotará en el pecho.

Me sujeta del trasero y me coloca encima de él. Ni siquiera vamos a hacer preliminares, a pesar de lo mucho que me gustan. Pero no los necesito... Lo único que anhelo es que él se convierta en mí y yo en él. Y sabernos libres e inocentes de todo lo que hemos hecho y visto últimamente. Tan sólo buscamos encontrarnos y reconocernos en nuestros suspiros, porque es lo único que nos queda, pero en realidad es suficiente, y mucho, y demasiado. Sí, necesitamos saber que continuamos siendo los mismos: aquella chica que subió nerviosa al estudio de fotografía de un desconocido, y aquel chico que se mostró arrollador a pesar de llevar una tormenta dentro.

—Quiéreme, Abel. Hazlo hasta que mi corazón estalle de tanto amor. — Enlazo mis brazos en su cuello, situándome justo sobre su sexo, ya tan preparado como el mío.

—Entonces estallemos los dos. —Su sonrisa acaba en mi boca y, de nuevo, nos besamos de una forma lenta, sensitiva, deliciosa.

Sus manos me aprietan las nalgas y me ayudan a bajar. Su sexo entra poco

a poco en mí, permitiéndome descubrirlo todo. Y el mío se pega al suyo, se abre para en cuestión de segundos cerrarse en torno a él, con la misma ansiedad que todo mi cuerpo. Me aprieto contra su cuerpo, con mis piernas enrolladas en su cintura, con mis brazos en su cuello, con mi lengua perdiéndose en la suya. Nos hacemos el amor con cada una de las partes de nuestro cuerpo. Nos amamos con nuestros sexos, con los movimientos, con los gemidos que él me arrebatara.

—Te amo, Sara —su susurro en mi oído es mucho más de lo que puedo soportar.

Me empiezo a mover de una forma más rápida, anhelando el placer que últimamente se me ha negado. Abel suelta un gemido contra mi cuello, al tiempo que me lo besa. Echo la cabeza hacia atrás, mientras clavo mis uñas en su espalda y me balanceo una y otra vez. Él deja un reguero en mis clavículas y a continuación baja hasta mis pechos. Coge uno y se lo lleva a la boca, lame el pezón con una suavidad sorprendente, y yo... Yo sólo puedo continuar con mi vaivén, que es el que me está extrayendo el dolor y la inquietud desde muy dentro.

Hay tantas promesas en esta forma de besarnos, de acariciarnos y de hacer el amor, que no puedo más que gemir mientras me baño en el sudor de nuestros cuerpos y en el mar de sus ojos. Un mar embravecido pero, al mismo tiempo, calmo.

El amor es esto. Es su cabello revuelto entre mis manos. Es el color cambiante de sus ojos. Son las gotas de sudor que se deslizan por su espalda. Son sus labios entreabiertos. Es el palpitar sordo de su corazón, desbordando en el pecho. Es el mío luchando por no pararse de un momento a otro. Son nuestros sexos amarrándose el uno al otro para no soltarse.

Esta vez sí he vaciado mi mente. Pero con Abel. Y no con dolor, sino con el placer más exquisito del mundo. Y cuando estoy a punto de entregarme al orgasmo, suelto un grito en el que me desprendo de todo lo que me ha dañado. Y Abel se une con sus jadeos, y ambos nos estrechamos como si mañana no fuésemos a estar juntos. Grito, jadeo, echo la cabeza hacia atrás, con los ojos abiertos para sentir el placer mucho más. Tal y como él me ha pedido, estamos volando muy lejos.

Una vez nuestros jadeos y respiraciones se aquietan, ambos nos quedamos mirando. Su mirada tan limpia y, por una vez, tan serena... Como si hubiese conocido todo lo bueno del mundo. Su sonrisa buscando la mía.

Sí. Sin duda esto es amor.

La pesadilla se ha repetido alguna vez que otra. En ocasiones es Alejandro el que me incita a esas prácticas que tanto me disgustan; en otras es Jade y, las menos, Abel. Y aunque siempre intento rechazarlas, acabo cayendo. Me despierto empapada en sudor, con el corazón golpeándome el pecho como si no hubiera un mañana, con el pulso palpitando en cientos de partes de mi cuerpo y con la sensación de que esto no acabará nunca.

Abel se muestra muy atento conmigo y me prepara una tila tras otra para que me vuelva a dormir, pero caigo en un sueño intranquilo al imaginar que las pesadillas se repetirán. Por las mañanas amanezco ojerosa, desconcertada y con una leve taquicardia como consecuencia de la falta de sueño. No quiero que esto me afecte en el rendimiento académico, pero supongo que no lo puedo evitar porque, en alguna ocasión, me he sorprendido a mí misma dando cabezadas en clase o en el despacho, y ni los profesores ni Gutiérrez son tontos, así que terminarán dándose cuenta. Por suerte, las vacaciones de Semana Santa se acercan y entonces podré descansar.

Mi madre me llamó hace unos días avisándome de que se va a pasar las vacaciones a la costa con mis tíos y primos. Me alegré mucho porque es la primera vez, en mucho tiempo, que sale de viaje. Me propuso ir, pero la cuestión es que Abel me explicó que Jade y Alejandro no tardarán en celebrar

otra de sus fiestas, ya que les gusta hacerlo durante la Pascua. Me parece algo repugnante que lo hagan cuando se trata de una fiesta religiosa, pero supongo que eso les da más morbo o a saber qué. Evidentemente, ni Abel ni yo nos podremos escapar, así que rechacé la oferta del viaje, pero le prometí a mi madre que muy pronto nos veríamos y lo pasaríamos genial. Traté de convencerla de que estábamos muy bien, pero las madres reconocen en la voz de sus hijos que algo no funciona. Forcé todo el rato risas telefónicas y me mostré divertida y jovial y, sin embargo, ella no paraba de hacerme preguntas. Me alegra que esté tan bien: lo noté en su forma de contarme todo lo que había hecho, lo mucho que le gustaba el trabajo y lo bien que la trataban. Es normal que, después de tantos años separada de su familia, esté radiante. Mis primos y tíos se pasan los días con ella, comen o cenan juntos para recuperar el tiempo perdido. Eso me tranquiliza porque, a pesar de que Jade y Alejandro me prometieron que no le harían nada malo, continuo sin fiarme de ellos, y mucho menos después de todo lo que he visto. Sus frías miradas me demuestran que no son buenas personas y que, si sucediera algo, estarían dispuestos a romper el trato.

Abel y yo tratamos de llevar una vida normal. Él ha hecho algún trabajo de fotografía, nada serio, pero más que nada para centrar la atención en otro asunto que no sea el de la mansión. No me lo ha dicho de forma explícita, pero tengo claro que Jade le ha llamado alguna vez y a saber qué le habrá dicho. ¿Le pedirá que me abandone y regrese a su mundo? ¿Le amenazará con hacerme daño si no vuelve a ella? Ya no tengo claro que esa mujer le vaya a dejar en paz, no al menos hasta que Abel y yo rompamos nuestro amor o hasta que ella esté muerta. Y lo único que sé es que aguantaré hasta que suceda lo segundo o —y digo esto con un temblor que me sacude entera— hasta que nos pase a nosotros.

Alguna vez que otra hemos quedado con Cyn y Marcos porque mi amiga se empeña en que hagamos cosas de parejitas. Abel y yo no conseguimos mostrarnos divertidos ni abiertos, y ella piensa que nos va mal.

—Estamos bien. —Trato de convencerla cada vez que me llama por teléfono—. Sólo es cansancio. El máster y el proyecto me están consumiendo.

—¿Seguro? Tú siempre has sido muy fuerte, Sara, y has tenido fuerzas para sacar todo adelante —insiste ella con un tono de preocupación—. Sabes que si pasa algo me lo puedes contar.

—Ten por seguro que lo haría. Pero todo va bien, Cyn. Va muy bien.

Odio mentir. Detesto ocultarle cosas al igual que a mi madre. Pero jamás permitiré que ellas sean conscientes de ese lugar, y mucho menos provocar que, de un modo u otro, formen parte de él. Las reglas de la mansión, una vez tienes el tatuaje, son bien claras: no puedes contarle a nadie acerca de lo que ocurre allí y ni siquiera puedes mencionar el lugar. En caso de que se haga, siempre a personas que verdaderamente están interesadas en participar o pertenecer a esa especie de sociedad secreta.

Por otra parte, Abel está un poco más taciturno. Creo que se debe a toda esta presión, pero su mente está haciendo de las suyas y, aunque las pesadillas menguan, no lo hace su enfermedad. Una mañana le sorprendí poniéndose un calcetín de cada color y, a pesar de que eso es algo que nos puede pasar a todos en un descuido, en él es algo que no se debe pasar por alto. En otra ocasión le pillé ante la cafetera, con expresión confundida y la mirada vacía. Cuando le pregunté qué ocurría, me respondió que no recordaba para qué había ido a la cocina y pude leer en sus ojos que no tenía muy claro quién era yo. Sé que está luchando pero, al fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros para enfrentarnos a los designios de la naturaleza?

Vamos juntos a la universidad cada día. Es una costumbre que ya tiene mucho de ritual y que a mí, en lugar de alegrarme, me inquieta porque me siento observada por cada lugar que paso a pesar de la compañía de Abel. No sé si realmente Jade y Alejandro pierden el tiempo en mandar a alguno de sus trabajadores para seguirnos —porque total, saben perfectamente que no nos vamos a ir a ningún lado—, o si soy yo la que se está tomando esto más en serio y ve fantasmas donde no los hay. Pero a veces me topo con algún hombre que me parece que tiene aspecto siniestro y, si les pillo mirándome, me obsesiono pensando que es algún perro de esos dos.

Veo ojos... Los veo por todas partes. Y lo único que me gustaría es cerrar los míos y que, al abrirlos, yo volviese a ser una niña con su inmaculada inocencia.

Hoy que el día está oscuro y lluvioso, mi paranoia aumenta por segundos. En el despacho de Gutiérrez estamos Patricia, él y yo pero, de todos modos, no me siento nada segura. Y encima mi fantástica compañera no para de tirarme pullitas que me están sacando de quicio.

—Sara, ¿has terminado ya con la lectura de ese artículo? —me pregunta mi tutor, señalando unos papeles que tengo desperdigados por el escritorio.

Giro la cabeza hacia ellos con la mente en otra parte y, cuando me doy

cuenta de que me están mirando fijamente, me pongo rojísima. En realidad había estado buscando información sobre las mansiones de sexo. Cierro la ventana del ordenador de inmediato y me apresuro a contestarle.

—No... Es que estaba buscando una cosa.

—Pues pásaselo a Patricia y que lo acabe ella por ti.

Mi compañera parpadea con presuntuosidad y esboza una sonrisa que me dan ganas de borrarla con un insulto o con algo mucho peor. Cojo los papeles y los aprieto contra mi pecho como si fuesen mi más preciado tesoro.

—Yo lo terminaré.

—Pero nos vamos a ir en nada —me recuerda Gutiérrez.

—Da igual. Me quedo un rato y más y lo tengo listo para esta noche.

Él me observa con curiosidad y, a continuación, se encoge de hombros. Patri se gira hacia él con exasperación, como si quisiera que me volviera a decir que le pase a ella el trabajo. Pues te vas a joder, maja, porque ni de coña te voy a dar mi parte. Sólo faltaba eso.

Me meto de lleno en la lectura del artículo y consigo olvidarme un rato de la mansión. Una vez lo he leído, me pongo a hacer un resumen, que no es necesario, pero es básicamente para tener contento a Gutiérrez. Estoy tan concentrada que ni me doy cuenta de que se están poniendo las chaquetas. Últimamente se van juntos y me pregunto si todavía mantienen relaciones sexuales o ya se les ha pasado el calentón. A mí me resultaría muy incómodo compartir despacho con alguien que sabe mi secreto, pero parece que para Patri es como un triunfo.

—Sara, cierra bien la puerta cuando salgas, ¿vale? —me pide Gutiérrez. Yo asiento con la cabeza de manera muy efusiva.

—¿Hoy también te ha acompañado tu chico? —pregunta Patri, dotando de retintín a las dos últimas palabras. ¿Pero qué cojones le importa a ella? Ni siquiera me tomo la molestia de contestar. Agacho la cabeza y continúo con mi tarea, con lo que ella se queda plantada delante del escritorio. ¡Vete ya, pesada!

—Hasta mañana. —Mi tutor se despide y sale del despacho, seguido del perrito faldero de Patri. ¡Uf, me cae como una patada en todas mis partes! Ella se llevará muy bien con Gutiérrez y todo lo que quiera, pero al menos yo tengo la conciencia tranquila de saber que todo lo estoy consiguiendo con mi esfuerzo.

Cinco minutos después me doy cuenta de que tengo muchísimas ganas de

ir al baño. La verdad es que llevo así unos días, y espero no estar cogiendo una infección. Salgo del despacho en dirección a los servicios de profesores, que también podemos usar los becarios. A lo lejos se dibuja la figura de Abel y, al acercarme, descubro que se ha dormido y está dando cabezadas. Me acerco con cuidado de no asustarle pero, de todos modos, da un respingo cuando le llamo entre susurros. Tras enfocar la vista, me sonrío.

—¿Nos vamos ya?

—Dame quince minutos. Terminó una cosita y nos vamos.

—Sara, ya es tarde y hace muy mal día...

—En serio, enseguida nos vamos. —Le acaricio el pelo con cariño—. ¿Por qué no vas a por un café? Te estabas quedando dormido.

—No quiero dejarte sola —protesta.

—Sé que te encanta ser mi caballero andante —bromeo—, pero aún hay otros profes en sus despachos. Además, ¿para qué van a venir ellos aquí?

Él no se muestra convencido pero, al fin, acepta a regañadientes. Lo sigo con la mirada a medida que baja las escaleras con aire distraído. Me gustaría que volviese aquel Abel tan seguro y valiente, porque ahora hasta ha perdido algún kilo. Cuando desaparece de mi vista, yo me retiro al baño y, una vez en él, escucho lo mucho que llueve. No hemos traído paraguas y el coche está lejos, así que espero que escampe antes de que nos marchemos.

Al salir del baño descubro que Abel no ha subido aún. Entonces veo una figura que sale del pasillo de los despachos. No me resulta familiar y, en cierto modo, me inquieta. A medida que se acerca me pongo más nerviosa: se trata de un hombre de unos cuarenta años, calvo y con una gran barba. Desde aquí puedo apreciar que su mirada es fría y dura. Sé que no es un profesor porque los conozco a todos, así que aprieto el paso, aunque no tengo ningunas ganas de cruzarme con él. Agacho la mirada para no toparme con la suya, pero una vez lo tengo al lado, no puedo evitar alzarla y mirarlo. Sus ojos me causan miedo y, sobre todo, su inclinación de cabeza y la palabra que me dedica.

—Maga.

No me lo pienso ni un segundo más y echo a correr hacia el despacho como una desquiciada. Sus pasos se me clavan en la cabeza, aunque sé que no me sigue a mí, sino que se dirige hacia las escaleras. Joder... ¡Joder! ¿Cómo se han atrevido a venir? ¿Y para qué me estaba buscando? Abro la puerta del despacho, meto la llave en la cerradura y me encierro por dentro.

Apoyo la frente sudada en la madera, tratando de recuperar el aire. Cuando me doy la vuelta, descubro en la mesa un sobre negro.

—No... —susurro, con la boca seca.

¿Cómo ha sabido cuál era el despacho en el que trabajo? ¿Acaso eran ciertas mis sospechas de que alguien seguía todos mis movimientos? Ahora mismo me arrepiento de haberme quedado. Debería haberme ido cuando lo hicieron Patri y Gutiérrez.

Me acerco al sobre con cautela, observándolo como si fuese un cadáver. Su presencia significa que ellos van a celebrar otro de los encuentros secretos y que, una vez más, nos invitan a participar. Lo cojo con manos temblorosas y, justo cuando lo voy a abrir, alguien llama a la puerta con insistencia. Suelto un pequeño grito y doy vueltas a mi alrededor, como si hubiese alguna forma de escapar.

—¡Sara, soy yo! ¡Ábreme! —¡Oh Dios! Menos mal que es él.

Por unos segundos pienso que al abrir me voy a encontrar con un Abel herido y me desespero más. Me lanzo contra la puerta y, en cuanto entreabro, él empuja y entra en el despacho con rostro asustado. Yo observo todo su cuerpo para comprobar que está sano y salvo y luego me abrazo a él, apoyando la mejilla en su pecho y notando su corazón acelerado.

—¿Estás bien? —me pregunta, al tiempo que me separa un poco para mirarme. Asiento con la cabeza, sin poder decir una palabra—. He visto a ese tipo y he creído que...

—No vas desencaminado —respondo con voz temblorosa. Alzo el sobre y lo meneo ante su cara. Él suelta un suspiro y se frota las sienes—. No han tardado en querer vernos otra vez.

Me quita el sobre de las manos y lo rasga con rabia. Una de sus inconfundibles tarjetas impregnadas de perfume asoma y espero impaciente mientras él la lee.

—Este sábado —murmura, sin apartar la vista de las letras.

Me tiende la invitación y yo la leo con un nudo en la garganta:

Ha tenido usted el honor de ser invitado a la presentación de nuestro catálogo anual. Tenemos tanta variedad este año y todas son tan maravillosas que no nos cabe duda de que les va a ser difícil poder decidirse.

Si quiere ser un Elector, recuerde ponerse en contacto con nosotros para

avisarnos antes del viernes. Si por el contrario lo que desea es ser una Elegida, acuda a Le Château a aportar todos sus datos.
Recuerden traer sus máscaras.

Cada vez entiendo menos. ¿Qué es eso del catálogo, de Electores y Elegidas? Abel me está mirando, muy inquieto, y yo presiento que lo que me va a decir no me gustará nada.

—Veas lo que veas allí, espero que no me juzgues —dice con voz ronca.

—¿Qué se supone que es eso del catálogo? Lo mencionó el tal Montecristo.

—El catálogo de chicas que serán elegidas.

—¿Para qué? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—Se convierten en una especie de acompañantes.

—Son sus prostitutas —le corrijo. Él no contesta—. Se acuestan con ellos —le recuerdo.

—Sí. Forma parte del trato. Como ya te dije, ellas reciben dinero, drogas o incluso fama.

Doy un par de vueltas sobre mí misma con los brazos en alto, negando con la cabeza.

—Y tú participaste. Tú fuiste uno de esos fotógrafos...

—Al principio no sabía para qué eran las fotos —me explica, con los ojos llenos de preocupación—. Pensaba que sólo querían tener fotos bonitas con las máscaras y con hermosos trajes, como un recuerdo o algo así. Cuando, al cabo de un año se celebró la noche de la Elección, me sentí asqueado. Le dejé claro a Jade que no quería formar parte de eso nunca más.

—¿Y ella te lo permitió? —Me muestro asombrada. Sabiendo cómo es esa mujer, me resulta complicado pensar que accediera tan fácilmente.

—Sí —asiente, desviando la mirada a la pared—. Pero su posesión hacia mí creció hasta límites insospechados.

Esa noche tengo una nueva pesadilla. Poso totalmente desnuda, con tan sólo una bonita máscara cubriendo mi rostro. Abel me saca una foto tras otra y, una vez ha terminado, un hombre se acerca para elegirme. Tiemblo pensando que se trata de Alejandro pero, cuando se retira la máscara, son los ojos verdosos de Eric los que se me clavan en el alma.

Las fotos de las chicas desfilaron en la enorme pantalla, dotando de un brillo potente a la oscuridad de la sala, la cual estaba repleta hasta los goznes. Hombres y mujeres cuchicheaban con cada una de las imágenes y comentaban entre susurros que se trataban de las mejores fotos que habían visto en mucho tiempo. Desde luego, eran unas fotos preciosas, con una sensibilidad que traspasaba la pantalla. El fotógrafo había conseguido plasmar la sensualidad y la hermosura de cada una de esas mujeres y, aún más, había sacado sus almas y corazones. Más que nunca, ellas se entregaban por completo en esas fotos a aquellos que las quisieran elegir.

A pesar de las alabanzas de los allí presentes, él –situado de pie al fondo de la sala– no se sentía nada orgulloso; más bien, todo lo contrario: aquello le inquietaba porque empezaba a entender lo que iba a suceder después. Jade se encontraba a su lado, con la mano apoyada en la suya y una sonrisa enorme en su atractivo rostro. Asentía satisfecha cada vez que aparecía una nueva foto y le susurraba que había hecho un trabajo impresionante.

Cuando el espectáculo comenzó, a él se le removieron las tripas. Vio a los hombres hojear el catálogo de mujeres, buscando a sus favoritas y, si por casualidad alguna de ellas era elegida por más de uno –o a veces más de dos y de tres–, decidían con cual se irían tras exponerles sus tratos.

Abel pudo oír lo que les ofrecían: trabajos de moda, convertirse en su secretaria en una de las mejores empresas de la ciudad, ser sus acompañantes en cenas de negocios, ropa cara, perfumes de precios exorbitados, dinero e, incluso, todo tipo de drogas.

Cuando no pudo aguantar más, se levantó de su asiento y corrió hacia la puerta para escapar de esa sala con aroma a corrupción. La cabeza le daba vueltas y en su pecho empezaba a sentir esa presión que tantas veces se había repetido desde que su madre murió. Se preguntó a sí mismo hasta dónde había llegado. ¿Cómo se había dejado convencer para hacer esas fotos? Aunque no sabía para lo que se iban a utilizar, debería haber imaginado que, en un lugar como ese y con gente como Jade, no se trataría de nada bueno.

Su pensamiento se desvió por unos instantes a su madre y el dolor que sintió en las entrañas le abrasó por completo. Ella, desde donde se encontrara, podía saber lo que había hecho, y la vergüenza le carcomió. Sus ansias por conseguir dinero para formar su propio equipo de fotografía y escalar puestos le habían llevado a esa horrible situación. Pero ahora lo único que quería era acabar con ello, regresar a su vida normal y alcanzar lo que quería por sus propios medios. Pero es que él... Él deseaba vivir con desenfreno, notando su cuerpo y su sangre, y que todos le recordaran. Sí, al menos que lo hiciera el mundo ya que él no iba a poder.

Una mano de largas uñas pintadas de rojo se posó en su hombro. En ese momento, le pareció más bien una garra que no le iba a soltar. Se giró hacia la mujer que le observaba con curiosidad y diversión.

—¿No estás satisfecho con tu trabajo? Hemos conseguido más Elecciones que nunca, incluso de las mujeres menos favorecidas.

Que hablara así de personas, como si fueran simples mercancías u objetos que comprar, le puso peor cuerpo. Negó con la cabeza, apoyándose en la pared para frenar el mareo.

—No voy a hacerlo más. No quiero sacar fotos a más chicas —murmuró, con los ojos cerrados para no enfrentarse a la mirada de Jade.

—¿Es que no ves todo lo que puedes conseguir? Esa gente paga mucho por los catálogos.

—No quiero más dinero. Sólo quiero dedicarme a lo mío... Pero sin hacer todo eso. —Señaló la sala cerrada con gesto de asco.

Jade se acercó a él sin borrar la sonrisa del rostro y, cuando casi se podían tocar con los labios, le asestó una fuerte bofetada que provocó que incluso le

rechinaran los dientes.

—Jade... —tan sólo se atrevió a pronunciar su nombre y de manera entrecortada. Le escocía allá donde le había golpeado pero, en el fondo, su alma —y no su cuerpo, no, era exactamente el rincón arrepentido y decrepito de su conciencia el que despertaba con esos golpes— ansió otra bofetada que le provocara mucho más dolor. Un dolor sordo que le borrara de la mente la perfecta y hermosa imagen de su madre, ya que un ser oscuro como él no merecía guardarla en el recuerdo.

—¿Sabes que ahora eres lo que eres por mí, Abel? —La mujer le acarició en la mejilla y, después, se arrimó y, sacando la lengua, se la lamió. Él no respondió, simplemente cerró los ojos y trató de no hundirse en la oscuridad.

—No quiero hacerlo más. Simplemente no puedo. Entiéndelo, Jade, por favor —murmuró, aspirando el fuerte perfume de la mujer, lo que le provocó un nuevo mareo—. Yo no sabía para qué eran esas fotos.

—Nunca preguntaste —le recordó ella.

—Nunca me dejaste preguntar. —Él abrió los ojos y los clavó en los de la mujer, tan rasgados, tan felinos, tan... llenos de locura.

—¿Sabes que vas a hacer lo que yo te diga, no? —Ella le pasó un dedo por los carnosos labios, dibujando una sonrisa—. Todo tú me perteneces. Tu cuerpo, tu corazón, tu mente... Se han llenado de mí.

—Haré lo que quieras, Jade, pero no me pidas que saque más fotos. —Su voz se truncó—. Por favor...

—Nunca ruegues —le advirtió la mujer, pellizcándole el labio inferior. Meditó unos segundos y, a continuación, añadió—: Te espero en la sala Carmesí en diez minutos.

Abel se dejó caer en la pared, observando entre temblores cómo ella se marchaba hacia su sala de juegos favorita. Contó con la cabeza todos los minutos y segundos, con tal de olvidar el resto de la noche, dispuesto a prepararse para lo que se avecinaba. Cuando fue a las puertas, un vigilante le tendió una bandeja diminuta.

—Te lo ha preparado la señora —dijo el hombre con voz cavernosa.

Y, aunque no quería hacerlo, cada vez estaba más enganchado a esos malditos polvos blancos, así que se apoyó en la pared una vez más y aspiró hasta que el tabique nasal le dolió. El sabor amargo de la cocaína inundó sus encías y su lengua, y a punto estuvo de vomitar. Se repuso lo suficiente como para entrar lo más erguido posible. Las luces, rebajadas como siempre, tan

sólo le permitieron ver la sombra de Jade.

—Ven aquí —le ordenó. Al acercarse, descubrió el collar de pinchos que había encargado de manera que ella misma pudiese tirar de él y apretarlo contra su cuello, y también el gato de nueve colas, su instrumento de flagelación preferido—. Me vas a tener que recompensar, cariño. —Le miró con una sonrisa que no tenía nada de cordura—. ¿Cuánto crees que podrás soportar hasta caer rendido? Tengo ganas de ver cuánto te golpeas. Estoy ya tan cachonda.

Él había buscado información acerca de las prácticas de BDSM, pero al final comprendió que aquello se desviaba de ellas, que Jade tenía sus propios gustos y reglas, y que lo hacía para alimentar su locura acercándose a límites peligrosos. A Jade le gustaba la sangre, simplemente. Ni era un ama ni una sumisa. Le agradaba sentir la muerte cerca y ver cómo los demás la sentían, pero sin provocarla ella. Aun así, se preguntó si Jade sería capaz de matar.

Todo aquello ya no era divertido, ni siquiera con la bebida y las drogas. No era placentero como ella le había jurado. Era dolor puro que le mordía la piel, que le arañaba las entrañas y le estrujaba el corazón. Pero estaba bien. Lo estaba porque era de la única forma en la que podía recordar a su madre sin sentirse un monstruo.

—Abel... ¡Abel! —le tiro de la manga de la camisa con suavidad. Él inclina el rostro a mí y me observa con mirada perdida. Meneo la mano por delante de su nariz y, al fin, parece reaccionar—. ¿Cuándo va a empezar esto?

—No tardará mucho —contesta con voz pastosa. Me doy cuenta de lo duro que es esto para él. Y Jade lo sabe, vaya que si lo sabe. Tiene claro que le trae malos recuerdos y que, además, le provoca más dolor al compartirlo conmigo. Le aprieto el brazo para que entienda que estoy bien, que no se preocupe por mí y que lo haga por él. Sin embargo, cuando se enciende la pantalla y las fotos de las chicas empiezan a desfilarse, aprecio que se pone más nervioso y que su respiración se acelera. En realidad, las fotos no tienen nada de malo: la mayoría de chicas ni siquiera aparecen desnudas. Pero está claro que lo terrible es su finalidad. Por suerte, estas fotos no las ha hecho Abel, así que me puedo mantener más fuerte para sostenerlo a él.

Me giro y descubro a Jade, a Julián y a Alejandro de pie al fondo de la sala. Este último va acompañado de una chica de aspecto frágil. Me fijo en que Julián parece algo inquieto. Seguro que el muy perverso se está

poniendo con las fotos de todas esas chicas. Cada vez me repugna más, así que siempre intento mantenerme lo más lejos posible de él, aunque a veces es complicado porque siempre acompaña a Jade.

Abel se da cuenta de que estoy observando algo y sigue mi mirada. Jade alza una mano y lo saluda con un agitar coqueto de dedos. Él recupera su posición de inmediato, pero delante tiene la exposición de chicas, que se han colocado en sus puestos para la Elección. De repente, se queda mirando algo a nuestra izquierda. Estiro el cuello y descubro a dos hombres y a una joven preparándose una raya. Ella se inclina y se alza un poco la máscara para aspirar los polvos. Cojo a Abel de la barbilla y le obligo a mirarme a mí. Está sudado y se nota que no se encuentra nada bien.

—Necesito algo. No puedo soportar esto mucho más —me dice, con los labios secos.

—No digas locuras. —Le acaricio el cuello, la única parte que queda libre de la máscara.

No voy a permitir que esta gente le haga caer en ese mundo otra vez, y mucho menos ahora que su enfermedad avanza. Le cojo de la mano y le insto a que se levante tal y como he hecho yo. Salimos al pasillo y, una vez llegamos a la altura de Jade y los demás, no tardan en detenernos.

—¿Os vais? —pregunta Alejandro con curiosidad. La chica que lo acompaña se remueve, inquieta.

—Ya hemos visto suficiente. Ya sé qué es todo esto y no necesito más —murmuro, tratando de sonar dura.

—Es una pena que no hayas querido participar en la Elección —murmura Alejandro. Da unas palmaditas en la mano de la chica—. El año pasado ella tuvo la suerte de ser elegida por mí. Normalmente no participo, pero me cautivó. ¿Y te ha ido bien, verdad, Sky?

Sky... ¿Esta chica ha utilizado cielo como seudónimo para este lugar? Me parece tan irónico... Sin embargo, no me parece como los demás. No se muestra segura, tampoco arrogante. Todos sus gestos me demuestran que está nerviosa e, incluso, asustada. ¿De qué? ¿Qué coño hace Alejandro con ella? Por favor, esto es horrible.

—Julián, tú tendrías que haber participado. No habría sido necesario que pagaras por el catálogo —Jade apoya la mano en el pecho del hombre con gesto coqueto. Me fijo en que Alejandro parece un poco molesto. Abel me contó que Jade y él mantienen una extraña relación, que viven juntos y

mantienen sexo... Vamos, como una pareja, ¿no? Pero luego, claro, tienen sus propios gustos y se acuestan con otras personas y tienen sus propias concubinas. Porque joder, por mucho que digan, estas chicas son eso. Vale que ellas se ofrecen de manera voluntaria, pero no puedo entender por qué lo hacen. Supongo que tienen problemas en su vida, que intentan salir de un pozo... Pero se meten en uno mucho más oscuro.

—Yo ya estoy demasiado viejo para esas chicas —dice Julián.

—Pensaba que era precisamente eso lo que te gustaba. —Cuando me quiero dar cuenta, ya he soltado la bomba.

Todos se giran hacia mí y se me quedan mirando. En un principio no puedo evitar encogerme bajo sus ojos, pero después me hago la fuerte y les observo decidida. Es lo que pienso y no me tengo por qué callar. Que esté participando en este horrible juego no quiere decir que me guste. Sólo lo hago para proteger a mis seres queridos, y ni siquiera sé si está funcionando o estamos liándonos cada vez más.

—Nos ha salido respondona la niña —comenta Jade, en tono divertido. Julián, a su lado, no aparta la vista de mí. Pues me da igual que le haya molestado, así sabrá que a mí me desagradan sus gustos. La verdad es que jamás le he visto hacer nada por aquí, que sólo merodea por la casa, pero su presencia en ella y que se haya hecho socio de Jade ya me indica que se trata de una mala persona.

—Me gusta así —interviene Alejandro en ese momento. Suelta a la chica con la que ha venido y se acerca a mí. Yo doy un paso hacia atrás y Abel me coge de la mano. Alejandro chasquea la lengua y meneaba la cabeza—. Déjala, es mayorcita. ¿Por qué no permites que se desinhiba? Estás provocando que no disfrute de la mansión.

—No todo el mundo disfruta con vuestros juegos, Alejandro —responde Abel, con la voz más segura que nunca.

—¿Crees que la vas a poder proteger siempre? —Alejandro se ríe bajo esa horrible máscara que empecé a odiar desde la primera vez que la vi.

—Recuerda el trato. Lo prometiste.

—A veces está bien romper los tratos. —Alejandro inclina el rostro hacia mí, alarga un brazo y me roza el cuello. Abel da un paso, dispuesto a impedirlo, pero yo lo detengo. Soporto que Alejandro me acaricie aunque el estómago se me revuelve. Aprieto los dientes y ni siquiera aparto la mirada de él. Pero es una mirada furiosa, para que se dé cuenta de que sus dedos no

logran ningún efecto en mí. Por un momento recuerdo las pesadillas que he tenido, y mi mente hace de las suyas y se imagina que Alejandro será capaz de entrar en ella y descubrir que, en mis sueños, yo caía en sus juegos.

—Cariño, no sabes lo que mi querido Alejandro se está conteniendo para no lanzarse contra ella —le dice Jade a Abel en tono jocoso—. Además, a ella tampoco parece importarle caer en los brazos de otro... ¿Cómo se llamaba ese amigo tuyo...? ¿Eric?

Vaya, así que también vieron mis fotos con él. ¿O es que me seguían cuando tuvimos algún que otro encuentro? ¿Desde cuándo se metió en mi vida esta gente? Abel aprieta los puños a mi lado, y yo temo que se le vaya la cabeza y golpee a Alejandro, o incluso a Jade. Si lo hiciera, estaríamos perdidos.

—¿Por qué no vamos a tomar una copa? —propone en ese momento Julián. Desvío la mirada hacia él, confundida. ¿Por qué parece que está tratando de evitar que algo malo suceda? ¿Es que acaso le importa que nos hagan daño? ¿O es que simplemente le apetece divertirse? Por unos segundos, me parece que me hace un gesto con la barbilla como para decirme que está con nosotros. Mi mente ya está empezando a hacer de las suyas.

La puerta de la sala se abre y salen un par de hombres acompañados de chicas. También una mujer, vestida con una falda larga negra y un corsé muy elegante, ha elegido a una. Les observo marcharse a alguna de las salas entre risas. ¿Cómo pueden estar esas chicas tan contentas sabiendo que se han vendido? ¿O es que soy yo la que tiene su mente demasiado cerrada como para entender todo esto?

Abel y yo acompañamos a Jade y los demás a su despacho. Entramos seguidos de los vigilantes. ¿Es que estos gorilas siempre van a estar junto a nosotros? No sé cómo piensan que nos vamos a escapar con todos ellos merodeando por aquí. Lo cierto es que jamás he visto ningún altercado en la mansión, ni han usado la violencia... Tampoco es que lleven armas debajo de la ropa, o eso es lo que creo.

Jade se sienta en su sofá preferido junto con Julián. Es Alejandro el que prepara las copas, observándoles con atención. Está molesto porque ya no es el preferido de Jade. Tiene que competir con Abel y con ese nuevo hombre. Me produce regocijo que se sienta celoso, que sepa que no todo el mundo baila a su antojo. Les tiende sendos vasos y luego sirve uno para su acompañante, la cual se va a un rincón y nos da la espalda para beber. ¿Por

qué hace eso? ¿Es que no quiere que le veamos la cara? Lleva el cabello recogido en un moño, pero me suena tanto... Joder, ¿yo conozco a esa chica?

A continuación Alejandro nos entrega unos vasos a Abel y a mí y, aunque él coge el suyo, yo rechazo el mío. No me apetece beber en este lugar, terminar borracha y que suceda algo. Además, no me fío de que no echen algo en la bebida. Alejandro se encoge de hombros y se lo bebe por mí, observándome con sus ojos fríos y burlones. Yo me dirijo a una de las sillas y me siento, esperando a que la noche termine pronto y Abel y yo nos podamos ir a casa. Al cabo de un buen rato —supongo que habrán pasado un par de horas, pero estoy tan cansada que ni siquiera soy consciente del tiempo—, descubro que todos están ya borrachos, que Jade y Julián están en el sofá divirtiéndose de lo lindo. En el rincón más oscuro se han colocado Alejandro y su acompañante, y están dándose el lote al tiempo que le dan a la cocaína. Todo esto se me antoja irreal, como una de esas fiestas locas que he visto en las películas. Las ganas de ir al baño no me dan tregua y siento la vejiga a punto de explotar.

—Abel... —le susurro al oído—. Voy a ir al servicio.

—Te acompaño.

En cuanto nos levantamos, los vigilantes se ponen en alerta y se acercan a nosotros.

—Sólo voy a ir al baño —le digo a uno de ellos—. ¿No me vais a dejar ni esa intimidación?

—Deja que vaya —murmura Jade con voz de colocada.

Los vigilantes se retiran y Abel y yo salimos al pasillo, que se encuentra totalmente vacío y escasamente iluminado. Imagino que ya todos estarán en las salas y habitaciones, dando rienda suelta a su imaginación.

—Voy a entrar yo también. Si sales tú antes, espérame, ¿vale? —me pide Abel.

Asiento con la cabeza. No hace falta ni que me lo diga, porque por nada del mundo quiero caminar sola por este lugar. Me meto en el baño, que es enorme, pero está completamente vacío. Lo hago con toda la rapidez posible y salgo con las manos aún húmedas. Abel no ha terminado todavía, así que me quedo muy quieta, esperándole. Entonces, me doy cuenta de un movimiento a mi derecha, en uno de los rincones del pasillo. El corazón se me lanza a la carrera. Ahí hay alguien que me está observando, estoy segura. ¿Y si se trata de Alejandro y me hace cualquier cosa horrible?

—¿Hola...? —murmuro, dando un paso hacia el rincón. Sé que no debería ir, pero mi curiosidad me puede. Descubro un cabello femenino que flota en el aire y, cuando me quiero dar la vuelta para regresar a la puerta de los servicios, quien quiera que sea me agarra con fuerza de la mano y me lleva al rincón.

Mi espalda choca contra la pared, provocando un ruido sordo. El aire se me escapa y trato de cogerlo. Doy un par de manotazos en el aire, tratando de librarme, pero esa persona me está apretando contra la fría pared.

—¡Chsss! Sara, ¡chsss! —me pide. ¿Pero... cómo sabe mi nombre? Y esa voz... Yo esa voz la he escuchado antes.

Ella se quita la máscara por unos instantes, permitiéndome ver su rostro. Observo sus ojos enormes, tan azules... aunque apagados. Y sus labios carnosos, un poco cortados a causa de las drogas que ha tomado. Tiene unas pronunciadas ojeras y parece cansada. Y muy triste.

—¡África! —exclamo. Me tapa la boca con la mano, rogándome con la mirada que me calle. Asiento con la cabeza, un poco asustada, y ella por fin retira sus dedos de mis labios—. ¿Qué haces aquí? ¿Tú eres la acompañante de Alejandro?

Me mira con expresión aturdida. Está borracha y colocada pero, a pesar de ello, me doy cuenta de que me quiere decir algo. Sin poder contenerme, la estrecho entre mis brazos. Está mucho más delgada que antes. Sus huesos se me clavan en la carne y, en cuanto empieza a temblar, me entran unas ganas horribles de llorar.

—Sara, tienes que escucharme —me susurra en tono nervioso. Mira a un lado y a otro para comprobar que no hay nadie, aunque estamos en el rincón al que no suele acudir la gente—. Abel y tú debéis salir de todo esto. Haced lo que sea, pero tenéis que dejarlo.

—¡Y tú también tienes que hacerlo! —le digo, agarrándola por los hombros.

—Para mí es demasiado tarde. Estoy demasiado enganchada y no tengo a nadie que pueda ayudarme. Pero Abel y tú estáis juntos en esto y...

—¡Nos tienes a nosotros! —Acaricio su pelo revuelto, que incluso ha perdido todo el brillo dorado que tenía cuando la conocí.

—No es tan fácil, Sara. ¿Crees que Alejandro me va a soltar tan fácilmente? Y mucho menos si se entera de que he hablado contigo —dice, asustada.

—Pero eso no va a pasar.

—Aquí hay ojos y oídos por todas partes. —Vuelve a mirar por encima de su hombro, sin dejar de temblar. Luego se dirige de nuevo a mí—. Alejandro está obsesionado contigo. No sabes las cosas que habla con Jade sobre ti. Se despacha conmigo, pero es a ti a quien quiere, Sara. Y ese hombre no se detiene por nada del mundo.

—Tenemos un trato...

—No lo cumpliré. Lo único que desea es tenerte, de la forma que sea. —Se queda callada unos instantes y cuando habla, se me antoja que es la persona más infeliz del mundo—. Marchaos muy lejos, cambiad de nombre, haced lo que sea para escapar de ellos.

—Lo intentamos, pero no funcionó —le explico.

—No quiero que te hagan ningún daño, Sara. No lo mereces. —Me abraza con fuerza y se echa a llorar. Yo le acaricio la espalda, intentando reconfortarla, pero sé que no voy a lograrlo. Quiero ayudarla de alguna forma, pero ni siquiera sé cómo. Me da igual lo que Abel me ha dicho, pero esta vez, más que nunca, tengo ganas de llamar a la policía y de contarles todo lo que sucede en este miserable lugar.

—Te sacaré de aquí —digo únicamente.

Ella niega con la cabeza, mirándome a través de la máscara. Aprecio un dolor increíble en sus bonitos ojos. Se separa de mí, aún sin soltarme de la mano. La tiene muy fría y se me antoja que este es el contacto de la muerte.

—No hay mucho tiempo. Cuéntaselo a Abel. Dile que todo esto es mucho más peligroso de lo que él cree.

Escuchamos un ruido por el pasillo. Me pregunto si es Abel que ya ha salido del baño y me está buscando. Ella se muestra agitada y asustada, y se suelta de mí. Se me queda mirando una vez más, me aprieta la mano y, a continuación, se aleja corriendo. Yo me asomo al pasillo y la sigo con la vista. El corazón me late tan rápido que me tengo que llevar una mano al pecho para intentar calmarlo. En ese momento, Abel sale del baño y me busca con la mirada. Yo alzo la mano y la meneo para que me vea.

Y entonces, a lo lejos y entre las sombras, me doy cuenta de que hay alguien más. Alguien que quizá nos ha estado espionando a África y a mí. Y cuando se aleja, su forma de andar me resulta familiar.

Creo que es Julián el que, quizá, ha escuchado todo lo que África me ha dicho.

La Semana Santa ha pasado de largo y, desde aquella horrible y reveladora noche, no hemos vuelto a saber nada más de África. La verdad es que Jade y Alejandro no nos han requerido otra vez, pero tampoco nos hemos podido poner en contacto con ella. Tras contarle a Abel lo sucedido, le rogué que la llamara, que le pidiera que saliera de todo eso, que nosotros mismos la ayudaríamos. Sin embargo, o ha cambiado de teléfono o le ha sucedido algo malo porque los primeros días daba señal pero nadie lo cogía y después pasó a tenerlo apagado. Tengo miedo de que sea lo segundo, de que alguien se haya enterado de que África ha intentado protegerme y ahora esté siendo torturada por Alejandro o cualquier cosa peor. Abel me intentó tranquilizar, incluso buscó como un loco la dirección, pero no la hemos podido averiguar porque, tras acudir al piso que ella compartía con otra chica, esta nos dijo que se había mudado un mes antes.

He insistido una y otra vez en llamar a la policía, y muchas veces he tenido el móvil en la mano y otras me he sorprendido ante la puerta de la comisaría. Sin embargo, mis obsesiones han aumentado y cuando estoy a punto de hacerlo, hay algo que me retuerce las entrañas y me lo impide. Hay tanta gente influyente en ese lugar... Y yo no soy nadie ante ellos. Sólo soy Sara, una estudiante que se metió en un lío bien gordo.

Las pesadillas se han repetido con más frecuencia, pueblan mis noches y me dejan noqueada. Por las mañanas apenas puedo levantarme y acudo a la universidad como en una burbuja, sintiendo que la realidad no lo es y que alguien me está soñando a mí. Sí, sólo soy el sueño de un ser superior que se divierte con todo lo que está ocurriendo. Las palabras de África no se marchan de mi mente. Tengo miedo de la obsesión de Alejandro hacia mí, pero ni siquiera puedo imaginar hasta dónde llega. La próxima vez que acuda a la mansión... ¿Romperá el trato y tratará de hacerse conmigo?

Para colmo, los nervios me han pasado factura y el estómago cada vez lo tengo peor. Me duele, lo tengo revuelto y muchas noches me acuesto con náuseas y me despierto con ganas de vomitar. Abel me prepara manzanillas, tilas, me da Primperan con la esperanza de que mejore.

Esta mañana me he despertado peor que nunca. Abel todavía duerme, aunque se menea en la cama con el ceño arrugado. Yo me levanto y me dirijo a la cocina para tomar un vaso de agua porque tengo la boca seca. Enciendo la radio para animarme un poco con la música. Es lo único que me ayuda últimamente. Eso y tener a Abel a mi lado. El locutor presenta un nuevo éxito de una cantante llamada Tove Lo y su canción *Habits*. Mientras bebo el agua sentada en la silla, escucho la letra de la canción. Me gusta el ritmo y la voz de la chica pero, en cuanto comprendo el significado, la tripa se me revuelve y mi mente viaja a África. «How I spend my daytime, loosen up the frown. Make them feel alive. I'll make it fast and greasy... I'm on my way to easy. You're gone and I gotta stay high all the time to keep you off my mind. High all the time to keep you off my mind. Spend my days locked in a haze trying to forget you». Habla de una chica que ha caído en el mundo de las drogas y cada vez se siente peor y no sabe cómo salir. El estómago me da un vuelco y tengo que levantarme de la silla y correr al cuarto de baño como una loca. Joder, no me va a dar tiempo llegar. Me tropiezo con una silla y casi me caigo, pero logro entrar a tiempo, arrodillarme y soltarlo todo. Vomito la cena de anoche, entre arcadas que me sacuden el cuerpo una y otra vez. Me duele tanto el estómago que se me escapan las lágrimas.

—¿Sara? —escucho la voz de Abel acercándose por el pasillo. En cuanto se asoma al servicio y me ve agachada en el váter, corre a mí y se coloca a mi lado, sujetándome el pelo. Yo suelto un par de sollozos, sin siquiera poder hablar—. ¡¿Qué te pasa?!

—No... me encuentro muy... bien —atino a decir. Una nueva arcada me

sobreviene, pero cuando me inclino para vomitar, ya no me sale nada más.

Unos minutos después Abel me ayuda a levantarme, tira de la cadena, me sienta en la taza y se marcha corriendo. Regresa con un paño limpio, lo moja con agua fría y me lo pasa por la nuca, el cuello, las mejillas y la frente. Intento enfocar la mirada en él, pero todo me da demasiadas vueltas.

—¿Te ha sentado algo mal?

—Son los nervios —murmuro. Me levanto y voy a la pila para lavarme los dientes. Mientras lo hago, me fijo en que él me observa atentamente—. ¿Qué pasa? —pregunto con pasta de dientes en la boca.

—Bájate un momento el pantalón —me dice. Le dedico una mirada curiosa y sorprendida.

—No me apetece hacer nada ahora...

—No quiero hacer nada. Estás enferma, Sara. Sólo quiero comprobar algo.

Suelto un suspiro y hago lo que me dice. Me bajo un poco el pantalón y luego me hace un gesto para que haga lo mismo con las braguitas. Abre los ojos sorprendidos cuando le enseño la piel.

—¿Te has puesto el parche en otra parte? —Se acerca a mí y me sube la camiseta del pijama.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—¿Dónde está tu parche anticonceptivo? No lo llevas puesto.

Abro la boca, sin saber lo que contestar. Me giro al espejo y me miro en él, empezando a ponerme nerviosa. ¡Joder! Es cierto, ¡no lo llevo puesto! ¿Desde cuándo voy por ahí sin él? No me acuerdo, es más, estaba segura de que me lo había puesto. Le aparto de un empujón y voy corriendo al cuarto. Rebusco en el cajón hasta dar con las cajas de los parches y descubro que toda la caja está intacta y también uno del mes anterior. Abel se encuentra a mi espalda mirándome con gesto preocupado.

—El mes pasado sí que me bajó, lo recuerdo. —Pero no es cierto. No me puedo acordar de si la tuve o no. Han pasado tantas cosas que ni siquiera me preocupé en pensar en ello. Trato de rebuscar en mi mente, pero no hay nada en ella ahora mismo.

—¿Y este? ¿Cuándo te toca? —pregunta, inquieto.

—No lo sé. Al no haberme puesto los parches, ahora no estoy segura. Quizá esta semana o...

—Sara, tienes que hacerte una prueba. —Se acerca a mí, con los brazos en alto para abrazarme.

—¡No! —exclamo, echándome hacia atrás.

Él me mira con expresión confundida. Se lleva una mano a los ojos y se los frota, a pesar de que ambos ya estamos totalmente despiertos.

—Sara... ¿Y si estás embarazada?

—¡No lo estoy! Lo hemos hecho como mucho dos veces. No puede ocurrir así tan rápido. —Guardo los parches en el cajón porque, de todos modos, ahora ya no puedo ponérmelos.

—Pero...

—Sólo estoy así por los nervios. Una vez se me atrasó durante un mes, y todo fue porque mi cuerpo estaba demasiado estresado —le explico, aunque mi voz no suena segura. Pero ahora mismo no quiero pensar ni por un momento que pueda estar embarazada.

—Ahora no es igual...

—¿Cómo que no? ¡Pero si estoy asqueada con todo este asunto! Sabes que no estoy bien, Abel, que estoy pasándolo realmente mal. —Me dirijo de nuevo al baño para darme una ducha antes de ir a la universidad—. Por si te quieres quedar tranquilo, me haré una prueba. Pero esperemos una semana o dos a ver si me baja, ¿vale?

Por unos momentos me dan ganas de decirle que fue él, durante nuestra estancia en Suecia, el que se mostró más contento al pensar en tener hijos. ¿Por qué ahora parece tan nervioso? Claro, porque podría ser verdad y spongo que sería peligroso con todo lo que está ocurriendo.

—Una semana, Sara. Sólo una.

—Está bien —acepto a regañadientes. Me meto en la ducha y el agua caliente consigue relajarme un poco. Cuando salgo, Abel ya no está en el baño, así que aprovecho para revisar mi cuerpo en el espejo. Me pongo de perfil para ver si tengo la tripa más hinchada, pero lo cierto es que me veo igual que siempre, o incluso más delgada. Meneo la cabeza, esbozando una sonrisa. No estoy embarazada. Es prácticamente imposible. Vale, he escuchado casos de mujeres que se han quedado con tan sólo hacerlo una vez, pero yo encima he estado usando anticonceptivos durante un tiempo, así que eso debe haber reducido las probabilidades.

Una vez salgo del baño, me encuentro a Abel con expresión concentrada delante del televisor. Me acerco a él dispuesta a decirle que ya nos podemos marchar, pero alza una mano rogándome silencio, y me señala la pantalla. Tan sólo veo en ella la entrada de un hospital y unos cuantos enfermeros

trasladando una camilla en la que va acostada una persona a la que le están tapando el rostro. No me estoy enterando muy bien de lo que dicen, así que miro a Abel, pero me vuelve a señalar las noticias.

—Los médicos han asegurado que la modelo se encuentra fuera de peligro. Sin embargo, tendrá que permanecer ingresada unos días para confirmar que no hay daños más profundos. —La voz en *off* de la presentadora me confunde aún más. ¿La modelo? ¿A quién se refiere? ¿A Nina? Porque no quiero pensar ni por un segundo que...

La voz de la reportera llama mi atención una vez más.

—La policía se halla investigando la causa del accidente, pero lo más probable es que se haya debido a que la víctima había tomado estupefacientes...

Abel apaga la tele de golpe, cortando el discurso de la mujer, con lo que no me permite saber más. Le miro con las manos en alto, pidiéndole explicaciones.

—¿Qué ha pasado? ¿De qué modelo hablan? —Me tiembla la voz y un peso profundo se ha asentado en mi estómago.

Él tarda un contestar pero, cuando lo hace, mis peores temores se confirman:

—De África.

Le cojo de los hombros, mirándolo con los ojos muy abiertos, a punto de echarme a llorar.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha sufrido un accidente —musita él, apartando su mirada de la mía.

Le suelto y me siento en la silla de enfrente, tapándome la boca con la mano y negando con la cabeza una y otra vez.

—¿Y ha sido muy grave?

—Tiene el rostro desfigurado, pero se va a recuperar.

Me levanto de la silla con las manos en la cabeza, sin poder creerme lo que estoy oyendo. El bonito rostro de África ha desaparecido. Era lo que a ella le daba trabajo. Y realmente era una mujer preciosa. Pienso en la última sonrisa que me dedicó en la mansión y el estómago me da una de sus habituales sacudidas. Por favor, no quiero vomitar otra vez... No podría soportarlo más.

—¿Sabes que no ha sido un accidente, no? —me dirijo a Abel, que tiene la vista fija en sus zapatos. Chasqueo los dedos para que me mire y, cuando lo hace, descubro el pánico en sus ojos—. Han sido ellos, Abel. Ellos le han

hecho eso –se me escapa un sollozo–. Julián les ha contado que nos vio, estoy segura. Y ellos han decidido darle su merecido. Esto es horrible –me quedo callada unos segundos, tratando de controlar el llanto–. Puede que África todavía esté viva, pero estoy segura de que han conseguido romper su corazón y sus ilusiones.

Abel no dice nada, simplemente se inclina hacia delante y se frota las manos de manera nerviosa.

—La han usado para avisarnos –continúo, caminando de un lado a otro–. Nos quieren demostrar que son capaces de cualquier cosa.

—Sara, quizá de verdad haya sido un accidente...

—Leo en tus ojos el miedo que tienes. No puedes mentirme, y lo mejor es que no lo hagas contigo mismo. –Me sitúo ante él, alargando una mano para coger la suya–. Pero no debemos dejar que vean que tenemos miedo. Es mejor que continuemos actuando como siempre... Como si no supiéramos nada de lo de África.

—¿Estás segura?

—Si es verdad que ellos nos observan, entonces llevemos una vida normal. Son como perros, Abel. Pueden oler nuestro miedo y no estoy dispuesta a enseñárselo.

Me mira sorprendido. Lo cierto es que incluso yo lo estoy. Y, aunque también estoy cagada, hay un sentimiento más fuerte en mis entrañas: furia. África es una buena persona y la han destrozado únicamente porque me ha intentado ayudar. No sé lo que voy a hacer, pero de lo que estoy segura es de que no pueden continuar saliéndose con la suya. Alguien tiene que pararles los pies. Sé que esa no puedo ser yo, pero encontraré ayuda en alguna parte.

—Vámonos. –Le hago un gesto a Abel para que se levante.

—Esta tarde tengo que ir al médico –me avisa cuando subimos al coche.

—Volveré yo sola a casa con el metro.

—Ni hablar. Le preguntaré a Marcos si puede recogerte.

No rechisto más porque, en ese momento, una imagen horrible en la que me empujan a las vías del metro inunda mi cabeza. Hago lo imposible por apartarla de mi mente, pero se queda ahí hasta que llegamos a la universidad.

—Todavía estás a tiempo de no ir a clase. Pasa el día conmigo –me ruega Abel, frente a la entrada de la Facultad.

—No voy a dejar que pongan mi vida patas arriba.

—Ya lo han hecho, Sara –me dice con gesto triste.

Le miro con las cejas arrugadas y con ganas de gritarle que no se comporte así, que no decaiga, que no se muestre conforme con lo que nos sucede. Sin embargo, lo que dice es la verdad, aunque yo esté tratando de engañarme. Nada es igual que antes, y ni siquiera sé si lo volverá a ser algún día.

—Intentaré que Marcos venga. —Se inclina para darme un rápido beso. Yo me engancho a su cuello y le abrazo con fuerza, quedándome un rato así, en ese pedazo de cielo que se me ofrece en todo este infierno.

El día se me pasa como si de un sueño se tratase. Rosa me habla acerca del accidente de África y yo tan sólo puedo asentir con la cabeza. Ella está convencida de que ha sido alguien que le tiene envidia por su fama. En el fondo, no anda tan desencaminada, pero ojalá fuera sólo eso. Abel nos espera en el pasillo al finalizar las clases y los tres comemos juntos en la cafetería. A mí no me entra nada y lo único que hago es remover mi pasta mientras Rosa parlotea y parlotea.

—Marcos y Cyn tienen una cena de negocios —me explica Abel antes de irme al despacho—. Así que te esperas aquí y vendré yo a por ti, ¿vale? No serán más de las siete.

En el despacho hoy sólo estamos Patri y yo, ya que Gutiérrez va a participar en un congreso en Madrid. Yo no paro de echar miradas a la hora, deseando que Abel acuda a por mí. A las seis y media Patri recoge sus cosas y me lanza una mirada de desdén cuando sale del despacho. Yo me encierro desde dentro porque no quiero que pase lo del otro día. A las siete menos diez apago el ordenador ya que, de todos modos, mi cabeza no se centra en nada. A las siete menos cinco salgo del despacho y me espero en la cafetería, donde todavía hay unas cuantas personas. A las siete recibo un wasap que me saca un suspiro de alivio:

Abel:

Llego en diez minutos.

A las siete y diez ya no me puedo aguantar y salgo a la calle, aunque seguro que Abel me regañará por no haberle esperado dentro. Observo los coches con impaciencia, esperando que llegue el suyo. Miro la hora otra vez: las siete y veinte. Ya debería haber llegado porque igualmente no hay tanto tráfico como para que esté tardando tanto. Encima, desde que he salido tan

sólo han pasado dos personas haciendo *footing*. Miro la carretera una vez más, empezando a ponerme nerviosa. Joder, espero que no le haya pasado nada, pero después de lo de África no sé qué esperar. Camino de un lado a otro, mordiéndome las uñas y haciéndome sangre en un dedo.

Y, cuando me estoy girando, me choco con alguien. Pienso que es Abel, pero al alzar la mirada me topo con la cara de Alejandro y todo mi cuerpo se estremece. Doy un paso atrás, al tiempo que él me atrapa de la muñeca y me arrima a su cuerpo, tanto que volvemos a chocar.

—Gritaré —digo entre dientes.

—¿En serio lo harás? —Alejandro me clava su profunda mirada. Observo su atractivo rostro, que está demasiado cerca del mío. Precisamente el hecho de que sea un hombre guapo es lo que hace que todavía me dé más asco, aunque no comprendo bien por qué.

Miro por encima de su hombro y luego giro la cabeza, pero no hay nadie en ningún lado de la calle. Joder, ¿dónde está la gente cuando más se la necesita? ¿Y por qué Abel tarda tanto? ¿Y si le ha hecho algo de verdad? Puede que la presencia de Alejandro sea otro aviso.

—¿Qué le hiciste a África? —No puedo evitar pensar en ella al observar los ojos azules de Alejandro. Este curva los labios en una sonrisa y me entran unas ganas tremendas de pegarle o escupirle.

—Yo estoy tan apesadumbrado como tú, querida Sara —dice, haciendo un puchero falso—. Lograba satisfacerme, aunque estoy seguro de que no tanto como lo harías tú.

—Eres un monstruo —paladeo cada una de las palabras, soltándolas con toda mi rabia.

—Todos tenemos un lado oscuro, cariño. —Acerca más su rostro, a la vez que yo echo el mío atrás. Aspiro su perfume, que en realidad es muy agradable. Me coge de la barbilla y me la acaricia con suavidad—. Hasta tu maravilloso Abel lo tiene.

—Él no es como vosotros. No se acerca en lo más mínimo. —Todavía no sé cómo me atrevo a plantarle cara, pero lo cierto es que parece divertirse.

—Sarita... Me encanta cuando me muestras tus dientes. —Sus dedos se clavan aún más en mi muñeca. Me fijo en que alguien se acerca, aunque todavía se halla lejos.

—¿Has estado espiándome?

—Me gusta verte en tu día a día —murmura, con la nariz pegada a mi

cuello. Al rozármelo tiemblo, pero no de placer, sino de asco—. Me pone tremendamente cachondo observarte en la universidad.

—Estás loco —susurro con los ojos cerrados.

—Tú me vuelves loco, Maga —me llama por el seudónimo que utilizo en la mansión, y eso todavía me molesta más. Intento deshacerme de su apretón, pero tiene una fuerza increíble. La persona a lo lejos se acerca un poco más, y me doy cuenta de que Alejandro también la ha visto—. Si dices o haces algo, atente a las consecuencias —me susurra al oído—. Así que sonrío.

No me queda otra que hacerle caso. Es una chica con una mochila y unos cascos. Al pasar por nuestro lado, se nos queda mirando con curiosidad. Yo esbozo una sonrisa forzada, y la chica me la devuelve. Una vez ha pasado de largo, regreso a mi gesto serio. Alejandro está sonriendo, muy satisfecho de que le haya hecho caso.

—Sara, me he portado muy bien. Y lo sabes —continúa, acariciándome la mejilla con un dedo. Ladeo la cara con los labios apretados—. En cualquier otro momento ya habría saltado sobre ti. —Acerca sus labios a mi pómulo y me lo besa suavemente, pero su contacto me encoge el estómago—. Estoy haciéndole caso a Jade... pero no dudes de que conseguiré convencerla para que se salte las reglas.

Forcejeo con rabia y, por fin, me suelta, aunque sin dejar de mirarme de esa forma que hace que me sienta totalmente desnuda. Sus ojos azules y despiadados se clavan en lo más profundo de mi corazón y me lo arrugan.

Un coche familiar se acerca. Alejandro se lleva dos dedos a los labios y después los posa sobre los míos. Yo no puedo dejar de temblar, y una lágrima se desliza por mi mejilla, dejando al descubierto mi vergüenza y furia. Me deja allí plantada, con los puños apretados y la sensación de que la oscuridad avanza hacia mí a pasos agigantados. En cuanto la imagen de África acude a mi mente, rompo a llorar con fuerza. El coche se detiene delante de mí y, unos segundos después, Abel me está abrazando.

—Te dije que esperaras dentro —dice con la respiración entrecortada—. ¿Ese que se ha ido era...?

No le dejo terminar. Asiento con la cabeza, apretando su chaqueta en mis puños, mientras me atraganto con mis propias lágrimas.

—Me quiere, Abel. No se detendrá —murmuro contra su pecho.

—Eso no es lo que habíamos acordado —dice con rabia. Su corazón despierta junto a mi oído, y se va acelerando poco a poco—. Lo mataré. Si te

hace algo, le destrozaré con mis propias manos.

Alzo la mirada para observarle. Estudio su rostro, tan querido por mí, y lo que veo en sus rasgos y en sus ojos me da miedo. Sé que sería capaz de hacerlo, pero eso podría ser su sentencia.

—No cometas ninguna locura, te lo ruego.

—No voy a permitir que te humille más, Sara —me dice, echando chispas por los ojos—. ¡No voy a ser un cobarde nunca más! —Alza la voz, con los puños apretados.

—Ya no se trata de ser cobarde o no. —Apoyo mis frías manos en sus ardientes mejillas—. Es cuestión de protegerse las espaldas. Has visto lo que le han hecho a África. ¿Qué pasaría con nosotros si les enfadamos?

Él se queda pensativo un buen rato, hasta que sus facciones se relajan un poco. Sin embargo, parece pensar algo porque enseguida se vuelve a poner en tensión. Sus ojos se oscurecen y veo en ellos un brillo de furia.

—¿Y quieres que Alejandro se salga con la suya?

—No lo hará. —Trato de relajarle, aunque ya no confío nada en Alejandro. Pero lo que no quiero es que Abel se vuelva loco y haga una barbaridad—. Sólo estaba amenazándome con palabras. —Le acaricio el rostro con ternura—. Por favor, prométeme que no harás nada de lo que después te puedas arrepentir.

Se me queda mirando con la mandíbula apretada. Al final asiente, aunque no muy convencido. Me pongo de puntillas y le beso suavemente. Él me abraza con fuerza, apretándome como si no hubiese más oportunidades para hacerlo.

En sus labios hay un sabor a miedo. A tristeza. A arrepentimiento. A dolor... Pero también está el sabor del peligro.

Despierto aturdida. Me ha parecido escuchar algo, pero no estoy segura. Estas últimas noches me he atiborrado a infusiones relajantes y a valerianas con tal de conciliar el sueño y evitar que las malditas pesadillas me asalten a mitad de la noche.

Me empiezo a amodorrar de nuevo y me giro en la cama dispuesta a abrazar a Abel. Sin embargo, al estirar el brazo lo único que me encuentro es una sábana vacía y fría. El corazón se me sube hasta la garganta y, por unos instantes, me intento convencer de que es otro sueño. Cuando me doy cuenta de que estoy despierta, me incorporo y enciendo la lamparita. Observo el vacío que ha dejado Abel y el corazón me golpea en el pecho aún con más fuerza. Son las doce de la noche de un viernes, pero está claro que él no se ha ido de fiesta. «Tranquila, lo más probable es que esté en el baño», me digo a mí misma en un intento por apartar de mi mente los malos pensamientos.

Pero al salir al pasillo descubro todas las luces apagadas. Lo atravieso hasta llegar a la puerta del baño. La abro de golpe y se confirman mis sospechas: no hay nadie. Después corro por el pasillo, palpando las paredes, sintiendo que me falta la respiración.

—Abel. ¡Abel! —grito, entrando en cada una de las habitaciones y encontrándolas todas ellas solitarias y tristes.

Las lágrimas me escuecen en los ojos, impidiéndome ver con claridad. Regreso al dormitorio y cojo el teléfono con manos temblorosas, con lo que casi se me cae mientras intento marcar su número. No da señal, ni siquiera sale como apagado. Su ausencia se me antoja como un aviso de muerte. No puede ser que hayan irrumpido en el piso y se lo hayan llevado, ya que yo habría escuchado algo. ¿Y si ha recibido un mensaje o algo en el que le requerían? O peor aún... ¿Y si ha decidido tomarse la justicia por su cuenta? Se me pasan por la cabeza los últimos días desde el encuentro con Alejandro. Abel se ha mostrado taciturno, nervioso y un tanto ausente, pero lo he achacado a su enfermedad, no a que estuviera pensando en hacer nada. Debería haberme dado cuenta de que estaba planeando algo... ¡Joder! Le pedí que no hiciera ninguna locura, y lo único que se le ha ocurrido es dejarme aquí sola en plena noche, sin saber qué hacer ni a quién acudir.

Le vuelvo a llamar, pero el teléfono continúa tan silencioso como un cadáver. Lloro con más fuerza, apreciando que estoy empezando a perder los nervios. Eso por no decir que ya los he perdido del todo. Sin saber muy bien lo que voy a hacer, cojo mi ropa y me visto a toda velocidad. Ni siquiera me peino, sino que avanzo a trompicones por el pasillo y salgo al rellano sin perder un segundo. Cierro la puerta con llave por si él vuelve, para que entienda que he salido a buscarle. No obstante, hay un sabor amargo en mi garganta que me avisa de que no va a regresar antes que yo. Me lanzo a la calle con el corazón martilleándome en el pecho, aún sin saber lo que estoy haciendo. ¿Adónde me están llevando las piernas? Lo que tengo claro es que necesito encontrarlo.

Cuando me quiero dar cuenta, mi cabeza ya ha tomado una decisión y al cabo de un rato me descubro en el barrio de Eric. Hace tiempo que no sé nada de él, pero Abel es su amigo, y tiene que ayudarnos, por el amor de Dios. Tiene que hacer algo para encontrarlo. Por esta zona no hay apenas gente, sólo un grupito de jóvenes que van en busca de fiesta. Me gustaría estar en su lugar, que dos de esos chicos y chicas fuéramos Abel y yo, dirigiéndose a pasarlo bien a alguna discoteca o, simplemente, yendo al cine para ver una de las películas que tanto nos gustan.

Estoy un poco aturdida y la verdad es que la noche tampoco ayuda, pero al fin logro encontrar la finca de Eric. Me planto ante los timbres, tratando de decidir si realmente esto es una buena idea. Eric no sabe nada acerca de la mansión, así que... ¿Por qué iba a creerme? Tal vez, al verme así, piense que

Abel y yo hemos discutido y que he venido para algo que en realidad no es. Medito un poco más sobre todo el asunto y, finalmente, elijo marcharme y tratar de buscarlo por mí misma. Sin embargo, cuando estoy a punto de salir corriendo, escucho unos pasos a mi espalda y, al girarme, me topo con un Eric sorprendido.

—¿Sara? —Viene solo, con las llaves colgando de la mano. Me observa con curiosidad y, al verme la cara que debe de ser horrible, su gesto pasa a ser de preocupación—. ¿Ocurre algo?

Trato de controlarme, pero no lo consigo y se me escapa un largo y hondo sollozo. Me apoyo en la pared, con el rostro entre las manos, derritiéndome en lágrimas.

—¿Qué te pasa? Tú no estás nada bien. —Eric se acerca a mí, y noto que sus manos me rozan. Yo aparto las mías de mi cara y cojo las suyas de manera histérica, mirándole con los ojos muy abiertos—. ¿Qué? ¿Qué?

—Por... Por fa-vor —ni siquiera puedo hablar. Toso un par de veces, trago toda la saliva pastosa que se me ha acumulado y trato de explicarle—, ti-tienes que... ayudarme.

—Si no me dices qué pasa, no puedo.

—Abel... —al pronunciar su nombre el corazón se me quiebra y suelto otro sollozo lastimero. Eric me hace un gesto de incompreensión—... se... se ha ido.

—¿Habéis discutido?

Niego con la cabeza de manera rotunda. Le aprieto las manos con más fuerza, notando que la respiración me falta. Tengo que llevarme una mano al corazón y luchar por frenarlo. Él está esperando a que me tranquilice, pero la verdad es que no lo consigo, así que a los pocos segundos me veo transportada al interior de la finca, subiendo las escaleras. Niego una y otra vez, tratando de desprenderme de sus manos.

—No... no —gimo entre lloros—. Por favor, te-tenemos que buscarle, Eric. ¡Por favor! —Las dos últimas palabras las digo chillando. Él me mira asustado y me mete en su casa, llevándome con cuidado hasta el salón.

—No sé qué pasa, Sara, pero primero tienes que calmarte. —Me sienta en una de las sillas—. Te va a dar algo si continúas así.

Me llevo una mano a la cara y me froto la mejilla, llorando desesperada y negando con la cabeza.

—Llama a la policía —le pido con voz entrecortada.

—¿Qué? ¿Por qué? —Eric arruga una ceja y, de repente, desliza los ojos por todo mi cuerpo—. ¿Te ha hecho alguien algo? ¿Te ha hecho daño él?

—¡No! —exclamo, desquiciada. Por mi cabeza pasan mil y una frases, todas ellas demasiado rápidas, inquietantes y confusas. Quiero contarle a Eric todo lo que sucede, pero las palabras se me atragantan en la garganta—. Policía, por favor.

—Sara, no puedo llamar si no sé lo que pasa. —Se acuclilla delante de mí y me estudia con semblante preocupado—. Mira, hagamos una cosa. Te voy a preparar una infusión y luego me explicas. Entonces, si quieres, llamamos a la poli o a quien sea.

—Abel... está... —murmuro, entre bocanada y bocanada de aire. Quiero decir que está en peligro, pero no logro agregar ninguna palabra más. Toso de nuevo y doy un par de arcadas. Eric se pone en tensión, imaginando que voy a vomitar allí mismo.

—¿Qué dices? Estás muy nerviosa. En serio, tienes que tranquilizarte un poco. —Se levanta y me indica con un dedo que le espere en la silla—. Voy a prepararte algo caliente. Enseguida vengo.

Me deja allí, con la mirada perdida como una demente, refregándome las manos, mordiéndome los labios hasta que me hago sangre. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? Mi mente no razona, tan sólo puede pensar en dolor y en muerte. Entonces se me ocurre una idea descabellada: que Eric también está metido en todo este asunto y que quiere hacernos daño. Es una locura, pero ahora mismo es que me estoy volviendo loca. Necesito encontrar a Abel y saber que está bien y que va a continuar en mi vida.

Me levanto de la silla, arrepentida de haber venido hasta aquí. Me asomo al pasillo y escucho a Eric trasteando en la cocina. A continuación el inconfundible sonido del microondas. Aprovecho y me deslizo por el pasillo de forma silenciosa, pero lo más rápido posible. Echo un par de vistazos por encima de mi hombro, hasta que alcanzo la puerta, la abro y salgo al rellano. Ni siquiera me molesto en cerrar, sino que bajo las escaleras de dos en dos. Me da igual Eric, no me importa que piense que estoy loca. Sólo puedo pensar en encontrar a mi Abel, en llegar a tiempo y salvarlo.

Sé lo que tengo que hacer. Al menos, voy a intentarlo. Mi corazón me asegura que él estará allí. Atravieso la ciudad corriendo como una sombra demente en busca de la felicidad que le han arrebatado. Regreso a casa y me cercioro de que Abel no ha vuelto. Le llamo una vez más, pero nada. Mi

teléfono tiene media docena de llamadas, todas de Eric. Hago caso omiso de ellas y me centro en mi plan. Cojo el dinero que tengo ahorrado en el cajón, luego la máscara veneciana, y meto ambas cosas en mi bolso. Salgo de casa otra vez y corro hasta llegar a la Avenida Principal, por donde siempre pasan muchos taxis. La vida se me escurre con cada uno de esos coches ocupados. Diez minutos después consigo detener a uno libre. Me coloco en el asiento de atrás, aún con los ojos y los labios rojos e hinchados de tanto llorar.

—Usted dirá —me dice el taxista, un señor orondo medio calvo.

—No sé la dirección, pero le iré indicando —contesto con voz ronca.

—Pero...

—Tengo dinero. Sólo lléveme, por favor —le enseño los billetes.

Él arranca y atravesamos la ciudad de Valencia a toda velocidad. Es plena madrugada y apenas hay tráfico, por lo que pronto salimos a la autopista. El hombre me lanza miradas curiosas de vez en cuando, a lo que yo finjo que no me doy cuenta. Quizá piense que soy una borracha, una prostituta o a saber qué.

—Por aquí —le indico, una vez nos acercamos al desvío hacia Le Paradise. El restaurante está a oscuras debido a las horas que son, pero la mansión tiene que estar en funcionamiento.

—¿Seguro que es por aquí? —pregunta cuando nos internamos por los oscuros caminitos.

Asiento con la cabeza. Miro por la ventanilla para orientarme y, cuando creo que más o menos estaremos a un kilómetro de la mansión, le digo que se detenga.

—Pero aquí no hay nada, chica.

—La fiesta a la que voy está más adelante —le digo con voz seca, insinuándole que no quiero dar más explicaciones.

—Oye, no quiero responsabilidades de ningún tipo...

—Mire, usted no me ha traído hasta aquí y ya está. —Le tiendo más dinero del que marca el taxímetro.

—Tenga cuidado. —Se limita a contestar al tiempo que coge los billetes.

Bajo del taxi con el corazón galopando como un potro salvaje. Aprieto la cinta del bolso en mi hombro, esperando a que el conductor dé media vuelta y se marche. En cuanto lo hace, la oscuridad y el silencio me envuelven. La única compañera que tengo en estos momentos es la luna que se asoma, de vez en cuando, entre las nubes del oscuro cielo. Me obligo a pensar en algo

bonito para hacer caso omiso del miedo que se ha instalado en mi vientre. Sin embargo, por mi mente sólo pasan imágenes rojas, sin sentido, de situaciones descabelladas y todas ellas terribles. El sonido de mis botas al caminar se me antoja demasiado fuerte. En estos momentos odio y amo a Abel a partes iguales. No le pueden haber hecho daño... Si se lo han hecho, yo... ¿Qué haré yo? ¿Me mataré allí mismo como hizo Julieta al descubrir a su amado Romeo? Lanzo una risa que no tiene nada de alegre. Me seco las lágrimas que han empezado a salir otra vez. Esta noche, más que nunca, debo mostrarme bien segura. Estoy sola en esto y no sé cómo actuará esa gente.

Abel... ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has tenido que venir? No hacía falta, de verdad, yo sé perfectamente lo mucho que me amas. Sin embargo, sé lo culpable que se sentía. Estaba claro que el peso que tenía a sus espaldas era demasiado grande. ¿Y si lo que quiere es terminar con todo esto de la manera más sencilla posible? Entonces yo no podré vivir en paz, sabiendo que todo ha sido por culpa mía.

Al cabo de un rato alzo la vista y me topo con la finca, tenuemente iluminada. El aparcamiento está casi vacío. Trago saliva y cojo aire, preparándome para lo que vaya a suceder en los próximos minutos. Saco la máscara del bolso y me la coloco para que vean que no voy a quebrantar sus reglas. Cuando estoy muy cerca del aparcamiento, descubro el Porsche de Abel. No veo la matrícula, pero estoy segura de que es el suyo. Suelto un suspiro aliviado aunque, por otra parte, mi estómago se retuerce del miedo.

Reduzco la velocidad de mis pasos a medida que me acerco a la entrada. El vigilante los ha escuchado y se ha girado hacia mí. Me observa con curiosidad, bajo su inquietante máscara. Inclina la cabeza a modo de saludo cuando subo las escaleras despacio, insegura, con las piernas convertidas en barro.

—Buenas noches. ¿Tiene usted invitación?

Niego con la cabeza. ¿De verdad la necesito si se supone que formo parte del círculo exclusivo de esta horrible mansión?

—Entonces no puedo dejarla pasar.

Por un momento la desesperación me invade, pero entonces recuerdo algo. Le doy la espalda, me subo la chaqueta y la camiseta al tiempo que me bajo el pantalón. Él se inclina y descubre el tatuaje en mi piel.

—De acuerdo. Pase. —Se acerca a la puerta y me la abre. Yo le echo un último vistazo, cojo aire de nuevo y me meto en la mansión.

Doy un brinco cuando la puerta se cierra a mi espalda. Miro a un lado y a otro, pero no veo a nadie. Estoy completamente sola en este maldito lugar. ¿Es que hoy no hay ninguna fiesta? No puede ser, porque entonces el vigilante no estaría ahí ni me habría abierto y, de todos modos, había coches en el aparcamiento. Voy hacia las escaleras y las empiezo a subir muy despacio. A la mitad me detengo, luchando contra mis propios miedos. Mi respiración bajo la máscara me parece la de otra persona. Incluso creo que la mano que se apoya en la barandilla no es la mía. Miro hacia arriba y me convengo a mí misma de que esta es nuestra última oportunidad y de que Abel me está esperando en alguna parte de esta mansión. Cuando llego al segundo piso, mi cabeza vuelve a hacer de las suyas y se imagina que, en realidad, Abel también me ha traicionado y que, entre todos, me van a hacer daño. Niego con la cabeza, convenciéndome de que eso sí es una locura, de que Abel me ama y ha pasado por todo este calvario como yo.

Paso por delante de la sala Carmesí, de la que salen unos cuantos de esos ruidos siniestros que tanto odio. Así que sí hay gente y están disfrutando de lo lindo. Y, sin embargo, yo no puedo ser más infeliz y no puedo estar más aterrorizada. Yo estoy aquí sola, la muchacha que siempre ha tenido que dormir con la lamparita encendida después de haber visto una película de terror.

—Eh, tú. ¿Dónde vas?

Giro el rostro y descubro al vigilante que, en ese momento, sale de la habitación BDSM. Trago saliva y trato de poner la voz más segura posible.

—Busco a Jade y a Alejandro.

—¿Para qué? —Se acerca a mí en toda su altura.

—Me están esperando. Puedes verlo por ti mismo si me llevas a ellos.

El hombre duda por unos instantes, hasta que se encoge de hombros y me indica con un gesto la puerta del final del pasillo.

—Están en su despacho. No les digas que has hablado conmigo. —Está tratando de cubrirse las espaldas pero sé que ha habido algo en mi voz que le ha convencido para decirme dónde están.

Echo a andar hacia la puerta, que me parece que cada vez se va alejando más. Debo de ser yo que me estoy mareando, pero las paredes y el suelo se mueven de manera que avanzo a trompicones. Me tengo que apoyar y detenerme unos segundos para no caer. «Vamos, Sara, no falles ahora. Si el vigilante se da cuenta de lo nerviosa que estás, dudará y quizá no puedas ir

hasta el despacho», me digo a mí misma. Saco valor y fuerzas de donde no los hay. Una vez me encuentro ante la enorme puerta, el corazón parece que se me encoge en el pecho. Yo misma me siento diminuta.

—Venga, Sara. Termina con esto de una vez —me susurro a mí misma.

Llamo a la puerta con los nudillos, pero nadie contesta ni abre. Entonces me doy cuenta de que lo he hecho demasiado débil. Golpeo con más fuerza, haciéndome daño. Segundos después, la puerta se abre. Debido a la máscara no puedo ver más allá que lo que tengo enfrente de mí. Doy un paso, luego otro... Descubro primero a Alejandro mirándome con su tétrica sonrisa. A su lado, se encuentra Jade fumándose un cigarro. Pero... ¿dónde está Abel? ¿Ha sido esto una maldita trampa? La puerta se cierra a mi espalda, encerrándome en la ratonera que ha fabricado esta gente.

—Vaya, mirad quién ha venido —dice Jade con su profunda y aterciopelada voz—. ¿Cómo estás, querida?

Alejandro se echa a reír. Y entonces, escucho un débil «no». Reconozco esa voz. Es la voz que me ha iluminado desde que le conocí. Me quito la máscara para poder verlo todo mejor y, al girarme hacia la derecha, lo descubro. Todo mi cuerpo se queda helado y a punto estoy de caer allí mismo.

Y es que, sujeto por dos vigilantes, está mi Abel. Mi Abel golpeado, con un ojo morado y el labio sangrando.

Sin poder aguantar más, me echo a llorar.

En cuanto puedo reaccionar, echo a correr en dirección a Abel y los vigilantes. Sin embargo, alguien me agarra y me inmoviliza. Es Alejandro el que se encuentra a mi espalda y me lleva las manos a ella, impidiéndome el movimiento. Me revuelvo entre sus brazos, pero está claro que no tengo tanta fuerza como él.

—¡Suéltala! —exclama Abel, forcejeando con los vigilantes. Ante mi atónita mirada, uno de ellos le da un puñetazo en el estómago, arrebatándole la respiración.

—¡No! —grito meneándome como una loca. Alejandro tira más de mis brazos hasta que siento un gran dolor. Me quedo quieta, sollozando, sin apartar la vista de Abel, cuya cabeza ha caído hacia delante.

—Has sido muy valiente viniendo hasta aquí —dice Jade en ese momento, colocándose ante mí. Da una calada a su cigarrillo y me dedica una sonrisa burlona—. No pensábamos que fueras a venir, pero al final resulta que la niña quiere más a su príncipe de lo que esperábamos. —Se echa a reír, contagiando a Alejandro.

—No nos ha gustado nada que tu novio viniera aquí reclamando algo que no es suyo. —La voz de Alejandro en mi oído se me antoja horrible—. Ha intentado golpearme, ¿sabes? Y me ha insultado. Me ha dicho cosas que no

están nada bien, querida Sara.

Yo suelto otro sollozo, manteniendo la mirada de Jade. Sabía que este momento iba a llegar antes o después, pero una parte de mí tenía la esperanza de que se pudiera solucionar de otra forma. Y ahora... ¿qué es lo que van a hacer? ¿Nos destrozarán la cara como han hecho con África? ¿Nos harán participar en sus juegos como tanto han deseado hacer desde un principio?

Jade se aparta de mí y camina hacia Abel, que parece medio inconsciente. Sin embargo, cuando ella le coge de la barbilla y le alza el rostro, me doy cuenta de que lo único que le sucede es que se siente derrotado. Clava su ojo sano en mí, y yo no puedo evitar llorar con más fuerza al verlo así. Me está diciendo con la mirada lo mucho que me ama y lo que siente haberme metido en todo esto. Me da igual. No me importa estar aquí, sujeta por un demente, mientras él esté bien. Es lo único que quiero: que le suelten y le dejen marcharse. Estoy a punto de decírselo, cuando Jade vuelve a hablar:

—Ya nos hemos cansado de todo esto. —Pasa sus dedos por el rostro magullado de Abel, quien hace un gesto de dolor, que a ella parece gustarle—. Ha sido bastante divertido pero, en el fondo, tampoco es que hayamos conseguido mucho. —Ladea el rostro y me mira a mí otra vez—. Aquí todos queremos algo: tú quieres a tu Abel, pero yo también. Él te quiere a ti y Alejandro también... ¿Qué lío, no? Así que hemos pensado que hay que solucionarlo de alguna forma. —Abre mucho los ojos, como mostrándose sorprendida.

Me doy cuenta de que la respiración de Alejandro se ha acelerado a mi espalda y que sus labios están demasiado cerca de mi cuello. Está oliéndome y el estómago se me revuelve. Se aprieta contra mí y, por unos segundos, puedo notar en mi trasero su erección. Se me escapa un gemido asustado.

—No es que os hayáis portado mal —continúa Jade, observando las reacciones de Abel. Pero la verdad es que él lo único que hace es mirarme a mí, y yo no puedo apartar la vista de sus tristes ojos, que están rogando por mi perdón. Un perdón que le concedo con cada palabra de Jade—, al menos hasta esta noche, claro —chasquea la lengua y le da otra calada a su cigarro, el cual está a punto de consumirse—. Pero ya te digo, queríamos más. Más diversión. Sin embargo, lo que ahora Alejandro quiere es otra cosa. —Alza la barbilla, señalando al hombre que está a mis espaldas—. ¿Por qué no le dices tú a Sara lo que deseas?

—Ella lo sabe ya. —Su aliento en mi oído me provoca un escalofrío.

Entonces noto su lengua lamiéndome la oreja y comprendo que esta vez no tengo escapatoria posible. Abel se remueve otra vez, pero los vigilantes le sujetan con más fuerza, provocando que él suelte un quejido de dolor.

—Cielo, más vale que te portes bien —le avisa Jade, molesta de que les esté plantando cara.

En ese momento, llaman a la puerta. Todos se quedan en silencio, hasta que uno de los vigilantes suelta a Abel y va hacia la puerta. La entreabre un poco y después deja pasar a Julián. Se queda un poco extrañado al ver la escena, pero enseguida se recompone y le dedica una sonrisa a Jade.

—Ven aquí, querido. Nos lo vamos a pasar muy bien. ¿Te apetece unirme?

Julián asiente con la cabeza y va hacia ella, que le pasa las manos por los hombros en gesto cariñoso. Odio a esta gente. Me repugna. Ojalá se muriesen aquí mismo.

—Sara, no habría permitido esto si no fuera porque la actitud de nuestro querido Abel me ha enfadado mucho —me explica, sin borrar esa sonrisa carmesí—. Así que he decidido, por una vez, pasar por alto las normas.

Siento que la furia me invade y que las mejillas se me encienden. En realidad, una parte de mí sabía que no eran de fiar y que algo así acabaría sucediendo. Alejandro suelta una risita a mi espalda y me aprieta de nuevo contra su cuerpo.

—Ya que Abel no quiere ser mío... ¿Por qué no dejar que tú sí seas de Alejandro?

Tiro hacia delante, furiosa y dolorida ante la visión del rostro de Abel. En realidad, no me importa todo lo que esta mujer me está diciendo. Me daría igual hacer lo que Alejandro quisiera siempre y cuando dejaran a Abel en paz. Pero tengo claro que no se van a conformar simplemente con que Alejandro me haga suya, sino que querrán mucho más.

—Como estoy muy enfadada —Jade se inclina hacia Abel y le obliga a mirarla. Me doy cuenta de que en los ojos de mi novio brilla la furia, y estoy segura de que esto está cabreando más a Jade, ya que se ha dado cuenta de que no lo va a llevar a su terreno—, voy a dejar que Alejandro haga lo que quiera. —Le dirige una mirada al otro y le lanza un beso. Le escucho reírse a mi espalda. También me fijo en que Julián observa toda la escena un tanto rígido y muy serio. ¿Qué? ¿Esto es mucho más serio de lo que pensabas? Me dan ganas de gritárselo a la cara, pero me controlo y me mantengo callada—. Supongo que te dolería mucho ver a Sara ultrajada, ¿verdad, querido? —se

dirige a Abel una vez más. El pecho de mi novio sube y baja a una velocidad tremenda y la nuez se le mueve de forma incontrolada.

—Si la tocáis... —El puñetazo que recibe en el pómulo le impide terminar la frase. Yo suelto un grito y pataleo, chafando un pie de Alejandro sin querer. Como consecuencia, me llevo un tirón de pelo que me obliga a echar la cabeza hacia atrás.

—Abel, mi amor, cada vez que hables uno de mis chicos te dará un golpe. ¿Qué te parece? —Jade dibuja una sonrisa de oreja a oreja. Se desplaza a la mesa y apaga el cigarro en el cenicero. Después se queda mirando a Julián y le pregunta—: ¿Qué es lo que te gustaría que Alejandro hiciera con Sara?

Él se queda callado, mirándome a mí de manera disimulada. Percibo que me hace un breve gesto, pero la verdad es que no sé qué es lo que pretende este hombre. ¿Me ha señalado la puerta?

—No sé. Es él quien tiene que elegir.

Jade sonrío y viene hasta nosotros. Se inclina por encima de mi cabeza y se besa con Alejandro. El estómago se me revuelve cada vez más mientras noto los dos cuerpos pegados a mí, uno delante y otro detrás. Cuando ella se aparta, le dice:

—Bueno, pues tú dirás, Jandro. Creo que nos vamos a divertir mucho, ¿no? —Se gira en dirección a Abel y los vigilantes.

Alejandro me coge una vez más del pelo y tira de él con fuerza. Suelto un gemido de dolor y puedo escuchar también a Abel quejándose.

—Vas a hacer todo lo que te diga, Sara —me susurra Alejandro al oído, pero lo suficientemente alto como para que todos lo oigan—. Y si intentas hacer algo para evitarlo o escapar, sabes lo que pasará.

Las lágrimas me corren por las mejillas. Cierro los ojos, intentando hacer caso omiso del dolor en el cuero cabelludo. A continuación noto una mano ascendiendo por mi cuerpo, hasta llegar a mi pecho, el cual Alejandro me acaricia por encima de la chaqueta.

—Te voy a soltar. Ya sabes, Sara, ni se te ocurra hacer nada. —Su ronca voz me llega hasta las entrañas. Siento que me sube una arcada, pero logro contenerla. Después me veo libre y me acaricio las muñecas doloridas y la cabeza. Me quedo muy quieta, sintiéndome observada por todas las personas allí presentes—. Ahora, te vas a quitar la chaqueta —me ordena. Como ve que no lo hago, grita—: ¡Hazlo!

Me apresuro a obedecer su orden. Lo que menos quiero es que vuelvan a

hacer daño a Abel. Es Jade la que me ayuda a quitármela y después la deposita en el respaldo de una de las sillas. Yo miro a Alejandro mientras los temblores recorren todo mi cuerpo.

—Y ahora, vas a bailar para mí.

No doy crédito a lo que me está diciendo. Se dirige a otra silla, la coge y la coloca en medio de la sala. Ante mi atónita mirada, se sienta en ella y me hace un gesto, como animándome a moverme.

—¿Necesitas música?

—No lo haré —digo en voz muy bajita. Pero él me ha oído, y también Jade.

—Chicos —dice ella.

Escucho un golpe a mi espalda y otro gemido lastimero. Cierro los ojos, llorando, rompiéndome por dentro poco a poco. Alzo una mano, rogándoles en silencio que se detengan.

—De acuerdo. Bailaré. Bailaré para ti.

Alejandro asiente con una sonrisa complacida. Me empiezo a mover sin ninguna música que me acompañe. A mi espalda oigo a Jade soltando una risita. Las lágrimas no dejan de salir, mojadas de vergüenza y humillación.

—Baila de manera más sensual. Tócate el pelo, el cuello, los pechos... Vamos, sedúceme, Sara —Alejandro se muestra un poco molesto.

Yo intento bailar de la forma más sugerente posible, pero lo cierto es que me cuesta horrores. Jamás me había sentido más incómoda y avergonzada en toda mi vida, porque además sé que Abel está detrás siguiendo todos mis movimientos.

—Así, Sara, muy bien... —la voz de Alejandro es más ronca que de costumbre. Aprecio que sus ojos se han oscurecido y no puedo evitar descubrir el bulto en sus pantalones—. Jade, ponle algo de música.

Escucho sus tacones caminando por la habitación. Lo siguiente son los acordes de una canción que conozco bien: *Bring me to life* de Evanescence. Siempre ha sido una de mis preferidas, pero creo que ya nunca podré escucharla.

—Ven, acércate. Pero hazlo bailando. —Alejandro me indica con un gesto que vaya hacia él.

Me arrimo contoneándome, moviendo las caderas de un lado a otro. Cuando estoy delante de él, me pasa las manos por el trasero y me lo estruja. El asco me inunda la boca y un sabor amargo me recorre todos los dientes y la lengua. «How can you see into my eyes like open doors? Leading you

down into my core where I've become so numb...», canta Amy Lee. Alejandro me obliga a darme la vuelta y a bailar de esa manera, con lo que tengo a Abel frente a mí. Está llorando y puedo leer en su ojo sano el dolor que siente por mí. Mientras me muevo, las manos de Alejandro acarician todo mi cuerpo, sacándome un escalofrío tras otro. Aparto la vista para no encontrarme con la de Abel, porque es más de lo que puedo soportar.

En ese momento, Alejandro se levanta, me coge de nuevo por las muñecas y, cuando me quiero dar cuenta, estoy empotrada contra la enorme mesa, inclinada hacia delante y con la cabeza apoyada en el nogal. Suelto un chillido al notar las frías manos de Alejandro en mi piel. Lo siguiente que siento es que me está bajando los pantalones.

—¡No! ¡Suéltala, hijo de puta! —grita Abel. Alejandro me coge del pelo y me gira la cara hacia él. Puedo ver cómo le asestan otra patada en el estómago, y otra, y otra más, hasta que cae de rodillas y lo tienen que sostener entre ambos vigilantes para que no se derrumbe del todo.

—Por favor, no... Parad —suplico con la mejilla contra la mesa.

—Sara sabe muy bien lo que tiene que hacer para que no ocurra nada malo, ¿verdad? —me dice Alejandro, inclinado sobre mí. Yo me apresuro a contestar con un débil sí.

Veo a Jade mirándonos de manera divertida, con una mano apoyada en el hombro de Julián. Este se mantiene muy rígido, observando la situación con gesto raro. Si de verdad le está disgustando todo esto, ¿por qué no hace algo para ayudarnos? Imagino que se ha dado cuenta del peligro y tiene miedo.

—Apuesto lo que sea a que te va a encantar esto, Abel —dice Alejandro con un tono burlón en su voz—. Vas a disfrutar muchísimo mientras me follo a tu dulce Sara.

Mi novio musita algo, pero está tan magullado que ni siquiera se le entiende. Se me escapa un sollozo, sintiendo más dolor por él que por mí. Alejandro está a punto de tomarme a la fuerza, pero no me importa si eso va a significar que después todo esto acabará y Abel y yo podremos vivir felices. La cuestión es que no estoy segura de ello... Ahora mismo, apretujada en esta mesa, con Abel golpeado frente a mí y toda esta gente a punto de mirar cómo me violan, me parece que es una pesadilla que no acabará nunca.

Alejandro me acaricia el trasero por encima de la ropa interior. Suelto un sollozo y cierro los ojos, apretándolos con fuerza, rogando en silencio que no sea demasiado doloroso y que no dure mucho. «Wake me up inside. Wake

me up inside. Call my name and save me from the dark. Bid my blood to run, before I come undone, Save from the nothing I've become...». Abro los ojos y me topo con los de Abel. No puedo soportar que esté llorando de esa forma, pero intento mostrarme fuerte. Le dedico una sonrisa bañada en lágrimas y a continuación le susurro que le quiero. Él me lo devuelve y después le veo cerrar los ojos para no mirar lo que está a punto de ocurrir. Yo hago más de lo mismo. Me concentro en la voz de Amy Lee e intento pensar en los hermosos recuerdos que tengo de mi vida con Abel. Me pierdo en esos pensamientos... Consigo liberarme...

Y entonces algo ocurre. Todo de manera muy rápida, tanto que apenas puedo comprender lo que está sucediendo. Escucho unos gritos y, al abrir los ojos, descubro a Jade en el suelo y a Julián golpeando a uno de los vigilantes. El otro ha soltado a Abel para ayudar a su compañero. Este corre hacia mí sin dudar y se tira contra Alejandro, cayendo los dos al suelo. Al principio me quedo tiesa, sin saber qué hacer porque mi mente no atina a entender todo lo que pasa. Pero entonces Abel grita mi nombre y yo reacciono. Me subo los pantalones y corro hacia él, pero su mirada me paraliza.

—¡Vete! ¡Corre, Sara! ¡Sal de aquí! —Alejandro intenta levantarse, pero Abel le da un nuevo puñetazo que lo deja medio confundido.

—¡No me voy sin ti! —chillo, queriendo hacer algo por ayudar.

—¡Corre y ahora te alcanzo! —Como dudo un poco más, su siguiente grito es el que me pone en alerta—. ¡Sal ya de aquí, joder!

Esta vez sí le obedezco. Me doy la vuelta y me fijo en que Julián todavía pelea con los dos vigilantes. Para ser un hombre mayor, tiene bastante fuerza y está ágil. También me doy cuenta de que uno de los perros de Jade ha sacado un arma. El corazón me da un vuelco en el pecho, pero aparto la vista y salgo del despacho. Corro por el pasillo a toda velocidad, con la voz de Amy Lee resonando en mi cabeza. «Now that I know what I'm without. You can't just leave me. Breathe into me and make me real... Bring me to life».

—¡Detenedlos! ¡Maldita sea, detenedlos! —escucho los gritos furiosos de Jade a mi espalda. El vigilante de la sala Carmesí ve que me acerco corriendo pero, cuando reacciona, ya es demasiado tarde. Yo le doy un fuerte empujón que le tira al suelo y continúo corriendo. Un par de puertas se abren y aparece gente medio desnuda, que me observan asustados bajo sus máscaras.

Entonces retumban un par de disparos a mi espalda. Giro la cabeza, presa del pánico, y descubro a Abel corriendo hacia mí. La gente chilla a nuestro

alrededor, Jade y Alejandro también aparecen en el pasillo tratando de evitar que escapemos. El caos ha invadido el lugar. Yo me detengo y estiro el brazo para recibir a Abel. Ya lo tengo casi aquí... El estómago me da un brinco al ver su rostro magullado más de cerca... Nuestros dedos se rozan...

Y después, otro disparo.

Y la mano de Abel que se aleja de la mía. Lo veo caer ante mis pies. Sus ojos se han cerrado. Todo ocurre como en un sueño a cámara lenta. Me arrodillo ante él, pero ni siquiera me parece ser yo la que está haciéndolo. Mis irreales y temblorosas manos tantean su cuerpo y le sacuden. Y después mis dedos tintados de rojo. Alguien grita mucho, pero yo lo único que hago es observar mis manos manchadas.

Segundos después comprendo que soy yo la que está gritando, la que se está desgarrando la garganta. Unas cuantas personas nos rodean, cuchicheando entre ellas. Yo alzo la vista sin dejar de llorar, con Abel entre mis brazos. Le acuno, manchándome más de la sangre que sale de su cuerpo, pero no me importa.

—¡Que alguien me ayude, por favor! —le grito a toda esa gente. Pero nadie me hace caso, tan sólo se miran unos a otros y hablan entre ellos.

Yo acerco el rostro de Abel al mío y lloro con más fuerza. Se me está yendo. Su vida se está escurriendo de entre mis manos. No lograré mantenerlo aquí conmigo. Abel se me va a morir y no voy a poder hacer nada por evitarlo. Suelto un grito tras otro, demandando ayuda, rogándole a él que se quede conmigo. No me puede abandonar, no puede dejarme sola entre toda esta miseria. ¿Qué voy a hacer sin su voz, sin sus ojos, sin sus manos? No seré capaz de levantarme cada día sin verme reflejada en su mirada. No puede existir la vida si él no está.

—¡Le habéis matado, joder! —escucho que alguien grita, pero ya no sé de quién se trata.

No me lo pueden haber arrebatado después de todo lo que hemos luchado. No pueden haberle quitado la vida después de todo lo que él ha intentado por recuperarla. Después de lo mucho que ha peleado por vencer su enfermedad y permanecer conmigo. Dios no puede ser tan cruel. El destino no puede estar haciéndome esto. Sin embargo, lo único que hay aquí ahora conmigo es Abel con los ojos cerrados y la sangre que mana de su herida, empapando mi ropa y mis manos. Echo la cabeza hacia atrás y suelto otro grito, sintiendo que mi vida también se está marchando con él.

Chillidos a mi alrededor. Pies que corren aquí y allá. Puertas que se abren y se cierran. Pero yo no veo nada. Ni siquiera sé si existo.

—¡Policía! ¡Quedan todos detenidos!

Esas voces quedan ya muy lejos. Yo estoy encaminándome a un lugar mucho más seguro, en el que podré reunirme con Abel.

Mis extremidades se aflojan... Floto...

Oscuridad y silencio.

Despierto poco a poco con la cabeza dándome vueltas, como si no estuviera en su sitio. Entonces... ¿He tenido una pesadilla? Sonrío al imaginar que he vuelto un año atrás, cuando estaba empezando mi último año de carrera, y que realmente nada ha pasado. Me quedo un ratito más sumergida en esos pensamientos que tan feliz me hacen.

—Cariño... ¿Estás despierta?

Abro los ojos como puedo, pero las luces me molestan y tengo que volver a cerrarlos. Noto la mano de mi madre posada en mi frente y el cariñoso beso que deja en ella. Yo abro la boca para preguntarle qué hace en mi casa, pero tengo la lengua muy seca y no me sale ni una palabra.

—¡Chsss! No hace falta que hables, no pasa nada. —Aprecio alegría en su voz y me pregunto qué es lo que sucede—. Voy a llamar a la enfermera. Ahora vengo.

La escucho salir de la habitación de forma apresurada. Yo separo mis párpados una vez más, muy poco a poco y con la cabeza ladeada para que la luz no me hiera y, al fin, logro mantenerlos abiertos. Al principio todo lo veo borroso y no consigo entender cuáles son esas paredes blancas, ni tampoco la fea mesa que hay al fondo de la habitación, ni el sillón diminuto en el que descansa el bolso de mi madre. Empiezo a entender: esto no es mi habitación

en el piso que compartía con Cyn, tampoco es la de la casa de mi madre ni la de Abel. ¡Abel! Se me escapa un jadeo al tiempo que todas las imágenes alcanzan mi mente de manera confusa. No he regresado al pasado. Estoy en el presente, en un triste hospital, y todo ha sucedido realmente.

Observo mi muñeca izquierda y descubro la aguja del gotero insertada en la piel. A pesar de que la cabeza me molesta, no noto ningún dolor más y no creo estar herida. ¿Qué hago aquí entonces? ¿Y dónde está Abel? Él... El rojo inunda mi mente y me deja helada en la cama. El corazón despierta en mi pecho y se lanza a correr desbocado. Me incorporo, dispuesta a salir de la habitación en su busca, pero en ese momento entra mi madre acompañada de una chica joven y de un hombre de mediana edad. Me los quedo mirando con intensidad, al tiempo que ellos lo hacen con preocupación.

—¿Dónde está mi novio?

El médico ladea la cabeza y observa a su enfermera con expresión grave. Mi madre se acerca a mí y me susurra que me tumbe de nuevo y que me tranquilice, que no haga ningún esfuerzo. Pero yo no puedo quedarme así tan tranquila sin tener ninguna noticia de él.

—Llevas durmiendo todo un día, Sara —me dice el médico llamándome por mi nombre—. Te desmayaste, ¿lo recuerdas?

Asiento con la cabeza, aunque lo cierto es que los últimos minutos en la mansión acuden a mí como imágenes surrealistas y no atino a saber lo que es real y lo que no. ¿Lo fue Julián peleándose con los vigilantes de Jade?

—No tienes ningún daño, así que puedes estar tranquila —continúa el hombre, dedicándome una sonrisa. Pero la verdad es que a mí no me parece que esté alegre, y tampoco la enfermera. Al girarme a mi madre, la descubro con lágrimas en los ojos. Por favor... Me van a matar.

—¿Dónde está él? —pregunto ansiosa.

Hacen caso omiso de mis palabras. ¿Quiere eso decir que Abel ha muerto? ¿Significa que su voz no me va a despertar por las mañanas? ¿Que no voy a compartir con él ningún momento más? Si se ha marchado, mi vida también habrá desaparecido. No podré continuar levantándome de la cama por las mañanas y tampoco podré dormir.

—Cariño, relájate por el bien de...—mi madre va a decir algo, pero se corta a sí misma y le hace un gesto al médico como pidiéndole perdón.

—¿Qué pasa?

—Sara... ¿Sabías que estás embarazada? —El médico se mete las manos en

los bolsillos y se me queda mirando con los ojos entrecerrados.

—Yo... —me quedo sin palabras. Entonces lo estoy. Porque ese verbo en presente quiere decir que el bebé continúa en mis entrañas, que no lo he perdido. Joder, ¿y qué voy a hacer ahora? ¿Qué haré si Abel nos ha abandonado para siempre?

—No pasa nada, cariño. Está bien. —Mi madre me acaricia el pelo, sonriendo entre lágrimas. ¿Por qué parece tan triste? Sí, lo sé, lo sé. Es porque nuestro Abel se ha marchado, porque se ha quedado sin aliento y sin latidos, y ambas lo queríamos demasiado. Se me escapa un sollozo, a lo que ella intenta calmarme—. Eh, amor, no pasa nada. Estoy aquí contigo, ¿vale? Y te ayudaré en todo.

Ladeo la cabeza y la apoyo en la fría almohada, ocultándome medio rostro con ella para llorar con tranquilidad. Mi madre no deja de acariciarme el cabello y a mí eso me recuerda a cuando era pequeña y me leía cuentos. Ojalá fuera otra vez una niña. Ahora mismo no puedo soportar el dolor que me está inundando. Me estoy quedando sin respiración. Me voy a romper y nadie podrá hacer nada por evitarlo, porque tan sólo había una persona en el mundo que me podía recomponer.

—Diré que esta noche ya le den de cenar, ¿vale? Y mañana le daremos el alta.

Ni siquiera me despido del médico y de la enfermera. Me quedo con la mejilla apoyada en la almohada, sintiendo las lágrimas que se deslizan por mi cara y van mojando la tela. Mi madre ha acercado el sillón a la cama y se mantiene callada, sin soltarme de la mano. Quiero decirle que por qué no me confiesa la verdad, pero supongo que es también muy duro para ella. Sin entender muy bien cómo, me quedo amodorrada. Cuando estoy navegando por sueños más felices, unas voces familiares me despiertan.

—¡Sara! —Cyn me abraza con tanta fuerza que temo que me quite la aguja del gotero. Detrás de ella se encuentra Eva, sonriéndome con nostalgia, y yo lo único que puedo hacer es llorar otra vez.

—Os dejo solas un ratito, ¿vale? —Mi madre se levanta, coge el monedero del bolso y sale de la habitación.

Mis amigas se colocan cada una al lado de la cama y se me quedan mirando con los ojos muy abiertos. ¿Qué hace Eva aquí? ¿Tan horrible es todo lo que ha sucedido como para que haya volado desde Japón, con lo caro que es?

—Sé lo que estás pensando —dice ella en ese momento, como si me hubiese leído la mente—. He venido porque eres mi amiga y me necesitas. Así que te callas y punto. —Me coge de la mano y me la acaricia.

—Pero si no he dicho nada... —murmuro de manera débil. Me quedo callada unos segundos, hasta que les pregunto—. ¿Sabéis todo lo que ha pasado?

—Algo —es Eva la que contesta—. Y déjame decirte que ni en las mejores novelas negras se contaba una locura semejante.

En cualquier otro momento su respuesta me habría hecho gracia, pero lo cierto es que ahora tiene una gran razón. Todo lo que ha ocurrido en la mansión de Jade y Alejandro ha sido como de película. Pero una película terrorífica. Cyn alarga la mano y me acaricia la barbilla. Yo trato de sonreírle, pero lo cierto es que no puedo. Ya no puedo luchar más contra mis sentimientos. Ya no me siento fuerte.

—No me quieren decir nada —digo, entre sollozos. Ellas se me quedan mirando con expresión confundida—. ¿Dónde está Abel? No lo sé. Y no me lo dicen. Está muerto, seguro. ¡Y están atrasando la verdad para que yo no me rompa! Pero ya lo estoy, estoy hecha pedacitos.

Cyn y Eva se apresuran a abrazarme. Las tres lloramos como si no hubiese un mañana. Les pregunto si saben algo acerca de él, pero sé que me mienten. Es imposible que Cyn, saliendo con Marcos, no sepa qué le ocurre a Abel. Pero estoy tan débil que ni siquiera tengo fuerzas para insistir.

—Hemos conocido a un hombre muy interesante —me explica Cyn, sin soltarme de la mano—. Es policía. Es madurito, ¿sabes? Pero no sé... Me llama la atención con eso de que es poli...

—¿Julián? —Me quedo totalmente sorprendida. ¿Julián era un poli? No, no puede ser él porque estaba metido en todo eso de la mansión. Será otro hombre que ha acudido al hospital para enterarse de lo que ha pasado. Pero... no puedo dejar de lado el hecho de que Julián nos ayudó a escapar a Abel y a mí.

—No se llama Julián. Nos ha dicho su nombre, pero ahora no me acuerdo —Cyn se queda pensativa unos segundos, luego mira a Eva pero esta se encoge de hombros.

—Yo ni me he enterado de su nombre. Bastante tenía ya con todo lo que nos había contado la madre de Sara. —Se gira hacia mí y me mira con una sonrisa de oreja a oreja—. Nena, ¿qué es eso de que vas a ser madre?

No contesto, tan sólo asiento con la cabeza. La verdad es que no me siento alegre, ni con fuerzas como para tener un bebé. Lo único que quiero es saber dónde está Abel, si está en otra habitación cerca de la mía o si se está enfriando en ese lugar en el que ya nadie más abre los ojos. En ese momento una enfermera entra con un gotero nuevo y, mientras me lo pone, les dice a mis amigas:

—Chicas, no os podéis quedar aquí mucho más. El horario de visitas ya ha terminado.

Termina de colocarme el gotero y después sale con una sonrisa. Cyn y Eva se inclinan de nuevo hacia mí y me abrazan con mucho cuidado.

—Tu madre nos ha dicho que mañana ya te dan el alta, ¿no? —Cyn me coloca la sábana como si fuese una niña pequeña. Me mira con preocupación.

—Iremos a verte a casa, ¿vale? —Eva me da un enorme beso. Ella también parece triste.

Mientras las veo salir de la habitación, me pregunto a qué casa se refieren. Mi madre se mudó y ya no vive aquí más y si Abel me ha abandonado... Simplemente no puedo acudir a nuestro piso vacío. No puedo entrar en él y fingir que todo continúa igual. Al cabo de un par de minutos mi madre regresa con un bocadillo envuelto en plata.

—¿Ya se han ido tus amigas?

No respondo. Estoy tan triste que no tengo ganas de hablar. Ella parece comprenderlo y se sienta de nuevo cerca de mí, con una revista entre las manos. Su inesperado silencio me permite regodearme en el dolor, que es lo único que quiero hacer ahora. Bañarme en él, sumergirme, envolverme... Porque es lo que me hace saber que continúo viva y que, posiblemente, él no.

—¿Se puede? —La puerta se abre al tiempo que reconozco esa voz. Me incorporo en la cama de golpe y me topo con el rostro de Julián. Ahora que no estamos en la mansión, me parece que tiene unos rasgos de lo más agradables—. Sara, antes de que digas nada, sólo quiero disculparme por no haber hecho nada antes. Pero tenía que cumplir con mi trabajo, seguir los pasos que habíamos acordado mi equipo y yo.

—No entiendo nada —respondo, negando con la cabeza.

—Soy policía —me revela. Yo cojo aire y parpadeo, totalmente sorprendida. Así que Cyn tenía razón—. Logré infiltrarme en la mansión para descubrir todos los tejemanejes que se llevaban a cabo. Ha sido un trabajo realmente duro. —Observo una sombra que cruza sus ojos—. No es un lugar

nada agradable.

—No —me limito a contestar.

—Me habría gustado actuar antes, pero tenía órdenes de arriba. Teníamos que estar seguros de todos los negocios ilegales que se realizaban allí. Un par de días antes de lo que ocurrió la noche pasada, por fin Jade me llevó al lugar en el que pasan droga. Muchísima. —Él menea la cabeza como si aún no lo pudiese creer—. Hemos descubierto a unos cuantos compañeros implicados... Por no hablar de todo lo que hacían con esas chicas... Vale que ellas se mostrasen de acuerdo pero, en el fondo, les comían la cabeza. Y esa pobre chica... ¿Cómo se llamaba?

—África —murmuro con un nudo en el estómago—. ¿Entonces han terminado con el horrible negocio de esos dos?

Julián menea la cabeza y luego se me queda mirando con una sonrisa.

—¿Su nombre verdadero es Julián? —le pregunto con curiosidad.

—No. Me llamo Tomás —Alarga la mano y estrecha la mía—. Encantado.

Yo asiento y luego me giro hacia mi madre, quien nos mira con aspecto triste. Me imagino que ella ya sabía todo esto porque él se lo habrá contado antes que a mí.

—Ha sido casi un año muy duro para nuestro equipo —continúa Tomás, hablando casi más para él—. Y también han sido unos meses difíciles para vosotros. Abel y tú habéis sido muy valientes con todo esto.

Escuchar su nombre provoca una reacción de choque en mí. Me inclino hacia delante y cojo a Tomás de la muñeca. Él se me queda mirando asombrado y me pregunta con la mirada qué es lo que sucede.

—Le dispararon. ¿Usted lo vio, verdad? —Asiente con la cabeza, estudiando mi rostro—. Yo tenía tanta sangre en mis manos... —rompo a llorar una vez más. Mi madre se acerca a mí para calmarme, pero yo alargo una mano para que se detenga—. Por favor, usted... ¿sabe lo que le ha pasado, no? Nadie me lo quiere decir. Ni siquiera mi madre puede hacerlo. —Escucho que ella suelta un suspiro a mi lado.

Tomás abre la boca y mira a mi madre, como esperando su confirmación. Yo me giro hacia ella y le ruego con la mirada que necesito saber lo que le ha ocurrido. Seguro que piensan que no voy a ser lo suficientemente fuerte como para aguantar, pero mi pobre corazón destrozado lo necesita.

—Una bala impactó en su estómago... —empieza Tomás, acariciándose la barbilla en gesto nervioso.

—¿Está muerto, no es así? —Le aprieto la muñeca, animándole a que se sincere.

Él niega con la cabeza y lo que me dice a continuación me rompe aún más.

—Ha entrado en coma.

El tiempo pasa sin que yo pueda evitarlo. Se me escurre de las manos a pesar de que me gustaría atraparlo, darle la vuelta y regresar a los primeros días en los que nos conocimos. Cuando Tomás me confesó que Abel estaba en coma, primero me sentí extraña, dolorida y asustada. Después pensé que existía una oportunidad para él. Sin embargo, el vaticinio del médico no fue muy esperanzador: poca gente despertaba del coma después de un balazo y, si lo hacían, no se recuperaban del todo o tenían que acudir a rehabilitación.

Lo peor fue el primer día que acudí a verlo. Fue cuando me dieron el alta. Mi madre trató de impedírmelo, pero yo necesitaba ver su cara una vez más. Descubrir su rostro amoratado, con todos esos cables alrededor de su cuerpo, con ese tubo metido en la boca y con esos pitidos que retumbaban en mi cabeza, me hizo comprender que la vida es totalmente injusta. Y también fue horrible encontrarme con sus padres, llorar en los brazos de Isabel y mirar con tristeza a Gabriel. Incluso Marcos me abrazó e intentó calmarme mientras Cyn me cogía la mano y lloraba conmigo. Después acudieron más amigos y familiares. El día que acudió Judith, ella lloró tanto que creí que nos ahogáramos con sus lágrimas. Incluso África se acercó a visitarnos. Le habían realizado una cirugía y se estaba recuperando, pero en sus ojos leí que ya no volvería a ser la misma. Tampoco nosotros lo vamos a ser.

Hace casi un mes que no voy a la universidad. Mi madre fue a hablar con Gutiérrez y le explicó la situación. Él mismo se ofreció a contárselo al resto de los profesores. Recibí una llamada de Rosa y al día siguiente la tenía aquí visitándonos. Lloró conmigo y se mostró muy atenta. Me calma un poco saber que tengo tanta gente alrededor dispuesta a ayudarme. Sin embargo, el vacío que siento en mi interior es tan grande que no puedo continuar con mi vida normal. Me duele el corazón. Sinceramente me duele, a pesar de que mi padre me dijo más de una vez que eso no era posible. Dicen que nadie se muere por amor... Pero lo cierto es que yo me estoy consumiendo con cada día que pasa, al acudir al hospital y que me digan que Abel no ha despertado.

Me paso todas las tardes con él. Le ruego cada día que despierte, que si no quiere hacerlo por mí, al menos que lo haga por el bebé que llevo dentro. Su hijo, joder. Este niño no puede nacer sin tener a su padre al lado. No sé si Abel me escucha realmente o no, pero yo le hablo tanto... Le cuento toda la gente que ha venido a verle, y le explico lo mucho que esperamos su recuperación. A veces traigo libros conmigo y se los leo, intentando que la lectura sea un antídoto para su coma. Pero el tiempo pasa... Y sus ojos no se abren. Su cuerpo está aquí conmigo, pero nada más. Me preguntó por dónde andará su alma.

Le echo tanto de menos... He decidido quedarme en el piso que alquilamos. Es una forma de convencerme a mí misma de que va a despertar y pronto volveremos a dormir juntos. Mi madre se queda conmigo. Es ella la que hace todas las tareas de casa y se dedica a fingir que nada ha cambiado. Pero es en vano... Yo no puedo mentirme a mí misma. La soledad que me acompaña cada noche es terrible. Llora tanto que al final me voy a quedar seca y ya no habrá en mi cuerpo más lágrimas que derramar.

El segundo mes en coma de Abel me avisa de que, posiblemente, esto vaya a durar mucho. A veces, le cojo de la mano y me la coloco sobre el vientre, con la esperanza de que él entienda que su hijo está aquí dentro y está esperándole. Pero nada ocurre... Los ojos de Abel se mantienen tan cerrados como antes.

Una de esas melancólicas tardes en las que le recito sus poemas favoritos, alguien llama a la puerta. Cuando susurro un «adelante», no puedo más que mostrarme sorprendida. Es Eric. Pensaba que no iba a venir, que quizá se sentía demasiado avergonzado como para visitarnos. Pero aquí está y, en cuanto se coloca frente a mí con los ojos enrojecidos, yo me levanto y me

lanzo a sus brazos. Las lágrimas se me descuelgan otra vez, me derrito en el pecho de Eric, tratando de encontrar esa calidez que me envolvía cada vez que me abrazaba. Pero ahora sólo hay una sensación de frío y de irrealidad. Cuando alzo la cabeza, descubro que él también está llorando.

—Estaba fuera de España. Quise venir cuanto antes, pero no podía.

—Lo que importa es que ahora estás aquí.

Se sienta a mi lado, agarrándome de la mano. Ambos nos quedamos un buen rato mirando a Abel en silencio. A pesar de lo que ocurrió entre nosotros tres, no me siento incómoda. Al contrario: la presencia de Eric me anima un poco. Ya no hay ningún rencor, ni siquiera estoy un poco molesta. Hace tiempo que le concedí mi perdón y estoy segura de que, aunque Abel nunca me lo dijera, también se lo habrá dado.

—Me arrepiento de demasiadas cosas —dice de repente Eric, sacándome de mis pensamientos.

—Todo eso ya no importa —murmuro, negando con la cabeza. Últimamente me siento mucho más madura que antes, como si en tan sólo dos meses hubiese envejecido media vida.

—Ojalá hubiese pasado más tiempo con él. Ojalá hubiese intentado solucionarlo todo —continúa nuestro amigo, con nuevas lágrimas en los ojos.

—No podemos cambiar el pasado —digo, girándome hacia él y dedicándole una tenue sonrisa—. Pero podemos intentar dirigir nuestro presente para elegir el futuro.

—¿Crees que va a despertar, Sara? —me pregunta, apartando la vista de mí y dirigiéndola a Abel.

—Durante un tiempo me convencí de que sí lo haría porque yo estoy aquí esperándole y porque llevo dentro nuestro bebé —me acaricio la barriga y Eric abre los ojos sorprendido, aunque no dice nada—. Pero últimamente pienso que, en realidad, no quiere despertar. Quizá es el dolor que sentía el que le echa para atrás. Puede que allí donde esté sea más feliz. No lo sé... Lo único que sé es que él estaba avergonzado de todo lo ocurrido... Y de su pasado. Él pensaba que todo lo que nos estaba ocurriendo era por su culpa —Cojo aire para poder continuar hablando—. Puede que sea una actitud cobarde, pero en parte le entiendo. Su dolor era demasiado grande... Ocupaba todo su corazón y toda su alma. ¿Cómo se puede vivir así? Era yo la que le ayudaba a levantarse cada día pero, después de lo que nos ha pasado, él no podría mirarme a la cara sin sentirse arrepentido.

Eric se mantiene callado, acariciándome la mano. Luego se inclina y me abraza con fuerza. Yo le devuelvo el apretón y, para mi sorpresa, esta vez sí siento una tenue calidez que inunda mi cuerpo. Cierro los ojos y trato de instalarme en esa sensación que me ha abandonado. Ya no siento nada por Eric, no al menos un sentimiento de amor. Está claro que le quiero muchísimo, pero como un buen amigo.

—¿Y su enfermedad no puede estar influyendo en el coma? —me pregunta Eric, al cabo de un rato.

—Los médicos no lo saben seguro. Es cierto que Abel estaba más débil en los últimos tiempos... Pero no sé. —Meneo la cabeza, perdida en mis pensamientos—. Simplemente creo que no quiere despertar. Sólo eso. Estuve muy enfadada con él por ese motivo, pero ya no. No puedo estarlo con la persona que me hizo comprender que mi hogar son sus ojos.

Eric se marcha una media hora después tras prometerme que volverá en un par de días. Yo echo un vistazo al reloj. Tan sólo me quedan unos quince minutos para que se acabe el horario de visitas. Voy hasta mi bolso y saco el libro que le estoy leyendo estos días. Se trata de *La casa encendida*, de Luis Rosales, uno de sus poemarios favoritos. Sé por qué le gustaba tanto: habla de recuerdos y de dolor, de todo lo que quedó atrás y no se puede recuperar. Pero al final del poemario hay un resquicio de esperanza... La luz que llega después de la oscuridad. Abro por la página en la que me quedé ayer y empiezo a recitarle...

Ahora que estamos juntos
ahora que ha vuelto la inocencia,
y la disposición visceral de estas paredes,
ahora que todo está en la mano,
quiero decir algo, quiero decir algo.
El dolor es un largo viaje,
es un largo viaje que nos acerca siempre,
que nos conduce hacia el país donde todos los hombres son iguales...»

*

Llaman al timbre. Debe de tratarse de la chica que llamó para el anuncio de

las fotos. Mientras la espero apoyado en el marco de la puerta, suelto un suspiro, imaginando que será como todas esas jóvenes que se acercan con la esperanza de conseguir un buen trabajo de modelo. Tienen caras vulgares y ojos tristes, pero intentan mostrarse seguras de sí mismas, y alguna vez que otra intentan acostarse conmigo, aunque siempre me niego. No me interesan sus cuerpos y mucho menos sus corazones. Tan sólo intento hacer mi trabajo y hacerles comprender que no necesitan comportarse de esa manera para poder ser grandes.

Pero entonces aparece una cabeza pequeña y morena de cabello corto. Unos ojos grises, enormes y redondos, se clavan en los míos. El corazón me da un vuelco en el pecho. Jamás había visto unos ojos así, tan llenos de tristeza y, al mismo tiempo, de esperanza. Me recompongo de inmediato para que no se dé cuenta de lo mucho que me ha sorprendido. Le pregunto si es Sara Fernández y le digo que pase. Ella se muestra muy tímida, nerviosa, asustadiza. Sin embargo, hay algo más en ella que me llama la atención: no es para nada como las otras chicas que acuden, no se parece a las modelos con las que he trabajado. Y mucho menos a Nina. Esta muchacha desprende un aroma especial: es inocencia, mezclado con valentía y con ganas de vivir. Es ese olor el que se adentra en mi pecho y me lo llena de luz junto con las miradas que me dedica.

Me hace gracia que esté tan preocupada, como si yo fuera un violador o un asesino o algo por el estilo... No le hace ninguna gracia tener que trabajar con Marcos pero, a pesar de todo, al final posa. Lo hace de manera tímida, pero hay una sensualidad en esos gestos que incluso me excita. Y mi corazón continúa latiendo con fuerza cada vez que fijo el objetivo de mi cámara en su rostro. No puedo apartarme de esos ojos que me observan con curiosidad, con admiración y, al mismo tiempo, con reparo.

Cuando le pido que se ponga el vestidito de colegiala para las fotos, ella se muestra totalmente sorprendida y lo rechaza. En realidad, no necesito hacer ninguna foto así, pero quería ponerla en una situación incómoda para ver cómo actuaba. Y su respuesta me ha convencido de que es muy diferente a cualquier otra mujer que haya conocido. Ni siquiera quiere que le pague, sino que se marcha corriendo junto con su amiga. También bonita... Pero no como ella. Sara es especial. Me lo ha demostrado en tan sólo unos minutos. Me encanta pronunciar su nombre... Sara. Cuando lo hago, el corazón se me agranda en el pecho.

*

Sara se ha convertido en mi obsesión desde que la tuve entre mis brazos. No puedo olvidar el tacto de su piel, ni sus labios buscando con ardor los míos, ni sus manos cálidas y suaves acariciando mi cuerpo. Jamás habían hecho el amor conmigo de esa forma. Nunca se habían entregado a mí así. Pero yo tampoco... Y tengo demasiado miedo. Yo no quiero meterla en mi mundo porque ella es demasiado inocente como para eso. Desprende luz y no quiero acercarla a la oscuridad. Si ella supiera de mi pasado, estoy seguro de que no echaría a correr, sino que lo comprendería e intentaría ayudarme.

Sara es un ángel, como lo fue mi madre. Ha aterrizado para salvarme de tanta miseria, de tanto dolor y arrepentimiento. Pero quizá yo soy un ángel oscuro que no debe acercarse más a ella... Así que lo mejor es que me aleje, que abandone su vida y que la deje instalada en su tranquilidad.

Pero yo... No entiendo muy bien qué es este sentimiento que me sacude el pecho. Las oleadas violentas que me inundan cada vez que dice mi nombre o que me toca. Cuando sus ojos me miran, siento que puedo ser un hombre mejor, que tengo una oportunidad de redimirme... Cuando ella me da su mano, me hace pensar que todos merecemos una segunda oportunidad en la vida.

*

Mi cabeza cada vez está más aturdida. Aunque he iniciado una especie de relación con Sara, ni siquiera sé bien por qué lo he hecho. La quise alejar, la he tratado a veces de forma horrible para que se marchara, pero ella continúa a mi lado. Me mostré celoso, persuasivo, insoportable... Todo con tal de que me dejara, ya que yo ya no la puedo sacar de mi vida. Es la única persona que ilumina mis pesadillas y la que me hace sonreír. Su jovialidad, su alegría, sus ganas de ser una buena persona... Me está contagiando de todos esos maravillosos sentimientos. Pero es que yo soy un ser oscuro, yo soy aquel que hizo tantas cosas horribles, ese que cae en pesadillas con su madre y con Jade una y otra vez. Y ella no sabe nada de eso... Le he ocultado tantas cosas. Pero lo he hecho para mantener intacta su inocencia, no se merece sufrir. Tan sólo quiero que Sara sea feliz, y sé que no podría serlo sabiendo todo eso. Ni siquiera estoy seguro de que pueda serlo a mi lado. ¿Y qué

pasará cuando mi enfermedad empiece a mostrarse? Porque me olvidé de su cumpleaños y eso me hizo pensar en lo dura que sería su vida conmigo, aguantando a un hombre enfermo que no sabrá ponerse la ropa o que no se acordará de su nombre.

Y yo la quiero... La amo tanto. La tengo tatuada en mi corazón. Se me ha pegado al alma y no sale de ella.

Es mi ángel. Ha sido ella la que me ha salvado... Y lo que no puedo permitir es que caigamos juntos. Necesito que sea feliz.

*

La vida es esto... Sí, supongo que lo es. Supongo que esto es la felicidad... El despertar cada mañana con la persona que amas, el observar sus ojos llenos de ti. Los días que Sara y yo pasamos en la cabaña de mi madre son, a pesar de mis pesadillas y del motivo por el que estamos aquí, los mejores de mi vida. Tan sólo estamos ella y yo y nuestras voces al unísono. Nuestros corazones por fin laten juntos y yo no puedo más que dejar que mi corazón se empape más de ella.

Me gustaría que nos casáramos, que tuviéramos hijos y que pudiésemos ser una pareja normal. A ella no le importa mi pasado, no me ha reprochado nada, ni siquiera me ha juzgado. Tampoco se ha mostrado asustada por mi enfermedad. Me pregunto cómo puede existir una persona tan buena y empática como ella. Ciertamente es un ángel que Dios puso frente a mí para iluminar mi oscuro camino.

Y a pesar de la felicidad que me embarga... El miedo también me acecha en cada esquina. Y es que me preocupa lo que Jade pueda hacer. Y me asusta lo que mi enfermedad puede provocar en Sara. ¿Por qué no puedo ser un hombre normal, joder? ¿Por qué no puedo ser, aunque sólo fuera por un instante, como Eric?

Pero despierto y me topo con los ojos de mi Sara... Y me olvido de todo lo demás.

*

He pensado en acabar con mi vida. Alguien como yo no merece vivir. No puedo continuar haciendo daño a los demás y mucho menos a Sara. La

escucho jadear por las noches, revolverse en la cama. Tiene pesadillas y todo es por mi culpa. Debí alejarme de ella cuando pude hacerlo, pero ahora es demasiado tarde. Jade y Alejandro nos tienen presos en sus manos y no sé lo que puedo hacer por sacar a mi Sara de su telaraña.

Sí... A veces pienso que, si yo me matara, ella podría ser libre. Una vida por otra. Jade la dejaría en paz y todo se terminaría. Sin embargo, esos ojos grandes y grises me ruegan en silencio que permanezca a su lado. Y mi corazón y mi alma no pueden hacer más que obedecerla.

Joder, la amo tanto... Jamás pensé que pudiera existir un amor así, tan infinito, tan luminoso, tan sincero.

No quiero que nadie la quiebre. Pero... ¿y si soy yo el que lo hace?

*

—Despierta, Abel... Aquí estamos tu hijo y yo esperándote.

Una voz muy lejana, pero tremendamente familiar. Es un ángel que me está llamando. Me gustaría acudir a su llamada, pero hay algo que me retiene. Intento mover las manos y los pies, pero parece que me los han pegado. Me pesan, están rígidos e inertes. Ni siquiera sé quién soy yo. Sólo hay oscuridad y, a ratos, una pequeña luz en la lejanía.

Esa voz siempre me pide que acuda a su encuentro. Me habla de cosas que no entiendo pero que, en algún lugar de mí, están guardadas. A veces escucho otras voces, que también me parecen conocidas, pero no me importan tanto como las del ángel. ¿Por qué no me puedo mover? ¿Por qué no puedo decirle que sí estoy aquí y que necesito que me explique quién soy y por qué me siento de esta forma?

—¿Por qué no quieres despertar, joder? —Ahora suena enfadada. Me entran ganas de llorar porque me gustaría decirle que eso no es cierto, que quiero abrir los ojos y encontrarme con ella, pero que no puedo, que no puedo...

Tan sólo floto. No hay nada más alrededor. No sé si soy alguien o tan sólo el sueño de otro. No sé dónde me encuentro ni si alguna vez existí. Pero hay algo que tira de mí hacia delante y otra fuerza que estira de mí hacia atrás. ¿A cuál hago caso? ¿Hacia dónde debo dirigirme? Navego en la oscuridad y, por mucho que lucho, no hay nada que pueda hacer.

Ahora que estamos juntos

y siento la saliva clavándome alfileres en la boca,
ahora que estamos juntos
quiero decirte algo,
quiero decirte, Abel, que el dolor es un largo viaje,
es un largo viaje que nos acerca siempre vayas a donde vayas,
es un largo viaje, con estaciones de regreso,
con estaciones que no volverás nunca a visitar,
donde nos encontramos con personas, improvisadas y casuales,
que no han sufrido todavía [...]
pero el dolor es la ley de gravedad del alma,
llega a nosotros iluminándonos,
deletreándonos los huesos,
y nos da la insatisfacción que es la fuerza con que el hombre se origina a
sí mismo,
y deja en nuestra carne la certidumbre de vivir
como han quedado las rodadas sobre las calles de Pompeya.
Es el miedo al dolor y no el dolor quien suele hacernos pánicos y
cruels,
quien socava las almas
como socavan la ribera las orillas del río,
y yo he sentido su calambre desde hace mucho tiempo,
y yo he sentido, desde hace mucho tiempo, que el curso de sus aguas nos
arrastra,
nos mueve las raíces sin dejarnos crecer,
y nos empuja, y nos sigue empujando hasta juntarnos
en esta habitación que es ya un rescoldo mío...

Algo en mi corazón se agita cuando escucho esas palabras. Por un momento, mi mente reconoce de qué se trata. Es un poema. Y ha sido desde que era pequeño, mi favorito. Mi madre me lo leía por las noches, a pesar de su crudeza. Y yo lo podía recitar de memoria y, cada vez que lo hacía, sentía que el dolor también me empapaba pero que, al mismo tiempo, existía alguien –ese poeta– que también entendía lo que era sentirse como yo.

Y ahora... ahora alguien está recitándome ese poema y me llama por mi nombre. Sí, yo me llamo Abel y no sé dónde estoy, pero lo que sí sé es que quiero salir de este oscuro lugar porque hay alguien esperándome fuera.

Alguien que ha dado todo por mí, que ha apostado su vida entera por la felicidad que nunca le prometí pero que ella intentó conseguir.

Hay un ángel que está leyéndome uno de mis libros favoritos. Un ángel que está esperando por mí día a día, a pesar de que yo me he convertido en una cáscara vacía. Pero ya no quiero serlo más. Necesito ser fuerte y demostrarle que no hay nada más fuerte que nuestro amor. Así que empujo. Empujo con toda la energía posible. Y aquello que me sujetaba por la espalda, empieza a ceder. Empujo con más fuerza... Una vez, dos, tres... Un pequeño dolor empieza a aparecer, pero no me importa. Ya no quiero la nada, ya no quiero flotar en la quietud. No me importa el dolor siempre y cuando sea al lado del ángel. Voy ascendiendo poco a poco, con la lejana luz arrimándose cada vez más. Sé que puedo hacerlo.

«Estoy aquí», quiero decir, pero las palabras aún están congeladas en mi garganta. «No te preocupes... No llores más. Estoy regresando a ti». Tiro más y lo que me sujetaba de la espalda por fin me suelta. Entonces aquella fuerza que me empujaba hacia delante se hace más grande y me lleva casi en volandas. Ahora ya no floto sin entender la dirección, sino que voy directo hacia ese punto de luz que ya es casi tan grande como yo. Yo... Yo soy una persona. Ahora puedo entenderlo. Soy un hombre. Me llamo Abel y la persona que está hablando es Sara. Sí, ese es su nombre. Ese es el nombre que tanto amo.

Aquí voy... Espérame, no te marches, que ya estoy llegando. Sólo un poco más y estaré contigo. Sigue leyendo, sigue hablándome, sigue demostrándome lo mucho que te importo. Es tu luminoso amor el que me está sacando de esta oscuridad, el que me está llevando a ti.

Sara... Mi ángel.... He llegado.

Gracias, Señor...

—Gracias, Señor, la casa está encendida —recito las últimas palabras del poemario de Luis Rosales. Suelto un suspiro y cierro el libro, con lágrimas en los ojos.

Dirijo la vista a Abel y le acaricio la frente. Observo por el rabillo del ojo un movimiento que me llama la atención. No, no puede ser. Me llevo la mano a la boca, negando con la cabeza. El movimiento se repite una vez más. Abel está meneando un par de dedos, como si buscara mi mano. Se la tiendo, le cojo la suya y me empiezo a poner nerviosa.

—Vamos, cariño, vamos. Estoy aquí. —Mi voz suena ansiosa y esperanzada—. Tu bebé y yo estamos esperándote. Lo haremos toda la vida si es necesario. Lucha, por favor.

Los movimientos de dedos se hacen más fuertes. Estudio su rostro y me parece que algo ha cambiado en él. En sus ojos hay ese leve parpadeo de los que no están dormidos del todo. Se me escapa un sollozo... Por favor, que esto sea real, que no esté dentro de otro sueño, que no sea una falsa alarma...

Y entonces, abre los ojos.

Abel está despierto. Y me está mirando con esos iris azules que me sacudieron desde la primera vez que lo vi. Al principio su mirada es aturdida y borrosa, y no parece reconocermme, pero poco a poco la luz acude a sus ojos y, al cabo de unos segundos, esboza una sonrisa.

—Sara... Mi ángel... —murmura haciendo un gran esfuerzo.

—Cállate. No hables ahora —le pido entre lágrimas.

Me inclino y le abrazo con fuerza, soltando todo el miedo y el dolor que me han llenado durante estos dos meses. Él intenta devolvérmelo, pero está demasiado débil y apenas puede alzar los brazos. No importa. Ya le estoy abrazando yo por los dos. Le lleno el rostro de besos, después me como sus labios, le empapo las mejillas con mis lágrimas. Aprieto el botón de aviso para que vengan las enfermeras y pronto la habitación se llena de exclamaciones y de empleados del hospital que han estado durante dos meses esperando, como yo, a que Abel despertarse.

No, en realidad no... En realidad sólo yo mantuve la esperanza de poder reflejarme en sus ojos una vez más. Miento. Una no, mil y una. Mil y una noches voy a perderme en sus ojos azules.

Río, lloro, me atraganto con mi saliva. Le aprieto. Le beso. Él intenta reírse, me mira con todo su amor...

Sí... Señor, gracias por hacer que mi casa, que sin duda se halla en su corazón y en su mirada, esté otra vez encendida.

No he querido esperar más. Esta vez no quiero que la felicidad se escape volando de mis manos. Voy a vivir el momento, sin importarme nada ni nadie y, lo que tenga que ser, será. Desde que Abel estuvo en coma hemos madurado, crecido como personas y aprendido mucho. La sinceridad se ha convertido en el pilar de nuestra relación y hemos comprendido que hay que superar el miedo y no vivir estancados en el pasado. Así que lo que hemos hecho es disfrutar del presente y mirar hacia el futuro con los ojos llenos de esperanza.

Los médicos dijeron que había sido casi como un milagro. Es cierto que las primeras semanas Abel estuvo aturdido y le costó adaptarse a la rutina de su vida, pero poco a poco lo consiguió y la verdad es que todos se mostraron tremendamente sorprendidos de su mejoría. Él siempre bromea diciendo que fue un ángel que recitaba poemas el que le salvó. Por supuesto, su enfermedad no ha desaparecido pero, por suerte, no ha empeorado y es casi como otro milagro. Debido a eso, hablamos largo y tendido acerca de nuestro futuro, del bebé y, al fin, tomamos una decisión que a mí me parece la más acertada. Y es que yo quiero cuidarle el resto de mi vida –o el de la suya– sabiendo que soy su mujer. Jamás había sido tan tradicional, pero con él todo es diferente y lo que más deseo es caminar hacia el altar mientras me mira

con los ojos impregnados de amor.

Sí, nos vamos a casar. Y yo ya estoy gordísima. De siete meses, para ser exactos. Han tenido que hacerme un traje a medida porque ninguno me quedaba bien. Con este tampoco es que me vea estupenda, pero al menos me entra, que ya es mucho. Mi madre consiguió que nos hicieran un hueco en la iglesia del pueblo pero, aun así, ¡casi medio año que han tardado! Yo no quería que pasase tanto tiempo porque sabía que estaría enorme, pero tampoco deseo esperar a tener al bebé.

Los preparativos de la boda han sido divertidos, pero también un poco ajetreados. He intentado no ponerme nerviosa por mi niña, pero lo cierto es que al final no lo he conseguido del todo. Por suerte, mi madre y mis amigas me han ayudado en todo y también Abel y su familia han participado muchísimo. No va a ser una gran boda, sólo acudirán los familiares y amigos más cercanos. Pero estoy segura de que va a ser una de las más bonitas, al menos para mí.

Hemos invitado a Eric. Tras el despertar de Abel, acudió un par de veces a visitarlo al hospital. Pensé que para ellos sí sería incómodo o violento, pero al cabo de veinte minutos se estaban riendo recordando viejas anécdotas, como si jamás hubiese pasado nada. Supongo que el hecho de haber estado a punto de morir te hace ver las cosas de otra forma. Incluso a mí me ha cambiado porque también estuve a nada de marchitarme. Ahora soy menos nerviosa y trato de no preocuparme tanto por todo, sino de disfrutar de lo que tengo. Cada momento es único e irrepetible y tan sólo depende de nosotros que el más pequeño detalle se convierta en uno grandioso.

Después de todo lo que hemos pasado parece como si el destino intentara recompensarnos. Me tomé un tiempo en la investigación, pero hace un par de meses recibí una llamada de Gutiérrez que me dejó con la boca abierta. Resultó que, un tiempo antes, Patri le había enseñado unas fotos de una revista en las que yo aparecía desnuda. Sí, las malditas fotos. ¡Qué cabrona es Patri! Gutiérrez me explicó, un tanto avergonzado, que se había dado cuenta de las intenciones de mi compañera y que no le gustaban las personas que intentan escalar pisando a otras. Me dijo que la había echado del proyecto y que había dejado de ser su tutor. Después añadió que regresara cuando quisiera, que iba a tratar por todos los medios de conseguirme mi tan ansiada beca.

En cuanto a lo de las mansiones... Bueno, Abel y yo jamás hemos vuelto a

mencionar nada. Hemos intentado borrar esos horribles momentos de nuestra cabeza, aunque sé que tanto él como yo los recordamos alguna vez y que el miedo se instala en nuestro estómago. Tomás, el policía que nos ayudó, nos visitó al principio un par de veces para contarnos sobre Jade y Alejandro. Están en la cárcel y van a tener que cumplir una larga condena. Pensé que me alegraría saberlo, pero en realidad no sentí nada en mí. Las primeras semanas me despertaba por las noches pensando que los soltarían y que vendrían a por nosotros. Poco a poco fueron desapareciendo de mi mente hasta convertirse en motitas de polvo de un recuerdo que parece muy lejano.

En los últimos días también me despierto asustada, pero por otros motivos. Y es que continúo sin crearme que nos estén pasando tantas cosas buenas y que estemos tan felices. Pero supongo que, tal y como dicen, después de la tempestad llega la calma.

Y, al fin y al cabo, todo el mundo necesita encontrar ese lugar que se convierta su hogar. Yo lo encontré en Abel.

*

Cuando la veo aparecer en la puerta de la iglesia vuelvo a pensar que se trata de un ángel que lo ilumina todo. Ya que su padre no está con nosotros, es el mío el que la trae hasta mí. La acompaña un coro que canta *Ave María* y, a medida que se acerca y descubro su sonrisa, mi corazón se hincha repleto de todo su amor. Me ha repetido una y otra vez lo gorda y fea que se siente, pero lo cierto es que no, que es la mujer más hermosa del mundo.

Mi padre le da un beso en la mejilla y luego me guiña a mí un ojo. Desde la primera fila puedo escuchar el llanto de su madre, el de Isabel y el de Cyn. También Eva y Judith tienen los ojos brillantes y hasta parece que Marcos se ha ablandado un poquito. Eric alza un dedo victorioso y me sonrío. Por fin me giro hacia la que en un ratito será mi mujer y no puedo más que temblar de emoción al verme en su mirada.

—Pensaba que este momento no llegaría nunca —le susurro, cogiéndola de la mano y posando la otra en su abultado vientre.

—Pues ahora ya no hay marcha atrás —me dice con una sonrisa reveladora.

El cura habla y habla, pero yo sólo tengo ojos para mi ángel. Lo único que escucho es su corazón, acompasándose al mío y escribiendo en él cientos de palabras de amor. Cuando me pregunta si quiero que sea mi esposa, me

apresuro a contestar. Y, cuando ella pronuncia su «sí, quiero», todo desaparece alrededor. El sacerdote nos da permiso para besarnos y yo la tomo entre mis brazos y la estrecho como si no hubiera un mañana. Me instalo en el perfecto sabor de sus labios, notando la presión que su vientre, con mi hija dentro, ejerce contra mí. No hay nada más que ella, esa futura vida y yo.

Cuando salimos de la iglesia nos lanzan arroz y nos gritan entusiasmados. Sara se ríe mientras corremos hacia el coche y ese sonido es el que quiero escuchar el resto de mi vida. Tras las fotos acudimos a la sala de eventos para celebrar el banquete. Damos besos, abrazos y sonreímos mucho a todos los allí presentes. A pesar de que la comida es abundante, Sara no para de quejarse de que tiene hambre, así que le voy dejando parte de cada uno de mis platos.

—Tu hija es una glotona —me dice con una sonrisita pícaro, chupándose los dedos. Beso su mejilla, susurrándole al oído lo mucho que me pone—. Pues no sé cómo será la noche de bodas. —Se señala la enorme tripa y ambos nos reímos.

Después de comer la música empieza a sonar a todo volumen. Cyn, Eva y todos nuestros amigos han preparado una coreografía al ritmo de *Eloise* de Tino Casal. Sara no para de dar palmas y de reírse, y a mí el corazón se me agranda cada vez más al ver su alegría. Sus amigos la sacan a bailar y allí está ella, con nuestra hija en el vientre, bailando más hermosa que ninguna y cantando con las mejillas sonrosadas.

Aprovecho el momento y me acerco a Eric, que se encuentra en su mesa totalmente solo, con una copa en la mano. No se me ha pasado por alto la forma en que mira a Sara, pero la verdad es que no me molesta, porque sé que sus intenciones son puras y que, aunque una vez se equivocara, jamás haría nada que nos dañara.

—¿No bailas? —le pregunto, sentándome junto a él.

—No tengo pareja. —Se echa a reír.

—Porque no quieres —le digo, dándole un apretón en el hombro—. Mira cómo te mira esa chica. —Le señalo a Rosa, una de las compañeras de clase de Sara—. Es modelo.

—Uf, creo que voy a dejar de juntarme con modelos por un tiempo. — Ambos nos reímos a carcajadas y después nos quedamos en silencio, observando a Sara y a los demás. Han formado una larga fila y están bailando una conga en la que ella va la primera, radiante y maravillosa. En ese

momento mira hacia nosotros y nos hace un gesto con la mano para que nos unamos al baile.

—Está preciosa, ¿verdad? —murmuro.

—Sí. Sin duda lo está —contesta él, con una media sonrisa. Después da unos golpecitos en la mesa con los dedos y propone—: ¿Quieres que vayamos con ellos? —Se levanta y me hace un gesto para que lo acompañe. Yo le cojo del hombro y le detengo. Él me mira muy serio, preguntándome con la mirada qué es lo que sucede.

—Tú has sido, y eres, mi mejor amigo.

—Y tú el mío —dice, confundido.

—Si alguna vez me pasa algo...

—No, Abel, no digas ahora nada. —Me implora con los ojos, pero yo ya he tomado una decisión.

—Si alguna vez me olvido de ella para siempre... quiero que seas tú el que le ayude a sonreír de nuevo, el que la haga renacer con su amor —Me quedo mirándolo fijamente. Él se muerde los labios, un tanto nervioso—. Sé lo mucho que la quieres y ella se ha sentido siempre muy tranquila contigo. Si yo no estoy, tú podrías darle la calma que se merece.

—Abel.... —se queja, pero yo le aprieto el hombro.

—Promételo. Jura que, si pasa algo, cuidarás de Sara y del bebé que lleva en sus entrañas.

Eric se queda callado unos segundos, mirándome muy serio. Al fin, asiente.

—Por supuesto, Abel. Nunca dudes de eso.

Nos fundimos en un amistoso abrazo. Sé que no podría haber otro mejor que Eric para cuidar de Sara. Lo conozco lo suficiente como para tener claro que la haría feliz. Nos unimos a la conga, hasta que la canción cambia y las primeras frases de *I'm a believer* de Smash Mouth animan aún más a la gente. «I thought love was only true in fairy tales. Meant for someone else but not for me». Sara viene hacia mí y me coge de las manos para bailar. Se ríe a carcajadas, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Yo también estoy borracho de felicidad.

—*Then I saw her face! Now I'm a believer* —corean nuestros amigos acercándose a nosotros. Todos nos movemos al animado ritmo de la música, incluso nuestros padres se menean como si este fuese el último día en la tierra.

Cuando se está acabando la canción, cojo a Sara y la pego a mi cuerpo, para notar el movimiento de nuestra hija porque no hay nada más bello en el mundo.

—¿Y tú, Abel? ¿Crees en el amor? —me pregunta con su nariz rozando la mía.

—Por supuesto... Me enseñó a creer un ángel que recitaba poemas —le digo con una ancha sonrisa.

Ella se ríe una vez más y después me besa con ganas. Así nos quedamos un buen rato, besándonos en medio de toda nuestra familia y de los amigos, metidos en nuestra burbuja rebotante de felicidad.

Por supuesto que creo en el amor... Y quien no lo haga, realmente no ha vivido.

Epílogo

Cuatro años después...

Me enrolló la bufanda alrededor del cuello con tal de abrigarme la garganta. ¡Madre mía, qué frío hace! En un par de semanas estará aquí la Navidad, pero lo cierto es que ya se ha instalado en nuestros cuerpos porque tengo todos los huesos helados.

—¿Tienes frío, eh?

Eric me coge la mano y me la frota para hacerla entrar en calor. Paseamos por el parque durante un buen rato, observando a las pocas madres que han llevado a sus chiquillos a jugar. Nosotros estamos aquí porque a la mía le encanta y parece que ni nota el frío. ¡Pero lo que es yo, vamos, me voy a congelar aquí! Me sorbo la nariz y a continuación me la rasco.

—¿Has comprado un boleto de Navidad?

—No, aún no —contesto, encogiéndome de hombros.

—Pues podríamos hacernos con uno a mitad. Imagínate que nos tocara. Podríamos irnos a Honolulu y pasar allí las mejores vacaciones.

Suelto una risita. Eric siempre me hace reír. La verdad es que me encanta pasar momentos a su lado. Es una de las mejores personas que tengo en mi vida y, después de todo lo ocurrido, no lo quiero perder.

—Ya no te queda nada para terminar la investigación, ¿eh? —dice sonriente con la mirada puesta en el frente.

—Aún no me puedo creer que este año vaya a terminar el doctorado. —Meneo la cabeza, un tanto incrédula—. No te creas, que es difícil hacerlo con una niña lloriqueando todo el rato para que juegue con ella.

—Anda, no te quejes, que estás loquita con ella. —Me guiña un ojo. Adoro ese gesto tan característico de él. Siempre me llena de calidez el corazón.

—Pues anda que tú... No la puedes dejar solita ni un minuto.

Nos sentamos en el banco más cercano para poder observar a mi niña, la cual no deja de gritar y reír y pedirme que la mire. Yo la saludo con la mano y le digo que ya va siendo hora de irnos, que me estoy muriendo de frío, pero ella hace un puchero con el que me confirma que se quiere quedar un rato más.

—¿Qué le puedo regalar este año para Reyes? —me pregunta Eric, colocándose los guantes de lana.

—Pues no sé. Si es que la llenas de regalos. —Arqueo una ceja como regañándolo—. La estás malacostumbrado. Se me va a hacer una niña pija.

—No puedo evitarlo. Es mi princesita —Me saca la lengua de forma divertida.

Yo me echo hacia delante y le rodeo con mis brazos. Él me frota la espalda, transmitiéndome toda su tranquilidad.

—Me ha dicho tu madre que la niña no para de hablarle de una muñeca nueva —continúa él, en tono pensativo.

—¡No le regales otra muñeca, que ya tiene un montón! —me quejo, alzando el rostro para mirarle—. Si le vas a comprar algo que sea un libro.

Se echa a reír y me da un fuerte y sonoro beso en la mejilla, la cual me acaricia después. Yo lo miro con los ojos entrecerrados, como si estuviera enfadada.

—Para eso ya estáis su padre y tú.

Meneo la cabeza y me giro hacia los columpios. Abel está empujando a nuestra hija con una gran sonrisa en su rostro. Puedo leer la alegría contagiosa que habita en sus ojos. A él tampoco le importa que haga un frío que pela mientras su niña se ría y le pida que la empuje más y más.

—¡Eh! ¿Nos vamos ya o qué? —insisto, temblando de arriba abajo.

—¡Mamiiiiiiii! Espera un poco más.

Abel detiene el columpio y le susurra algo al oído que a ella parece hacerle

mucha ilusión. Asiente con la cabeza y permite que la desmonte y la traiga en brazos hasta nosotros. Me quedo mirándolos embobada mientras se acercan. Jamás imaginé que Abel sería un padre tan estupendo. El amor que siente por nuestra hija es infinito y me hace sentir la mujer con más suerte del mundo.

—¿Sabes lo que quiere regalarle tu amigo por Navidad? ¡Otra muñeca!

Laura —quisimos que llevara el nombre de su abuela, a pesar de que no esté entre nosotros— suelta una risita y da unas cuantas palmadas, muy feliz.

—¡Sí, sí, *muneca*!

Yo miro a Eric con la ceja arqueada y chasqueo la lengua. Él se encoge de hombros y se ríe también. La niña se inclina hacia delante para que la tome en brazos y le da un beso húmedo. Está loquita con su padrino, pero como para no, si le concede todos los caprichos que la señorita quiere.

—¿Cómo la has convencido para bajar del columpio? —le pregunto a Abel mientras nos dirigimos a la salida del parque.

—Le he dicho que esta noche habría lectura doble. —Me sonrío y yo se la devuelvo. Nos agarramos de las manos y caminamos en silencio mientras Eric juega con Laura.

Me la quedo mirando con una sonrisa tonta en la cara. Todas las madres pensamos que nuestros hijos son los mejores y los más guapos, pero lo cierto es que Laura es una preciosidad. Con su pelo tan negro y esos ojos tan grandes y azules, idénticos a los de su padre. Lo cierto es que se parecen mucho, incluso en la manera que tienen ambos de reír. De mí ha sacado la manía de arrugar la nariz cuando algo le disgusta, las pequitas en las mejillas y el espíritu nervioso.

—¿Vamos a ver el árbol? —pregunta la niña de repente con su vocecita. Se refiere al enorme árbol luminoso que han puesto en la plaza del Ayuntamiento para decorarla.

—Estamos lejos y ya es tarde. Hay que ir a darse un baño caliente y a cenar —le digo acercándome a ella y tomándola en brazos.

Laura se me coge del cuello haciendo pucheritos con los labios y yo no puedo más que comérmela a besos. Antes de tenerla, no podía saber lo que es amar a alguien más que a tu propia vida. Pero esta niña ha iluminado nuestras vidas y nuestro hogar es inmensamente brillante cada vez que se acerca la Navidad. Incluso mi madre se emociona un montón y decora todo su piso para que Laura disfrute cuando la llevamos. Y Abel... Bueno, a Abel siempre se le cae la baba, para qué mentir. Y lo cierto es que el nacimiento de nuestra

hija todavía le cambió más. Cada mañana sonrío cuando la niña nos despierta y todas las noches se acuesta con los ojos rebosantes de felicidad.

Paseamos por la ciudad hasta llegar a nuestro piso. Eric se despide de nosotros y Laura se pone a sollozar cuando le da un beso a ella. Le tiene que prometer que mañana vendrá a verla para que se quede tranquila. Una vez en casa, mientras yo baño a nuestra pequeña, Abel le prepara la cena.

—¿Voy a cenar salchichas hoy? —pregunta ella, jugueteando con uno de los muñecos de Peppa Pig que le regaló mi madre.

—No. Hoy toca arroz y verduras —le digo, aclarándole el largo cabello con agua bien calentita.

—¿Y cuándo vamos a comer turrón de chocolate? —inquire una vez la saco de la bañera.

—La noche en que venga Papá Noel podrás comer un poco.

Le seco el pelo durante un buen rato, hasta que me aseguro de que no hay ni una sola parte húmeda. Después la unto con aceite corporal hasta que su piel está bien suave y le echo un poco de colonia Nenuco. Ella no para de reírse y de intentar jugar conmigo mientras le coloco el pijama rosa con ositos. Le doy un beso en la cabeza una vez he terminado y nos encaminamos al comedor. Abel ya ha preparado la mesa y nos está esperando. Él y yo cenaremos después, pero de momento ha sacado un poco de jamón para picar.

—Esta mañana en el cole Gonzalo se ha hecho pipí encima —nos dice Laura mientras se come el arroz a grandes cucharadas. Tenemos la suerte de que le gusta todo.

—Bueno, pero como tú eres mayor, ¿no lo haces, verdad? —Abel se inclina hacia ella y la mira con una sonrisa.

—¡Claro que no! Por favor, papá —responde ella poniendo cara de ofendida.

Mi marido y yo nos echamos a reír ante la ocurrencia de Laura. Nos miramos durante un buen rato, diciéndonos en silencio lo mucho que nos queremos y lo maravillosa que es la familia que hemos formado.

Una media hora después de la cena Abel lleva a Laura a la habitación. Está acostumbrada a que él le lea algún cuento. La niña nos ha salido avanzada, porque alguna vez le ha pedido que le leyese alguno de los de la abuela. Es demasiado pequeña para esos libros, pero estoy segura de que, cuando sea mayor, se convertirá en una devoradora de letras.

Mientras lavo los platos puedo escuchar la voz de Abel narrándole un fantástico cuento a nuestra hija. Esta vez creo que se trata de uno sobre la Navidad que Cyn y Eva le compraron hace poco. Meneo la cabeza con alegría al oír las carcajadas de Laura. Cuando termino la tarea, me deslizo hasta el dormitorio y me quedo de pie en la puerta, apoyada en el marco, para observarlos a los dos. Ella ya está casi dormida con una enorme sonrisa en el rostro. Y Abel es el padre más orgulloso del mundo cada vez que su niña disfruta con los cuentos.

Lo cierto es que todo lo que nos ha sucedido en la vida durante los últimos años es como un milagro. Los médicos acertaron en denominarlo así. Y es que, a pesar de que la enfermedad de Abel no ha desaparecido, tampoco ha ido a más, algo que nos ha dejado sorprendidos a todos. Los meses que pasamos en la cabaña de su madre me hicieron pensar que él jamás se recuperaría, que pronto se olvidaría de mí y de nuestro amor. Había un rescoldo de esperanza en mi corazón, pero la verdad es que no estaba nada segura. Su mejoría no quiere decir que no vaya a pasar algún día. Por supuesto que empezará a olvidarse de mí... Y de nuestra hija. Pero su médico ha asegurado que tendremos Abel para rato, que su memoria se mantiene intacta de momento y que, posiblemente, hasta los cincuenta años o más no suceda.

Aún nos queda mucho tiempo pero, de todas formas, este pasa muy rápido. Por eso, sé que él intenta atesorar todos los momentos con su pequeña y conmigo, incluso los más tontos. Cada palabra, cada gesto, cada paseo que damos, cada comida, cada beso... Todos ellos los está guardando en su corazón para que se mantengan ahí por siempre.

Cuando me quiero dar cuenta se ha levantado de la cama y está delante de mí. Yo me había perdido entre mis pensamientos. Él me abraza por detrás al tiempo que salimos al pasillo y yo sonrío al sentir sus manos en mi vientre.

—¿No te apetece tener un Abelito?

—Para eso le ponemos el nombre de tu padre, que es más bonito.

—Gabriel... No suena mal. Pero también podríamos ponerle el de tu padre.

—De momento bastante tenemos con Laura —le digo, girándome hacia él y pasándole los brazos por el cuello. Me pongo de puntillas, acercando mi rostro al suyo. Nuestros labios se rozan y, en cuestión de segundos, todo mi cuerpo se pone en tensión. Y sé que jamás dejará de despertar cada rincón de mi ser... Abel no necesita tocarme para hacerme sentir, tan sólo con su

mirada lo logra—. ¿Por qué no vamos al cuarto antes de cenar...? —propongo, coqueta.

—¿Y si Laura se despierta? —A veces me da rabia que sea un padre tan preocupado.

—Venga, vamos. Sólo será un ratito... —Acercó mi boca a la suya y le beso con intensidad. Pronto su lengua se enrosca con la mía y nuestras respiraciones se aceleran.

—No puedo decir que no a eso... —me dice, sonriendo.

Corremos hacia la habitación entre risitas. Pronto nuestras ropas han volado por los aires y han aterrizado en el suelo. Nos metemos entre las mantas para no congelarnos. Las frías manos de Abel me acarician todo el cuerpo, pero no me molesta, sino que mi piel se va encendiendo más y más con cada roce de sus dedos. En cuanto uno de ellos se posa en mi sexo, se me escapa un jadeo y abro los ojos de par en par.

—Te amo, Sara. Eres mi vida —me susurra, colocándose encima de mí.

Segundos después su pene está entrando en mí, llenándome toda de él. Me agarro a su espalda y acompaso mis movimientos a los suyos. Él gime contra mi cuello al tiempo que me lo besa y me lo muerde con suavidad. No hemos perdido la pasión al hacer el amor... Continúa haciéndome vibrar como el primer día. Y espero que siempre sea así. Pero además, ahora hemos aprendido a hacerlo de una manera que nos hace pensar que en verdad el tiempo se detiene. Sí, cuando lo tengo en mi interior, ninguno de los relojes de esta casa funciona. La luna se queda congelada en el cielo, cómplice de nuestra unión. Es la forma que Abel tiene de tocarme, el modo que tiene de juntar sus labios con los míos, la manera de confesarme con la mirada que no hay —ni habrá— ninguna otra mujer como yo.

Él acelera los movimientos, introduciéndose con más fuerza en mí. Enrollo mis piernas alrededor de su cintura y le clavo las uñas en la espalda, intentando controlar mis gemidos para que nadie nos escuche. Cierro los ojos al tiempo que caigo en una espiral infinita de placer. Doy vueltas, floto, vuelo, caigo, reboto y vuelvo a caer, subo y bajo y me enloquezco. En realidad, es Abel el que me vuelve loca, el que consigue que el orgasmo sea una experiencia sagrada.

—Sara... Sólo tú —me susurra, cuando está a punto de correrse.

Le miro sin comprender, a punto de irme yo también.

—Tiéntame... sólo tú. Para siempre —dice entre jadeos.

Yo me echo a reír y le aprieto contra mí con más fuerza. Una oleada de cosquillas me asciende desde los dedos de los pies. Todo el cuerpo me tiembla cuando el orgasmo arrasa en mí. Ahogo los gritos en su hombro, mordiéndoselo con suavidad. Él esconde la nariz en mi cuello y se corre también, pronunciando mi nombre.

Nos quedamos abrazados en la cama, en silencio, arrebuados en la calidez de las mantas que se han llenado de nuestros suspiros. Ni siquiera vamos a cenar... Queremos aprovechar estos momentos irrepetibles.

Sí... Cada momento lo es. Es único e irrepetible. Incluso el más simple merece ser conservado como el mejor tesoro cuando lo vives con la persona que amas. Cuando lo compartes con esa persona que, con tan sólo su presencia, te hace volar.

El destino quiso unir a Sara y a Abel. Y una pasión incontrolable los ató.

Una huida a un lugar paradisiaco. Un regreso que jamás debió darse. Una traición inesperada. Una mujer obsesionada que quiere recuperar lo suyo. Un hombre al que le gusta la sumisión. Un castillo donde cualquier práctica erótica es posible. Un peligro del que es difícil escapar. Déjate arrastrar por la tentación.

Tras una repentina huida para escapar de aquellos que los buscan, Sara y Abel disfrutan del lugar paradisiaco en el que se han instalado. A pesar de las continuas pesadillas de Abel, ambos se encuentran más cerca de la felicidad que nunca, embriagados por el amor y la pasión. Sin embargo, unas circunstancias inesperadas les obliga a volver a España. Cuando piensan que todo ha vuelto a la normalidad y nadie sigue sus huellas, caerá en sus manos una extraña y sugerente invitación que acabarán aceptando con tal de evitar problemas. Lo que no saben es que estos no han hecho más que empezar, y que los peligros los acechan en cada esquina. ¿Te atreves a probar la tentación del Château de Paradis?



tomboktu.com

Tiéntame
sólo tú

Elena Montagud

www.erotica.tomboktu.com